

JOSÉ M. MARTÍNEZ

Job, la fe en conflicto



A mi esposa, a quien debo la decisión de escribir este libro, y a cuantos de algún modo han contribuido a hacer más honda y fecunda mi propia fe.

LITERATURA EVANGÉLICA. JOB, LA FE EN CONFLICTO © COPYRIGHT 1975, 2009 POR JOSÉ M. MARTÍNEZ. RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. PUEDEN SER IMPRESOS Y PUBLICADOS FRAGMENTOS DE ESTE LIBRO CITANDO EL AUTOR Y LA OBRA DE PROCEDENCIA. 1ª EDICIÓN ESPAÑOLA: 1975. 1ª EDICIÓN DIGITAL: 2010, POR ABEL TEC. ISBN 84 - 7228 - 211 - 2 DEPÓSITO LEGAL: B. 38.951 - 1975. IMPRESO POR: VIMASA I.G. - DR. MORAGAS Y BARRET, 113-115. TARRASA. PRINTED IN SPAIN. COMPRA EL LIBRO IMPRESO EN: [HTTP://WWW.PENSAMIENTOCRISTIANO.COM](http://www.pensamientocristiano.com)



<http://www.clie.es>

Editorial Clie Ferrocarril, 8 08232 Viladecavalls (BCN) España Tel: (34) 93 788 4262 • Fax: (34) 93 780 0514 • e-mail: libros@clie.es

Escribo estas líneas casi a vuela pluma, cuando el texto del libro, en su mayor parte, ya está impreso. Y las escribo con una cierta resistencia interior, quizá la última de muchas otras sentidas desde que hace cuatro años se me solicitó la publicación de esta obra.

Aunque la idea original era simplemente ampliar una serie de sermones sobre el libro de Job predicados en la iglesia que pastoreo, lo limitado de mi tiempo me hizo vacilar antes de emprender la tarea. Una vez empezada, no pude sustraerme a la decisión — aún más difícil— de realizar un trabajo más completo, pues por aquel entonces era escasísimos —al menos hasta donde alcanzaba mi conocimiento— los comentarios en español sobre tan importante libro de la Biblia.

Cuando ya tenía una parte considerable de tal trabajo, me llegó la noticia de la inminente aparición de una obra póstuma de mi gran amigo Ernesto Trenchard: un comentario sobre Job, que muy gustosamente prologué a petición de los editores. ¿Debía seguir yo adelante con el mío? ¿No sería una duplicación innecesaria de lo que admirablemente había logrado un gran maestro? Sólo cuando alcancé el convencimiento íntimo de que no sería exactamente así me decidí a proseguir.

Entretanto, la figura y el drama de Job se me hacían tanto más fascinantes cuanto más estudiaba el texto bíblico. Este ha sido para mí fuente de reflexiones que me han beneficiado profundamente y que ofrezco a los lectores con el deseo de que también a ellos les reporte algún beneficio espiritual. Quizá la extensión de tales reflexiones es lo que distingue básicamente a *JOB, LA FE EN CONFLICTO*, de un mero comentario.

Mi propósito ha sido conseguir una obra que ayude a cuantas personas deseen ahondar en el gran mensaje del libro de Job. He dado especial atención a la investigación crítica y exegética y espero que el fruto no resulte demasiado pobre para los estudiosos. Pero desde el principio he tenido en mente no sólo a posibles estudiantes sino a todos los creyentes. De aquí el intento de enlazar con la urdimbre exegética y teológica la trama pastoral. El lector juzgará hasta qué punto se han cumplido los propósitos del autor.

Los grandes temas del libro de Job se tratan de modo que resalte objetivamente el verdadero significado del texto bíblico y que los conceptos del patriarca, al igual que los de sus interlocutores, aparezcan con realismo, despojados de todo aditamento doctrinal o devocional que pudiera desprenderse de otros libros de la Biblia. Sin embargo, salvado el rigor interpretativo, muchos de los temas se examinan en la perspectiva global de la revelación bíblica, en la que haya su total desarrollo. Este examen se ha llevado a cabo teniendo en cuenta el fondo de conceptos, hechos y problemas de nuestro tiempo, los cuales, en su mayor parte, apenas difieren de los de todos los tiempos.

Observará el lector que en los discursos de Job y sus amigos se repiten ideas, argumentos y apelaciones, repeticiones que hasta cierto punto se reflejan

inevitablemente en el comentario. Pero el lector hará bien en no pasar por alto ni leer superficialmente los pasajes en los que advierta reiteración, pues en ellos se encuentran a menudo, de modo inesperado, pensamientos comparables a magníficas gemas. Sólo una lectura atenta y perseverante permitirá valorar el rico contenido del poema de Job y llegar al final en condiciones de captar toda la grandiosidad del discurso de Yahvéh y la humillación triunfante de Job con los que culmina la obra.

Dígnese Dios usar este libro para que muchos reciban tanta luz y tanto aliento como el autor al escribirlo.

JOSÉ M. MARTÍNEZ / Barcelona, octubre 1975.

ABREVIATURAS DE VERSIONES DE LA BIBLIA USADAS EN ESTA OBRA

BE	La Santa Biblia, primera edición ecuménica Edit. Plaza y Janes
BJ	Biblia de Jerusalén
NEB	New English Bible
RV	Reina-Valera (1960)
RSV	Revised Standard Version
VM	Versión Moderna, Sociedades Bíblicas Unidas ZB - Zürcher Bibel

NOTA SOBRE EL TEXTO BÍBLICO

El autor lo ha seleccionado de diferentes versiones después de una cuidadosa comparación de todas ellas. Aun dando cierta prioridad a la versión de Reina-Valera, ha prevalecido en el criterio de selección la fidelidad al original, así como la claridad y la belleza estilística de la traducción, factores que no siempre coinciden en una misma versión. En todos los casos, al pie de cada capítulo o pasaje, se indica la versión usada.

Las diferencias de grafía en algunos nombres propios del texto bíblico se deben a la distinta forma que tienen en cada una de las versiones.

INTRODUCCIÓN

El libro de Job no precisa de preámbulos elogiosos. Habla por sí mismo. La riqueza de su contenido, cargado de un patetismo incomparable, y la majestuosidad de su estilo le hacen acreedor indiscutible de un puesto de honor no sólo en la poesía hebrea sino entre las obras maestras de la literatura universal. Tennyson lo consideró el más grande de los poemas antiguos o modernos y Carlyle afirmó: «Nada hay escrito en la

Biblia o fuera de ella de igual mérito literario.» Es un hecho reconocido que en sus páginas han hallado inspiración multitud de poetas y que su influencia es notoria en obras cimeras como La Divina Comedia, El Paraíso Perdido y Fausto.

Sin embargo, no es su valor poético lo que da a la obra una posición de encumbramiento. Lo que realmente hace de ella una joya inestimable es su calidad hondamente humana, por un lado, y su hálito divino por otro.

Job se ha convertido en algo así como un espejo en el que infinidad de personas han visto reflejadas las experiencias espirituales más intensas de su propia vida. Por eso el libro jamás ha perdido actualidad. Ni la perderá.

Mientras haya en el mundo seres humanos que sufren incomprensiblemente; mientras haya almas que agonizan enfrentándose con los misterios morales del universo, animados por la fe y atormentados por la duda; mientras haya hombres y mujeres envueltos en la perplejidad, zarandeados por circunstancias enigmáticas, pero indómitos en su búsqueda de luz; mientras haya espíritus que se debaten entre la esperanza y la desesperación, el libro de Job tendrá un mensaje único, insustituible.

No es este libro, sin embargo, fácil de entender. Ello aconseja que nos extendamos en datos introductorios que allanen el camino de la comprensión antes de adentrarnos en los capítulos expositivos que seguirán.

ÉPOCA Y LUGAR EN QUE VIVIÓ JOB

Los personajes y los hechos narrados en el libro deben situarse en la época patriarcal. El ambiente y las costumbres descritas corresponden a un período histórico anterior a la formación del pueblo de Israel. Cuadran mucho más con el fondo histórico del Génesis que con el de los libros posteriores. No sólo en el prólogo, sino a lo largo de todo el poema, se advierte una gran simplicidad, sobre todo en el orden religioso. El guía no es el profeta o el sacerdote en un sistema organizado sobre una base nacional, sino el cabeza de familia. Las relaciones entre el hombre y Dios aparecen sencillas, directas, desprovistas de todo aparato ritual, bien que no faltan los sacrificios, elemento básico aun en las formas más primitivas del culto a la divinidad.

Lo arcaico del escenario ayuda al autor a no incorporar elementos externos que pudieran distraer la atención del lector. Todo se centra y concentra en el gran protagonista y en su grandiosa experiencia interior.

El lugar en que se desarrollan las escenas es «la tierra de Uz», probablemente una región situada al Sureste de Palestina, limítrofe con Edom. Este dato acentúa el carácter universal del libro. Job no está en la línea de antecesores de Israel. Pertenece a lo que más tarde se denominaría mundo de los gentiles. Pero el poema, surgido de la pluma de un inspirado escritor israelita, es incorporado al canon del Antiguo Testamento. Su proyección espiritual trasciende las fronteras del espacio y del tiempo. En palabras de Froude, el drama de Job «no es algo que sucedió una sola vez, sino

que está insertado en la humanidad misma; es el drama de la prueba del hombre con el Dios Todopoderoso y los ángeles como espectadores».¹

AUTOR Y FECHA

Esta complicada cuestión es difícil de resolver de modo decisivo. No existe la menor base histórica para determinar quién escribió el libro de Job. La tradición talmúdica, que lo atribuía a Moisés, carece de valor crítico y, a pesar de que fue compartida por muchos de los primeros cristianos, hoy es descartada casi por unanimidad.

Los detalles de fondo patriarcal arrojan luz, como ya hemos visto, sobre el tiempo en que acaecieron los hechos narrados, pero no son indicativos de una composición mosaica o premosaica.

Franz Delitzsch, basándose principalmente en razones históricas y doctrinales, así como en la relación que observa entre Job y los restantes libros de Sabiduría (Chokma) y en los ecos que de Job descubre en los escritos sagrados posteriores, llega a la conclusión de que el autor, anónimo, vivió en tiempos de Salomón. Esta opinión, sostenida antes por Gregorio Nacianceno y por Lutero, ha sido compartida por otros críticos eminentes, entre ellos Edward J. Young, uno de los más prestigiosos en el campo evangélico. Sin embargo, un minucioso análisis temático, lingüístico y teológico del texto ha llevado a otros a fijar épocas de composición más tardías. R. K. Harrison señala una fecha no posterior al final del siglo V a. de C. como la más correcta para explicar la mayor parte de los rasgos peculiares del libro, sin que considere decisivas gran parte de las evidencias².

De todos modos, como muy bien afirman Oesterley y Robinson, «hay pocos poemas en la literatura cuya fecha y fondo histórico sean de menos importancia que en el caso del libro de Job... Es una obra universal y ésta es una de las características que le dan valor e interés para nosotros hoy».³

Las objeciones hechas por algunos a la unidad de composición del libro distan mucho de ser convincentes. Separar la prosa (prólogo y epílogo) de la parte poética y atribuir las a autores diferentes es resultado de apreciaciones subjetivas más que de una investigación seria. Como afirma Harrison, «los problemas de unidad e integridad deben relacionarse con los estilos de composición hallados en la literatura antigua del Cercano Oriente... Ciertamente, el tipo de crítica que separa los pasajes en prosa de las secciones poéticas sobre la base de que poesía y prosa son ingredientes incompatibles en la misma composición, opera con una ignorancia supina de las prácticas literarias de la antigua Mesopotamia».⁴ Aun admitiendo algunos retoques de redacción, e incluso la posibilidad de pequeñas interpolaciones posteriores a la composición del libro, podemos descartar cualquier opinión que destruya la unidad del libro.

¹ Short Studies on Great Subjects, vol. I, p. 297.

² Introduction to the Old Testament, Tyndale Press, p. 1040.

³ New Bible Dict., p. 387.

⁴ Op. cit., p. 1038.

En cuanto a la persona del autor, poco se puede decir. Sería especulación gratuita sugerir nombres. Lo único que podemos afirmar es que fue un verdadero poeta dotado de gran sensibilidad y discernimiento espiritual y que, bajo la superior inspiración del Espíritu de Dios, recogió la tradición de Job, que probablemente se había transmitido hasta sus días por vía oral, y la fijó por escrito en las páginas imperecederas de su poema.

FORMA LITERARIA Y ESTILO

Con excepción del prólogo y la conclusión, así como de algunas breves notas informativas intercaladas a lo largo del texto, el resto del libro está escrito en forma poética. Debe recordarse, sin embargo, que la poesía hebrea tenía características diferentes de las de la occidental. No ha llegado a descubrirse en aquella nada que se asemeje a la rima tal como nosotros la entendemos. La estructura de los versos no era determinada por el sonido sino por las ideas. El paralelismo, característica esencial de los libros poéticos del Antiguo Testamento, no tiene efectos fonéticos; su propósito es, mediante el uso de dos o más frases análogas, embellecer y vigorizar la expresión de un mismo concepto.

Desde el punto de vista poético, el libro de Job es de la máxima calidad, rico en metáforas y símiles, en ironías, en contrastes y en frases candentes. Por la riqueza de su vocabulario (el texto contiene 110 palabras que no se hallan en el resto del A.T.), su autor ha sido denominado el Shakespeare de tiempos del Antiguo Testamento.

Algunas de sus expresiones, fruto de una imaginación vivísima, son un ejemplo de prodigiosa originalidad («la piel de mis dientes», 19:20; «el que da cánticos en la noche», 35:10; «las puertas de su rostro», 41:14; «los párpados del alba», 41:18). El escritor sagrado revela grandes conocimientos; se muestra como un amante de la naturaleza y observador minucioso de la experiencia humana. De aquí la amplitud y profundidad de su pensamiento.

La forma literaria del poema casi escapa a toda identificación. La influencia de la tragedia griega ha sido rechazada por la mayoría de los críticos. Más bien parece seguir reglas de composición comunes en la antigüedad a escritores del Medio Oriente. No sólo en cuanto a la forma sino también respecto al contenido, el libro presenta puntos de semejanza con el Job Babilónico y el diálogo en acróstico conocido como la Teodicea Babilónica; pero la obra del autor hebreo supera en todos los aspectos a cualquier otra composición oriental. En ella se combinan la narración, el himno, la lamentación, el canto profético y el poema didáctico, lo que la convierte en una de las obras más originales. En su conjunto, depurado de todo elemento pagano, el libro revela tras su forma literaria la acción inspiradora del Espíritu de Dios.

EL TEXTO

Desde el principio, el texto de Job ha planteado grandes dificultades. La originalidad de algunos conceptos —en colisión a veces con la ortodoxia judía—, lo apasionado del

lenguaje en múltiples pasajes, la exuberancia de figuras poéticas y lo oscuro de muchas expresiones hebreas han hecho ardua la recta comprensión del original. Ni siquiera los masoretas, dedicados a transmitir con la mayor exactitud posible el texto del Antiguo Testamento, tuvieron demasiado éxito al trabajar con el libro de Job. Los traductores de la Septuaginta tropezaron igualmente con escollos. Las numerosas omisiones que en esta versión se advierten pueden, quizá, sugerirnos la «solución» dada a gran parte de los problemas textuales. Jerónimo, cuando traducía a Job para la Vulgata, aseguró que le era «escurridizo como una anguila», a pesar de la ayuda que en su tarea le prestó un maestro judío de Lydda. No debe sorprendernos, pues, la diferencia —a veces extraordinaria— que se observe al comparar las diversas versiones que hoy tenemos a nuestro alcance.

El problema resulta aún más complejo si se piensa en la posible transposición de algunos fragmentos, especialmente en los capítulos 24-28 y 31:38-40. Llama la atención, por ejemplo, lo breve del discurso de Bildad (capítulo 25) y la ausencia de una tercera intervención de Zofar, a quien se atribuye 27:7-23. No sería, sin embargo, el laconismo del primero y el silencio del segundo en este último ciclo de discursos lo más sorprendente, sino la contradicción resultante de atribuir a Job declaraciones que serían mucho más lógicas en labios de sus amigos. Todo hace pensar en una posible dislocación del texto en esta parte del libro. Por otro lado, la reconstrucción textual —tan variada como subjetiva— dista mucho de estar aclarada, motivo por el cual subsisten las dificultades.

El himno a la sabiduría del capítulo 28, considerado como adición editorial por algunos, es probablemente una composición independiente del propio autor, pero en conexión lógica con los pasajes que lo rodean. Pone al descubierto la ignorancia tanto de Job como de sus amigos respecto al modo de actuar de Dios en relación con los hombres. Por otro lado, bosqueja indirectamente los puntos principales de los discursos divinos que siguen en los capítulos 38-41. Constituye, pues, un enriquecimiento del libro.

Los discursos de Eliú presentan especiales dificultades de tipo crítico, por lo que muchos comentaristas creen que esta sección del libro no formaba parte del poema original, sino que fue añadida posteriormente. Las razones en que se basa esta conclusión no carecen de fundamento. Sin embargo, las opiniones siguen divididas. Es verdad que la intervención de Eliú aporta poco de nuevo para resolver el problema planteado en el diálogo que la precede, pero muestra una reverencia y una sensibilidad especiales respecto a Dios que quizá faltan tanto en Job como en los tres amigos. Se observa, además, una comprensión más honda del pecado y una percepción más clara del aspecto pedagógico del sufrimiento, que Dios envía con fines saludables. Esta porción viene a ser un complemento del diálogo anterior y una introducción a la intervención de Dios. Como A. B. Davidson ha indicado, sin los discursos de Eliú, el libro de Job sería indudablemente más pobre.

Afortunadamente, las versiones más recientes de la Biblia en las principales lenguas recogen el fruto de un enorme trabajo de investigación seria y a través de ellas podemos acercarnos, mucho más de lo que cabía esperar hace unos años, al texto original de Job.

¿HISTORIA O PARÁBOLA?

Desde tiempos antiguos ha habido opiniones diversas sobre la historicidad de Job. Los primeros Padres de la Iglesia, al igual que los rabinos judíos, consideraron el libro como una composición absolutamente histórica. Pero ya en el siglo III d. de C., según el Talmud, un tal Resh Lakish, en diálogo con Samuel Bar-Nachman, hizo la sugerencia de que Job no había existido, sino que era una mera parábola. Desde entonces, no han faltado quienes han visto en el poema de Job una obra de ficción con fines de instrucción moral y religiosa, aunque los rasgos acusadamente humanos del protagonista hagan de él un personaje casi real, al estilo de Don Quijote o de Hamlet.

Nada nos impide admitir que el Espíritu Santo, inspirador de la Sagrada Escritura, pudiera inducir al autor a usar una parábola para darnos el gran mensaje contenido en Job. Cristo hizo gran uso de esa forma de ilustración. Debe reconocerse, sin embargo, que no hay argumentos suficientemente sólidos para rechazar el sustrato histórico del libro. Algunos textos bíblicos, con los que coincide la tradición oriental, confirman la existencia real de Job (Ezequiel 14:14-20 y Santiago 5:11). Este dato es de valor decisivo. Además, como honradamente reconoce Ewald, «la invención de un relato sin la base de unos hechos, la creación de una persona presentada como si hubiera tenido existencia histórica real, es completamente ajena al espíritu de la antigüedad; sólo aparece en la época más tardía de la literatura de cualquier pueblo antiguo y en su forma completa en los tiempos más modernos».⁵ De la misma opinión es J. F. Genung cuando asevera que los escritores hebreos «no producen sus héroes como fruto de pura imaginación; usan una base auténtica de hechos».⁶

Lo apuntado sobre la historicidad de Job no debe significar forzosamente que su libro ha de considerarse «historia» en el sentido en que hoy entendemos el término. Más bien debemos ver una producción en la que el núcleo histórico, conservado por tradiciones fidedignas, es desarrollado poéticamente por el autor bajo la acción inspiradora de Dios mismo.

EL MENSAJE DE JOB

Es incontable el número de creyentes que han hallado consolación en la lectura de las páginas de Job, pero pocos relativamente han calado hondo en su mensaje. Admirar al personaje por su paciencia y su fe frente a la pérdida de bienes, de seres queridos y de la propia salud es interpretar su experiencia con excesiva superficialidad. El problema de Job no fue de carácter económico, físico, sentimental o social, sino religioso. Lo que en su caso se puso a prueba no fue su resistencia frente a la adversidad, sino su capacidad espiritual para seguir confiando en Dios sin entender el desarrollo de su providencia. Lo más patético de su agonía interior fue la colisión brutal entre su teología —que era la imperante en aquella época— y su experiencia. Vino así a ser precursor de muchos otros creyentes cuyas estructuras doctrinales, al parecer bien fundadas,

⁵ Das Buch Hiob, Einleitung, p. 15.

⁶ International Standard Bible Encyclopedic. p. 1679.

han sufrido las violentas sacudidas de vivencias desconcertantes. Quienes hayan padecido este trauma podrán entender mejor la verdadera naturaleza de la prueba de Job.

Los grandes interrogantes que surgen a lo largo del poema han preocupado a la humanidad de todos los tiempos. ¿Por qué la prosperidad y el dolor no siempre corresponden a la integridad moral y a la maldad, respectivamente? ¿Se interesa Dios por los hombres o no? En caso afirmativo, ¿es un Dios amigo o un adversario? ¿Es posible llegar a conocerle? ¿Es regido el universo conforme a principios de justicia? ¿Vale la pena vivir? ¿Hay algo después de la muerte? Pero estas cuestiones no tienen en Job una respuesta inmediata, clara y decisiva.

El libro no es un tratado poético de teodicea escrito con el propósito de justificar a Dios en el gobierno moral del universo. Tampoco es una explicación al misterio del sufrimiento humano. Ni una ilustración de cómo soportar con ánimo las desgracias; a este respecto no es Job precisamente el ejemplo más inspirador.

Menos aún podemos usarlo como testimonio anticipado de algunas de las más grandes verdades cristianas. Uno de los errores cometidos al interpretar este libro de la Biblia ha sido ver en sus páginas más de lo que realmente contienen, atribuir a Job convicciones y esperanzas que sólo son posibles a la luz de la revelación del Nuevo Testamento. Job no es el texto bíblico más idóneo para aprender las doctrinas de la universalidad del pecado, de la justificación, la redención o la resurrección, aunque contenga elementos o atisbos maravillosos de las mismas.

¿Cuál es, pues, el propósito del libro de Job? Por un lado, exponer el enfrentamiento de un hombre con el enigma de su vida en toda la plenitud de su dramatismo existencial. La contemplación de su lucha, con sus momentos fulgurantes y sus horas de tinieblas, con su derroche de fe y su honda consternación, con sus briosos saltos a alturas celestiales y sus abatimientos a las puertas del Seol, es algo que impresiona, pero al mismo tiempo reconforta.

Por otro lado, se demuestra en Job —y esto es el meollo de su mensaje— lo inadecuado de las especulaciones humanas para explicar el misterio del sufrimiento, así como lo absurdo de pretender juzgar a Dios. Nuestro conocimiento es siempre limitado e imperfecto. Nuestros conceptos del Altísimo adolecen de prejuicios. A menudo nos preocupan más sus obras que El mismo; lo que hace con nosotros, más que lo que El es. Esta preocupación revela, en el fondo, nuestro egoísmo. Por eso Dios, cuando al final habla con Job, no contesta las preguntas que éste había formulado. Se limita a mostrarle la majestad de su sabiduría y su poder desplegados en las maravillas de la creación.

Ante esta manifestación del Todopoderoso, Job enmudece. Cesa en sus preguntas y se somete. Ya no arguye; confía. No se yergue con osadía para defender su causa; se humilla, y en su humillación triunfa. Todavía no está libre de sus tribulaciones, pero tiene paz. Está en las manos de un Dios soberano, pero maravilloso, e intuye que en ellas está seguro, pase lo que pase. Aunque en las circunstancias de su vida prevalece aún la oscuridad, su corazón se regocija radiante de luz.

Otra de las finalidades del libro es, sin duda, ampliar nuestra comprensión de lo que acontece en el mundo con una visión de lo que sucede más allá de lo visible. El prólogo es imprescindible para entender el resto del libro. Detrás, y por encima del escenario en que se desarrolla el drama de Job, tiene lugar un enfrentamiento entre Dios y Satanás. Aquí radica la clave de la explicación del tormento de Job. Es verdad que ni él ni sus amigos son meras piezas de ajedrez en una partida entre dos rivales sobrehumanos; pero no es menos cierto que la prueba de Job responde a un propósito, sabio y bueno, de Dios. En su realización se pondrá de manifiesto el embuste diabólico de que Job sirve al Dios Omnipotente a cambio de los beneficios que dé El recibe, que su piedad es puro pragmatismo. Dios corre el riesgo. El diablo obtiene permiso para desatar su furia contra la víctima; pero fracasa en su propósito; su tesis no se confirma. Job se agita, duda, maldice, protesta, se indigna, clama; pero no sucumbe. Tiene ideas erróneas de Dios; pero no lo incluye en sus maldiciones. Duda del valor práctico de la piedad, pero no renuncia a ella para entregarse a la maldad. De este modo, los grandes sufrimientos de Job, lejos de ser evidencia de un juicio divino contra él, prueban la confianza que en él tenía Dios, confianza que no se trocó en decepción.

Al final del conflicto, un Job purificado y espiritualmente enriquecido es monumento vivo al Dios que vence sobre las fuerzas del mal y eleva al hombre a alturas gloriosas de redención. De este modo, el mensaje del libro ilumina la historia de la humanidad entera. De ahí su grandeza.

PROLOGO DEL LIBRO

JOB, EL HOMBRE

Había una vez en el país de Us un hombre llamado Job: hombre cabal, recto, que temía a Dios y se apartaba del mal. (Job 1:1 BJ)

Empieza el relato bíblico con una frase que nos hace recordar el modo habitual de dar principio a un cuento. Pero ¡qué frase! No podía estar más cuajada de significado. Job es, en primer lugar, un hombre, un hombre de carne y hueso, con toda la complejidad misteriosa del ser humano, con su haz de sentimientos y reacciones contradictorios. Su experiencia densísima discurre ahora bajo ciertos sonrientes, ora sobre abismos de depresión hacia los que resbala su pie. Job no es un semidiós o un santo legendario, todo fe, toda resignación, toda victoria. Job es nuestro hermano; a semejanza de Elías, de igual condición que nosotros (Santiago 5:17).

Es importante que no perdamos de vista este aspecto primordial de aquel patriarca. Nos será muy útil para librarnos de la miopía espiritual que a menudo nos impide ver lo que realmente somos. Causa pena oír a algunos cristianos que, sin parar mientes en ninguna circunstancia, censuran acerbamente al hermano que duda, yerra, claudica o cae. Duele tanto como su fe deshumanizada, carente de amor, su incomprensión, su incapacidad para percatarse de la trama complicadísima de la conducta humana. Ese cristiano confunde el cielo con la tierra, la glorificación con la santificación. Ignora lo

que hay en su propio corazón y no advierte los precipicios que a cada instante se abren a sus pies. No ha profundizado en la enseñanza bíblica sobre el pecado, lo que le impide apreciar debidamente las maravillas de la gracia de Dios. Ese cristiano nunca podrá tener comunión espiritual íntima con Abraham, con Moisés, con David, con Elías o con Jeremías, con Pedro o con Pablo. Y, por descontado, ninguna comunión con Job, el cual fue, desde el principio hasta el fin, eso: un hombre.

En cuanto al nombre de Job, como ya adelantamos en la introducción, no ha podido determinarse con precisión su significado. Algunos opinan que puede traducirse por «regreso» o «arrepentimiento», lo que daría expresión al momento final de la experiencia de Job. Otros han supuesto que el hebreo *lyyób* se deriva de *áib*, ser hostil, y significaría el que les tratado hostilmente. Tanto en un caso como en otro es, posible que tal nombre fuera dado a Job después de su prueba como adición a otro anterior, de modo análogo a como el de Pedro fue añadido a Simón. Pero la verdad es que estas suposiciones carecen de base sólida. Job sigue siendo el varón de nombre oscuro. Oscuro es también su linaje. ¡Mejor! Así se nos muestra con más relieve el hombre, con un rasgo más acusado de universalidad. Así se acorta la distancia entre él y cualquiera de nosotros.

JOB, EL SANTO

Le habían nacido siete hijos y tres hijas. Tenía también 7.000 ovejas, 3.000 camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y una servidumbre muy numerosa. Este hombre era, pues, el más grande de todos los hijos de Oriente. Solían sus hijos celebrar banquetes en casa de cada uno de ellos, por turno, e invitaban también a sus tres hermanas a comer y beber con ellos.

Al terminar los días de estos convites, Job les mandaba a llamar para purificarlos; luego se levantaba de madrugada y ofrecía holocaustos por cada uno de ellos. Porque se decía: «Acaso mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en su corazón.» Así hacía Job siempre. (Job 2:1-5 BJ)

Job fue realmente un hombre, pero un hombre admirable. Con cuatro pinceladas el autor ha logrado un magnífico retrato moral. Job fue «cabal y recto; temía a Dios y se apartaba del mal» (v. 1). No fue perfecto, como traduce la versión de Reina-Valera, en el sentido de que jamás cometiera pecado. Y esto él mismo lo sabía bien (13:26; 14:16, 17). Pero fue un hombre entero, íntegro en todos los aspectos. «No fue, como imaginaron Satanás y después los tres amigos, una cosa por fuera y otra por dentro» (S. R. Driver).

Su piedad no se limitaba a determinados sectores de su vida. Lo dominaba todo. Por eso era recto en sus relaciones con todos sus semejantes. Jamás hubo sinuosidades en sus actos, ni aviesas intenciones, ni la más leve desviación en aras de intereses personales. El temor de Dios era la fuerza determinante de su conducta. Para Job, Dios contaba de veras. Había aprendido a vivir delante de Él. Había descubierto que acercarse a Dios es el bien (Salmo 73:28). Y, como consecuencia, «se apartaba del mal».

Su propio testimonio (29:12-17 y 31:1-34), presentado con toda naturalidad y honradez, es impresionante. Pocas personas han alcanzado una talla espiritual como la suya. Dechado de fe y de virtud, mereció que Dios le otorgara el título reservado para los más distinguidos prohombres de su pueblo: «mi siervo» (8).

De especial significación es la circunstancia de inusitada prosperidad (2 y 3) en que la piedad de Job se mantuvo. La experiencia ha demostrado en infinidad de casos que no es nada fácil perseverar en los caminos de Dios cuando el creyente posee bienes materiales en abundancia. Cuesta ser fiel ante los golpes de la adversidad; pero no cuesta menos serlo cuando todo es comodidad y llenura. La opulencia siempre entraña una gran prueba. «No sólo existe una tentación de izquierda —como solía decir Lutero— consistente en desgracias, plagas, enfermedades, penuria y muerte. Existe también una tentación, no menos peligrosa, de derecha en los días de felicidad, de honores y riquezas, de posesión y bienestar. ¡Cuán fácilmente acontece que el hombre, al encumbrarse, arroja de sí el temor de Dios y reniega de su Creador!»⁷

Nunca como en nuestro tiempo, cuando vivimos inmersos en una sociedad de consumo, se había visto el alcance de esa realidad con sus trágicas consecuencias. Muchos creyentes, aun sin caer totalmente en esa tentación, sin llegar a la apostasía, se contagian de materialismo y su vida espiritual queda aletargada en una atmósfera de tibieza. No fue ése el caso de Job, quien poseyó muchos bienes sin ser nunca poseído por ellos. En sus manos no fueron las riquezas un fin, sino un medio para hacer más productiva su vida al servicio de Dios y de su prójimo. Sin duda, tuvo siempre presente la causa de su prosperidad: «Jehová dio» (21), y ello le libró de sucumbir espiritualmente entre los lazos de tanta bendición temporal.

Otra faceta radiante de la piedad de Job la encontramos en su vida familiar, en cuyo seno prevalecía una armonía ejemplar. El hecho de que los hijos tuvieran sus propias casas (4) da a entender que habían alcanzado su mayoría de edad. Pero su emancipación del hogar paterno no afecta lo más mínimo a la relación fraternal entre sí, que se distingue por una generosidad amorosa y alegre. Periódicamente, y turnándose las casas, celebraban fiestas en las que se reunían todos los hermanos, incluidas las tres hermanas que vivían con los padres. No hay datos que permitan precisar la frecuencia de tales ágapes. Algunos comentaristas creen ver en ellos celebraciones de cumpleaños. Otros sugieren ciclos semanales. Sea como fuere, parece que los banquetes tenían lugar con frecuencia en una rotación ininterrumpida.

A esta práctica nunca se opuso Job. No quiso que sus hijos vieran en él un aguafiestas. Tal vez quiso refutar anticipadamente la afirmación de quienes aseguran que debernos acudir a Dios para las grandes solemnidades y al diablo para los ratos agradables. Su piedad no era mojigatería. Tenía mayor profundidad. Era incompatible con la maldad, pero no con la alegría. Nada hay más peligroso que someter a los hijos a unas formas externas de religiosidad sin llegar a comunicarles el contenido vivo de una verdadera fe. Probablemente Job otorga libertad a sus hijos porque los ve suficientemente responsables. El permanece ausente de las comidas fraternales; pero su ausencia no es inhibición y mucho menos despreocupación. Lleva en su alma a todos sus vástagos.

⁷ Helmut Lamparter, Das Buch der Anfechtung, p. 25.

Distante de un pietismo de vía estrecha, pero de conciencia sumamente sensible, piensa en la posibilidad de que, en el calor de la fiesta, de alguna manera hayan ofendido a Dios' y se apresta a ofrecer sacrificios expiatorios en favor de cada uno de ellos. Conocía las tendencias pecaminosas del hombre. Y algo sabía del remedio. ¡Con cuánta diligencia cumple Job su misión sacerdotal en el seno de la familia!⁸

Tan admirable como su diligencia es su delicadeza, casi diríamos, pastoral. Cuesta pensar que Job no instruyera y amonestara a sus hijos en el momento oportuno, probablemente antes de sus reuniones fraternales; pero después no los sometía a interrogatorio. Al admitir la posibilidad de algún desliz, su actitud no es de condenación sino de reparación. Por supuesto, no en todos los casos sería recomendable esta forma de actuar. Un exceso de tolerancia puede tener consecuencias nefastas. Recuérdese la amarga experiencia familiar de Elí (1. ° Samuel 2:12 y ss.). Pero no es menos devastadora la acción de una excesiva rigidez paterna sobre la vida de los hijos. Nunca debiera olvidarse que la verdadera disciplina es eminentemente positiva y tiene por objeto, no la humillación del disciplinado, sino más bien su perfeccionamiento. Quizá lo más importante es subrayar que la mejor sabiduría para educar a los hijos sólo se obtiene donde la encontró Job: en la comunión con el Dios que él buscaba al levantarse de madrugada.

Es cierto que el texto bíblico no presenta los hijos de Job con la misma fe —si bien es posible que la compartieran— e integridad moral que el padre. Pero tampoco alude a pecados concretos, como se hace en el caso de los hijos de Samuel (1. ° Samuel 8:3). Sus lapsos se señalan como una posibilidad, no como una realidad. Aparecen esos hombres ante nosotros sin estridencias negativas y sin grandes esplendores espirituales (característica frecuente de la «segunda generación»); pero dan ejemplo de cariño fraternal, de lealtad mutua, en un ambiente que refleja no sólo el bienestar material de que gozaban, sino la influencia de su venerable padre.

Hoy, cuando el mundo sufre los efectos desastrosos de la desintegración de la familia, contemplar a Job y los suyos en sus relaciones paternofiliales es como respirar una brisa de aire puro en un ambiente de horrible contaminación.

EL PRINCIPIO DE LA PRUEBA

El día que los Hijos de Dios venían a presentarse ante Yahveh, vino también entre ellos Satán. Yahveh dijo a Satán: « ¿De dónde vienes?» Satán respondió a Yahveh: «De recorrer la tierra y pasearme por ella.» Y Yahveh dijo a Satán: « ¿No te has fijado en mi siervo Job? ¡No hay nadie como él en la tierra; es un hombre cabal, recto, que teme a Dios y se aparta del mal!»

⁸ En el original hebreo se lee literalmente: «no sea que hayan... bendecido a Dios en su corazón», verbo que ha sido considerado por algunos como eufemismo para expresar la idea contraria: maldecir o blasfemar. Otros exegetas le han dado un significado más suave. La misma palabra se encuentra en 2:5, que la versión de Nácar-Colunga traduce por «volver la espalda». Delitzsch traduce: «Es posible que mis hijos hayan pecado y excluido a Dios de sus corazones», y hace el siguiente comentario: «Job teme que sus hijos se hayan olvidado un tanto de Dios durante sus joviales reuniones.»

Respondió Satán a Yahveh: « ¿Es que Job teme a Dios de balde? ¿No has levantado tú una valla en torno a él, a su casa y a todas sus posesiones? Has bendecido la obra de sus manos y sus rebaños hormiguean por el país. Pero extiende tu mano y toca todos sus bienes; ¡verás si no te maldice a la cara!» Dijo Yahveh a Satán: «Ahí tienes todos sus bienes en tus manos. Cuida sólo de no poner tu mano en él.»

Y Satán salió de la presencia de Yahveh. (Job 1:6-12 BJ)

«Un día...» Poco podía imaginarse Job lo que aquel día iba a significar para el resto de su vida. Al levantarse, todo proseguía como siempre, con la misma calma, el mismo bienestar, la misma luminosidad. Nada daba a entender que aquel día fuese diferente de los anteriores. Sin embargo, aun sin que Job lo supiera, fue un día trascendental. En la vida de todos hay días así, tremendamente decisivos, que, a nuestras espaldas, marcan el principio de las más grandes experiencias. ¿Caprichos del destino? A esta conclusión suele llegar el ateo. El creyente hace suyas las palabras del salmista: «En tu mano, Señor, están mis tiempos» (Salmo 31:15) y sabe que aun los días más cruciales de su existencia están bajo el control de Dios. Job tardó en alcanzar esta certidumbre. ¡Si hubiese presenciado la escena que tuvo lugar en la corte celestial! Esto habría despojado a la tentación de su aguijón más punzante. Pero la prueba sólo cumple su finalidad cuando pasamos por ella sin ver y, a menudo, sin entender. «Por fe andamos, no por vista» (2.a Corintios 5:7).

El versículo 6 descubre el velo que separa lo visible de lo invisible y nos introduce en la presencia misma de Dios, ante el cual comparecen sus «hijos», los miembros del consejo celestial.⁹ Entre ellos aparece Satán, el adversario. El nombre se deriva de un verbo que significa interponerse en el camino, oponerse, tratar con animosidad. Fuera del libro de Job, lo hayamos dos veces más en el Antiguo Testamento (1. ° Crónicas 21:1 y Zacarías 3) con el mismo significado.

No parece válida la interpretación según la cual el Satán de Job era algo así como el fiscal celestial o un ejecutor imparcial de juicio, un supervisor de moralidad, comisionado por Dios.¹⁰ Más bien su descarada negación de la palabra de Dios y su malignidad en los ataques contra Job lo identifican como el «padre de mentira» y el «homicida» denunciado por Jesucristo (Juan 8:44), como el «diablo» o acusador de los santos (Apocalipsis 12:10).

En nuestros días el concepto del diablo como un ser real goza de poca simpatía. Muchos se resisten a ver en él más que una figura mítica con la que se representa las fuerzas del mal. Esta idea es, en cierto modo, el fruto lógico de una siembra desafortunada. Los cuadros aterradores de antaño en los que Satanás exhibía cuernos y rabo, armado de tridente entre hirvientes calderas, hoy sólo provoca sonrisas burlonas. No es éste, por supuesto, el cuadro que nos presenta la Biblia. Pero si nos atenemos a los datos suministrados por ella, hemos de admitir la existencia de Satanás y de seres demoníacos, reales, aunque invisibles. Jesús, cuando fue tentado en el

⁹ La Septuaginta traduce: «los ángeles de Dios». Como ilustración, compárese 1. ° Reyes 22:19-22. Véase también Salmo 89:6-8, muy afín al libro de Job.

¹⁰ Herder y Eichhorn, citados por Delitzsch, Biblical Comm. on the Book of Job, p. 57.

desierto, no se enfrentó con una fuerza impersonal. Los fenómenos de pasamos por ella sin ver y, a menudo, sin entender. «Por fe andamos, no por vista» (2.a Corintios 5:7).

El versículo 6 descorre el velo que separa lo visible de lo invisible y nos introduce en la presencia misma de Dios, ante el cual comparecen sus «hijos», los miembros del consejo celestial.' Entre ellos aparece Satán, el adversario. El nombre se deriva de un verbo que significa interponerse en el camino, oponerse, tratar con animosidad. Fuera del libro de Job, lo hayamos dos veces más en el Antiguo Testamento (1. ° Crónicas 21:1 y Zacarías 3) con el mismo significado.

No parece válida la interpretación según la cual el Satán de Job era algo así como el fiscal celestial o un ejecutor imparcial de juicio, un supervisor de moralidad, comisionado por Dios.' Más bien su descarada negación de la palabra de Dios y su malignidad en los ataques contra Job lo identifican como el «padre de mentira» y el «homicida» denunciado por Jesucristo (Juan 8:44), como el «diablo» o acusador de los santos (Apocalipsis 12:10).

En nuestros días el concepto del diablo como un ser real goza de poca simpatía. Muchos se resisten a ver en él más que una figura mítica con la que se representa las fuerzas del mal. Esta idea es, en cierto modo, el fruto lógico de una siembra desafortunada. Los cuadros aterradores de antaño en los que Satanás exhibía cuernos y rabo, armado de tridente entre hirvientes calderas, hoy sólo provoca sonrisas burlonas. No es éste, por supuesto, el cuadro que nos presenta la Biblia. Pero si nos atenemos a los datos suministrados por ella, hemos de admitir la existencia de Satanás y de seres demoníacos, reales, aunque invisibles. Jesús, cuando fue tentado en el desierto, no se enfrentó con una fuerza impersonal. Los fenómenos de posesión demoníaca descritos en los evangelios no pueden explicarse como simples trastornos psíquicos o recurriendo a la sugerencia —de base muy poco sólida, por cierto—de que Jesús se acomodaba a las creencias de su época. Las enseñanzas de Jesús y su proyección en los escritos apostólicos no dejan lugar a dudas sobre la realidad misteriosa de los ángeles caídos y su relación con la historia de la humanidad. Por otro lado, al margen de la Escritura, cuando se piensa seriamente en el curso de esa historia, plagada de odios y violencias, de pasiones, de superstición, de soberbia y endiosamiento, no hay que esforzarse demasiado para admitir la posibilidad —al menos la posibilidad— de que en el gran drama humano, además de los personajes que actúan en el escenario, haya otros que se mueven entre bastidores.

En el diálogo entre Yahvéh y Satán la respuesta de éste a la primera pregunta: « ¿De dónde vienes?», no parece importante: «De recorrer la tierra y pasearme por ella.» Nos da a entender, no obstante, lo incansable de la actividad del diablo y lo ilimitado de su campo. La tierra entera le está abierta. En sus andanzas no hay frontera que le cierre el paso. Ningún régimen político puede impedir su presencia. El apóstol Pedro también nos da el cuadro de un diablo «peripatético» o paseante, pero lo completa revelándonos sus intenciones siniestras (1.a Pedro 5:8). Es Satán y no Dios quien recorre el mundo observando los fallos de los hombres para acusarlos. En 2. ° Crónicas 16:9 leemos: «los ojos de Yahvéh recorren toda la tierra», pero no en funciones de supe policía, sino para «fortalecer a todos los que tienen corazón entero para con El».

El testimonio de Dios sobre Job (8) induce a Satán a lanzar una pregunta que constituye todo un reto: « ¿Es que Job teme a Dios de balde?»

Esta intervención del diablo recuerda la tentación en el Edén, cuando trató de desacreditar a Dios ante Eva. Ahora intenta desprestigiar a Job ante Dios. En ambos casos recurre a la pregunta provocativa y acaba negando la declaración de Dios.

En el caso de Job, el adversario se abstiene de un ataque frontal. No puede negar la fe y la integridad del ciervo de Yahvéh. Pero pone en tela de juicio los móviles que le animan. Conoce bien la experiencia de innumerables seres humanos que mantienen con Dios una actitud de dación y toma (do, ut des, doy para que des). El motivo profundo de su piedad no es el amor, ni el deseo de glorificar a Dios, sino el propio beneficio. Este egoísmo puede adquirir formas refinadas de ambición espiritual. «Puede aunarse a la renuncia a una fortuna temporal y orientarse hacia una meta ultra terrena, hacia la "vida eterna", hacia la "bienaventuranza celestial". Pero ¿qué se gana con eso? La prestación que se espera de Dios es en cierto modo trasladada a un piso superior, se traspone a la vida futura; pero el móvil sigue siendo el mismo; por eso no es menos condenable.»¹¹ Como escribía Lutero en su comentario sobre la epístola a los Romanos, el hombre está tan inclinado sobre sí mismo (in se incurvatus) que incluso su amor a Dios constituye un amor de sí mismo embozado.

La pregunta de Satán era, pues, de importancia capital. Si él tenía razón, resultaba —y resulta— que jamás ha habido verdadera devoción a Dios en el corazón humano. Dios ha fracasado rotundamente en sus intentos de recuperar la amorosa lealtad del hombre. Por eso Dios acepta el desafío del diablo. Dios sabe que ni Job ni ningún hijo de Adán carecen de pecado. El conoce, como nadie, los diversos componentes espirituales de nuestra piedad y discierne las raíces más ocultas de nuestro egoísmo. Pero sabe, asimismo, que nunca han faltado hombres que, a pesar de sus defectos y pecados, han podido decirle lo que un día dijera Pedro a Jesús: «Tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo.» Job fue uno de esos hombres. Por eso Dios confió en él. Y autorizó la prueba.

En un instante retira Dios la valla protectora que hasta entonces había rodeado la casa y las posesiones de Job. Satanás tiene vía libre, aunque dentro de unos límites. En sus ataques sucesivos mostrará su gran poder y maldad, pero también su impotencia para ir más allá de lo que Dios le permite. Además, en el ejercicio libre de su voluntad, el diablo se convierte en último término en el siervo de Dios, en el instrumento por el cual se cumplirán los propósitos divinos. Estos hechos deben animarnos. El diablo no es un pequeño dios. Es una criatura que, a pesar de su rebeldía prepotente, no puede anular la soberanía de Dios. Y mientras Dios sea soberano, está asegurado el triunfo final de la justicia y del amor.

EL INFORTUNIO DESENCADENADO

¹¹ H. Lamparter, op. cit., p. 29.

El día en que sus hijos y sus hijas estaban comiendo y bebiendo vino en casa del hermano mayor, vino un mensajero donde Job y le dijo: «Tus bueyes estaban arando y las asnas pastando cerca de ellos; de pronto irrumpieron los sabeos y se los llevaron, y a los criados los pasaron a cuchillo. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.» Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro que dijo: «Cayó del cielo el fuego de Dios, que quemó las ovejas y pastores hasta consumirlos.

Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.» Aún estaba hablando éste, cuando llegó otro que dijo: «Los caldeos, divididos en tres cuadrillas, se lanzaron sobre los camellos, se los llevaron, y a los criados los pasaron a cuchillo. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.» Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro que dijo: «Tus hijos y tus hijas estaban comiendo y bebiendo en casa del hermano mayor.

De pronto sopló un fuerte viento del lado del desierto y sacudió las cuatro esquinas de la casa; y ésta se desplomó sobre los jóvenes, que perecieron. Sólo yo pude escapar para traerte la noticia.» Entonces Job se levantó, rasgó su manto, se rapó la cabeza, y postrado en tierra, dijo: «Desnudo salí del seno de mi madre, desnudo allá retornaré. Yahveh dio, Yahveh quitó: ¡Sea bendito el nombre de Yahveh!»

En todo esto no pecó Job, ni profirió la menor insensatez contra Dios. (Job 1:13-22 BJ)

El ataque no se hizo esperar. Satán salió de la presencia de Dios e inmediatamente puso en acción sus recursos. Hombres y elementos naturales le sirven de instrumentos para asestar a Job cuatro golpes durísimos. Con los tres primeros lo despoja de todo su ganado y aniquila a sus criados, de los cuales sólo escapan los mensajeros del infortunio. Con el cuarto, sepulta a todos sus hijos entre las ruinas de la casa del primogénito. Las noticias llegan a oídos de Job una tras otra, sin interrupción, sin darle tiempo para rehacerse. Fray Luis de León usó un símil que ilustra aquel cúmulo de tragedias: como las olas encrespadas se suceden unas a otras para estrellarse contra la roca, así se sucedían y azotaban a Job las malas nuevas. En unas horas, el panorama de su vida había cambiado por completo. Había sufrido un auténtico bombardeo de adversidades terribles, y donde todo había sido abundancia, alegría y vida, ahora todo era despojamiento, dolor y muerte.

Hay en el versículo 20 un patetismo indescriptible. Si el lector se detuviera en él, su ánimo quedaría en suspenso, en tensión de incertidumbre. Posiblemente ya la noticia de la primera desgracia había postrado a Job en una postura de abatimiento. Y postrado sigue mientras los criados le informaban de lo acontecido. El último ha acabado de hablar. No entra ninguno más. ¿Acaso podían esperarse más calamidades? Ha llegado el momento de la reacción. ¿Qué hará Job? Podía haber quedado sumido en su postración, en una actitud de doliente pasividad. Pero no. Job se levantó, rasgó su vestido y rapó su cabeza en señal de duelo. No estaba practicando meramente un rito externo común en aquellos tiempos en tales circunstancias. Expresaba de modo espontáneo la amargura que embargaba su corazón. ¿Qué decisiones inspiraría esa amargura? ¿Alzaría Job su puño contra el cielo? ¿Maldeciría a Dios por haber permitido tanta desgracia? ¿Daría la razón a Satán? El texto bíblico que sigue es sencillamente maravilloso: «cayó en tierra, se

postró y dijo: "Desnudo salí del vientre de mi madre; desnudo allí retornaré. Yahvéh dio, Yahvéh quitó: ¡Sea bendito el nombre de Yahvéh! "»

En el modo de reaccionar de Job vemos de nuevo al hombre y al santo. La fe no le privó de la sensibilidad. Es que un creyente no es una piedra. No debe serlo. Ni Jesús mismo lo fue (Juan 11:33-38). En ningún pasaje de la Biblia se nos prohíbe conmovernos o llorar. Pero las mismas tribulaciones —generalmente en menor escala— que a muchos hombres han conducido a la desesperación, movieron a Job a la adoración.

En su declaración, expresa Job su interpretación del hombre y de la vida con todo realismo. La adversidad lo ha desnudado. Aparte de la propia vida, poco o nada le queda. Pero ¿significa eso un auténtico despojamiento en lo que respecta a su personalidad? Nada trae el hombre al nacer y nada se lleva al morir.¹² ¿Qué es lo que realmente necesita para vivir?

Sólo en cierto sentido tenía razón Ortega y Gasset cuando afirmaba que el hombre es él y su circunstancia. El verdadero hombre, por más que las circunstancias hayan contribuido a su formación, una vez ha alcanzado madurez, está por encima de ellas y él permanece cuando lo contingente, a modo de andamiaje, desaparece o cambia. Lo más valioso de Job no radicaba en lo que poseía, sino en lo que él mismo era. Como S. R. Driver destaca al comparar el carácter de Job con su prosperidad, «el uno es esencial, lo otro es accidental. Sin su carácter, Job no es nada; sin su riqueza, sigue siéndolo todo».¹³ No lo que tenemos, sino lo que somos. Ahí se esconde el secreto de la verdadera grandeza.

«Yahvéh dio, Yahvéh quitó. ¡Sea alabado el nombre de Yahvéh!» Job reconoce la soberanía de Dios y la acepta con espíritu de adoración. Sin duda, entendía que lo que Dios le había dado se lo había dado por pura gracia, no en pago a especiales merecimientos. ¿Qué derecho o razón tenía para reprocharle el que ahora se lo quitara? No sabemos hasta dónde alcanzaba el conocimiento que Job tenía de la providencia sabia, justa y bondadosa de Dios. Pero nos avergüenza su actitud de siervo sumiso ante su Señor. «En todo esto no pecó Job ni atribuyó despropósito a Dios.»¹⁴

¿Sugiere ya el autor que en ulteriores reacciones Job no se mantuvo a la altura de esta magnificencia espiritual? Posiblemente; pero en todo caso las nubes que aparecen después no oscurecen la gloria de su triunfo en los primeros encuentros con las fuerzas del adversario. La pérdida de sus bienes no significó la pérdida de su fe. Job honraba y

¹² La frase del texto «desnudo allá retornaré» se refiere, no al seno de la madre, sino al de la tierra. Esta metáfora era, al parecer, común entre los judíos. Comp. «Un yugo pesado hay sobre los hijos de Adán, desde el día que salieron del vientre de su madre, hasta el día del retorno a la madre de todo» (Eclesiástico 40:1).

¹³ The International Critical Commentary, Job, pp. 1 y 2.

¹⁴ Esta traducción debe preferirse a la de la Biblia de Jerusalén («... ni profirió la menor insensatez contra Dios»), que sigue la línea de algunos escrituristas. El significado literal de la palabra hebrea es «insipidez» (véase 6:6), y lo que el autor quiere decir probablemente es que Job no atribuye a Dios un modo de actuar insulso, carente de sentido, sin propósito, propio únicamente de una persona de escaso juicio

servía a Dios independientemente de lo que de Él recibía. El vaticinio satánico (11) no podía tener un mentís más rotundo. Aquel hecho demostró que «hay un servicio a Dios que no es obra en busca de premio; es una lealtad sentida en el corazón, una ansia de la presencia de Dios que sobrevive a la pérdida y al sufrimiento; que, a pesar de lo que parece contradictorio, se adhiere a lo divino como la aguja imantada busca el polo, y que se remonta por encima de la oscuridad y los sinsabores de esta vida a la luz y el amor de un más allá».¹⁵

AL BORDE DE LA DESTRUCCIÓN

El día en que los Hijos de Dios venían a presentarse ante Yahveh, vino también entre ellos Satán. Yahveh dijo a Satán: « ¿De dónde vienes?» Satán respondió a Yahveh: «De recorrer la tierra y pasearme por ella.» Y Yahveh dijo a Satán: « ¿Te has fijado en mi siervo Job? ¡No hay nadie como él en la tierra: es un hombre cabal, recto, que teme a Dios y se aparta del mal!

Aún persevera en su entereza, y bien sin razón me has incitado contra él para perderle.» Respondió Satán a Yahveh: « ¡Piel por piel! ¡Todo lo que el hombre posee lo da por su vida! Pero extiende tu mano y toca sus huesos y su carne; ¡verás si no te maldice a la cara!» Y Yahveh dijo a Satán: «Ahí le tienes en tus manos; pero respeta su vida.»

Satán salió de la presencia de Yahveh, e hirió a Job con una llaga maligna desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Job tomó una tejoleta para rascarse, y fue a sentarse entre la basura. Entonces su mujer le dijo: « ¿Todavía perseveras en tu entereza? ¡Maldice a Dios y muérete!» Pero él le dijo: «Hablas como una estúpida cualquiera.

Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal?» En todo esto no pecó Job con sus labios. (Job 2:1-10 BJ)

Satán no se da por vencido. Sabe que aún le quedan bazas decisivas por jugar. Y de nuevo se presenta ante Yahvéh a fin de recabar la facultad que le permita ejecutar su nuevo plan. El autor nos conduce por segunda vez al escenario celestial. El diálogo entre Yahvéh y Satán es muy semejante al anterior (capítulo 1): la misma compañía de «hijos de Dios», la misma pregunta de Yahvéh, la misma respuesta de Satán. Este, con no disimulado amor propio, omite toda mención de su fracaso. Pero la omisión es corregida por Dios: «Je has fijado en mi siervo Job?... Aún persevera en su entereza, y bien sin razón me has incitado para que le pierda.» Esta observación da pie al diablo para hacer su brutal petición. «¡Piel por piel!¹⁶ ¡Todo lo que el hombre posee lo da por

¹⁵ Genung, the Epic of the Inner Life. Cit. por Gray y Adams, Bible Comment. , p. 263.

¹⁶ Esta expresión resulta oscura para nosotros. Parece que se usaba con frecuencia entre los beduinos al formalizar sus transacciones comerciales, en las que abundaba el intercambio de pieles. Probablemente su propósito era reforzar lo que se decía a continuación. A su inserción en este pasaje bíblico se han dado muy diversos significados. Una de las interpretaciones más compartidas es que un hombre entrega la piel de sus animales, la de sus siervos o incluso la de sus hijos a cambio de la suya propia es evidente que el diablo basó su pronóstico en el tipo de reacción más generalizado entre los

su vida! Pero extiende tu mano y toca sus huesos y su carne; ¡verás si no te maldice a la cara!» Las pérdidas sufridas por Job eran externas. Aunque dolorosas, no le afectaban a él directamente. En medio de tanta destrucción, había salvado su propia vida. En el fondo, debía estar contento. Todavía tenía motivos para alabar al Señor. Pero si Job llegaba a sufrir el dolor en sus propias carnes con suficiente intensidad, cesarían sus alabanzas y maldeciría a Dios.

Satán no hablaba de este modo porque sí. Había tenido infinidad de ocasiones para comprobar la fuerza, casi suprema, del instinto de conservación. Había visto cuántas veces, en situaciones de peligro o necesidad, el hombre se olvida de Dios y de su prójimo y actúa bajo impulsos salvajes. No hay idealismo moral o religioso que en esos momentos pueda contener la fuerza de su egoísmo. Pero es evidente que el diablo basó su pronóstico en el tipo de reacción más generalizado entre los seres humanos. No contó con la posibilidad de las excepciones. No tomó en consideración los numerosos casos de abnegación heroica registrados en la historia de la humanidad, ni, sobre todo, la firmeza escalofriante con que muchos hombres han despreciado su vida y la han inmolado en aras de su fe en Dios.

De nuevo el adversario obtuvo el permiso de Dios para realizar su obra; pero también esta vez con limitaciones. Satán podía privar a Job de su salud, pero debía respetar su vida. De la concesión divina saca su perversa inteligencia todo el partido posible, que no fue poco. No atentaría contra la vida de su víctima, pero la haría tan miserable que la muerte resultaría preferible.

La enfermedad escogida por Satán no podía ser más apropiada para el logro de sus fines. Difícilmente, ante el sufrimiento físico y las graves implicaciones psíquicas de la dolencia, podía mantenerse la fortaleza espiritual de Job.

No ha podido precisarse con exactitud la naturaleza de la enfermedad;¹⁷ pero su semejanza con la lepra obligó a Job a abandonar su casa y vivir en el más riguroso aislamiento, de acuerdo con las normas sanitarias de la época encaminadas a evitar el contagio. Su nueva residencia tuvo que fijarla en el mezbele, montículo formado por la acumulación de basuras quemadas fuera de la ciudad.¹⁸ De haber padecido otra

seres humanos. No contó con la posibilidad de las excepciones. No tomó en consideración los numerosos casos de abnegación heroica registrados en la historia de la humanidad, ni, sobre todo, la firmeza escalofriante con que muchos hombres han despreciado su vida y la han inmolado en aras de su fe en Dios.

¹⁷ El mismo término hebreo (shehin) se usa en Deuteronomio 28: 27-35 y en 2. ° Reyes 20:7. Al parecer se empleaba en un sentido amplio para denominar una gama de enfermedades de la piel. De aquí que las suposiciones, en el caso de Job, vayan desde el eritema muy extenso hasta la elefancia. Los síntomas eran verdaderamente estremecedores: supuración y subsiguiente formación de postillas, pasto de gusanos (capítulo 7:5), aliento fétido (19:17), corrosión de los huesos (30:17), ennegrecimiento de la piel (30:30), sentimiento de terror (3:25; 6:4), pesadillas nocturnas (7:14) y, posiblemente, sensación de estrangulamiento (7:15).

¹⁸ Wetzstein describe así la formación y el uso de este lugar: «El estiércol se saca en cestos, cuando ya está seco, y se deposita delante de la aldea, donde se quema generalmente una vez al mes... Si una aldea ha sido habitada durante un siglo, el mezbele alcanza una altura superior a la de sus casas. Las lluvias del invierno convierten los montones de cenizas en una masa compacta de tierra... Allí juegan los

enfermedad, quizás habría sido objeto de compasión, y algunos se habrían acercado a él para alentarle. Pero el estado en que se hallaba sólo causaba asco y repulsión. Job tendría que vivir sus horas más oscuras de tentación en la mayor soledad. El diablo conocía también el valor de esta circunstancia para abatir aun a los más fuertes, y no la desperdició.

La propia mujer de Job, a pesar de su proximidad física, se halla terriblemente distanciada de él en el sentido espiritual. A la hora de la prueba, no fue la compañera fiel, sino el instrumento más o menos inconsciente de Satanás (diaboli adiutrix, según Agustín) para inducir a su marido a hacer lo que precisamente quería el diablo que hiciese.

Doloroso habría sido para Job que su mujer hubiese muerto con sus hijos. Pero más dolorosa le resultaba su supervivencia. Allí estaba ahora, junto a él, pero sin identificarse con él. Un abismo espiritual los separaba. La reacción de ella fue un ingrediente más en la copa de amargura que Job tuvo que beber. En este hecho encontrará, sin duda, consuelo todo creyente cuya esposa, lejos de serle «ayuda idónea», se convierte en espinas punzantes y en obstáculos que dificultan su vida de servicio a Dios.

Algunos comentaristas se han esforzado en atenuar, si no en justificar, lo reprobable de tal proceder. Han creído ver en la mujer un gran amor hacia su esposo. De menor resistencia espiritual que él, comparte sinceramente su dolor, pero no puede superar su resentimiento contra Dios. Por eso incita a su esposo a que le maldiga, aunque ello significara su muerte. ¿Acaso no era preferible morir a seguir viviendo en un suplicio intolerable? Tal vez esta interpretación determinó la ampliación del texto en la Septuaginta en forma de lamentación angustiosa, en la que se entremezclan la compasión y el egoísmo:

«Como habla transcurrido ya mucho tiempo, habló a Job su mujer: ¿Hasta cuándo seguirás diciendo: "Mira, voy a esperar un poco más; voy a tener paciencia en la esperanza de mi salvación"? Ve que ha sido exterminada tu memoria de la tierra, los hijos y las hijas, dolor y fatiga de mi ser, que con suspiros en vano he criado. Tú mismo estás sentado en la putridez de los gusanos y pernoctas bajo el cielo, y yo, convertida en jornalera y vagabunda, voy de un lado para otro, de casa en casa, esperando que finalmente se ponga el sol para hallar descanso de los dolores y penas que ahora me oprimen. ¡Vamos! Pronuncia una palabra contra el Señor y muérete.»

Siempre debemos esforzarnos por interpretar con simpatía el lenguaje de la desesperación; pero no hasta el punto de aprobar lo recriminable. Y recriminables fueron las palabras hirientes de la mujer de Job, carentes tanto de fe como de verdadero amor.

niños durante el día. Allí yacen los abandonados que, a causa de alguna enfermedad horrible, no pueden convivir con los demás; durante el día piden limosna a quienes pasan cerca de ellos y por la noche se acuestan entre las cenizas que el sol ha calentado» (F. Delitzsch, Biblical Comment. of the Book of Job, II, páginas 152, 153).

La respuesta de Job muestra una vez más su temple extraordinario. Revela, tanto como su entereza espiritual, su delicadeza humana. La palabra «estúpida» o «necia», que en nuestro idioma suena a ofensa, debe interpretarse a la luz del uso bíblico. Su significado no es falta de juicio o de inteligencia, sino ausencia de discernimiento espiritual.¹⁹ La reprensión de Job es objetiva y serena, no airada ni injuriosa. Y va seguida de palabras altamente instructivas: «Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal?»

Esta reflexión no es meramente didáctica. Es un testimonio de que la fe de Job se mantiene. La soberanía de Dios debe ser aceptada. Y Job sigue aceptándola. «En todo esto no pecó Job con sus labios.» Al borde de la destrucción total, seguía demostrando, aun sin saberlo, que hay hombres que «de balden temen a Dios.

¿UN TRIPLE RAYO DE ESPERANZA?

Tres amigos de Job se enteraron de todos estos males que le habían sobrevenido, y vinieron cada uno de su país: Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat. Y juntos decidieron ir a condolerse y consolarle. Desde lejos alzaron sus ojos y no le reconocieron.

Entonces rompieron a llorar a gritos. Rasgaron sus mantos y se echaron polvo sobre su cabeza. Luego se sentaron en el suelo junto a él, durante siete días y siete noches. Y ninguno le dijo una palabra, porque veían que el dolor era muy grande. (Job 2:11-13 BJ)

Job fue un hombre ilustre no sólo en su propia ciudad sino en toda la región idumea y árabe, donde estaban situadas las poblaciones de Temán, Suaj y Naamat. Aun aquí tenía Job amigos. Al enterarse de las desgracias acaecidas a Job, decidieron ir a verle con objeto de consolarle. La amistad que los unía no era superficial. ¿Serían aquellos hombres portadores del bálsamo que sanara, o al menos suavizara, la herida abierta en el corazón de Job? Temán era famosa por la sabiduría de sus habitantes (Jeremías 49:7). ¿Sería Elifaz, con sus compañeros, el hombre sabio que explicara a Job la causa de sus sufrimientos? ¿Le llevarían luz suficiente para desvanecer las tinieblas que empezaban a envolver al sufrido siervo de Dios?

Cuanto leemos en el texto habla positivamente de los tres visitantes. Se destaca su simpatía. Su dolor fue muy agudo al ver a su amigo tan desfigurado por la enfermedad y el sufrimiento que no pudieron reconocerle hasta que estuvieron cerca de él. Su llanto, la rasgadura de sus mantos y el polvo arrojado sobre sus cabezas, respondían a una pena no fingida. «Luego se sentaron en el suelo junto a él», en un silencio absoluto que duró toda una semana. Esto era lo mejor que, de momento, podían hacer. Hay ocasiones en las que cualquier palabra resulta molesta. El que sufre intensamente no necesita largos sermones ni frases consolatorias estereotipadas. Lo que más agradecerá será tener a alguien cerca, alguien que se interese de veras por él y, en la medida de lo posible, comparta su padecimiento. Si a esto se añaden palabras

¹⁹ Compárese Deuteronomio 32:6; Salmo 14:1; 74:18, 22.

atinadas, inspiradas por la comprensión y el amor, tanto mejor. Al final de la semana silenciosa, ¿proferirían esas palabras los tres amigos de Job?

PRIMER CICLO DE DISCURSO

¿VALE LA PENA VIVIR?

Después de esto, abrió Job la boca y maldijo su día. Tomó Job la palabra y dijo: ¡Perezca el día en que nací, y la noche que dije: «Un varón ha sido concebido!» El día aquel hágase tinieblas, no lo requiera Dios desde lo alto, ni brille sobre él la luz. Lo reclamen tinieblas y sombras, un nublado se cierna sobre él, lo estremezca un eclipse. Sí, la oscuridad de él se apodere, no se añada a los días del año, ni entre en la cuenta de los meses.

Y aquella noche hágase inerte, impenetrable a los clamores de alegría. Maldíganla los que maldicen el día, los dispuestos a despertar a Leviatán. Sean tinieblas las estrellas de su aurora, la luz espere en vano, y no vea los párpados del alba. Porque no me cerró las puertas del vientre donde estaba, ni ocultó a mis ojos el dolor. ¿Por qué no morí cuando salí del seno, o no expiré al salir del vientre? ¿Por qué me acogieron dos rodillas? ¿Por qué hubo dos pechos para que mamara?

Pues ahora descansaría tranquilo, dormiría ya en paz, con los reyes y los notables de la tierra, que se construyen soledades; o con los príncipes que poseen oro y llenan de plata sus moradas. O ni habría existido, como aborto ocultado, como los fetos que no vieron la luz. Allí acaba la agitación de los malvados, allí descansan los exhaustos. También están tranquilos los cautivos, sin oír más la voz del capataz.

Chicos y grandes es allí lo mismo, y el esclavo se ve libre de su dueño. ¿Para qué dar la luz a un desdichado, la vida a los que tienen amargada el alma, a los que ansían la muerte que no llega y excavan en su búsqueda más que por un tesoro, a los que se alegran ante el túmulo y exultan cuando alcanzan la tumba, a un hombre que ve cerrado su camino, y a quien Dios tiene cercado?

Como alimento viene mi suspiro, como el agua se derraman mis lamentos. Porque si de algo tengo miedo, me acaece, y me sucede lo que temo. No hay para mí tranquilidad ni calma, no hay reposo: turbación es lo que llega. (Job 3:1-26 BJ)

Llegó un momento en que el silencio se hizo insoportable. Los tres amigos continuaban mudos, y Job, irreprimible, prorrumpió en «el más grandioso de los lamentos conocidos en la poesía de todos los tiempos» (R. A. SCH roe-der). Es asombroso el contraste entre sus palabras de resignación del capítulo 2 y la amargura con que ahora maldice el día de su nacimiento. Ahora Job yerra y peca al juzgar a Dios sin suficiente conocimiento. Pero no debíamos condenarlo apresuradamente. Hacía meses que duraba la prueba (7:3). Los sufrimientos físicos, morales y espirituales hubieron de influir poderosamente en su estado de ánimo. Lo más peligroso de las pruebas es su prolongación. No debe sorprendernos que la mente de Job se ofuscara y que se viera

abrumado por la desesperación. Todos sus esfuerzos por hallar una explicación a sus calamidades fracasaban. Cada día que pasaba resultaba todo más indescifrable. La oscuridad se hacía más y más densa. Todo seguía en silencio, pero era el silencio sobrecogedor que precede a la tempestad. De pronto fulgura el primer relámpago. Detona estrepitosamente el trueno. De la abundancia de dolor del corazón de Job habla su boca.

También Job, como sus amigos, podía contarse entre los «sabios». También él compartía la convicción de que Dios bendice con prosperidad a los justos y retribuye con aflicción a los impíos. Pero él no era un impío; él temía a Dios de todo corazón; vivía rectamente. ¿Por qué se veía envuelto en aquel torbellino de desgracias? ¿Qué motivo podía mover a Dios para dejar de ser su bienhechor y convertirse en su adversario?

El versículo 23 resume la interpretación que Job daba a su experiencia. Su camino aparecía cerrado por todos los lados, las salidas estaban todas bloqueadas porque Dios mismo lo tenía cercado y actuaba duramente contra él. Y si Dios estaba contra él, su vida no sólo perdía todo significado sino que venía a ser una tragedia, la más espantosa de las tragedias. ¿Puede sorprendernos que, en su gran turbación (26), maldijera su nacimiento?

Es de observar que en el lamento de Job no se profieren palabras de maldición contra Dios. Satán sigue aún sin lograr su esperada victoria. Sin embargo, la queja de Job se aproxima a la acusación. Dios —según él— habría obrado con mayor acierto si hubiera impedido su venida al mundo o si le hubiese quitado la vida inmediatamente después de haber nacido.²⁰ La vida del patriarca carecía ahora de sentido; era un completo fracaso, un absurdo. Jeremías vivió una experiencia casi idéntica cuando, erróneamente, creyó haber malgastado su vida en un ministerio infructuoso. Y casi idénticas son las palabras con las que expresa su aborrecimiento del día en que nació (Jeremías 20:14-18).

El plañido de Job abre ante nosotros una ventana a la angustia existencial en que viven infinidad de personas. Es incontable el número de los que sufren atormentados por la vacuidad de una vida sin contenido aun en circunstancias de máximo bienestar material. Inmersos en la multitud, muchos se sienten terriblemente solos; a mayor abundancia de bienes de consumo, más dolorosa resulta su miseria interior; el placer les produce tedio; la vida entera es para ellos puro fastidio. Aun lo hermoso y noble aparece gris. La familia, el trabajo adecuado a la vocación, la virtud, producen sólo un

²⁰ El soliloquio de Job se divide en tres estrofas en las que, sucesivamente, maldice el día de su nacimiento (3-10), expresa su deseo de haber muerto al principio de su vida (11-19) y reflexiona sobre la finalidad de una existencia miserable (20-26). Como detalles especiales, observamos la personificación poética del día y de la noche (v. 3) y la alusión a los magos que, según se creía, podían cambiar los días de felicidad en días de infortunio por medio de sus encantamientos y producir eclipses excitando al legendario dragón (Leviatán) que momentáneamente engullía el sol y la luna (v. 8). En su contemplación imaginaria de la vida de ultratumba, se ve a sí mismo entre los grandes de la tierra, enterrados en suntuosos mausoleos. En ese mundo de los muertos se juntan los abortos y recién nacidos con los reyes y los nobles, los inicuos con los desgraciados. Todos comparten el mismo descanso sometidos a la inexorable acción igualadora de la muerte: «chicos y grandes son allí lo mismo» (19).

alivio. Se hace lo que el cotidiano vivir impone, pero se hace como cediendo automáticamente, inconscientemente, al impulso del deber, sin deleite. Indiferentes a todo, no encuentran esas personas nada que haga vibrar en ellas las cuerdas de la alegría o de la esperanza.

La corriente de un existencialismo pesimista invade con profundidad creciente el pensamiento de nuestro tiempo. Así lo prueba no sólo gran parte de la literatura contemporánea, sino el incremento en el índice proporcional de suicidios en los países más desarrollados. Existen hoy muchos Roquentines que, como el famoso personaje de Sartre en su novela *La náusea*, no advierten en la vida humana ningún significado y consideran un absurdo el mero hecho de existir. No ven mucha diferencia entre la vida de un árbol y la de un hombre. En ambos casos carece de propósito, aunque debe ser vivida. Este concepto de la existencia, llevado a sus últimas conclusiones, abre de par en par las puertas al suicidio. En él probablemente creyeron hallar la única salida posible hombres y mujeres que llegaron al desequilibrio mental abrumados por el misterio de una vida decepcionante.

Francisco de Asís, al igual que muchos otros cristianos, pudo dirigirse a la muerte llamándola «benéfica y dulce», pues la contemplaba a la luz del Evangelio. Pero quienes más ardientemente desean morir carecen de la esperanza evangélica. No suspiran por «la gloria venidera», sino por la liberación de la miseria presente. Su situación se asemeja así a la de Job, para quien la oscuridad y languidez del Seol eran mil veces preferibles a una vida triste y sin sentido. En vano se multiplican las reflexiones, los interrogantes agónicos sobre la existencia: «¿Por qué?» (11, 12), «¿Para qué?» (207: ¡No hay respuesta! ¿Puede concebirse mayor amargura? Stefan Zweig escribió: «La vida es mísera y dolorosa...; pero es vida.» ¿Qué grado de paroxismo no alcanzaría en su experiencia la decepción y el dolor cuando, anonadado por un mundo que no llegó a tolerar, decidió con su esposa poner fin a sus días?

¿Y qué hay detrás de todo ese pesimismo? ¿Cuál es la causa del hastío y la desesperación? En el fondo, se crea o no, la misma que en el caso de Job: una cuestión teológica, un problema de relación con Dios. «El hombre, hecho para Dios, sólo halla descanso cuando lo encuentra en Dios.» La frecuencia con que se repite esta afirmación de Agustín de Hipona atestigua el impacto que ha producido en la conciencia humana. El incrédulo puede rechazarla, pero no puede sustituirla por otra aclaración más luminosa de la problemática humana. Nietzsche, el primero en proclamar la «muerte de Dios», no pensaba tanto en la existencia objetiva de Dios como en la experiencia del individuo. Por eso no dice: «Dios no existe», sino: «Dios ha muerto.» Y, a pesar de su ateísmo, se estremece ante las consecuencias de la desaparición de Dios de la conciencia humana, ante la perplejidad, el fin de la moralidad y el advenimiento de la violencia. Nietzsche se vio forzado a reconocer que al desvanecerse la idea de Dios se desvanecía igualmente todo lo que da verdadero significado a la vida del hombre, sin esperanza de sucedáneos. Dios había muerto, pero no había un nuevo dios que pudiera reemplazarlo, ni siquiera en pañales.

Sólo cuando el hombre reconoce a Dios y vive en comunicación espiritual con El halla el verdadero propósito de su vida. A la luz de la revelación divina aprendemos que el Hijo de Dios vino al mundo para que los hombres «tengan vida, y la tengan en

abundancia». Con Él, la «vanidad de vanidades» se convierte en plenitud de plenitudes. La vida responde a un plan estupendo de Dios. Esa misma luz nos ayuda a entender muchos misterios de la providencia divina que afectan a nuestra experiencia. Nuestra vida en la tierra es sólo una parte mínima de nuestra existencia. ¡Oh si Job hubiera podido vislumbrar los esplendores de la escatología cristiana! Pero él, aparte de pálidas intuiciones, nada sabía de «la esperanza de la gloria de Dios» (Romanos 5:2). No podía entender que «lo que en este tiempo se padece no es de comparar con la gloria futura que en nosotros ha de ser manifestada» (Romanos 8:18), que «nuestras tribulaciones, leves y breves, nos producen una gloria eterna que las supera ampliamente» (2.a Corintios 4:17, NEB), que «queda un reposo para el pueblo de Dios» (Hebreos 4:9) y que Dios no debe ser juzgado antes del día final en que El juzgará al mundo con justicia (Hechos 17:31) y cada ser humano recibirá su justa retribución (Romanos 2:5-11).

Los cristianos tenemos motivos para alabar a Dios por todo lo que su Palabra nos ha dado a conocer. Pero haremos bien en guardarnos de la arrogancia. No siempre nuestra experiencia refleja la luminosidad del Evangelio. No siempre nos mantenemos «gozosos en la esperanza y sufridos en la tribulación» (Romanos 12:12). ¿Quién vive siempre exento de dudas, sin conocer horas de crisis en su fe? ¿Quién, por piadoso que sea, no ha sufrido nunca el eclipse de Dios? ¿Quién no ha visto ensombrecida su vocación? ¿Quién no ha tenido jamás una dolorosa sensación de incertidumbre y congoja al examinar a fondo su vida? Es puro idealismo el cuadro del cristiano que vive siempre pletórico de gozo y de confianza. También en la experiencia cristiana, y en los planes permisivos de Dios, hay lugar para la melancolía, el sentimiento de frustración o el desconcierto de verse envuelto en situaciones que sólo producen perplejidad y desánimo. Cuando un creyente vive esos momentos difíciles, de poco provecho serán las reprensiones o, por el contrario, las consolaciones superficiales. Desgraciadamente, hay «demasiado consuelo entre los cristianos, demasiado consuelo falso y barato» (Walter Lüthi). Y demasiado triunfalismo. Para el creyente angustiado, el remedio más eficaz es el desahogo sincero del alma, aunque ese desahogo sea un lamento tan desgarrador como el de Job. Dios no es sordo a las voces —por destempladas que sean— de quienes se debaten en la oscuridad y el dolor.

Así, aun para los creyentes de la era cristiana, el grito exacerbado del patriarca entraña bendición. En el fondo de esta bendición caló, sin duda, Kierkegaard cuando escribió: «Job, Job, Job, ¿realmente no dijiste nada más que "el Señor dio, el Señor quitó; sea el nombre del Señor alabado"? ¿No dijiste ni una sola palabra más? ¿Por qué callas siete días y siete noches? ¿Qué sucedió en tu alma? Cuando toda la existencia se derrumbaba sobre ti y sus escombros te rodeaban, ¿tuviste la misma serenidad sobrehumana? ¿Mantuviste la misma explicación del amor, el mismo ánimo de la fe?... ¿Está cerrada tu puerta al afligido? ¿No puede éste esperar de ti otra mitigación que la que tan míseramente le ofrece la sabiduría del mundo mediante una declaración sobre la perfección de la vida? ¿No sabes decir más de lo que el consolador de oficio dice con palabras mezquinas al hombre, lo que el rígido maestro de formulismo prescribe cuando, en vez de expresar lo que corresponde a la necesidad, dice al atribulado: "El Señor dio, el Señor quitó; sea el nombre del Señor alabado"; ni más ni menos, exactamente como se dice "¡Salud!" cuando alguien estornuda. No; tú, que en los días

de prosperidad fuiste espada de los oprimidos, bastón del anciano, sostén de los humillados, no abandonaste a los hombres cuando todo se desmoronó. Entonces, precisamente entonces, fuiste boca de los afligidos, clamor de los aniquilados y grito de los atemorizados, alivio para todos los que enmudecían en el tormento, testigo fiel de toda la necesidad y turbación que puede haber en un hombre, intercesor invariable que en amargura de alma se atrevería a quejarse y a luchar con Dios... Tú eres el hombre que necesito, un hombre cuyo clamor es tan fuerte que resuena en los cielos... Azotado Job, incomparable bienhechor mío, ¿puedo unirme a ti en comunión espiritual?»²¹

Si Job hubiese podido ver, o simplemente vislumbrar, algo del bien inmenso que su experiencia reportaría a la humanidad, no habría tenido la menor duda respecto al sentido de su nacimiento. Valió la pena que viviera, que sufriera, que afrontara valientemente la gran cuestión del «ser o no ser» en circunstancias de adversidad y misterio. Después de Job, siglos más tarde, el Siervo de Yahvéh por excelencia, el «despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto», demostraría que la cruz, con todo lo que de oscuridad, humillación y dolor tiene, no es símbolo de derrota, sino de victoria, y que aun la misma muerte es sorbida triunfalmente por la resurrección. Ahora, cuantos viven cerca de Él y le siguen, tienen el convencimiento pleno de que, sean cuales sean las circunstancias, vale la pena vivir.

UN DUELO VERBAL ESTÉRIL

El lamento de Job desata la lengua de sus tres amigos. De modo sucesivo intervienen para reiterar sus conclusiones respecto al sufrimiento del patriarca. Sucesivamente, también, responde Job a cada uno de ellos. Pero los ciclos de discursos son un diálogo infructuoso. Los amigos, a pesar de sus buenas intenciones y de la simpatía sincera que los llevó al lado de Job, carecían de percepción espiritual. A toda costa tratan de imponer los rígidos postulados de su teología del sufrimiento. Los matices algo más positivos y atinados que aparecen en alguno de sus discursos no modifican sustancialmente la síntesis de esa teología: quien mucho sufre, mucho ha pecado. Job se niega rotundamente a aceptar tal conclusión en su caso; pero los amigos, faltos de sensibilidad y visión, insisten en lo que, a su juicio, es una verdad incontrovertible. Ellos se expresan en tono académico, movidos por su lealtad al convencionalismo religioso de su tiempo. Job habla con la pasión incontenible del que, en medio del dolor y la oscuridad, busca la verdad viva de Dios. A medida que se desarrolla la polémica, arrecian la dureza y la vehemencia. Job no cede. Y sus amigos, cegados por su estrechez mental, en vez de consolarle, se convierten en jueces que lo condenan sin piedad. No solo habían faltado a la verdad, sino que habían pecado con su falta de caridad. No debe extrañar que en el epílogo del libro sean ellos los condenados por Dios.

Mucho de lo que dijeron aquellos tres hombres era correcto. Gran parte de sus declaraciones relativas a Dios, al hombre y a su existencia, al pecado y al juicio divino tienen apoyo en el resto de la Escritura. Su gran fallo consistió en dar al principio moral de «la siembra y la siega» un carácter universal y en su incapacidad para ahondar

²¹ Die Wiederholung, Ges. Werke, UI, ref. de H. Lamparter en op. cit., pp. 44 y 45.

humildemente en la experiencia de Job, buscando en Dios mismo la luz que ellos, como él, necesitaban para aclarar el misterio.

El creyente debe tener convicciones sólidas, pero no petrificadas. Debe recordar siempre que sólo «en parte conocemos» (1 Corintios 13:9), aun después de completada la revelación de Dios en Cristo, y que nadie posee un conocimiento tan pleno o perfecto de esa revelación que resulte imposible el progreso hacia el descubrimiento de nuevas facetas de la verdad. Sobre todo, debe tenerse en cuenta que cuando la teología pisa el terreno de la pastoral, cuando la doctrina afecta de algún modo a la experiencia de alguien que sufre, duda o combate en horas de crisis, la exposición fría de la verdad raras veces produce resultados positivos. Debe ir acompañada de la comprensión, el tacto y el amor.

A lo largo de los discursos hay repeticiones debidas a la insistencia con que los amigos pugnan por arrancar de Job la confesión de unos pecados inexistentes. Pero, asimismo —especialmente en las intervenciones de Job—, emergen cuestiones apasionantes de carácter universal que hacen vibrar el corazón de todo lector sensible. A ellas daremos nuestra atención preferente.

LA VOZ DE LA EXPERIENCIA

Elifaz de Temán respondió así: ¿Aguantarás si alguien te dirige la palabra? ¡Pero es que no se puede guardar silencio! Tú que a tantos dabas lecciones, que fortalecías las manos débiles; tus consejos animaban al vacilante, robustecías las rodillas inseguras. ¿Y ahora que te toca no aguantas, te llega el turno y te espantas? ¿No era tu piedad tu confianza, no era tu integridad tu esperanza?

Recuerda: ¿qué inocente ha perecido? ¿Dónde has visto al justo exterminado? Soy testigo: quienes cultivan maldad y siembran desgracia, las cosechan. Ante el aliento de Dios perecen, ante el soplo de su cólera fenecen. Ruge el león, gruñe la fiera, pero a los cachorros les arrancan los dientes. Muere el león por falta de presa, las crías de la leona se dispersan.

He tenido una revelación furtiva, mis oídos han captado su susurro. Cuando las visiones nocturnas provocan ansiedad, cuando los hombres se rinden al sopor, fui presa de terror y agitación, que estremecieron todos mis huesos. Se deslizó por mi rostro un viento que erizó el vello de mi cuerpo. ... Se alzó. No reconocí su rostro, pero su imagen seguía ante mis ojos.

Silencio... Después oí una voz: "¿Puede un mortal ser justo ante Dios, puro un hombre ante su Hacedor? Si ni siquiera confía en sus siervos y hasta en sus ángeles percibe defectos, ¿qué decir de los que viven entre adobes, en casas construidas sobre el polvo? Se les aplasta lo mismo que a polilla, de la mañana a la noche se derrumban, desaparecen y nadie lo advierte.

Les arrancan las cuerdas de su tienda, mueren desprovistos de sabiduría". Grita ahora, a ver si te responden, ¿a qué santo vas a recurrir? Cierto que el despecho mata al insensato, que la envidia acaba con el necio. He visto a un insensato echar raíces y de

pronto malograrse su morada, a sus hijos metidos en apuros, acosados en la puerta sin defensor.

Su cosecha la come el hambriento, pues Dios se la quita de entre los dientes; el sediento se bebe su patrimonio. No sale del polvo la miseria, ni el sufrimiento brota del suelo. Es el hombre quien nace para sufrir, como las chispas para alzar el vuelo. Yo que tú acudiría a Dios, a Dios expondría mi causa. Él hace prodigios insondables, maravillas innumerables.

Derrama la lluvia sobre la tierra, envía el agua a los campos, pone a los humildes en la altura, a los afligidos en lugar seguro. Arruina los planes de los astutos para que no prosperen sus intrigas. Enreda en su astucia a los sabios, los planes de los taimados fracasan. En pleno día tropiezan con tinieblas, van a tientas de día como de noche. Él arranca de su boca al hombre arruinado, al pobre de la mano opresora.

El débil renace a la esperanza y la maldad cierra su boca. ¡Dichosa la persona a quien Dios corrige! No desprecies la lección de Shaddai, porque hiere y pone la venda, golpea y él mismo sana, te libra seis veces de la angustia, y una séptima te evita el dolor. En plena carestía te salvará de la muerte, en plena batalla, de la espada. Estarás al abrigo del látigo de la lengua, no temerás la desgracia que amenaza.

De desgracia y carestía te reirás, de las fieras salvajes nunca temerás. Pactarás con los espíritus campestres, con las bestias salvajes vivirás en paz. Gustarás de la paz de tu tienda, visitarás tu propiedad y estará todo en orden. Conocerás numerosos descendientes, retoñarán como hierba del campo. Bajarás a la tumba bien madura, como hacina de trigo en sazón.

Esto lo tenemos comprobado; así es la cosa. Escúchalo y saca tu lección. (Job 4:1-5:27 BJ)

De los tres amigos, Elifaz es, sin duda, el más reverente en su forma de hablar. El contenido de sus peroraciones es generalmente más sustancioso. Muestra en su primer discurso una mayor simpatía hacia Job, aunque en posteriores intervenciones llegaría también a acusarle casi con la misma dureza de Bildad y Zofar. Lo más encomiable de Elifaz es su empeño en abrir ante Job nuevas perspectivas que lo condujeran a una actitud más positiva. Pero, al igual que sus compañeros, fue incapaz de pensar que su teodicea podía ser modificada o perfeccionada. De aquí que la brillantez de su primer discurso no logre otra cosa que exacerbar más intensamente el ánimo de Job.

MÉDICO, CÚRATE A TI MISMO (4:1-6)

Esto es lo que, en el fondo, quiere decir Elifaz a Job, por más que revista su pensamiento con exquisita delicadeza.

En las palabras de Elifaz no hay sarcasmo. Reconoce sinceramente el pasado de Job, cuajado de buenas obras hacia sus semejantes. Para muchos había sido el maestro, el restaurador, el amigo siempre presto a infundir nuevos ánimos. Su gran éxito en esta

labor de cura de almas se debió, indudablemente, no a meros sentimientos filantrópicos, sino a su concepción hondamente religiosa de la vida, a su confianza en el triunfo de la fe y de la integridad.

No dejaba de tener su parte de razón Elifaz. ¿Por qué Job, que tan eficazmente había aplicado el remedio para la curación de otros, no se lo aplicaba a sí mismo? ¿Por qué el alentador de otro tiempo se sentía ahora hundido en el desaliento? ¿Había sido realmente sincero cuando instruía a los demás? Sus enseñanzas ¿tenían únicamente una acción psicológica de sugestión producida por el entusiasmo de su fe comunicada a los demás? Pero ¿qué valor tenía esa fe si en el momento de la prueba se derrumbaba?

Elifaz, sin pensar en todo el alcance de sus palabras, está poniendo al descubierto una experiencia que se ha repetido en la vida de muchos siervos de Dios. ¿Es la inconsistencia o la hipocresía la única explicación de sus depresiones? No lo fue en el caso de Job. Ni lo ha sido en el de muchos otros que, en un momento dado, bajo los efectos de la enfermedad, el agotamiento nervioso o la agonía de una fe en perplejidad no alcanzaron la victoria a la cual, con sus palabras poderosas, habían conducido a otros. ¡Cuántos profetas recibieron valor de las palabras y la fe intrépida de Elías! Y, sin embargo, este héroe huyó un día, presa de un miedo cerval. ¿Acaso este episodio anula la integridad de su protagonista?

No obstante, lo dicho por Elifaz merece toda nuestra atención, no sea que caigamos en la incongruencia —poco edificante— de exigir a otros lo que nosotros mismos no haríamos si estuviéramos en su lugar.

LO QUE EL HOMBRE SIEMBRA, ESO COSECHARÁ (4:17-11)

Elifaz expresa la ley de la siembra y la siega. Sobre ella descansa la interpretación que los tres amigos dan al quebrantamiento humano. Los inocentes están a cubierto de la destrucción. Los inicuos están abocados a ella; sucumbirán bajo el juicio de Dios; siembran maldad y segarán aflicción. No importa que el impío sea poderoso. Su fuerza y la aparente solidez de su prosperidad se tornan repentinamente en debilidad y desgracia. Como leones heridos en su cubil que se dispersan, han de sufrir el dolor de sus heridas y de su impotencia.

Nadie puede negar la validez de la ley resaltada por Elifaz. Existe una relación de causa a efecto en el orden moral. Pablo la señala enfáticamente (Gálatas 6:7). La experiencia, en la que mayormente se apoyaba Elifaz, ha mostrado que a menudo el justo goza de paz, fruto de su rectitud, mientras que el inicuo recoge una cosecha de tribulaciones, consecuencia de su conducta. Elifaz erró —como ya hemos señalado anteriormente— porque convirtió esta experiencia en algo inexorable, absoluto.

Su visión de la experiencia humana era limitada. De haber sido más amplia, habría tenido en cuenta el misterio que pronto plantearía Job y que no ha escapado a la reflexión de otros muchos observadores: que el justo sufre como si fuese un impío y que los impíos prosperan como si fuesen justos. Esta aparente contradicción en el

gobierno moral del universo exige otras explicaciones diferentes a la ley de la siembra y la siega. Parece que el propio Elifaz, como veremos en breve, trató de suavizar su afirmación rotunda del versículo 8, apuntando la posibilidad de que el sufrimiento de los justos fuese, no de carácter retributivo, sino educativo.

Toda cautela será poca siempre que hayamos de enfrentarnos con las grandes cuestiones espirituales. Como Elifaz, fracasaremos si nos empeñamos en unificar lo que es diverso y simplificar lo que es complejo, de acuerdo con nuestros limitados conocimientos y prejuicios más que con el conjunto de la revelación bíblica.

Por otro lado, no podemos olvidar que hay puntos de misterio en la naturaleza y en las obras de Dios no aclarados en esa revelación (Deuteronomio 29:29) ante los cuales debemos adoptar una actitud de reverente humildad.

EL MENSAJE DE UNA VISIÓN NOCTURNA (4:12 - 5:7)

Elifaz refiere una experiencia personal que le había impresionado fuertemente. Al parecer, mientras meditaba durante la noche, pensando, quizás, en la providencia de Dios, le sobrevino un éxtasis que le sumió en «el fondo más profundo de su vida interior» (Delitzsch). A un soplo espeluznante siguió la aparición de una figura incorpórea y el susurro de una voz: « ¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más justo que el que lo hizo?» (4:17, RV).

Con frases de gran riqueza retórica, repitiendo lo que había oído en su visión o expresando sus propias reflexiones, Elifaz ensalza la trascendencia de Dios y su superioridad abismal por encima de todas sus criaturas. Aun la sabiduría de los ángeles resulta tan pobre en comparación con la de Dios que parece desvarío. ¿Cuánto mayor no será el contraste entre el gran Hacedor y los humanos, emparentados con el polvo, endebles y terriblemente limitados por la temporalidad de su vida en la tierra? Si ésta es la posición del hombre respecto a su Creador —razona Elifaz—, ¿por qué Job se ha atrevido a hablar de modo tan destemplado? ¿Acaso espera que alguien oiga sus voces y le dé la razón? (5:1). Ni hombres ni ángeles podrán asistirle en su enfrentamiento con Aquel que es absolutamente justo. No le queda otra salida que la sumisión.

Elifaz trata así de ayudar a Job para que se vea a sí mismo como Dios ve a los hombres. Job no es una excepción. Job no tiene derecho a juzgar irritadamente a Dios. Hacerlo es exponerse a las más nefastas consecuencias.

«El necio es destruido por la pasión de su enojo, y el fin del resentimiento pueril es la muerte» (5:2, NEB). Esta tragedia la ha visto Elifaz con sus propios ojos (5:3-5) y en modo alguno desea que se repita en su amigo. Por eso intensifica sus esfuerzos para convencerle.

«No, no brota la iniquidad del polvo, ni surge del suelo la aflicción; es el hombre quien la aflicción engendra» (5:6, 7). «Con este aforismo resume Elifaz el gran principio general de esta parte de su discurso (4:12 - 5:7). El sufrimiento no sobreviene accidentalmente ni por generación espontánea, sino que los hombres lo acarrearán sobre

sí actuando conforme a los impulsos de su maligna naturaleza».²² Job debe reconocer su lugar entre los pescadores y acatar el justo destino que Dios le imponga.

Nada habría que objetar al razonamiento de Elifaz si la aflicción se distribuyera entre todos los hombres —«por cuanto todos pecaron» (Romanos 3:23) — proporcionalmente a sus pecados y de modo inmediato, como Elifaz parecía dar a entender. Pero esto no sucede así en muchos casos. Job se daba cuenta de ello y por tal motivo las palabras de su amigo resultaban ineficaces. Lo único que lograban era hacer más dolorosa la confusión en su mente atormentada, pese a lo cual Elifaz prosigue su discurso.

«YO BUSCARÍA A DIOS» (8-27)

Con tono casi paternal, Elifaz exhorta a Job a volverse humildemente a Dios. Esto es lo que él haría si se hallara en la situación de Job. Elifaz se revela falto de realismo. Es absurdo hablar con tanto aplomo de lo que haríamos en el lugar de otra persona si nos encontráramos en sus mismas circunstancias. Una cosa es teorizar sobre la navegación en días borrascosos; otra muy distinta navegar en medio de la tempestad. Es fácil predicar sermones sobre la resignación del creyente; pero no es tan fácil resignarse cuando sobreviene la tribulación.

A pesar de esta ligereza por parte de Elifaz, debe admitirse que la parte final de su discurso alcanza gran altura espiritual. Su descripción de la magnificencia, la bondad, la soberanía y la justicia de Dios encuentra paralelos en otros textos del Antiguo Testamento y aun en páginas del Nuevo.²³ Sólo en este Dios admirable, «que pone a los humildes en altura y a los enlutados levanta a seguridad», podía Job hallar refugio. Elifaz no estaba lejos de la solución que Job necesitaba; pero los prejuicios le impidieron verla y exponerla con claridad.

La parte final del discurso arroja una luz nueva sobre el problema del sufrimiento de los justos. Tal sufrimiento, más que castigo, es corrección. Su propósito es altamente benéfico. A diferencia de los impíos, que son destruidos definitivamente, los justos sufren sólo temporalmente. Cuando la acción disciplinaria de Dios haya producido sus frutos, El mismo restaurará. La misma mano que hizo la llaga la vendará.

Sin duda, es demasiado optimista la perspectiva del hombre restaurado presentada por Elifaz (5:19-26), por más que tuviera amplio reconocimiento en Israel (Salmo 91). No siempre la prosperidad sigue automáticamente al arrepentimiento. No siempre el hombre temeroso de Dios es librado del hambre, de la guerra, de la difamación, de la necesidad y de otras formas de infortunio. Pero, en el fondo, las palabras de Elifaz realzan la gran verdad de que, en la escuela de Dios, al sufrimiento de la disciplina sigue el gozo de la bendición,²⁴ aunque ésta no sea en todos los casos de signo temporal.

²² A. B. Davidson, the Cambridge Bible. The Book of Job, p. 37.

²³ Comp. 1. ° Samuel 2:1-10; Salmo 75:7-8; Lucas 1:49-53; 1.a Corintios 3:19.

²⁴ Comp. Santiago 1:12; Hebreos 12:6 y ss.

También esta verdad tiene apoyo en la experiencia (5:27a). Por ella, muchos creyentes han aprendido a besar la vara que los hiere. ¿La besaría Job? ¿Seguiría el consejo de su amigo? (5:27b). En el próximo capítulo hallaremos la respuesta. Antes, sin embargo, vamos a permitirnos una breve observación crítica sobre este primer discurso de Elifaz.

USO Y ABUSO DE LA EXPERIENCIA

La fuerza de los razonamientos de Elifaz radica en su experiencia personal (4:8, 12 y 5:3). Lo que había visto y oído constituía para él fuente indiscutible de revelación divina. Su luz le mostraba la verdad que nadie podía refutar. Aquí se halla la base del gran error de Elifaz.

Los científicos que investigan los hechos del mundo físico extreman su prudencia al presentar sus conclusiones basadas en su labor de experimentación. Generalmente las ofrecen como provisionales, pues nuevas investigaciones pueden obligarles a una modificación. ¿Cuánto mayor no debiera ser la cautela en el campo de las experiencias espirituales?

La experiencia es buena sierva, pero mala señora. Puede prestar —y presta— magníficos servicios cuando corrobora la Palabra de Dios; pero resulta fatal cuando la sustituye. Es una valiosa ayuda cuando ilustra la verdad divina encarnada en las vivencias humanas; pero es causa de confusión nefasta cuando engendra conclusiones dogmáticas. Pretender encajonar en esas conclusiones a todos los hombres no sólo es errar y atentar contra la primacía de la Palabra de Dios; es abocarse al fracaso en la mayoría de los casos.

De la autoridad conferida a la experiencia han nacido no pocas sectas y en ella han tenido su génesis tristes conflictos espirituales que han perturbado a más de un creyente sincero, deseoso de conocer y cumplir la voluntad de Dios.

En la Sagrada Escritura se da un lugar a la experiencia. Esta refuerza el testimonio de quien ha conocido a Dios; pero esa experiencia deriva todo su valor de Aquel que la produjo. «Lo que hemos oído —escribe el apóstol

Juan (1.a Juan 1:1) —, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida...» Los apóstoles, al igual que los profetas del Antiguo Testamento, jamás hicieron de sus vivencias el objeto de su predicación. Proclamaban la Palabra, no su experiencia, aunque en alguna ocasión aludían a ésta para mostrar la eficacia de aquélla. Con mucha razón, afirma H. L. Ellison: «Una religión sin experiencia personal, a la cual pueda referirse el testimonio, es cosa pobre; pero existe el peligro muy real de que donde hay experiencia se equipare ésta a la religión. Cuando esto acontece, la víctima de este error llega a pensar que es muy poco lo que aún le queda por alcanzar y que su experiencia es una vara infalible mediante la cual puede medir la religión de los demás. Vemos esta actitud a nuestro alrededor en nuestros días; incluso hay confesiones que hacen de ciertas

experiencias la prueba de conversión o de espiritualidad.»²⁵ Desgraciadamente a Elifaz no le han faltado sucesores.

Si Elifaz hubiese dado a su experiencia religiosa el lugar que le correspondía, habría podido admitir la posibilidad de que sus interpretaciones del sufrimiento de Job no agotaban todas las explicaciones. Podía quedar alguna que él no había llegado a descubrir. Y, en efecto, como la luz de una revelación mucho más completa vendría a mostrar, el sufrimiento puede ser no sólo una retribución o un factor correctivo, sino una prueba para el fortalecimiento de nuestra fe (Santiago 1:12; 1.a Pedro 1:6, 7). Este era uno de los propósitos de Dios respecto a Jacob; pero permaneció oculto a los ojos de Elifaz, pues trascendía los reducidos límites de su conocimiento experimental.

El gran fallo de este primer discurso estriba no tanto en lo que Elifaz dijo como en lo que no llegó a decir. El envase de sus ideas era demasiado pequeño para que cupiese el problema enorme de Job.

UNA REPLICA APASIONADA

Respondió entonces Job, y dijo: ¡Oh, que pesasen justamente mi queja y mi tormento, Y se alzasen igualmente en balanza! Porque pesarían ahora más que la arena del mar; Por eso mis palabras han sido precipitadas. Porque las saetas del Todopoderoso están en mí, Cuyo veneno bebe mi espíritu; Y terrores de Dios me combaten.

¿Acaso gime el asno montés junto a la hierba? ¿Muge el buey junto a su pasto? ¿Se comerá lo desabrido sin sal? ¿Habrá gusto en la clara del huevo? Las cosas que mi alma no quería tocar, Son ahora mi alimento. ¡Quién me diera que viniese mi petición, Y que me otorgase Dios lo que anhelo, Y que agradara a Dios quebrantarme; Que soltara su mano, y acabara conmigo!

Sería aún mi consuelo, Si me asaltase con dolor sin dar más tregua, Que yo no he escondido las palabras del Santo. ¿Cuál es mi fuerza para esperar aún? ¿Y cuál mi fin para que tenga aún paciencia? ¿Es mi fuerza la de las piedras, O es mi carne de bronce? ¿No es así que ni aun a mí mismo me puedo valer, Y que todo auxilio me ha faltado?

El atribulado es consolado por su compañero; Aun aquel que abandona el temor del Omnipotente. Pero mis hermanos me traicionaron como un torrente; Pasan como corrientes impetuosas Que están escondidas por la helada, Y encubiertas por la nieve; Que al tiempo del calor son deshechas, Y al calentarse, desaparecen de su lugar; Se apartan de la senda de su rumbo, Van menguando, y se pierden.

Miraron los caminantes de Temán, Los caminantes de Sabá esperaron en ellas; Pero fueron avergonzados por su esperanza; Porque vinieron hasta ellas, y se hallaron confusos. Ahora ciertamente como ellas sois vosotros; Pues habéis visto el tormento, y

²⁵ From Tragedy to Triumph, p. 35.

teméis. ¿Os he dicho yo: Traedme, Y pagad por mí de vuestra hacienda; Libradme de la mano del opresor, Y redimidme del poder de los violentos?

Enseñadme, y yo callaré; Hacedme entender en qué he errado. ¡Cuán eficaces son las palabras rectas! Pero ¿qué reprende la censura vuestra? ¿Pensáis censurar palabras, Y los discursos de un desesperado, que son como el viento? También os arrojáis sobre el huérfano, Y caváis un hoyo para vuestro amigo. Ahora, pues, si queréis, miradme, Y ved si digo mentira delante de vosotros. Volved ahora, y no haya iniquidad; Volved aún a considerar mi justicia en esto.

¿Hay iniquidad en mi lengua? ¿Acaso no puede mi paladar discernir las cosas inicuas? (Job 6:1-30 RV)

EL CLAMOR DE UN ATERRADO (1-7)

Elifaz, con su bien preparado discurso, había errado el blanco. Sus piadosos consejos no consiguieron otra cosa que exacerbar más a Job. ¿Por qué había reprochado el lamento de su amigo? Puestos en los platillos de una balanza la queja y la aflicción de Job, ésta pesaría mucho más que aquélla; sus males excederían en peso a la arena de los mares. Si tan grande era su dolor, a nadie debía extrañar la crudeza de sus palabras, por más que éstas se desbocaran, como él mismo reconoce (3 y 26). Job no se lamenta sin causa. A nadie sorprende que rozne un asno o muja un buey si les falta el alimento (5). ¿Y provocará reproches el clamor de un hombre saciado de sin-sabores? (6).

Pero no es el aspecto cuantitativo de la tribulación lo que más atormenta a Job. La médula de su suplicio está en su aspecto cualitativo, en la interpretación que él mismo da a sus sufrimientos. Detrás de ellos ve la mano de Dios, la cual le asaetea con dardos emponzoñados que paralizan su espíritu. Dios, sin saber por qué, se ha vuelto su enemigo. Job no es simplemente un hombre atribulado. Es un hombre aterrorizado. «¡Terror de Dios me combaten!» (4).

No hay experiencia más aniquiladora. Ejemplos extra-bíblicos nos lo confirman. ¿No fue precisamente ese tipo de angustia lo que llevó a Lutero al borde de la ruina física y moral y a odiar a Dios antes de que descubriera las maravillas de su gracia?

Sea cual sea la causa, sufrimiento agudo, conciencia de pecado o cualquier otra, cuando el creyente llega al convencimiento de que Dios está contra él, se siente como en la antesala del mismo infierno. Pero Dios siempre está por nosotros, no contra nosotros.

Muchos pueden pensar que el terror de Job apenas se da en nuestros días. Dios ya no suele ser causa de conflictos interiores. O no se cree en El o se admite tan sólo como una idea nebulosa despersonalizada, alejada por completo de la problemática existencia del hombre. Sin embargo, la experiencia de Job dista hoy mucho de ser un anacronismo. Los hombres pueden cambiar su credo con relativa facilidad, pero les es

difícil evadirse de determinados problemas, entre ellos el del enfrentamiento con una existencia hostil que los acorrala, confunde y derrota, pese a todos los intentos de sobreponerse a ella. No se nombra a Dios, pero se habla del Destino como de un soberano que inexorablemente rige el curso de la vida de hombres y pueblos; toda resistencia a sus decisiones es inútil. Se descarta a Dios, pero se sigue creyendo en la influencia de los astros sobre la vida humana. Dios es un absurdo para algunos filósofos y científicos, pero no lo es el determinismo, según el cual el hombre y su vida son la resultante de factores hereditarios y ambientales contra los que nada podemos hacer. Se pierde así todo vestigio de libertad o personalidad. Esta predeterminación es ciega, decidida por el azar, pero al fin de cuentas resulta tan paralizante como la predestinación de la teología más extrema.

El hombre ha excluido a Dios de su pensamiento para sentirse más libre, pero el vacío ha sido llenado por las más despóticas fantasías. En el fondo, tenía razón el poeta alemán Emanuel Geibel al escribir: «Cuando se cierra la puerta a la fe, irrumpe la superstición por la ventana; si expulsáis a los dioses, aparecen los fantasmas.» Fantasmas crueles y esclavizantes.

Y cuando un hombre se siente atezado por fuerzas misteriosas, invisibles pero reales, superiores a él, cuando no ve salida o medio de liberación, se desmorona interiormente. Cesa su vacilación entre el «ser o no ser», entre «sufrir los dardos de una fortuna adversa o alzarse en armas contra un mar de calamidades». Se rinde en actitud fatalista, con un terror semejante en el fondo al que sintió Job.

La única diferencia es que Job, en la lucha de su fe, se debatía con un Dios vivo, lo cual —como veremos— le permitía abrigar alguna esperanza, mientras que al hombre sin Dios, que pugna entre las sombras de un destino ciego y de un universo insensible, sólo le queda un camino: la desesperación.

LA IMPACIENCIA DE UN DESVALIDO (8-13)

De nuevo Job suspira por su muerte. Su única súplica es que Dios acabe con él de una vez. Si este ruego es atendido, morirá con la satisfacción de quien ha vivido tratando de cumplir las palabras o mandamientos del Santo.

Lo que no puede ni quiere Job es soportar por más tiempo su agonía. Sus amigos le acusan injustamente; Dios se ha vuelto en contra de él, sus propias fuerzas le abandonan y no ve posibilidad alguna de auxilio. ¿Qué puede esperar? ¡Que caiga ya el telón de la muerte y concluya así el drama de una vida sin sentido!

¡Pobre Job! Antes había sido ejemplo de paciencia y fe; ahora lo es de impaciencia y desesperanza.

Simpatícemos con él y con cuantos llegan a una experiencia semejante. No hay situación más desoladora que aquella en que uno ya no espera nada, se siente impotente para seguir luchando y se abandona al desaliento. Pero la simpatía no debe significar aprobación. Job no tenía razón. El no veía un fin que justificara la prolongación de su existencia, pero Dios sí lo veía. El agotamiento de las fuerzas de

Job y su desvalimiento humano eran reales, pero no agotaban los recursos de la gracia de Dios, cuyo poder se perfecciona en nuestra debilidad (2.a Corintios 12:9). Siempre ha sido cierto lo que, en una hora histórica de depresión espiritual, se dijo al pueblo de Dios: «El Señor es el que al cansado da vigor, y al que no tiene fuerzas la energía le acrecienta» (Isaías 40:29-31).

LA AMARGURA DE UN DECEPCIONADO (14-23)

Job pudo ser víctima de una excesiva autocompasión, pero expresaba una gran verdad al afirmar que «el atribulado es consolado por su compañero, aun aquel que abandona el temor del Omnipotente» (14).²⁶ Las crisis de fe no son en sí pecado, aunque a veces pueden ser su consecuencia. En el peor de los casos, el amigo auténtico no se aparta con gesto de escándalo o de repulsión, como si el creyente que se tambalea espiritualmente fuese un engendro del diablo.

Job era un hombre de gran sensibilidad. Por eso le dolió terriblemente la actitud de sus amigos, convertidos prácticamente en enemigos. Sólo Dios sabe qué secretos motivos, alojados tal vez en el subconsciente de los tres, pudieron mezclarse con su deseo de ayudar a Job. ¿No habría en el fondo un sentimiento de envidia hacia el amigo admirado? ¿No cabía en ellos algo de esa sórdida satisfacción que muchos sienten al ver abatirse un hombre grande? Las buenas obras, y aun los sentimientos nobles, a menudo coexisten con sentimientos mezquinos. El ser humano es un haz de contradicciones.

La experiencia de Job en relación con sus amigos constituyó una decepción amarga. Todo da a entender que en otro tiempo, en los días de la prosperidad de Job, aquellos hombres se habían granjeado su confianza y afecto. Sin duda, Job, porque era intensamente humano, tuvo en muy elevada estima aquella amistad. Toda persona necesita amigos. Poseerlos es riqueza inestimable. Pero amigo verdadero ¿quién lo hallará? ¿Cuántas amistades perduran cuando son sometidas a prueba?

Posiblemente Job había visto en sus amigos, al igual que en sus «hermanos» (15), ríos con un caudal abundante de bondad, de comprensión y de abnegación. Pero ahora descubría con desencanto que no eran tales ríos, sino simples torrenteras bulliciosas en la época de abundantes lluvias, pero completamente secas cuando el caminante, fatigado y sediento en días estivales, busca con avidez sus aguas.

En los momentos de tribulación se tiene sed de amistad plena, incondicional. Es lo único que deseaba Job; no pedía otra cosa (22, 23). Pero eso precisamente es lo más difícil de encontrar, mucho más que ayuda económica —que ya es decir— o defensa contra la violencia. Hay horas en las que sólo cuenta el amor sincero de quien sabe escuchar, simpatizar y aceptar al amigo tal como es y tal como está; sólo resulta reconfortante el abrazo fuerte, espontáneo, que no espera a comprobar la ortodoxia o la santidad de quien necesita ser abrazado. Y esto es lo que los amigos de Job no

²⁶ Esta traducción parece más correcta que la de otras versiones según las cuales el amigo auxilia al atribulado para que éste no deje el temor del Omnipotente.

podieron hacer. Mucho más que a Job amaban sus propias ideas, a las que él tenía que someterse si quería merecer la aprobación amistosa de ellos.

La Historia abunda en ejemplos de falsas amistades, de profesiones de afecto que se han tornado en deslealtades, de reacciones hirientes. Pero es tristemente la Historia de la Iglesia la que nos ofrece los casos menos edificantes. Parece increíble que el celo por la verdad de Dios haya engendrado tantas veces el odium theologicum, en aras del cual ha sido inmolado el amor. Es anticristiano ese amor —tan en boga en nuestros días de fiebre sincretista— que ignora totalmente o relega a segundo plano la verdad de Dios. Pero es igualmente anticristiana la rigidez dogmática faltada de caridad. Además, esa rigidez ¿es íntegramente el resultado del celo por la gloria de Dios o más bien producto de un conglomerado de sentimientos en el que la piedad se mezcla con el orgullo, los celos y la intolerancia?

La Iglesia debe ser un círculo de amistades profundas, en el que se ofrezca más de lo que se exige, donde el amor fluya libremente bajo la acción del Espíritu de Dios —no forzosamente por canales de factura humana— en un clima de comprensión, de sinceridad, de autenticidad; una comunidad en la que el más torpe y «pecador» se sienta tan aceptado como el más sabio y el más «santo» y donde los más adelantados espiritualmente no traten de arrastrar a los rezagados con las cuerdas de sus dogmas o experiencias, sino que los estimulen con su ejemplo; un hogar en el que todos, sometidos a la amorosa soberanía del Padre, hallen consolación, estímulo y aliento. Si la Iglesia no es un vivero de amistades fecundas, difícilmente se librá de la aridez espiritual. No podrá ofrecer a los espíritus sedientos más agua que la de esporádicas torrenteras. Si tal situación se produce, la Iglesia está obligada a volverse con arrepentimiento y fe renovada a su Señor, quien dijo —refiriéndose a quienes creyeran y acudieran a él—: «Ríos de agua viva manarán de su interior» (Juan 7:38).

EL RETO DE UN DESESPERADO (24-30)

La decepción no hace enmudecer a Job, el cual no quiere rendirse a unas acusaciones que consideran falsas. Y, aunque se siente solo, desafía a sus tres interlocutores a reemprender el diálogo sobre un nivel de franqueza, no regido por prejuicios, sino ajustado objetivamente a la realidad de los hechos. «Empecemos de nuevo», viene a decirles (29); pero prescindiendo de generalidades o de insinuaciones aviesas. Si Job ha pecado, que le digan concretamente en qué consiste su transgresión, pues el sufrimiento no había nublado su capacidad de percepción moral hasta el punto de no poder «distinguir las cosas inicuas» (30).

La humildad de Job (24) no excluye la dureza con que echa en cara a sus amigos la ineficacia de sus palabras por su falta de discernimiento y compasión (25-27). ¿Haría mella esta censura en la actitud de ellos? Es posible que Job notara impasibilidad en la expresión de sus rostros y sintiera que no era posible una auténtica comunicación. Realmente —como veremos— no habría diálogo, sino una sucesión de monólogos. No es de extrañar que a continuación Job prosiguiera hablando en un soliloquio amargo para volverse después directamente a Dios.

Henos aquí ante un problema de todos los tiempos: el problema de la comunicación. El hombre es un ser social por naturaleza. «No es bueno que el hombre esté solo.» Mucho menos en los momentos difíciles de su vida. Precisa de alguien con quien pueda relacionarse íntimamente. Su aislamiento debe resolverse mediante la comunión con otros, y esta comunión sólo se logra por medios adecuados de comunicación. Entre ellos, ninguno tan positivo como la palabra. «¡Cuán eficaces son las palabras rectas!» (25). Pero no siempre la comunicación oral es efectiva. ¡Cuántos discursos, cuántos sermones, cuántas exhortaciones piadosas no han pasado de ser meros sonidos! En el mejor de los casos han sonado a música celestial; en muchos más, han sido «como el metal que resuena o el címbalo que retiñe». Puede haber habido lógica y elocuencia, pero no se ha establecido contacto real con la persona a quien se hablaba; ha faltado la transmisión efectiva del mensaje y, por consiguiente, el resultado ha sido nulo. El mejor comentario a mucho de lo que se oye en círculos religiosos sería la respuesta sarcástica de Hamlet a Polonio: «¡Palabras, palabras, palabras!»

Los límites de esta reflexión nos impiden analizar las causas de una comunicación fracasada. Pero, a la luz del caso de Job, podemos destacar algunas importantes. La comunicación es un fiasco cuando, en el fondo, no se tiene nada que comunicar, o por lo menos nada que supla la necesidad de quien escucha. Resulta, además, inoperante cuando el mensaje fluye de la mente del que habla sin haber pasado por su corazón; cuando expresa simplemente una doctrina, una verdad, un hecho que significa muy poco o nada en su propia vida; cuando no tiene en cuenta la verdadera situación del que escucha y, más que el bien de éste, busca el propio lucimiento; cuando en vez de convencer se trata de vencer; cuando se hace alarde de sabiduría y se ignora por completo la caridad. Este fracaso es casi trágico cuando no se logra llegar al atribulado que se debate en su soledad con ansias de una palabra guiadora y un gesto de amor, palabra y gesto que no llegan jamás.

Mucho de esta tragedia se vive, incomprensiblemente, en la experiencia de la Iglesia. ¿Puede extrañarnos que el mundo contemple a los creyentes con mirada de escepticismo cuando escucha su proclamación del Evangelio? El escaso éxito en la obra de evangelización ¿se debe únicamente a la dureza del hombre alejado de Dios? ¿No será, en parte al menos, resultado de que, en nuestro acercamiento a quienes deseamos evangelizar, nos asemejamos mucho a los amigos de Job?

El mejor remedio a este mal lo hallamos en el ejemplo de Cristo, la Palabra que se hizo carne para habitar entre nosotros y así comunicarnos eficazmente no sólo la verdad de Dios sino el amor infinito de Dios hacia nosotros. Sí, el misterio de la comunicación es un misterio de encarnación.

UN DOBLE ENFRENTAMIENTO

¿No es acaso brega la vida del hombre sobre la tierra, Y sus días como los días del jornalero? Como el siervo suspira por la sombra, Y como el jornalero espera el reposo de su trabajo, Así he recibido meses de calamidad, Y noches de trabajo me dieron por cuenta. Cuando estoy acostado, digo: ¿Cuándo me levantaré? Mas la noche es larga, y estoy lleno de inquietudes hasta el alba.

Mi carne está vestida de gusanos, y de costras de polvo; Mi piel hendida y abominable. Y mis días fueron más veloces que la lanzadera del tejedor, Y fenecieron sin esperanza. Acuérdate que mi vida es un soplo, Y que mis ojos no volverán a ver el bien. Los ojos de los que me ven, no me verán más; Fijarás en mí tus ojos, y dejaré de ser. Como la nube se desvanece y se va, Así el que desciende al Seol no subirá; No volverá más a su casa, Ni su lugar le conocerá más.

Por tanto, no refrenaré mi boca; Hablaré en la angustia de mi espíritu, Y me quejaré con la amargura de mi alma. ¿Soy yo el mar, o un monstruo marino, Para que me pongas guarda? Cuando digo: Me consolará mi lecho, Mi cama atenuará mis quejas; Entonces me asustas con sueños, Y me aterras con visiones. Y así mi alma tuvo por mejor la estrangulación, Y quiso la muerte más que mis huesos.

Abomino de mi vida; no he de vivir para siempre; Déjame, pues, porque mis días son vanidad. ¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas, Y para que pongas sobre él tu corazón, Y lo visites todas las mañanas, Y todos los momentos lo pruebes? ¿Hasta cuándo no apartarás de mí tu mirada, Y no me soltarás siquiera hasta que trague mi saliva?

Si he pecado, ¿qué puedo hacerte a ti, oh Guarda de los hombres? ¿Por qué me pones por blanco tuyo, Hasta convertirme en una carga para mí mismo? ¿Y por qué no quitas mi rebelión, y perdonas mi iniquidad? Porque ahora dormiré en el polvo, Y si me buscases de mañana, ya no existiré. (Job 7:1-21 RV)

JOB FRENTE A LA EXISTENCIA HUMANA (7-10)

Job no deja de sentir su propio dolor; pero ahora alza sus ojos por encima de sí mismo para contemplar la existencia humana en general. Su drama se convierte en el punto central de un círculo inmenso. A sus ojos, la vida de todo ser humano está horriblemente empobrecida por la miseria y la brevedad. El hombre no es la corona de la creación, señor del mundo según el propósito original de Dios. Es más bien como un soldado sometido a un servicio obligatorio y duro, o como un jornalero ocupado en faenas extenuantes. Sólo espera el final de la jornada, la muerte, para poner fin a sus fatigas.

Cuando Job vuelve a pensar en sus calamidades (3-5), reconoce en ellas una desafortunada herencia²⁷ impuesta por una voluntad ajena a la suya propia. Para él no hay sosiego. Aun el lecho le es un tormento. Lejos de descansar, se mueve agitado sobre él en largas horas de insomnio o de pesadillas aterradoras (4, 13, 14). Esta inquietud era, en parte, resultado de su enfermedad, pero se agravaba por los problemas espirituales que cada día se le hacían más insolubles. Es comprensible que anhelara la es-triangulación (15). ¿Para qué prolongar una vida tan mísera?

Sin embargo, Job no ve en la brevedad de la vida motivo para alegrarse; ve más bien otra calamidad. En buena lógica, cuanto más corta sea una existencia atormentada, tanto mejor. Pero los grandes sufrimientos engendran gran confusión, y la confusión no

²⁷ En el texto original ése es el significado de "He recibido".

suele ir del brazo con la lógica, sino con la paradoja y aun con la más abierta contradicción. Así Job no sólo se lamenta de su vida atribulada; deplora también la rapidez con que llega a su desenlace. Las metáforas y símiles que emplea no pueden ser más expresivos: la veloz lanzadera del tejedor que se paraliza al acabarse el hilo (6), el soplo (7), la mirada fugaz (8), la nube que se desvanece (9). Detrás de todo ello, la sombra del Seol, el imperio de la muerte, del que el hombre no puede volver.

Es evidente que la descripción que Job hace de la vida humana está cargada de subjetivismo; ha contemplado el mundo a través del cristal ahumado de sus circunstancias. No pocos, con experiencias más afortunadas, tendrían mucho que objetar a tan sombría visión del hombre sobre la tierra. Pero hay que reconocer que también hay en ella elementos de realismo. Dios mismo haría proclamar a voces: «toda carne es hierba y toda su gloria como flor del campo; la hierba se seca y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo» (Isaías 40:6, 7). Y, si más no, nadie puede negar que el pesimismo de Job haya sido —y sigue siendo—compartido por millones de humanos.

Jacob no fue el único que creyó poder resumir los años de su vida diciendo: «pocos y malos». Frente a este pensamiento, unos se doblegan resignados, faltos de fuerzas para intentar sobreponerse a sus circunstancias; otros combaten para cambiarlas; los más procuran evadirse apurando todas las copas de placer que la vida pueda ofrecerles y tratando de olvidar el hecho inevitable de la muerte.

DIOS, SOMETIDO A INTERROGATORIO (7:11-21)

Job, con todos sus errores, hizo lo mejor que puede hacer un hombre enfrentado con el dolor y el misterio. Se volvió directamente a Dios. Su situación era inaguantable. En cualquier momento podía sobrevenirle el fin y entonces nunca más tendría oportunidad de ser oído y reivindicado. No había tiempo que perder. Por eso decide romper el freno de su boca (11) e interpelar a Dios sometiéndolo a un interrogatorio audaz. No puede ser mayor su osadía, pero es la osadía de la angustia; es el atrevimiento de un hombre sincero, aunque equivocado, que en su desesperación va a jugárselo todo a una carta. Va a decir a Dios cosas tan fuertes que Dios tendrá que contestarle. Va a provocarle para forzar una respuesta. Sólo una palabra de Dios, vista la futilidad de las palabras de los hombres, podría sacarlo de su insoportable estado. En el fondo, este modo de obrar no era una locura. Aunque no de modo inmediato, Dios habló y su mensaje, al fin, proveyó la luz y la salvación que Job necesitaba.

Al examinar las preguntas de Job en este capítulo, hemos de recordar el sentimiento que tenía de que Dios, con todo su poder, se había vuelto contra él. ¿Tenía sentido realmente —se preguntaba— que Dios desplegara un aparato tan impresionante de represión contra un ser tan insignificante como él? ¿Acaso constituía un peligro para el mundo? («¿Soy yo el mar o un monstruo marino para que me pongas guarda?» (12).²⁸

²⁸ «Las olas altivas del mar deben ser sujetadas con límites que no pueden traspasar (cap. 38:8; Jer. 5:22). ¿Tiene él, Job, una naturaleza tan salvaje e indómita? El monstruo del mar... es la concepción, medio poética, medio mitológico, del mar mismo enfurecido como un monstruo, sometido a la vigilancia

En la pregunta siguiente (17, 18) se adivina la referencia irónica a la creación del hombre que tan inspirada alabanza despertó en el salmista (Salmo 8:4). Job preferiría que Dios dejara de preocuparse de él o que, por lo menos, le concediese un respiro (19). No veía en el Todopoderoso a un ser bondadoso. Para él la mirada de Dios era una mirada policíaca. Cuando usa la expresión «Guarda de los hombres» (20), pierde de vista una faceta alentadora del carácter y de la acción de Dios: su fidelidad en la protección de su pueblo (comp. Deuteronomio 32:10 y Salmo 121). Job sólo ve a un Dios ocupado en espiarlo y torturarlo implacablemente. Tiene la impresión de que se ha convertido en una carga para Dios y por eso Dios lo hace blanco de sus ataques.²⁹ Pero ¿por qué este acoso? Aun suponiendo que él, Job, hubiese pecado realmente, ¿en qué podía su transgresión dañar al Señor del universo? (20). ¿Acaso no sería más propio de Dios ejercitar la tolerancia? (21).

Al llegar a este punto, aun el lector más benévolo se sentirá disconforme con Job. Habrá advertido sus serios errores, atenuados únicamente por su gran sufrimiento. Pero esos errores son aún muy comunes hoy.

Job, quizás inconscientemente, estaba exaltando su persona, su experiencia y su destino con un egocentrismo desmesurado. Hacía de sí mismo el centro de su teología. No atina a ver en la soberanía y omnipotencia de Dios algo que no fuera hostilidad contra él. Tampoco se somete. Más bien debería ser Dios quien, comprendiendo las «razones» de Job, rectificara su modo de gobernar el universo. De todo esto sabemos bastante en nuestros días, cuando tantos hombres, igualmente antropocéntricos, buscan un Dios que se adapte a sus propias ideas, por más que en nada se parezca al Dios verdadero de la revelación bíblica.

Erró asimismo Job en su apreciación del pecado. No lo admite, convencido, como una realidad en su vida. Se refiere a él de modo hipotético: «Si he pecado...» Hacía bien en rechazar las acusaciones de sus amigos, quienes estaban seguros de que forzosamente tenía que haber cometido faltas graves de las que en realidad era inocente. Pero en este momento le faltó sensibilidad espiritual para darse cuenta de que el pecado, en su amplitud universal, alcanza seriamente a todos los hombres y que él no era una excepción. Esta falta de discernimiento lo endureció en su autodefensa hasta el punto de culpar a Dios de injusticia e inmisericordia.

Job aumenta su desatino al pensar que el pecado —si lo había cometido— en nada afectaba a Dios. En un sentido, es cierto que ni uno ni mil pecados pueden causar el más leve deterioro en la majestad o en la naturaleza del Altísimo. Pensarlo sería tan pueril como creer que un salvaje puede alcanzar al sol y derribarlo con sus flechas. Pero el hecho de que Dios permanezca intacto ante la rebeldía humana no significa que sea indiferente a ella. Cualquier pecado es una discordancia en la armonía de la creación y eso tiene que afectar al Creador. Cualquier pecado es un desacato grave a la autoridad divina, y ante él no puede permanecer impassible el Rey del universo. Todo

de Dios... Job inquiera si debe ser vigilado y afligido como este monstruo para evitar que hunda al mundo en el caos» (Cambridge Bible, Job, p. 54).

²⁹ La última frase es traducida por algunos en conformidad con lo que se cree fue el texto original: «hasta convertirme en una carga para Ti mismo».

pecado conculca la ley de Dios, y El, Juez supremo, no puede ignorarlo. Todo pecado hiere el corazón paternal de Dios, y Dios no es insensible. Recuérdese el patetismo con que el Señor habla de su pueblo por boca de Isaías: «Oíd, cielos, y escucha tú, tierra, porque habla Jehová: Crié hijos y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí» (Isaías 1:2). Y, sin embargo, Job se atreve a decir : «Si he pecado, ¿qué puedo hacerte a ti, oh Guarda de los hombres?»

Estos hechos no deben ser olvidados tampoco en nuestros días. Hoy está de moda no sólo minimizar —e incluso negar— la realidad del pecado, sino exaltar la figura de un Dios bonachón que incluye en abrazo universal de salvación a todos los hombres. Creyentes y ateos, santos o criminales, todos, al fin, se encontrarán en el cielo. La diferencia —se dice— entre el creyente y el que no lo es consiste en que el primero es salvo por la misericordia de Dios y lo sabe, mientras que el segundo es salvo sin saberlo. Muchos seudoteólogos de nuestro tiempo harían bien en recordar la sabia reflexión de Anselmo de Canterbury en su inmortal obra «Cur Deus homo»: Nondum considerasti, quanti ponderis sit peccatum (todavía no has considerado cuánto pesa el pecado).

Lo que a Job pudo parecer cosa fácil, el perdón de la iniquidad (21), ha significado para Dios el más serio de los problemas en el orden moral del universo. La solución hizo necesaria la humillación del Hijo de Dios en su encarnación y en su muerte expiatoria. En esa solución se incluiría la necesidad por parte del hombre de arrepentimiento, confesión del pecado, sumisión y confianza en la provisión redentora hecha por la gracia de Dios.

De esto último nos dará Job un ejemplo admirable al final. Antes, sin embargo, proseguirá irreductible por algún tiempo en su protesta. Lo hará con la vehemencia de quien piensa que se acaban las posibilidades de defenderse, porque se muere, y con una especie de sentimiento de compasión hacia Dios. Algún día se dará cuenta Dios de la injusticia cometida contra su siervo; irá a su encuentro para arreglar las cosas, pero demasiado tarde. Job ya no existirá. Este pensamiento ¿no provocaría una sonrisa de compasión en Aquel que tiene las llaves de la muerte y del Seol? (Apocalipsis 1:18).

Podemos condolernos por los errores de Job; pero preguntémonos si algún día no se alzaría aquel gran varón para condenarnos a nosotros, favorecidos con mucha más luz y bastante menos sufrimiento.

EL ABOGADO DE DIOS

Respondió Bildad suhita, y dijo: ¿Hasta cuándo hablarás tales cosas, Y las palabras de tu boca serán como viento impetuoso? ¿Acaso torcerá Dios el derecho, O pervertirá el Todopoderoso la justicia? Si tus hijos pecaron contra él, El los echó en el lugar de su pecado. Si tú de mañana buscares a Dios, Y rogares al Todopoderoso; Si fueres limpio y recto, Ciertamente luego se despertará por ti, Y hará próspera la morada de tu justicia.

Y aunque tu principio haya sido pequeño, Tu postrer estado será muy grande. Porque pregunta ahora a las generaciones pasadas, Y disponte para inquirir a los padres de ellas; Pues nosotros somos de ayer, y nada sabemos, Siendo nuestros días sobre la tierra como sombra. ¿No te enseñarán ellos, te hablarán, Y de su corazón sacarán palabras?

¿Crece el junco sin lodo? ¿Crece el prado sin agua? Aun en su verdor, y sin haber sido cortado, Con todo, se seca primero que toda hierba. Tales son los caminos de todos los que olvidan a Dios; Y la esperanza del impío perecerá; Porque su esperanza será cortada, Y su confianza es tela de araña. Se apoyará él en su casa, mas no permanecerá ella en pie; Se asirá de ella, mas no resistirá.

A manera de un árbol está verde delante del sol, Y sus renuevos salen sobre su huerto; Se van entretejiendo sus raíces junto a una fuente, Y enlazándose hasta un lugar pedregoso. Si le arrancaren de su lugar, Este le negará entonces, diciendo: Nunca te vi. Ciertamente este será el gozo de su camino; Y del polvo mismo nacerán otros.

He aquí, Dios no aborrece al perfecto, Ni apoya la mano de los malignos. Aún llenará tu boca de risa, Y tus labios de júbilo. Los que te aborrecen serán vestidos de confusión; Y la habitación de los impíos perecerá. (Job 8:1-22 RV)

La osadía de Job resulta intolerable para Bildad, quien toma la palabra para oponerse al huracán verbal que acaba de azotar sus oídos. Job no sólo ha reafirmado de modo absurdo su integridad personal, sino que ha insinuado un trato desconsiderado por parte de Dios respecto a toda la raza humana indiscriminadamente. A juicio de Bildad, Job ha rebasado los límites de la irreverencia para entrar en el terreno de la blasfemia. Por eso, con no menor vehemencia, salta a la palestra en defensa de la justicia divina. «¿Acaso torcerá Dios el derecho o pervertirá el Todopoderoso la justicia?» (2).

Tratará de demostrar al enojado amigo que Dios, en su gobierno moral, hace distinción entre el justo y el injusto. Para el primero siempre hay esperanza, aunque a veces sea sometido a la acción disciplinaria de Dios; el segundo siempre acaba en la destrucción.

Posiblemente la irritación privó a Bildad del tacto necesario para exponer su pensamiento. Así, a su magnífico interrogante del versículo 2, sigue una pésima ilustración que sólo podía tener efectos negativos. Alude a los hijos de Job y los juzga tan ligera como despiadadamente. Su terrible muerte, según él, se debía a sus grandes pecados. Aquella tragedia demostraba la justicia de Dios sobre unos hombres impíos. La misma justicia se ponía de manifiesto en la preservación de la vida de Job. Si éste no había corrido la suerte de sus hijos, era porque en su caso había unas posibilidades de rectitud que permitirían su restauración. Sus sufrimientos también eran consecuencia de sus pecados, pero no tenían por objeto su aniquilamiento, sino su corrección.

La teología de Bildad no difiere esencialmente de la de Elifaz, pero no la apoya, como éste, en ninguna revelación o experiencia personal. Sus palabras descansan sobre la autoridad de experiencias colectivas con sus correspondientes deducciones,

acumuladas en el transcurso de generaciones y cristalizadas en una sólida tradición (8-10).

Con figuras poéticas de la vegetación tropical, describe el fin inevitable de «todos los que olvidan a Dios». El papiro en toda su lozanía, si es privado de la humedad de las marismas, se seca rápidamente. Así el impío perece cuando, en su alejamiento de Dios, se ve desprovisto de la gracia divina que lo sostenía. Sin Dios, toda forma de prosperidad es tan deleznable como una tela de araña. También es comparable el impío a la planta exuberante; sus hojas verdean bajo el sol, mientras sus raíces lo invaden y lo penetran todo. De pronto, es destruida y de ella no queda ni el recuerdo.

En su conclusión (20-22), Bildad ratifica la benevolencia de Dios hacia el hombre perfecto (comp. 1:1), al igual que su desvinculación de los malignos. Si Job no se encuentra entre ellos, aún puede esperar que Dios cambiara totalmente su situación. Sus lamentos se convertirán en risa, mientras se consuma el juicio condenatorio de los malvados.

EL FRACASO DE UN SOFISMA

Como ya hemos señalado reiteradamente, no faltan elementos valiosos de verdad en las declaraciones de los amigos de Job, y el discurso de Bildad lo confirma. Nadie podría contradecir su postulado relativo a la rectitud moral de Dios. Nadie se atrevería a negar su doble aseveración del versículo 20. Sin embargo, se vio frustrado en su intento de convencer a Job. ¿Por qué?

A su falta de delicadeza al herir de entrada los sentimientos paternales de Job, añadió Bildad el uso de una lógica defectuosa. Esclavo de un estrecho método deductivo, argumenta sobre la base de lo que era considerado dogma indiscutible. Quienes mueren de muerte violenta y repentina son grandes pecadores; los hijos de Job habían sufrido esa clase de muerte; por consiguiente, los hijos de Job eran unos pecadores extraordinarios. Pero ya la primera proposición del silogismo no se ajusta a la verdad. Como enseñaría siglos más tarde uno mayor y más humano que Bildad, las grandes desgracias o las muertes espectaculares no son siempre la retribución merecida por pecados fuera de lo común. La ceguera de un hombre puede no ser atribuible ni a pecado propio ni a pecado de los padres (Juan 9:2, 3). El desplome trágico de la torre de Siloé sobre dieciocho hombres no era signo de que aquellos hombres fuesen más culpables que los demás (Lucas 13:4, 5).

Este error de los amigos de Job debiera servirnos de lección. Es indudable que hemos de ejercitar nuestra capacidad mental para sistematizar los elementos de conocimiento de la verdad que poseemos, pero es peligroso pretender una sistematización total mediante esquemas teológicos rigurosamente cerrados. Más de una vez la verdad de la Palabra de Dios ha sido desfigurada cuando se ha tratado de meterla en moldes de lógica humana, llegándose a conclusiones que no concuerdan con las enseñanzas fundamentales de la revelación bíblica. Siempre es bueno recordar humildemente que nuestras concepciones de la verdad son inferiores a la verdad misma y que una de las

características de la vida del creyente es precisamente el crecimiento en la gracia y en el conocimiento (2.a Pedro 3:18).

LOS PELIGROS DE LA TRADICIÓN

Un segundo error apreciable en el discurso de Bildad es la importancia desmedida que da a la tradición. Recurrir juiciosamente a lo que otros han podido aprender antes que nosotros evidencia sensatez. Pero hacer de sus dogmas una norma de fe tanto o más válida en la práctica que la Palabra de Dios es algo sumamente peligroso. La Iglesia cristiana hoy debe sentirse muy agradecida por las aportaciones que los Padres de la antigüedad, los reformadores y los eruditos bíblicos de tiempos modernos han hecho para facilitar y enriquecer nuestro conocimiento de la Sagrada Escritura; pero en cualquiera de ellos podemos discernir errores que no hemos de compartir. El saludable lema *Ecclesia semper reformanda* exige, sin duda, un constante cribar de tradiciones más o menos antiguas para eliminar las falsas adiciones del pensamiento humano y retener el grano de la verdad divina.

UN DIOS MUTILADO

Otra deficiencia en la intervención de Bildad es su presentación deplorablemente parcial del carácter de Dios. En su defensa de la justicia divina, se olvida del amor.

Es cierta que en los días del Antiguo Testamento era desconocida la luminosidad de los textos neo testamentarios que exaltan la gracia de Dios; pero la revelación de un Dios «lento para la ira y grande en misericordia» es prácticamente tan antigua como la historia del hombre caído. Ya en el Edén el juicio sobre el pecado fue unido a la promesa de salvación a favor del pecador.

Si Job hubiese podido llegar a convencerse de que, en su tribulación, de algún modo misterioso, actuaba el amor de Dios, habría recuperado fuerzas para sufrir con esperanza. Pero de esta posible intervención del amor divino no se ve ni el menor atisbo en las palabras de Bildad.

Ante este vacío desolador, el cristiano no puede menos que alabar a su Padre celestial por la plenitud de su revelación en Cristo. En El todas las promesas de Dios son «sí y amén» (2.a Corintios 1:20). En El y por El Dios lleva a cabo la obra de nuestra redención. Cristo es el gran Siervo humillado en sumisión perfecta a los propósitos divinos. En su pasión y en su muerte está presente la justicia de Dios; pero, sobre todo, resplandece su misericordia. La cruz se convierte así en un faro que desvanece la oscuridad de nuestros propios sufrimientos. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con El todas las cosas?» (Romanos 8:32). Como escribiera Lutero en una de sus cartas consolatorias, «si la carne se queja y clama, como Cristo clamó y fue débil, el espíritu, no obstante,

está dispuesto y, con suspiros, inefablemente, exclama: Abba, Padre, eres tú; tu vara es dura, pero sigues siendo mi Padre».³⁰

MÓVILES INADECUADOS

Bildad, con la parcialidad de su discurso, no sólo ha fracasado en su propósito de persuadir a Job. En el fondo se ha alineado con Satán. La perspectiva radiante que presenta al final (21, 22), confirmando lo expuesto en los versículos 6 y 7, se convierte en móvil de piedad. Job debía ser limpio y recto para recuperar acrecentada su prosperidad. Lo que parece contar no es tanto el deber que el hombre tiene de obedecer a Dios, independientemente de las circunstancias, como la esperanza de que con su fidelidad Job asegurara su bienestar futuro.

Desgraciadamente no han faltado a Bildad imitadores. Aun hoy la presentación del Evangelio se lleva a cabo frecuentemente apelando a motivos poco evangélicos. ¡Cuántas veces hemos oído predicaciones o diálogos en los que se instaba a personas inconversas a aceptar a Cristo para obtener paz, gozo, liberación de hábitos humillantes y satisfacción plena! Lo que es resultado de la conversión ha venido a ser hecho un objetivo, olvidando que los móviles supremos que deben llevarnos a Dios no deben ser jamás los beneficios que dé El podemos recibir, sino su soberanía, los derechos que como Creador y Redentor tiene sobre nosotros. Esos derechos le hacen acreedor de nuestra fe, nuestro amor y nuestra obediencia. Nuestra respuesta a su llamamiento no debiera decidirse por lo que El nos promete, sino por el simple hecho de que nos llama. Esto nos ayudaría a reconocer más plenamente la magnitud de las demandas del Evangelio, nuestra indignidad e impotencia y lo maravilloso de la gracia de Dios por encima de nuestros logros. También nos libraría de la sensación de fracaso cuando en nuestra vida de fe no toda es gozo, paz, victoria y satisfacción, cuando descubrimos que la experiencia del creyente es mucho más compleja de lo que algunos pintan con un evangelio unicolor de tinte rosáceo. En la vida de todo creyente normal, la fe no sólo es auténtica cuando, exultante, alaba a Dios en las alturas de la certidumbre, sino también cuando agoniza en los hondones oscuros de la perplejidad. A menos que seamos conscientes de estas realidades y sepamos interpretarlas a la luz verdadera de la Palabra de Dios, nuestros esfuerzos para guiar a otros pueden resultar tan ineficaces como en el caso de Bildad.

¡Menos mal que Job no siguió el camino que su amigo le señalaba!

DIOS, ¿UN DÉSPOTA CRUEL?

Job tomó la palabra y dijo: Bien sé yo, en verdad, que es así: ¿cómo ante Dios puede ser justo un hombre? A quien pretenda litigar con él, no le responderá ni una vez entre mil. Entre los más sabios, entre los más fuertes, ¿quién le hizo frente y salió bien librado? El traslada los montes sin que se den cuenta, y los zarandea en su furor. El sacude la tierra de su sitio, y se tambalean sus columnas.

³⁰ Raebach, Kleine Schriften Luthers, p. 627. 92

A su veto el sol no se levanta, y pone un sello a las estrellas. El solo desplegó los Cielos, y holló la espalda de la Mar. El hizo la Osa y Orión, las Cabrillas y las Cámaras del Sur. Es autor de obras grandiosas, insondables, de maravillas sin número. Si pasa junto a mí, yo no le veo, si se desliza, no le advierto. Si en algo hace presa, ¿quién le estorbará? ¿Quién le dirá: «¿Qué es lo que haces?»

Dios no cede en su cólera: bajo él quedan postrados los esbirros de Ráhab. ¡Cuánto menos podré yo defenderme y rebuscar razones frente a él! Aunque tuviera razón, no hallaría respuesta, ¡a mi juez tendría que suplicar! Y aunque le llame y me responda, aún no creo que escuchará mi voz. ¡El, que me aplasta por un pelo, que multiplica sin razón mis heridas, y ni aliento recobrar me deja, sino que me harta de amargura!

Si se trata de fuerza, ¡es él el Poderoso! Si de justicia, ¿quién le emplazará? Si me creo justo, su boca me condena, si intachable, me declara perverso. ¿Soy intachable? ¡Ni yo mismo me conozco, y desprecio mi vida! Pero todo da igual, y por eso digo: él extermina al intachable y al malvado. Si un azote acarrea la muerte de improviso, él se ríe de la angustia de los inocentes.

En un país sujeto al poder de un malvado, él pone un velo en el rostro de sus jueces: si no es él, ¿quién puede ser? Mis días han sido más raudos que un correo, se han ido sin ver la dicha. Se han deslizado lo mismo que canoas de junco, como águila que cae sobre la presa. Si digo: «Voy a olvidar mis quejas, mudaré de semblante para ponerme alegre», me asalta el temor de todos mis pesares, pues sé que tú no me tendrás por inocente.

Y si me he hecho culpable, ¿para qué voy a fatigarme en vano? Aunque me lave con jabón, y limpie mis manos con lejía, tú me hundes en el lodo, y mis propios vestidos tienen horror de mí. Que él no es un hombre como yo, para que le responda, para comparecer juntos en juicio. No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano entre los dos, y que de mí su vara aparte para que no me espante su terror.

Pero hablaré sin temerle, pues yo no soy así para mí mismo. Asco tiene mi alma de mi vida: derramaré mis quejas sobre mí, hablaré en la amargura de mi alma. Diré a Dios: ¡No me condenes, hazme saber por qué me enjuicias! ¿Acaso te está bien mostrarte duro, menospreciar la obra de tus manos, y el plan de los malvados avalar? ¿Tienes tú ojos de carne?

¿Como ve un mortal, ves tú? ¿Son tus días como los de un mortal? ¿Tus años como los días de un hombre?, ¡para que andes rebuscando mi falta, inquiriendo mi pecado, aunque sabes muy bien que yo no soy culpable, y que nadie puede de tus manos librar! Tus manos me formaron, me plasmaron, ¡y luego, en arrebató, quieres destruirme! Recuerda que me hiciste como se amasa el barro, y que al polvo has de devolverme. ¿No me vertiste como leche y me cuajaste como queso?

De piel y de carne me vestiste y me tejiste de huesos y de nervios. Luego con la vida me agraciaste y tu solicitud cuidó mi aliento. Y algo más todavía guardabas en tu corazón, sé lo que aún en tu mente quedaba: el vigilarme por si pecho. Y no verme

inocente de mi culpa. Si soy culpable, ¡desgraciado de mí! y si soy inocente, no levanto la cabeza, ¡yo saturado de ignominia, borracho de aflicción!

Y si la levanto, como un león me das caza, y repites tus proezas a mi costa. Contra mí tu hostilidad renuevas, redoblas tu saña contra mí; sin tregua me asaltan tus tropas de relevo. ¿Para qué me sacaste del seno? Habría muerto sin que me viera ningún ojo; sería como si no hubiera existido, del vientre se me habría llevado hasta la tumba. ¿No son bien poco los días de mi existencia?

Apártate de mí para gozar de un poco de consuelo, antes que me vaya, para ya no volver, a la tierra de tinieblas y de sombra, tierra de oscuridad y de desorden, donde la misma claridad es como la calígine. (Job 9:1-10:22 BJ)

En la respuesta de Job al discurso de Bildad se refleja una extrema turbación espiritual que le lleva a una reacción casi blasfema. Job está de acuerdo con sus amigos en que el hombre no puede justificarse ante Dios; pero llega a esta conclusión por razones diferentes. Bildad ha exaltado la rectitud moral de Dios (8:3), ante la cual el hombre ha de reconocer su pecado. Job no vislumbra valores morales en la acción de Dios; sólo ve grandeza inmensa, sabiduría y poder irresistibles (4). Hay un abismo entre el Creador y sus criaturas. ¿Quién puede oponérsele? Lo que hace es recto, no porque se ajusta a unas pautas de rectitud, sino porque lo hace El. Dios, haga lo que haga, siempre tendrá razón y el hombre habrá de callar ante su soberanía absoluta.

Llama la atención ver cómo Job, en su observación de las obras de Dios, resalta las de carácter negativo: «Sacude la tierra..., vacilan sus columnas. A su veto el sol no se levanta, y pone un sello a las estrellas» (6:7). Además, en su relación con el hombre, Dios actúa de modo oculto, es el gran Invisible (9:11), lo que aumenta la desventaja de Job en su enfrentamiento con El. Ante el Todopoderoso, aun los más fuertes han de callar y sucumbir (9:12, 13).³¹ ¿Cuánto más un hombre desvalido como Job? (9:14).

En sus disquisiciones sobre lo que considera absolutismo total de Dios (9:15-20), Job llega al límite de la confusión. Ya no entiende nada; de nada está seguro. «¿Soy intachable? ¡Ni yo mismo me conozco, y desprecio mi vida! Pues todo es lo mismo» (9:20, 21a). ¿Qué móviles determinan la actuación de Dios, si los principios morales parecen descartados? «El extermina al intachable y al malvado. Si un azote acarrea la muerte de improviso, El se ríe de la angustia de los inocentes. Entrega países en manos de los perversos y pone un velo en el rostro de sus jueces. Si no es El, ¿quién puede ser?» (9:22b-24). Job se da cuenta de que Dios no puede ser como él cree que es, arbitrario e injusto; pero los hechos advertidos por él no dejan lugar a dudas. ¿Qué otra explicación cabía? Job se debate en un maremágnum de ideas contradictorias. Todo resulta cada vez más misterioso y él mismo es parte esencial del misterio. Si no hay respuesta a sus preguntas, si no hay posibilidad de desenredar la madeja en que se halla envuelto, si el Dios en el cual aún cree no ilumina esas tinieblas, más vale no continuar viviendo (9 : 21).

³¹ Se da el nombre de Rahab a un monstruo mítico (Salmo 89:11; Isaías 59:9), personificación del caos marino, símbolo, en algunos casos, de Egipto. El texto puede referirse —como sugiere Delitzsch alguna conocida leyenda de un gran asalto contra el cielo, frustrado a pesar del poder gigantesco con que se había realizado.

Con poca objetividad contempla Job su vida cuando afirma: «Mis días... se han ido sin ver la dicha» (9:25). La oscuridad del presente borra de su memoria el recuerdo de un pasado venturoso. En su estado de ánimo prevalece el pesimismo. Es inútil cualquier intento de sobreponerse a su situación (9:27). Tanto si es justo como si es culpable, Dios ha decidido quebrantarlo. ¿Qué puede hacer sino abandonarse a la pasividad de un fatalismo trágico? (9:27-30).

La única esperanza sería la intervención de un mediador que se interpusiera entre Dios y él (9:33), que apartase la vara aterradora que le hería (34), que le permitiera hablar sin miedo (35) y que arbitrara una solución justa. Pero tal árbitro no existía.

Sería demasiado ver en estos versículos una alusión profética a Jesucristo, el Mediador entre Dios y los hombres revelado en el Nuevo Testamento; pero, sin duda, entrañan el anhelo del corazón humano que por un lado busca la comunión armoniosa con Dios y por otro es consciente de la sima que separa a la divinidad de la humanidad. ¡Si Dios llegara a humanarse! Poco podía pensar Job en las maravillas que siglos más tarde realizaría el Verbo encarnado. A él la idea del árbitro, más que una utopía, le parecía una imposibilidad. Por eso se concentra aún más en su desgracia. No había mediador. Los amigos de nada le servían y Dios se había vuelto en contra de él. ¿A quién podía hacer llegar su clamor sino sólo a sí mismo? «Asco tiene mi alma de mi vida; derramaré mis quejas sobre mí» (10:1).

Este es, quizás, el punto más hondo en la depresión de Job. Pero no va a hundirse de modo definitivo. Decide volverse a Dios y hablarle abiertamente, con toda la amargura de su espíritu, suplicando una explicación (10:2). Lo hace realizando un supremo esfuerzo para coordinar sus ideas, a las que da forma por medio de interrogantes. Con preguntas (10:3), trata de aclarar el misterio del gobierno de Dios en lo concerniente a su vida. Pero sus intentos fracasan, pues las preguntas tienen su origen en falsas presuposiciones, en conceptos de Dios falsos e indignos.

Convencido de su inocencia, interpela a Dios sobre el dolor a que somete al justo y el favor que otorga al malvado (10:3). En segundo lugar expresa la posibilidad de que Dios tenga «ojos de carne», es decir, que su visión sea tan limitada y expuesta a error como la de los hombres y que, por tanto, a veces confunda al inocente con el culpable (10:4). La tercera pregunta deja entrever un Dios igualmente parecido al hombre en su afán de quebrantar apresuradamente a su víctima antes de que se le escape (10:5-6). Esta idea se le antoja a Job absurda. ¿Por qué esa prisa de Dios en rebuscar el pecado de su siervo si sabía que era inocente? Y si no lo era, ¿quién podría librarlo de su justicia divina? (10:6, 7). ¿No podía esperar Dios a que el pecado de Job se pusiera de manifiesto sin necesidad de acosarlo de modo tan implacable? No, evidentemente ese proceder no era digno de Dios. Entonces ¿qué razón había para maltratar a un hombre tan duramente?

Job da un paso más en su línea de reflexión. Rememora la obra creadora del Dios que le había dado el ser. El era vasija amasada por el divino alfarero, colmada de vida, favores y solicitud protectora (10:8-12). Pero ¿qué sentido tenía esta acción benéfica

de Dios si ahora esa misma vasija era arrojada violentamente? «Tus manos me han plasmado, me han formado, ¡y luego, en arrebatado, me quieres destruir!» (10:8).

Un pensamiento siniestro, escalofriante, atenaza la mente de Job. Todo estaba cuidadosamente predestinado y el propósito final de Dios era arruinar con saña a quien tanto había favorecido. La prosperidad de otro tiempo era como un velo que ocultaba las intenciones aviesas del Creador (10:13, 17). Dios, un autócrata movido por la crueldad más refinada. ¿Podía eludirse esta conclusión?

Job pone fin a su interrogatorio planteando de nuevo la razón de su existencia. «¿Para qué me sacaste del seno?» (10:18). ¿No habría sido preferible su traslado inmediato de la matriz a la tumba? En la aturdida mente de Job este pensamiento parecía el menos negativo. Pero Dios obraba de acuerdo con un propósito distinto. Y Job no acierta sino a rogarle que se aparte de él para depararle un mínimo de alivio antes de trasponer el umbral de la muerte e irse al lugar cuya luz es como densas tinieblas (10:20-22).

Resulta difícil enjuiciar en nuestros días los razonamientos y conclusiones de Job. Nosotros admitiríamos antes la inexistencia de Dios que la existencia de una divinidad arbitraria e injusta. Para Job, sin embargo, Dios era una realidad de la que no podía dudar. En este caso, se explica su desconcierto ante lo que sus ojos veían en el gobierno moral del mundo, incluida su propia experiencia. No faltaban abundantes hechos que evidenciaban la bondad y la rectitud moral de Dios. Pero no eran menos abundantes los que parecían negar esa bondad y esa rectitud. La aplicación del método inductivo para determinar la naturaleza de Dios a partir de la experiencia humana es un arma de dos filos. Lo mismo puede conducirnos a una concepción optimista en la que brilla el amor que a una radicalmente pesimista en la que predomina la oscuridad de una providencia hostil, aparentemente sin ningún propósito bueno. El carácter moral de Dios no puede conocerse a través de la naturaleza o de la historia, sino por medio de su revelación redentora; pero de esta revelación Job no tenía la menor idea.

Hoy los cristianos disfrutamos de la luz radiante del Evangelio y «sabemos que a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). Pero ¿reaccionamos siempre según nuestro conocimiento? ¿No es verdad que a menudo nos sentimos tan turbados como Job? Interiormente nos rebelamos contra lo que Dios ha hecho o permitido en nuestra vida. Nos sentimos aturdidos por graves traumas. No podemos ver absolutamente nada de positivo, nada que realmente sea un bien. Somos más comedidos —o menos sinceros— que Job y callamos, pero en el fondo no podemos evitar el mismo pensamiento que le torturó a él: Dios es cruel conmigo. ¿Por qué? ¿Para qué? He aquí dos preguntas que nos repetimos una y otra vez en los días de sufrimiento inexplicable. Y si el sufrimiento y la perplejidad persisten, nos hundimos en un escepticismo desalentador. Como Job, no nos atrevemos a renunciar a Dios; menos aún a maldecirle. Pero nuestra comunión con El se nubla; y lo que debiera ser motivo de gozo, su soberanía, nos atormenta.

En tal situación, bueno será que también nosotros perseveremos con corazones orientados hacia Dios. En su hora más sombría, extenuado física, mental y

espiritualmente, Job no se rinde. Cae, pero dentro del círculo de Dios. ¡Dichoso el creyente que en sus peores momentos no llega a perder su comunicación con el cielo!

EL INTENTO DE FORZAR UNA CONFESIÓN

Respondió Zofar naamatita, y dijo: ¿Las muchas palabras no han de tener respuesta? ¿Y el hombre que habla mucho será justificado? ¿Harán tus falacias callar a los hombres? ¿Harás escarnio y no habrá quien te avergüence? Tú dices: Mi doctrina es pura, Y yo soy limpio delante de tus ojos. Mas ¡oh, quién diera que Dios hablara, Y abriera sus labios contigo.

Y te declarara los secretos de la sabiduría, Que son de doble valor que las riquezas! Conocerías entonces que Dios te ha castigado menos de lo que tu iniquidad merece. ¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás?

Su dimensión es más extensa que la tierra, Y más ancha que el mar. Si él pasa, y aprisiona, y llama a juicio, ¿Quién podrá contrarrestarle? Porque él conoce a los hombres vanos; Ve asimismo la iniquidad, ¿y no hará caso? El hombre vano se hará entendido, Cuando un pollino de asno montés nazca hombre. Si tú dispusieras tu corazón.

Y extendieres a él tus manos; Si alguna iniquidad hubiere en tu mano, y la echares de ti, Y no consintieres que more en tu casa la injusticia, Entonces levantarás tu rostro limpio de mancha, Y serás fuerte, y nada temerás; Y olvidarás tu miseria, O te acordarás de ella como de aguas que pasaron. La vida te será más clara que el mediodía; Aunque oscureciere, será como la mañana.

Tendrás confianza, porque hay esperanza; Mirarás alrededor, y dormirás seguro. Te acostarás, y no habrá quien te espante; Y muchos suplicarán tu favor. Pero los ojos de los malos se consumirán, Y no tendrán refugio; Y su esperanza será dar su último suspiro. (Job 11:1-20 RV)

Zofar supera en dureza a sus dos amigos. No puede resistir la osadía de Job. Este, en sus dos primeras intervenciones (caps. 3 y 6-7), únicamente había hecho alusiones indirectas a su inocencia; pero en la última (caps. 9 y 10), no sólo declara apasionadamente que no es culpable, sino que prácticamente ha colocado su inocencia por encima de la justicia de Dios. Por eso Zofar toma la palabra y arremete impetuosamente contra él.

A semejanza de Bildad, se distingue Zofar por su rudeza hiriente. A duras penas se podría reconocer algún valor teológico en su discurso, pero su eficacia pastoral fue totalmente nula. El acaloramiento podía dar brillo a sus frases, pero no luz al confuso Job. Nunca la retórica, desprovista de la verdad, fue solución a los problemas espirituales. Y menos aún el insulto o el sarcasmo. ¿Qué se podía esperar de un

hombre que confunde el lenguaje encendido de una alma en conflicto con la verbosidad de un charlatán? (2).

Zofar insiste en lo que ya han manifestado los otros dos amigos. No aporta nada nuevo, a no ser que expresa más abiertamente su convencimiento de que la calamidad de Job es un castigo por sus grandes pecados. No intenta —como hicieron Elifaz y Bildad— atemperar su declaración con la posibilidad de que se tratara de una acción disciplinaria por parte de Dios. No, se trata de una retribución. El sufrimiento de Job es la siega de la iniquidad que había sembrado.

Por otro lado, Zofar parece aventajar a los otros amigos en su interpretación del pensamiento de Job. Probablemente Elifaz y Bildad habían creído que Job estaba de acuerdo con ellos en que el infortunio es evidencia de pecado. Sin duda, ésa había sido la convicción de Job hasta el momento de su prueba. Pero ahora Zofar descubre que Job se rebela contra ese principio. El y sus amigos tendrán que combatir en Job lo que consideraban un error grave, radicalmente opuesto a la ortodoxia de ellos.

El orador de turno quiere arrancar de Job una confesión de su pecado y para ello ordena su intervención en tres puntos:

LA INFINITA MISERICORDIA DE DIOS (4-6)

No es incorrecto el resumen que Zofar hace de las declaraciones de Job ante Dios: «Es pura mi doctrina y a tus ojos soy irreprochable» (4). ¡Mera ilusión! Job había insinuado su deseo de que Dios le respondiera (9:15). Si viera cumplido ese deseo haría un descubrimiento que lo anonadaría; se daría cuenta de que el castigo que padecía era muy inferior a lo que merecía por sus pecados, que Dios olvidaba mucho de su culpa,³² que en medio del juicio el Señor es muy piadoso. Tal maravilla de la gracia divina debía mover a Job a deponer su actitud rebelde y confesar arrepentido sus transgresiones.

Esta aseveración, en el contexto de la experiencia humana en general, es correcta, pues Dios «no ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados» (Salmo 103:10). Pero Zofar no estaba pensando en las profundidades pecaminosas del hombre, de todo hombre, sino en el caso concreto de Job, a quien impele al reconocimiento de faltas graves que no había cometido. Para salvar la justicia de Dios, condena injustamente a Job.

¡Contraste curioso! Zofar ha aludido a la misericordia divina con un corazón inmisericorde. Su propósito no es tanto salvar al amigo como refutar su herejía y salir vencedor en la controversia.

Tampoco han faltado a Zofar sucesores en la Iglesia del Señor, proclamadores del Evangelio de la gracia, sin comprensión ni amor en sus corazones. ¡Quiera Dios impedir que proliferen en exceso!

³² Trad. de Delitzsch. 104

LA PERFECCIÓN DE DIOS (7-12)

Zofar ensalza la grandeza de Dios para anonadar a Job. Su exposición cuatridimensional (8 y 9) de la acción divina merece la adhesión de todo creyente; pero su aplicación es terriblemente parcial y tendenciosa. No hay en ella nada que aliente la esperanza, más bien incita al espanto. La omnisciencia de Dios, para Zofar, es el medio perfecto para descubrir y apresar al culpable. Y cuando Dios llama a juicio, ¿quién podrá contrarrestarle? (10).

En contraposición con el conocimiento inmenso de Dios, Zofar hace resaltar la insensatez de los hombres vanos (11) y concluye su segundo argumento con un ex abrupto insultante en el que, sin duda, alude a Job: «El hombre vano se hará entendido cuando un pollino de asno montés nazca hombre» (12).

¡Oh Zofar, frío teorizante! ¡Cuánto bien te habrías hecho a ti mismo y cuánto habrías ayudado a tu amigo atribulado si hubieras sido consecuente con tu apreciación de la sabiduría divina! Sí, los pensamientos secretos de Dios son inescrutables; pero lo son para todos los hombres, incluidos Zofar y sus compañeros. ¿Cómo no se les ocurría pensar que en el gobierno moral del mundo podía haber factores, hechos y propósitos ocultos que ellos ignoraban?

En su cerrazón dogmática equiparan la verdad de Dios con el concepto que ellos tenían de esa verdad. En su concepción simplista de la acción divina, no hay lugar ni siquiera para las excepciones. Toda discrepancia con su teología, debe ser suprimida. Toda voz disconforme ha de ser acallada.

Quizá todos tenemos un poco —o un mucho— del espíritu de aquellos hombres. Aún no hemos aprendido a ser humildes ante la grandiosidad de Dios y de su verdad. Aún anteponemos a veces nuestras interpretaciones de la Escritura a la Escritura misma. Aún condenamos a quienes disienten de nuestra dogmática, aunque sean fieles a las enseñanzas básicas de la Palabra de Dios. Nos preocupan más nuestras victorias dialécticas que la edificación de nuestros hermanos. Seguimos cayendo en el pecado de la intolerancia, inseparable siempre del de la falta de amor.

UNA EXHORTACIÓN AL ARREPENTIMIENTO (13-20)

Zofar recomienda a Job que haga una honda revisión interior, que «arregle su corazón» (13) y que, después, se vuelva humillado a Dios, a la par que abandona toda injusticia (14). Esta conversión cambiará todas las cosas. Se desvanecerá todo temor. El recuerdo de su amargura desaparecerá como aguas huidizas. La oscuridad dará lugar a una existencia radiante y segura, y la soledad, a la compañía de una multitud que volverá a acercarse a Job buscando su favor (15-19). Todo esto acontecerá indefectiblemente si Job hace lo que su amigo le dice.

Zofar está ampliando lo que ya había afirmado Bildad (8:5, 6). Lo hace con la misma superficialidad y recalcando, al igual que éste, la recuperación del bienestar de Job como móvil para su arrepentimiento. Y, previendo que Job podía mantenerse en su impenitencia, cierra su discurso con una amenaza entrevelada (20). ¡Pésimo modo de concluir un llamamiento a almas sinceras atormentadas por la confusión!

Casi nos estremece pensar en la buena acogida que el método de Zofar sigue teniendo. Son muchos los que, con tanta buena fe como falta de discernimiento, simplificasen extremo la labor de cura de almas. Toda su ayuda se reduce a unos consejos fáciles sobre la confianza en el Señor, la sumisión, la oración, etc. Si son seguidos esos consejos —piensan los zofares de cualquier tiempo— se producirán indefectiblemente resultados positivos. El creyente recobrará automáticamente su paz y alcanzará grandes triunfos espirituales. No puede concebirse que no se resuelvan todos sus problemas tan pronto como se vuelve a Dios. Las dudas, las luchas y las crisis prolongadas son prueba indubitable de una fe débil. Esto algunas veces puede ser verdad. Pero ¿han ahondado esos consejeros en los entresijos del alma humana? ¿Se han parado a considerar que la estabilidad de la fe de algunos se debe a la superficialidad, a su incapacidad de pensar? ¿Se les ha ocurrido que la fe de gigantes espirituales pasó por períodos de agonía, de los que no salieron por caminos fáciles sino a través de experiencias desconcertantes? ¿No han tenido en cuenta que en las depresiones espirituales puede haber importantes factores psíquicos, y aun físicos, que exigen un tratamiento adecuado, más que exhortaciones piadosas? Sólo un mayor conocimiento de la naturaleza humana con sus problemas y una mejor comprensión de Dios y de su gracia pueden capacitarnos para auxiliar a quienes se encuentran sumidos en la turbación.

LA SABIDURÍA DEL SILENCIO

JOB entonces respondió y dijo: ¡Verdaderamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría! Yo también tengo entendimiento como vosotros; no soy inferior a vosotros: ¿quién no sabe tales cosas? Soy como quien es el ludibrio de su amigo; ¡yo, hombre que clamaba a Dios, y él le respondía! ¡Objeto de ludibrio es el justo y el perfecto!

Hay desprecio para la desgracia en el pensamiento del que está a sus anchas; preparada está para los que andan con pasos mal seguros. Tranquilas están las moradas de los ladrones, y seguros los que provocan a Dios; en cuya mano hace Dios que caiga la presa. Mas pregunta, si quieres, a las bestias, que ellas te enseñarán, o a las aves del cielo, que ellas te lo dirán; o habla a la tierra, que ella te enseñará, y los peces del mar te lo contarán: pues ¿quién de entre todos éstos no sabe que la mano de Jehová ha hecho esto? en cuya mano está el alma de todo ser viviente, y el hálito de todo el género humano.

¿Por ventura no prueba el oído las palabras, así como el paladar gusta las viandas? Con los ancianos está la sabiduría, y en la larga edad, el entendimiento: en Dios está la sabiduría y el poder; suyo es el consejo y la inteligencia. He aquí que él derriba, y nadie

puede reedificar; él encierra al hombre, y no hay quien le abra. He aquí, él detiene las aguas, y se secan; las suelta, y trastornan la tierra.

En él está el poder y el consejo; suyos son así el que yerra como el que hace errar. Él hace andar a los consejeros despojados de juicio, y entontece a los jueces. Él descigne la autoridad de los reyes, y les ata una soga a los lomos. Hace andar a los sacerdotes despojados de juicio, y derriba a los poderosos. Priva del habla a los hombres de confianza, y quita el discernimiento a los ancianos.

Derrama el desprecio sobre los príncipes, y afloja el cinto de los esforzados guerreros. Hace patentes, de en medio de tinieblas, las cosas más profundas, y saca a luz la sombra de muerte. Aumenta las naciones, y las destruye; extiende las naciones, y las lleva en cautiverio. Quita la inteligencia a los caudillos de los pueblos de la tierra, y los hace vagar como por un yermo sin camino: van a tientas como en tinieblas y sin luz; y él los hace perder el tino como un borracho.

HE aquí, todo esto lo han visto mis ojos; mis oídos lo han escuchado y lo tienen entendido. Lo que sabéis vosotros, también lo sé yo; no soy inferior a vosotros. Empero con el Todopoderoso es con quien yo quiero hablar; deseo vindicarme delante de Dios; pues que vosotros, al contrario de él, sois fraguadores de mentiras; médicos de ningún valor sois todos vosotros.

¡Ojalá que callarais del todo! porque esto os fuera sabiduría. ¡Oíd, os ruego, mi vindicación, y prestad atención a los alegatos de mi boca! ¿Hablaréis maldad a favor de Dios, o diréis mentira en obsequio suyo? ¿Haréis acepción de su persona? ¿O contenderéis en juicio a favor de Dios? ¿Os será bueno que él os escudriñe? ¿O como quien se burla de un hombre mortal, habéis de hacer burla de él?

Os reprenderá de seguro, si encubiertamente hacéis acepción de personas. ¿Acaso su majestad no os impone miedo, ni su pavor cae sobre vosotros? Vuestros dichos memorables son refranes de ceniza, y vuestros baluartes, baluartes de barro. (Job 12:1-13:12 VM)

Con ironía no disimulada responde Job a sus amigos después de haber escuchado a Zofar. Más que exaltar la sabiduría de Dios —tal era la pretensión del último de los tres— lo que hacían era exhibir sus propias ideas como si fuesen la encarnación de la ciencia universal. «En verdad, vosotros sois el pueblo, con vosotros la sabiduría morirá» (2). Pero ¿qué habían dicho que Job no supiera? Ciertamente, en lo que concierne a reconocimiento de la grandeza de Dios, él no les iba a la zaga (3). Ello a pesar de la mofa de que era objeto (4a). Quienes vivían en prosperidad opinaban que a la desgracia cebada en una persona debe añadirse el desprecio. Los amigos de Job ¿no se dejaban llevar por esa opinión?

En todo muestran una gran intolerancia. En su concepción del sufrimiento como evidencia segura de culpabilidad no había lugar para la incongruencia que significaba el sufrimiento de un hombre que «invocaba a Dios y El le respondía» (4). Tampoco se dejan inquietar por la prosperidad y seguridad de quienes provocan a Dios (6). La

parcialidad de la sabiduría de Zofar y sus compañeros les incapacitaba para resolver un problema que rebasaba los límites de su dogmatismo.

Aun su concepto de la perfección divina podía ser corregido y aumentado y Job procede a una exposición ampliada de la magnificencia de Dios. Con un estilo que corresponde al sarcasmo de Zofar (11:1), exhorta a éste a que aprenda de las bestias; ellas le enseñarán cuán grande es la mano del Creador (7-9). Dios es el gran soberano sobre todos los seres vivientes. ¿Quién no discernirá esta verdad? Job no tenía ningún inconveniente en asentir plenamente a las afirmaciones de los «ancianos», depositarios de la «inteligencia» (12), en cuya autoridad basaban los amigos sus acusaciones. Pero por encima del saber humano está la verdadera sabiduría, la de Dios, unida a su poder absoluto (13). Nadie puede oponerse a su acción.

En lo que resta del capítulo 12, Job sólo presenta, como ya vimos anteriormente (cap. 9:5-7), las facetas negativas de la soberanía de Dios. El derriba y encierra al hombre; detiene las aguas y todo se seca; las suelta y destruyen la tierra; priva de consejo a los consejeros; destrona reyes; humilla a príncipes y poderosos; despoja al sacerdote de sus vestiduras; priva del habla a los más elocuentes; hace prosperar a las naciones y luego las destruye, y a sus gobernantes los entontece y los hace vagar a oscuras, tambaleantes, como si estuviesen ebrios.

En este enfoque de la providencia lo que más sorprende no es que se atribuye directamente a Dios todo cuanto acontece. Tal modo de pensar estaba en consonancia con la mente semita, que no se detenía en causas intermedias —a veces incluso contrarias a la voluntad divina—, sino que veía en Dios la causa de todas las cosas (comp. Isaías 45:6, 7 y Amós 3:6). Lo que llama la atención es el carácter exclusivamente catastrófico que Job da a su descripción del gobierno divino del mundo. No hay en sus palabras la menor alusión a los múltiples beneficios que Dios otorga a los hombres, nada que se asemeje a los Salmos providenciales del salterio bíblico, en los que resplandece la bondad del Señor. Nada dice Job de los hombres caídos a quienes Dios levanta, de las aguas que fertilizan los campos, de la sabiduría que da a los que le temen, del poder que otorga a los débiles, de la luz que hay sembrada para el justo y la alegría reservada para los rectos de corazón.

¿Se debía esta omisión a la visión defectuosa de Job, quien contemplaba el mundo a través de una lente oscurecida por el sufrimiento? Posiblemente. Pero es más probable que el cuadro pintado por él responda al propósito deliberado de decir lo que sus amigos habían silenciado, de enfrentarlos con los grandes enigmas de la existencia humana que ellos parecían ignorar y forzarlos así a reflexiones más hondas que hicieran posible un diálogo más positivo.

De no conseguirse esto, valdría más que los amigos cesasen de hablar. « ¡Oh, si os callarais la boca! Sería eso vuestra sabiduría» (13:5). Persistir en sus tópicos, insistir en sus acusaciones contra Job, negándose a escucharle de veras, sería tratar de seguir defendiendo la causa de Dios recurriendo a la mentira. Job no podía entender que el fin justifica los medios. En lugar de actuar como abogados del Todopoderoso, deberían abrirse a su mirada escrutadora y dejar de jugar con El (13:6-9). Por unos

momentos Job parece olvidarse de su propia defensa, apunta severamente a la posibilidad de que hubiera alguna injusticia (parcialidad a favor de Dios) en sus interlocutores y los amonesta con tono solemne: «El os dará severo castigo si en secreto actuáis con parcialidad. ¿No os espantará su majestad, no os invadirá su terror?» (13:10, 11).

Al oír estas palabras, ¿se contraerían los rostros de los tres con gesto de indignación? Pero Job no quiere morderse la lengua y lanza su andanada final contra la vana sabiduría de sus amigos: «Vuestros discursos pomposos son polvo y ceniza; vuestras defensas se convierten en baluartes de lodo» (13:12). No resistirán delante de Dios; se derrumbarán. Si no tenían nada más que decir, lo mejor que podían hacer era acceder a la petición de Job: « ¡Dejadme en paz!» (13:13a).

La dura reprensión de Job a los tres sabihondos debiera poner en guardia a cuantos se sienten excesivamente seguros de su total posesión de la verdad. Es ridícula la pretensión que algunos parecen tener de que no les falta respuesta atinada para todas las preguntas. Ni aun el más concedor de la Palabra de Dios podría arrogarse tal capacidad. Por un lado, la revelación bíblica no aclara todos los misterios. Todavía hay «cosas secretas que pertenecen a Yahveh, nuestro Dios» (Deuteronomio 29:29), que El no ha tenido a bien desvelar. Tratar de invadir con nuestras especulaciones esa región reservada sería un doble pecado: irreverencia y soberbia. Por otro lado, nuestra comprensión de las verdades reveladas siempre es imperfecta a causa de lo limitado de nuestro entendimiento y de los errores o prejuicios que subyacen en el fondo de nuestro intelecto. Además, aun en el caso de que nuestra aprehensión de la verdad fuese del todo correcta, es fácil cometer errores en el modo de comunicarla. A este problema de la comunicación nos referimos ya al comentar la réplica de Job a Elifaz. Pero queremos insistir aquí en el hecho de que no basta el conocimiento de la Palabra. Es absolutamente necesario conocer también a la persona —con sus circunstancias— a quien se desea hacer llegar el mensaje. Aun entonces falta un tercer conocimiento: el del modo de establecer un contacto real con esa persona para que pueda recibir la verdad divina. Este contacto muchas veces es difícilísimo. Lograrlo es prácticamente un milagro. De aquí la necesidad de contar más con la acción del Espíritu Santo que con nuestra propia habilidad. No faltarán casos en que todo esfuerzo de comunicación parecerá un fracaso. Tal vez en algunas ocasiones tratamos de acelerar equivocadamente el proceso de convicción de la persona a quien deseamos ayudar. Dios no se precipitó al hablar a Job; lo hizo oportunamente, cuando su mente y su espíritu se hallaban en el instante más propicio para oír su voz.

Siempre debiéramos estar atentos a las reacciones de quien nos oye, y si en un momento dado llegamos al convencimiento de que nuestras palabras carecen de poder o más bien confunden, si nos enfrentamos con cuestiones para las que no tenemos respuesta, domeñemos nuestra vanidad y callemos o confesemos nuestras limitaciones. El reconocimiento de tales limitaciones puede ayudar más que mil palabras cargadas con acento de superioridad. Estar en condiciones de dar razón de nuestra fe no significa que hemos de pretender ser omniscientes. Además, la simpatía, vehículo incomparable de comunicación, tiene formas de expresión que superan a

todas las palabras. Puede ser cierta una vez más que el silencio es oro, sobre todo si, mientras los labios permanecen mudos, ama y ora el corazón.

EN LITIGIO CON DIOS

Estadme callados, y yo hablaré; ¡y luego venga sobre mí lo que viniere! En todo caso tomaré mi carne en mis dientes, y pondré mi vida en mi mano. ¡Aunque me mate, esperaré en él! no obstante, vindicaré delante de él mis caminos. También él mismo saldrá en defensa mía; porque no podrá comparecer ningún impío delante de su rostro. Escuchad atentamente mis palabras, y mi declaración entre en vuestros oídos.

He aquí pues, he ordenado mi causa: yo sé que soy inocente. ¿Quién es aquel que quiera contender en juicio conmigo? porque si ahora yo callara, expiraría. Dos cosas, a lo menos, no hagas conmigo, entonces no me esconderé de tu presencia:- Retira tu mano de sobre mí, y tus terrores no me espanten; luego llama, que yo te responderé; o hablaré yo, y tú me darás respuesta.

¿Cuántas son mis iniquidades y mis pecados? ¡Hazme conocer mi transgresión y mi pecado! ¿Por qué escondes tu rostro, y me reputas como enemigo tuyo? ¿Querrás aterrar a una hoja llevada del viento? ¿O a la hojarasca seca perseguirás? Porque escribes contra mí cosas amargas, y me haces heredar las iniquidades de mi juventud. También pones en cepto mis pies y observas todas mis veredas, trazando una raya para las plantas de mis pies.

Mientras tanto, aquel que así vigilas, como cosa carcomida, se va gastando, a semejanza de una ropa roída de la polilla. (Job 13:13-28 VM)

Job ve claramente que nada va a lograrse prolongando el diálogo con sus visitantes. Su única esperanza está en conseguir de Dios una audiencia: « ¡Dejadme en paz y hablaré yo!», dice a los tres. Hablaría delante de ellos, pero se dirigiría al Todopoderoso, a pesar del terror que le inspiraba.

No escapa a su pensamiento el riesgo que esta decisión comporta; pero está decidido a todo. «Hablaré, ¡y que me venga después lo que viniere! Tomo mi carne entre mis dientes y pongo mi alma entre mis manos» (13)³³ Es posible que Dios decida destruirlo totalmente después de haberlo escuchado. Job no tiene esperanza en vista de lo que Dios está haciendo con él; además, comparte probablemente la creencia de que ningún hombre que ve a Dios puede seguir viviendo. Sin embargo, intentará comparecer ante el Señor del universo. «He aquí, El me matará; no esperaré; sin embargo, defenderé mis caminos ante su rostro» (15, Cambridge Bible). Este es el significado de un texto cuya traducción en la versión española de Reina-Valera (al igual que en otras versiones en diferentes lenguas), siguiendo la Vulgata, ha motivado interpretaciones hermosas, pero ajenas al pensamiento del patriarca. No, Job no aparece aquí como un héroe de la

³³ Frases de aire proverbial, cuyo sentido es que se arriesga la vida, que se juega el todo por el todo. (Comp. 1. ° Samuel 19:5.) (BJ).

fe que exclama: « ¡Aunque me mate, en El esperaré!» Esta ha sido la actitud de muchos creyentes que antepusieron a las adversidades más extremas su confianza en Dios. Pero la afirmación de Job no es un testimonio de sumisión esperanzada, sino de osadía, inspirada en su inmovible convicción de inocencia. El solo hecho de atreverse a comparecer así ante Dios ya era prueba de su sinceridad, pues ningún impío tendría una audacia semejante (16). Esto le anima. Acaba de dar un paso que, a su modo de entender, podría ser el principio de su reivindicación (16a). Está presto a iniciar su litigio formal con Dios e invita a los tres amigos a que lo presencien: «Escuchad, escuchad mis palabras, prestad oído a mis declaraciones. Mirad, he preparado un proceso, sabiendo que tengo razón» (17, 18). El proceso pondrá al descubierto su inocencia. Tan convencido está de su triunfo que reta a quien quiera contender con él; y si llegara a suceder lo imposible, que perdiera su causa, al punto enmudecería y se entregaría a la muerte (19).

Sólo dos condiciones pide Job para dar principio al proceso: que deje Dios de abrumarlo con el peso de su mano hostil y que no siga aterrándolo con la dureza de su soberanía (20, 21; comp. 9:34, 35), pues el espanto restaba coherencia a las razones de su defensa. Si estas condiciones son aceptadas, Job está presto a responder a lo que Dios diga o bien a hablar primero y esperar después la respuesta divina (22).

Job opta por esto último, quizá después de haber esperado un tiempo dando lugar a que Dios tomara la iniciativa. La apelación de Job carece de preámbulos. Le oprime demasiado el misterio de su situación. Por esto lanza impetuosamente el interrogante que le atormentaba: « ¿Cuántas son mis faltas y pecados? ¡Mi delito, mi pecado, házmelos saber!» (23). Seguramente Job no se consideraba inmaculado. Reconocía que todo hombre es pecador. Pero ¿acaso sus pecados eran mucho más numerosos que los de los demás hombres? Y si Dios lo castigaba por alguna transgresión especial, ¿cuál era esa transgresión? ¿En qué consistía su gravedad para que Dios ocultase de él el rostro y lo tuviera por enemigo? ¿Qué delito colosal había cometido para que el Todopoderoso lo asaltase como a una hoja arrebatada por el viento? ¿Acaso estaba Dios haciéndole pagar los pecados de su juventud, los comunes a todos los humanos en esa edad frívola e inestable de la vida? Aun admitiendo la realidad de esos pecados, ¿no los había confesado ya Job en demanda de perdón? Así es de suponer teniendo en cuenta su solicitud espiritual respecto a sus hijos (recuérdese 1:5). Y si Dios lo había perdonado, no era posible explicar el cerco que le había puesto vigilándolo como a un prisionero e impidiéndole por completo la modificación de su suerte (26, 27). Esta falta de libertad, ¿no imponía a Job un destino irreversible? Tremenda cuestión la que aquí apunta: la realidad o la ilusión del libre albedrío. ¿Hasta qué punto el hombre está sujeto a sus múltiples condicionamientos? ¿Se cumple en su existencia un fatalismo trágico, análogo al de los héroes griegos acosados por divinidades hostiles? Job, a la postre, se daría cuenta de su error. La providencia de Dios no esclaviza a sus siervos, sino que dispone todas las cosas para llevar a efecto su liberación. Siglos después de Job, los hombres podrían comprender algo más de «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» y llegar a la conclusión de que por encima de todos los condicionamientos está el poder redentor de Dios.

La alocución de Job, dirigida a Dios, conserva la pasión de sus intervenciones anteriores en diálogo con sus amigos; pero sus palabras revelan una mayor serenidad. El solo hecho de hablar a Dios parece infundirle nuevas energías. Han desaparecido las frases ásperas —que rozaban la blasfemia— del capítulo 9. Todo queda dominado por sus ansias de que Dios le oiga para que reconozca su inocencia.

En este proceder se pone de relieve algo muy loable: el afán de Job de conocer lo que le estaba velado. Consciente de su debilidad, reacciona como un titán en busca de una verdad que era esencial para su vida. No buscaba respuesta a ninguna de las cuestiones que están fuera del terreno de la razón o de la revelación. No era un curioso, ávido de descubrimientos en el campo de la Teología. Era un hombre atormentado por un problema que afectaba radicalmente a su relación personal con Dios. Por eso hizo bien en no resignarse a vivir indefinidamente en la niebla de la incertidumbre.

Sólo el creyente poseído de esa inquietud alcanza las mayores alturas espirituales. Hay problemas teológicos de cuya solución correcta dependen nuestra comunión con el Señor, así como la orientación, la calidad, la densidad y la firmeza de nuestra vida. La naturaleza de Dios, su providencia, su gracia, su obra redentora, la acción de su Espíritu en el hombre no son meras abstracciones doctrinales. Influyen decisivamente en nuestra experiencia. Si de ellas tenemos una recta comprensión, estaremos en condiciones ventajosas de solucionar nuestros conflictos espirituales. Sin tal comprensión, fácilmente seremos presa de la confusión, del desánimo o de la indiferencia. No importa que en nuestra búsqueda de conceptos más luminosos y profundos sobre la verdad hayamos de pasar por momentos de duda o de turbación. El resultado final será una digna compensación, infinitamente superior a la paz de quienes nunca tuvieron luchas espirituales porque se aferraron siempre a una fe infantil, temerosa de misterios.

JOB, ANTE LA VIDA, EL PECADO Y LA MUERTE

El hombre nacido de mujer, Corto de días, y hastiado de sinsabores, Sale como una flor y es cortado, Y huye como la sombra y no permanece. ¿Sobre éste abres tus ojos, Y me traes a juicio contigo? ¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie. Ciertamente sus días están determinados, Y el número de sus meses está cerca de ti; Le pusiste límites, de los cuales no pasará.

Si tú lo abandonares, él dejará de ser; Entre tanto deseará, como el jornalero, su día. Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza; Retoñará aún, y sus renuevos no faltarán. Si se envejeciere en la tierra su raíz, Y su tronco fuere muerto en el polvo, Al percibir el agua reverdecerá, Y hará copa como planta nueva. Mas el hombre morirá, y será cortado; Perecerá el hombre, ¿y dónde estará él?

Como las aguas se van del mar, Y el río se agota y se seca, Así el hombre yace y no vuelve a levantarse; Hasta que no haya cielo, no despertarán, Ni se levantarán de su sueño. ¡Oh, quién me diera que me escondieses en el Seol, Que me encubrieses

hasta apaciguarse tu ira, Que me pusieses plazo, y de mí te acordaras! Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?

Todos los días de mi edad esperaré, Hasta que venga mi liberación. Entonces llamarás, y yo te responderé; Tendrás afecto a la hechura de tus manos. Pero ahora me cuentas los pasos, Y no das tregua a mi pecado; Tienes sellada en saco mi prevaricación, Y tienes cosida mi iniquidad. Ciertamente el monte que cae se deshace, Y las peñas son removidas de su lugar; Las piedras se desgastan con el agua impetuosa, que se lleva el polvo de la tierra; De igual manera haces tú perecer la esperanza del hombre.

Para siempre serás más fuerte que él, y él se va; Demudarás su rostro, y le despedirás. Sus hijos tendrán honores, pero él no lo sabrá; O serán humillados, y no entenderá de ello. Mas su carne sobre él se dolerá, Y se entristecerá en él su alma. (Job 14:1-22 RV)

Job sigue arguyendo ante Dios. Aún le domina el pensamiento de que Dios va demasiado lejos en su ira contra él. Si por algún motivo ignorado Dios había de castigarlo, ¿no bastaban las aflicciones comunes a todos los seres humanos? Si en él no había un pecado excepcional, ¿por qué había de ser excepcional la retribución? Job amplía el círculo de sus reflexiones. Ahora ya no piensa sólo en sí mismo, sino en la raza humana, con toda su flaqueza y miseria.

El hombre, por el hecho de haber nacido de mujer, lleva en sí el sello de la debilidad. Su vida, breve como la de la flor, está plagada de tristuras. No tiene mayor consistencia que la de un leño carcomido o la de una vestidura roída por la polilla (13:23). ¿A un ser tan insignificante hace comparecer Dios ante su trono de juicio? Esa desigualdad descomunal entre criatura y Creador ¿no hace ridículo todo enfrentamiento entre ambos?

Por otro lado, el Omnisciente debiera tener en cuenta la condición moral del hombre. Nadie puede cambiar su propia naturaleza pecaminosa (4). Aquí Job muestra una fina percepción espiritual. Sus reiteradas declaraciones de inocencia no le impiden ver la depravación del género humano. Pero este hecho, en vez de moverle a la contrición, lo usa como argumento para atenuar los rigores de la justicia divina. Si esa naturaleza moral contaminada la recibe el hombre cual herencia nefasta, ¿hasta qué punto es responsable de su conducta? Henos aquí ante otra cuestión apasionante que exige una breve digresión, aunque nos obligue a romper el hilo de la oración del patriarca.

No faltaba lógica a Job. Lo que le faltaba era luz. Lógica y luz no siempre son sinónimas. Filósofos y teólogos de todos los tiempos han visto en la tendencia — heredada— del hombre a practicar el mal un factor eximente de responsabilidad. « ¡Somos como somos —dicen— y no podemos hacer otra cosa! Ninguna culpa tenemos de haber nacido pecadores.» Pero tanto la Escritura como la experiencia niegan esa

conclusión. Es verdad que la propensión al pecado es un condicionamiento moral de fuerza tremenda. Dirá *necessitas peccandi* (funesta necesidad de pecar) la denominaba Agustín de Hipona. Pero ese condicionamiento no es decisivo. En sentido contrario a la propensión pecaminosa actúa la gracia de Dios. El gran pecado de los hombres no estriba en sus inclinaciones innatas, sino en que se complacen en ceder a ellas y se resisten a toda influencia liberadora. Esta influencia ha alcanzado su máxima eficacia en Aquel que dijo: «Si el Hijo os libertare seréis verdaderamente libres», refiriéndose precisamente a la emancipación del poder esclavizante del pecado (Juan 8:34-36). «Esta es la condenación: que la luz vino al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz» (Juan 3:19). El hombre, dentro de la esclavitud moral de su naturaleza caída, tiene un margen de libertad en su conducta y Dios juzgará a cada uno según el uso hecho de esa libertad limitada (Romanos 2:5-16). Sobre todo, basará sus decisiones judiciales en la actitud de cada ser humano ante la revelación de su Verdad (Juan 12:48). En el día del juicio, Dios sabrá discernir perfectamente entre los factores hereditarios y los actos voluntarios, entre los atenuantes y los agravantes. Ningún fallo vulnerará los principios de la más estricta justicia. Y en ninguno de ellos estará ausente la misericordia, pues Dios «conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo» (Salmo 103:14).

En cuanto al problema de la contaminación moral producida por el pecado, la muerte expiatoria de Cristo constituye la solución perfecta. «¿Quién podrá sacar lo puro de lo impuro?» había preguntado Job con pesimismo. Su propia respuesta —la de cualquier hombre— es: «¡Nadie!»; la de la Palabra de Dios: «¡Cristo!» «La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado» (1.ª Juan 1:7). «Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo» (Hebreos 10:10).

Pero Job nada sabía de todo esto. Él también andaba «a tientas en tinieblas, sin luz» (12:25), y sus palabras no son otra cosa que un esfuerzo desesperado para mover a Dios a compasión y arrancar de Él un veredicto favorable.

Otro argumento aducido por Job —iniciado ya en el versículo 2— es lo efímero de la vida humana. Sus días están contados. Ningún esfuerzo logrará traspasar los límites de la existencia que le han sido fijados. Aun admitiendo que el hombre es pecador, ¿por qué había de mostrar Dios tanto empeño en acibarar al máximo su paso sobre la tierra, suficientemente amargo de por sí? «Aparta de él tus ojos, déjale, hasta que acabe como un jornalero su jornada» (6). Bastante tiene con que a su vida, llena de sinsabores, siga la muerte con sus sombrías perspectivas.

En la fe de Job no había resplandecido aún la gloria de la resurrección. Todavía no se había remontado a las alturas en que le encontraremos en el capítulo 19. Para él, la muerte era prácticamente el fin de todo. La existencia en el Seol —el mundo de los difuntos— era como una llama macilenta en una región de sombras. Esa supervivencia, más que una vida diferente, era un vegetal amortecido; de hecho, la negación de la vida.

Esta concepción de la muerte hacía del hombre, en cierto modo, un ser inferior a los vegetales. Un árbol cortado aún puede retoñar; «pero el hombre que muere queda inerte; cuando un humano expira, ¿dónde está?» (10). «Si el hombre muere, ¿volverá a vivir?» (14). Estos interrogantes no tienen su origen en la incertidumbre; Job está convencido de que el hombre muerto no volverá a la vida jamás (12).³⁴

A pesar de todo, palpita en el corazón del patriarca un gran deseo: que el Seol se convierta para él en un lugar de refugio donde guarecerse mientras dura la indignación de Dios. Cuando ésta se hubiera desvanecido, brillaría de nuevo la bondad divina hacia él. Entonces el Señor llamaría a su siervo y éste le respondería desde lo profundo. Así resurgiría a la vida de comunión con Dios en la que tanto se había gozado antes.

Pero ¡cuán diferente era este pensamiento de la realidad que Job creía vivir al expresarlo! Dios no le daba tregua. De modo implacable lo mantenía bajo vigilancia; no perdía de vista ni uno solo de sus pecados, a los cuales añadía algún delito oculto para guardarlo todo en el saco sellado de sus secretos (16, 17).

¿Podría subsistir alguna esperanza ante esa realidad deprimente? No, no era posible. Si aun el monte acaba por derrumbarse y la roca por ser conmovida; si la piedra ha de rendirse a la acción erosiva del agua; si la tierra firme cede bajo impetuosas corrientes, ¿cómo podría mantenerse su esperanza si el Todopoderoso se había propuesto destruirla? El embate de Dios sólo puede acabar de una manera: con el golpe fatídico de la muerte que desfigura al hombre y lo envía al Seol, a esa existencia nebulosa cuyas principales características son el aislamiento y el dolor (20-22).

El horizonte que se extiende más allá de la muerte no tenía nada de glorioso para Job, como no lo tiene para quienquiera que sólo disponga de la luz de la razón o de vagos presentimientos. Ha sido prácticamente universal la creencia en alguna forma de supervivencia del hombre después de la muerte; pero no ha sido menos universal el sentimiento de que ésta es un misterio mucho mayor que el de la vida. Verdad es que algunos hombres se han burlado del pánico que la idea de la muerte suele infundir. Stultitia est timore mortis mori (es necedad morir a causa del temor a la muerte), decía Séneca. Otros, como Sócrates y Catón, se han enfrentado serenamente con la «reina de los terrores». Pero la inmensa mayoría de los humanos han estado —y están aún— «sujetos a servidumbre durante toda la vida por el temor de la muerte» (Hebreos 2:15).

En nuestra época, bajo los efectos del racionalismo, parece predominar la propensión a un crudo materialismo que niega toda clase de supervivencia después de la muerte física. La perspectiva que abre esta corriente filosófica es la más sombría de todas y sus sombras envuelven de modo siniestro la vida entera, la cual —apropiándonos palabras de Thomas Mann— se convierte en «la vida del tiempo, la vida

³⁴ La expresión «hasta que no haya cielo» no debe interpretarse como testimonio de esperanza de una resurrección que seguiría a la desaparición del cielo. Es una manera de decir que tal regreso a la vida nunca se realizaría, pues se consideraba que los cielos son eternos. (Comp. Jeremías 31:35, 36; Salmo 89:29, 36, 37.)

despreocupada y privada de esperanza, la vida muerta». No podía hallarse un camino mejor para conducirnos al lado mismo del Job que encontramos en el momento de su mayor depresión. Sin embargo, la negación materialista dista mucho de haberse adueñado del sentimiento que anida en el alma humana. Son muchos los que se resisten interiormente contra el nihilismo total, que no pueden hacerse a la idea de que nuestra vida en este mundo no es más que un relámpago entre dos eternidades de tinieblas. En lo que concierne al destino humano más allá de la muerte, puede admitirse que ni el más sabio puede dar una respuesta decisiva. Sobre una base racional, todo es creíble y todo se puede negar. Pero hay algo que rechaza violentamente la respuesta negativa; es el anhelo intenso de inmortalidad que domina al hombre. Unamuno no era una excepción cuando, transido de sed de eternidad, exclamaba: « ¡Ser, ser siempre, ser sin término!»³⁵

Sin embargo, ¿quién podría asegurar que ese anhelo corresponde a una realidad? A la pregunta de Job: «el humano expira ¿y dónde está él?», los filósofos y los guías de religiones humanas sólo pueden responder con conjeturas incapaces de liberar de la incertidumbre. Sólo una voz venida de la eternidad podría aclararnos el misterio del destino final del hombre. Y esa voz nos llega en Cristo. Estaba muy en lo cierto David Hume, el padre del fenomenalismo racionalista, cuando, en su ensayo Sobre la inmortalidad del alma, escribía: «Parece difícil probar con la mera luz de la razón la inmortalidad del alma. Los argumentos en favor de ella se derivan comúnmente de tópicos metafísicos, morales o físicos. Pero es en realidad el Evangelio, y sólo el Evangelio, el que ha traído a la luz la vida y la inmortalidad.»

Por supuesto, la escatología bíblica nos lleva mucho más allá de la inmortalidad del alma. Nos habla de una redención final definitiva, eterna, de la totalidad del ser humano; nos asegura una vida plena en una total victoria sobre la muerte. El que dijo: «yo soy la resurrección y la vida», añadió: «El que en mí cree, aunque esté muerto vivirá» (Juan 11:25).

Pero volvamos a aquel hombre que, atormentado por los enigmas de la naturaleza humana, de la vida y de la muerte, no llegó a conocer el mensaje maravilloso de un sepulcro vacío.

SEGUNDO DISCURSO

LA IRREVERENCIA DE JOB, CONDENADA

³⁵ Del sentimiento trágico de la vida, Ensayos, II. Edit. M. Aguilar, p. 690.

Elifaz de Temán tomó la palabra y dijo: ¿Responde un sabio con una ciencia de aire, hincha su vientre de solano, replicando con palabras vacías, con discursos inútiles? ¡Tú llegas incluso a destruir la piedad, a anular los piadosos coloquios ante Dios! Ya que tu culpa inspira tus palabras, y eliges el hablar de los astutos, tu propia boca te condena, que no yo, tus mismos labios atestiguan contra ti.

¿Has nacido tú el primero de los hombres? ¿Se te dio a luz antes que a las colinas? ¿Escuchas acaso los secretos de Dios? ¿Acaparas la sabiduría?! ¿Qué sabes tú, que nosotros no sepamos? ¿Qué comprendes, que a nosotros se escape? ¡También entre nosotros hay un cano, un anciano, más cargado de días que tu padre! ¿Te parecen poco los consuelos divinos, y una palabra que con dulzura se te dice?

¡Cómo te arrebató el corazón, qué aviesos son tus ojos, cuando revuelves contra Dios tu furia y echas palabras por la boca! ¿Cómo puede ser puro un hombre? ¿Cómo ser justo el nacido de mujer? Si ni en sus santos tiene Dios confianza, y ni los cielos son puros a sus ojos, ¡cuánto menos un ser abominable y corrompido, el hombre, que bebe la iniquidad como agua!

Voy a instruirte, escúchame, voy a contarte lo que he visto, lo que transmiten los sabios, sin pasar por alto nada de sus padres, - a ellos solos les fue dada la tierra, sin que se mezclara extranjero entre ellos -: «Todos sus días vive el malvado en tormento, contados están los años asignados al tirano. Grito de espanto resuena en sus oídos, en plena paz el bandido le asalta.

No espera escapar a las tinieblas, y se ve destinado a la espada. Asignado como pasto de los buitres, sabe que su ruina es inminente. La hora de las tinieblas le espanta, la ansiedad y la angustia le invaden, como un rey pronto al asalto. ¡Alzaba él su mano contra Dios, se atrevía a retar a Saddy! Embestía contra él, el cuello tenso, tras las macizas gibas de su escudo; porque tenía el rostro cubierto de grasa, en sus ijadas había echado sebo, y habitaba ciudades destruidas, casas inhabitadas que amenazaban convertirse en ruinas.

No se enriquecerá, no será estable su fortuna, su sombra no cubrirá la tierra, (ni escapará a las tinieblas). Agotará sus renuevos la llama, su flor será barrida por el viento. No se fíe de su elevada talla, pues vanidad es su follaje. Se amustiará antes de tiempo, y sus ramas no reverdecen. Sacudirá como la viña sus agraces, como el olivo dejará caer su flor.

Sí, es estéril la ralea del impío, devora el fuego la tienda del soborno. Quien concibe dolor, desgracia engendra, su vientre incuba decepción» (Job 15:1-35 BJ)

En esta segunda serie de discursos es también Elifaz el primero en tomar la palabra. Se advierte en él un cambio de tono que revela la irritación producida por las palabras de Job. Herido en su amor propio, parece haber perdido la calma que había mostrado al principio y su lenguaje se hace más hiriente. Apenas hay cambio en los conceptos, pero sí lo hay en el estilo y en el espíritu. La compasión inicial ha cedido su lugar a la indignación y el discurso sereno es sustituido por la invectiva.

La diatriba de Elifaz se divide en dos partes. En la primera reprocha con acritud a Job su engreimiento e irreverencia; en la segunda se extiende en consideraciones sobre los problemas de conciencia del impío y su condenación final. El único cambio que se observa en esta intervención —como en las que seguirán de Bildad y Zofares que se da mayor énfasis al juicio de Dios sobre los inicuos. Antes, los amigos —Elifaz y Bildad especialmente— habían coloreado sus mensajes con tonos de esperanza confiando en que así Job se arrepentiría de su maldad y Dios lo restauraría. Pero, en vista de su fracaso, ahora refuerzan los tonos amenazantes. «Parece que las consolaciones de Dios (11), de las que han sido portavoces, han sido demasiado insignificantes para Job; quizá los terrores de Dios lo harán volver en sí.»³⁶

JOB, ORADOR IMPETUOSO, PERO VACÍO Y VIL (1-16)

Este es el juicio a que ha llegado Elifaz. El menosprecio de Job hacia sus amigos y su pretensión de sabiduría superior a la de ellos no eran válidos. Job trataba de suplir lo que le faltaba de razonamiento con palabras altisonantes, violentas, pero vanas (2, 3).

Es posible que Elifaz, hombre de larga experiencia, hubiese observado muchas veces el fenómeno frecuente de que la persona que menos razón tiene es la que más grita. Estaba en lo cierto al pensar que el verdadero sabio no habla con «ciencia de aire». Su gran yerro consistía en aplicar la conclusión de sus observaciones con carácter universal, en atribuir a Job una vacuidad inexistente. El torbellino verbal que había salido de la boca del patriarca no procedía de una mente hinchada por la pedantería, sino de un corazón desesperado, ansioso de la luz y del favor de Dios.

Más lacerantes son las acusaciones siguientes. Job es un enemigo de la fe, una piedra de tropiezo para otros, un motivo de escándalo. «¡Tú llegas incluso a destruir la piedad!» (4). Su caída en la irreverencia era un mal ejemplo, una amenaza contra los sentimientos religiosos de los demás. «El Dios descrito por Job no puede en modo alguno ser fervorosamente reverenciado por ningún hombre. Presenta rasgos verdaderamente demoníacos. En realidad, sólo puede ser odiado o, por lo menos, el hombre huirá lejos de su presencia.»³⁷ ¿Creía acaso Elifaz que a su pecado secreto Job añadía el resentimiento y el odio en su relación con Dios? Pensara lo que pensara, con esta acusación una vez más Elifaz está dando palos de ciego.

Puede, ciertamente, suceder —y sucede— que la conducta poco edificante de un creyente influye de modo desfavorable en otros. Siempre ha sido verdad que «nadie vive para sí» únicamente (Romanos 14:7). Para bien o para mal, nuestra vida afecta a la de los demás. Pero ¿debe esto llevarnos a ocultar escrupulosamente nuestros conflictos interiores? ¿Nos está vedado hablar de las dudas que nos inquietan, de las debilidades que nos humillan y de las derrotas que no llegamos a evitar? Por temor al perjuicio que nuestras flaquezas pueden causar al hermano, ¿apareceremos siempre cubiertos con la máscara de una piedad irreprochable? ¿No hemos pensado nunca en el daño que causamos a muchos que se desalientan profundamente al contrastar su

³⁶ E. S. P. Heavenor, *New Bible Comm.*, p. 396.

³⁷ H. Lamparter, *op. cit.*, p. 98.

pequeñez espiritual con la grandeza que imaginan en nosotros y que generalmente está lejos de la realidad? Algunas de las páginas más inspiradoras de la Biblia son precisamente las que nos presentan las debilidades de sus más insignes figuras. Y en el caso de Job, tanto o más confortadora que su alabanza a Dios después de haberlo perdido todo, es su agonía de espíritu, en la que lucha con Dios hasta que, precisamente en la humillación y en la perplejidad, le es concedida la victoria.

Elifaz va aún más allá en su ataque. Según él, Job no sólo es un peligro para la piedad; es un hipócrita (5), y este pecado confirma su condenación (6). Las palabras de Job acusando astutamente a Dios de injusticia delataban su maldad, y la reiterada proclamación de su propia inocencia no era sino un mecanismo de autodefensa. La corrupción de sus labios era exponente de lo corrompido de su corazón. No se necesitaban más pruebas para demostrar su culpabilidad.

Además, Job es un vanidoso. En este nuevo cargo tampoco Elifaz se sustrae al uso del sarcasmo. Job se creía el más sabio de los hombres. ¿Había adquirido su sabiduría en una vida tan larga que se remontaba en su origen a tiempos anteriores a la creación? (7). ¿Acaso había sido miembro del consejo de Dios, en el que había adquirido el monopolio de la sapiencia? (8). No; Elifaz y sus compañeros también pertenecían a la saga de los sabios. Eran portavoces de una experiencia que Job haría bien en respetar (9, 10). Y si el consuelo divino, que ellos habían tratado de impartirle,³⁸ era tan contraproducente como echar aceite al fuego, Job había de ahondar en la miseria moral del ser humano antes de rebelarse contra Dios (12-16). Elifaz insiste en lo que ya había dicho (4:17-19) sobre la enorme distancia que separa al hombre de Dios. Ni los ángeles, ni los cielos son limpios en comparación con la pureza de Dios. ¿Cómo podrá confiar en su mundicia un ser tan corrompido como el hombre, siempre sediento de pecado? Una vez más se expresa una gran verdad. Todo ser humano debiera doblar su rodilla ante la trascendencia majestuosa y la santidad de Dios. Todo labio debiera confesar las codicias pecaminosas enraizadas en el corazón. Pero no era éste el mensaje que Job necesitaba en aquel momento. Entonces, como en tantos otros casos después, resultó inoperante la predicación sobre la majestad de Dios y la indignidad del hombre sin mencionar en absoluto la gracia de Dios y sus propósitos llenos de misericordia.

SUPLICIO Y DESASTRE DE LOS IMPÍOS (17-35)

Quizá pensaba Elifaz que ya había vapuleado suficientemente a Job. Por eso cesa en sus reproches y hace una minuciosa exposición de la suerte del impío. La afirmación de Job de que «las tiendas de los ladrones prosperan y los que provocan a Dios viven seguros» (12:6) exigía una refutación.

Emana la instrucción de Elifaz —según él— de la más pura sabiduría de los padres, la más antigua, exenta de influencias corruptoras (17-19). En ella se muestra sin lugar a dudas que la vida del inicuo siempre es desafortunada, que «no hay paz para los impíos». El hombre que no teme a Dios es torturado por su conciencia, por la limitación

³⁸ Véase 5:8 y ss.

de sus años y por el presentimiento de desgracias horribles que se le avecinan (20-24). Estas calamidades tienen como causa la rebeldía arrogante contra Dios, la sensualidad embrutecedora y la impiedad de instalarse en posiciones prósperas condenadas por Dios a la ruina (25-28). Todo ello es demasiado grave para que quede sin castigo. Y el castigo vendrá con efectos asoladores (29-35).

No puede negarse que Elifaz ha dado algo más de profundidad a su disertación al introducir en ella el papel de la conciencia en la vida de los irreligiosos. El juicio de Dios se manifiesta en la vida interior antes de que sobrevenga la ruina exterior. Hemos de reconocer que hay en esta observación una semilla doctrinal de gran valor. Puede discutirse si todos los hombres que viven alejados de Dios sienten o no el aguijón de la conciencia. Parece que muchos han logrado su cauterización; pero es innegable que la humanidad sin Dios sufre un juicio moral de consecuencias más funestas que las producidas por grandes calamidades de tipo físico. El apóstol Pablo desarrollaría esta verdad cuando, en su carta a los Romanos, escribiría: «La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres» (Romanos 1:18). Y esta ira no se manifiesta en catástrofes apocalípticas, sino en una «entrega» de los hombres a la estulticia y a la inmoralidad que convierte su vida en preludeo del mismo infierno (Romanos 1:21-32). El mundo de nuestro tiempo no escapa a esa situación. En él están culminando la impiedad, la injusticia, la más abyecta relajación moral, con todas sus secuelas de deshumanización, frustración, soledad, angustia, pesimismo, desesperación. En él halla su cúspide el aforismo de Schiller: «La historia del mundo es la historia del juicio del mundo.»

Pero, desde luego, Elifaz se equivocaba si pensaba que la tortura moral de Job se debía a esta clase de juicio.

LOS VAIVENES DE LA FE

Job tomó la palabra y dijo: ¡He oído muchas cosas como ésas! ¡Consoladores funestos sois todos vosotros! «¿No acabarán esas palabras de aire?» O: «¿qué es lo que te pica para responder?» También yo podría hablar como vosotros, si estuvierais en mi lugar; contra vosotros ordenaría discursos, meneando por vosotros mi cabeza; os confortaría con mi boca, y no dejaría de mover los labios.

Mas si hablo, no cede mi dolor, y si callo, ¿acaso me perdona? Ahora me tiene ya extenuado; tú has llenado de horror a toda la reunión que me acorrala; mi calumniador se ha hecho mi testigo, se alza contra mí, a la cara me acusa; su furia me desgarrar y me persigue, rechinando sus dientes contra mí. Mis adversarios aguzan sobre mí sus ojos, abren su boca contra mí.

Ultrajándome hieren mis mejillas, a una se amotinan contra mí. A injustos Dios me entrega, me arroja en manos de malvados. Estaba yo tranquilo cuando él me golpeó, me agarró por la nuca para despedazarme. Me ha hecho blanco suyo: me cerca con sus tiros, traspasa mis entrañas sin piedad y derrama por tierra mi hiel. Abre en mí brecha sobre brecha, irrumpe contra mí como un guerrero.

Yo he cosido un sayal sobre mi piel, he hundido mi frente en el polvo. Mi rostro ha enrojecido por el llanto, la sombra mis párpados recubre. Y eso que no hay en mis manos violencia, y mi oración es pura. ¡Tierra, no cubras tú mi sangre, y no quede en secreto mi clamor! Ahora todavía está en los cielos mi testigo, allá en lo alto está mi defensor, que interpreta ante Dios mis pensamientos; ante él fluyen mis ojos: ¡Oh, si él juzgara entre un hombre y Dios, como entre un mortal y otro mortal!

Pues mis años futuros son contados, y voy a emprender el camino sin retorno. Mi aliento se agota, mis días se apagan sólo me queda el cementerio. ¿No estoy a merced de las burlas, y en amarguras pasan mis ojos las noches? Coloca, pues, mi fianza junto a ti, ¿quién, si no, querrá chocar mi mano? Tú has cerrado su mente a la razón, por eso ninguna mano se levanta Como el que anuncia a sus amigos un reparto, cuando languidecen los ojos de sus hijos, me he hecho yo proverbio de las gentes, alguien a quien escupen en la cara.

Mis ojos se apagan de pesar, mis miembros se desvanecen como sombra. Los hombres rectos quedan de ello asombrados, contra el impío se indigna el inocente; el justo se afianza en su camino, y el de manos puras redobla su energía. Pero, vosotros todos, volved otra vez, ¿no hallaré un solo sabio entre vosotros! Mis días han pasado con mis planes, se han deshecho los deseos de mi corazón.

Algunos hacen de la noche día: se acercaría la luz que ahuyenta las tinieblas. Mas ¿qué espero? Mi casa es el seol, en las tinieblas extendí mi lecho. Y grito a la fosa: «¡Tú mi padre!», a los gusanos: «¡Mi madre y mis hermanos!» ¿Dónde está, pues, mi esperanza? y mi felicidad ¿quién la divide? ¿Van a bajar conmigo hasta el seol? ¿Nos hundiremos juntos en el polvo? (Job 16:1-17:16 BJ)

Elifaz había insinuado que los discursos de Job eran «palabras vacías» (15:3). Pero ¿qué valor había en la argumentación de los tres amigos? Sus intervenciones en el diálogo no lograban otra cosa que aumentar la irritación del patriarca, pues delataban una ausencia total de comprensión, imaginación y caridad. No era difícil hablar como ellos hablaban. Si se invirtieran los papeles, también Job sería un orador elocuente, también movería su cabeza en señal de asombro ante la magnitud del pecado que tan gran sufrimiento les acarrearía y no sería escaso en prodigarles consolación verbal (16:1-5). Poco cuesta llenar la boca de frases piadosas, pero ¿de qué aprovecha si está vacío de amor el corazón?

JOB, ACOSADO POR DIOS Y POR LOS HOMBRES (16:6-17)

Job ya no sabe qué hacer. Tanto si habla como si calla, no puede librarse de su dolor. El silencio le abrumba; pero si habla, sus palabras son mal interpretadas y usadas para justificar su condenación (8). A pesar de ello, prefiere no callar. Y da rienda suelta a sus pensamientos en un nuevo soliloquio.³⁹

Lo que ahora más le atormenta es su soledad total. Dios es su enemigo (12-14). Y los hombres se vuelven fieramente contra él haciéndolo objeto de su saña (7-11). No está

³⁹ Sólo alguna frase suelta va dirigida a Dios o a los amigos

pensando en los tres amigos, sino en todos sus vecinos y conciudadanos que en otro tiempo le habían reverenciado. El había aparecido a ojos de ellos como un gigante espiritual ornado de probidad y benevolencia. Ahora el gigante está caído y, en vez de inspirar compasión, suscita animosidad y burla. Job es un gran árbol abatido del que todos quieren cortar leña. ¡A tal punto llega la perversidad del hombre! ¿Qué fuerzas demoníacas anidan en el corazón humano que tantas veces le llevan a regocijarse en la desdicha del prójimo más que en su prosperidad? ¿Qué complejos de inferioridad, qué sentimientos de envidia o qué frustraciones actúan en nosotros cuando íntimamente sentimos satisfacción por la humillación de un hombre grande? ¿Qué resortes cambian repentinamente nuestras actitudes de modo que aplaudamos hoy la crucifixión de aquel a quien ayer aclamábamos con «hosannas»?

Job, completamente solo con un entorno hostil. Estas circunstancias aumentaban el peso de la prueba. La soledad, de por sí, suele ser difícil de soportar. Aunque en algunos casos constituye una bendición, pues facilita nuestro recogimiento interior y nuestra comunión con Dios, muchas veces es terreno propicio para las más peligrosas tentaciones. En la soledad podemos experimentar manifestaciones inefables de la presencia de Dios, pero también los momentos más terribles de duda, las horas de mayor depresión espiritual y la angustia indescriptible de sentirse, además de solo, abandonado. Esta doble experiencia ha sido característica de los más grandes siervos de Dios. Lejos estaba Job de pensar que en una situación semejante a la suya se hallarían David, Elías, Jeremías, muchos otros profetas y, sobre todo, Aquel que, infinitamente más santo e inocente que él, en una hora de máxima soledad, traicionado, ultrajado y herido, clamaría: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?»

Pero Dios nunca está lejos. Aunque a veces parezca ocultarse, usa la amargura de nuestras soledades con fines saludables. La soledad, unida a los desengaños, nos hace madurar, nos libera de una confianza excesiva en los hombres, de la necesidad absoluta de apoyarnos en ellos —lo cual nos expone a graves riesgos (Isaías 31:1-3; Jeremías 17:5, 6)— y nos impele a acercarnos más a Dios. Así sucedió con Job.

UN SALTO DE FE TRIUNFANTE (16:18-22)

Job no permanece con la frente hundida en el polvo (15). Sus ojos, enrojecidos aún por el llanto (16), son reanimados por el sentimiento indestructible de su inocencia (17) y se dirigen con mirada intrépida primeramente a la tierra y después al cielo.

«¡Tierra, no cubras tú mi sangre y no quede en secreto mi clamor!» (18). Está convencido de que su muerte se aproxima, pero será una muerte injusta, un asesinato. Por eso invoca a la tierra para que respete su sangre y el deje al descubierto; así seguirá pidiendo justicia hasta que su clamor sea escuchado en el cielo.⁴⁰

⁴⁰ Aquí la «sangre» no tiene un sentido literal, sino el de una muerte prematura. (Véase otro ejemplo en Salmo 30:9, donde la muerte parece debida a enfermedad.) La idea del clamor de la sangre inocente se halla en otros textos del Antiguo Testamento. (Compárense Génesis 4:10; Ezequiel 24:7, 8; Isaías 26:21.)

De pronto, Job parece inflamado por el fuego de una convicción maravillosa. «Ahora todavía está en los cielos mi testigo, allá en lo alto está mi defensor» (19). Si la voz de su sangre ha de ser atendida algún día, ha de existir alguien, justo y poderoso, que reivindique su inocencia. Pero ¿quién? Los hombres, con toda seguridad, no. Nada podía esperar Job de ellos. ¿Dios? El precisamente era quien le había hecho blanco de sus tiros, quien había irrumpido en su vida cual violento guerrero (12-14). ¿Quién podía ser el testigo y abogado celestial que, al fin, haría triunfar su causa y proclamaría su inocencia? ¡Dios mismo! Job no repara en la flagrante contradicción que esta confianza implica. Creía que Dios es perfectamente justo y que, en último término, le absolvería. «Es una demanda interior irresistible hecha por su fe, que aquí junta los principios opuestos —principios que el entendimiento no puede unir—. Job cree que Dios, finalmente, vengará la sangre que su ira ha derramado... Job apela de Dios a Dios; espera que la verdad y el amor prevalecerán sobre la cólera» (Delitzsch). Como señalara Lutero, Job huye del Dios «extraño» al Dios «verdadero». Así, paradójicamente, Job seguirá orando para que Dios le defienda en el pleito entre Dios y él y le conceda la victoria (20, 21). No cabía otra esperanza. Sólo esta magnífica visión de fe podía iluminar el sendero sin retorno por el cual estaba ya adentrándose (22).

En la vida de todo creyente pueden sobrevenir momentos de confusión en los que todo parece contradictorio, en los que la providencia divina parece la suprema antítesis de la justicia y la bondad. ¡Dichoso quien en esos momentos, como Job, sabe anclar su fe en la perfección de los atributos de Dios!

ENTRE LA FE Y EL DESALIENTO (17:1-16)

A la alta elevación espiritual a que ha llegado Job en su gran salto de fe sigue una nueva depresión. El rayo de luz se ha extinguido entre las nubes, que vuelven a hacerse más negras y espesas. «Mi aliento se ha agotado... Sólo me queda el cementerio» (1). De modo sucesivo volverá a reaccionar Job y se reanimará su confianza para tornar después al desaliento y luego otra vez a la esperanza. Esos ciclos, con preponderancia alterna de la fe y el descorazonamiento, se prolongarán hasta el final y a través de ellos podemos apreciar la grandeza de aquel atleta espiritual tan profundamente humano. De poco nos sirven las experiencias de quienes siempre viven —o creen vivir— en alturas imperturbables de dulce comunión con Dios, libres de dudas, temores, deslices y abatimientos. Mucho más reconfortante resulta el drama de Job con todas las oscilaciones de su ánimo en las que jamás llega a rendirse.

Cuando el patriarca vuelve sus ojos hacia su situación, siente especialmente el dolor de la burla. Sus amigos tratan de pintarle el cuadro de una prosperidad recuperada en un futuro próximo si él se arrepiente y confiesa su pecado. Pero este cuadro era una mofa despiadada. Lo que le esperaba —así lo pensaba él— no era un porvenir dichoso, sino la muerte. De esto no le cabe la menor duda. Por eso se revuelve una y otra vez en busca de alguien que acredite su inocencia, alguien que, cuando él ya esté en el sepulcro, proclame al mundo que Job murió bajo los dardos de Dios y de los hombres, pero que no era culpable.

Realmente admirable es esta obsesión de Job. No pide la restauración de su salud, de sus bienes o de sus hijos. Sólo desea que no triunfe la injusticia, que resplandezca la verdad, y esto no sólo para la reivindicación de su propio honor, sino también, y sobre todo, para poner de manifiesto la justicia de Dios.

Ninguno de los amigos humanos llegará jamás a ser el justificador de Job. Por eso se dirige éste una vez más a Dios, suplicándole la garantía por parte de El mismo de que un día (3) será reconocida plenamente la integridad de su siervo.⁴¹ Reaparece aquí la misma actitud y el mismo sentimiento expresado antes por Job al referirse al testigo celestial (16:19-21), el anhelo ardiente de que Dios le justifique ante Dios. Ese pensamiento, como vimos, podía parecer ilógico, pero no era una locura. En el cumplimiento del tiempo, Dios reconciliaría al mundo con Dios (2.a Corintios 5:19). En Cristo hay una doble manifestación de la divinidad: el Dios que condena al hombre por su pecado y el Dios que perdona y salva. En la cruz, «la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron» (Salmo 85:10). Así, inconscientemente, Job apuntaba al punto central del Evangelio.

Pero como este hecho bendito le está velado, Job sigue debatiéndose entre la consternación y la esperanza, decidido a no traicionarse a sí mismo. No dará la razón a sus amigos, cuya mente está cerrada a la verdad, por más que él vea aumentar sus sufrimientos (4-7). Su experiencia, lejos de ser una piedra de tropiezo para los rectos — como había declarado Elifaz (15:4)—, es un poderoso estímulo que los afianza en su rectitud con energías re-novadas (8, 9). En efecto, numerosos creyentes han reafirmado su piedad en medio de la mayor oscuridad espiritual, convencidos de que una vida torcida, sin temor de Dios, es mucho más tenebrosa, miserable y vacía. Aun estando a punto de resbalar, han descubierto que su mano derecha está unida a la de Dios (Salmo 73:23).

Job mismo quedaba incluido entre esos héroes de la fe. Su vida, desde el punto de vista humano, había sido un fracaso. Sus planes habían sido desbaratados; sus ilusiones, tronchadas; de su corazón habían sido arrancadas las más bellas esperanzas (11). Lo único que ve ante sí es la muerte. Sus amigos han tratado de animarle con el pensamiento de un futuro brillante que —si se arrepiente—seguirá a sus sufrimientos. «La noche dejará paso al día, ya se acerca la luz que ahuyenta las tinieblas» (12). Pero él está convencido de que nada puede esperar sino el sepulcro (13). Con apóstrofes enternecedores expresa hasta qué punto se sentía ya identificado con la tumba y los gusanos (14). Su esperanza iba a hundirse con él en el polvo (15, 16). De nuevo está tocando el fondo de la depresión. Pero su fe no sucumbirá. Volveremos a encontrarlo pronto en cumbres sublimes de certidumbre. Aún no habrán cesado sus altibajos espirituales, pero se mantendrá invicto y llegará al final para descubrir que efectivamente le esperaba un futuro esplendoroso. Lo que los amigos le presentaban con una perspectiva equivocada Dios lo haría realidad y mostraría que cuando todas nuestras esperanzas se han trocado en desilusiones, cuando nos sentimos frustrados y deshechos, cuando nuestra vida es un vaso completamente roto, El toma los fragmentos y hace un vaso nuevo.

⁴¹ El gesto de chocar la mano, a lo cual invita Job a Dios, tenía un valor jurídico; expresaba un compromiso de fianza en favor de la persona a quien era tendida.

¿ES REGIDO EL MUNDO POR UN ORDEN MORAL?

Respondió Bildad suhita, y dijo: ¿Cuándo pondréis fin a las palabras? Entended, y después hablemos. ¿Por qué somos tenidos por bestias, Y a vuestros ojos somos viles? Oh tú, que te despedazas en tu furor, ¿Será abandonada la tierra por tu causa, Y serán removidas de su lugar las peñas? Ciertamente la luz de los impíos será apagada, Y no resplandecerá la centella de su fuego.

La luz se oscurecerá en su tienda, Y se apagará sobre él su lámpara. Sus pasos vigorosos serán acortados, Y su mismo consejo lo precipitará. Porque red será echada a sus pies, Y sobre mallas andará. Lazo prenderá su calcañar; Se afirmará la trampa contra él. Su cuerda está escondida en la tierra, Y una trampa le aguarda en la senda. De todas partes lo asombrarán temores, Y le harán huir desconcertado.

Serán gastadas de hambre sus fuerzas, Y a su lado estará preparado quebrantamiento. La enfermedad roerá su piel, Y a sus miembros devorará el primogénito de la muerte. Su confianza será arrancada de su tienda, Y al rey de los espantos será conducido. En su tienda morará como si no fuese suya; Piedra de azufre será esparcida sobre su morada.

Abajo se secarán sus raíces, Y arriba serán cortadas sus ramas. Su memoria perecerá de la tierra, Y no tendrá nombre por las calles. De la luz será lanzado a las tinieblas, Y echado fuera del mundo. No tendrá hijo ni nieto en su pueblo, Ni quien le suceda en sus moradas. Sobre su día se espantarán los de occidente, Y pavor caerá sobre los de oriente.

Ciertamente tales son las moradas del impío, Y este será el lugar del que no conoció a Dios. (Job 18:1-21 RV)

La desazón de los tres amigos va en aumento. El lenguaje de Job se hace cada vez más intolerable. El patriarca ha denunciado la ineficacia de las palabras de ellos comparándolas al aire (16:2); ha interpretado sus intentos consolatorios como una burla (17:2, 12, 13) y los acusa de torpeza mental (17:4), a la par que se coloca a sí mismo entre los rectos cuya fe se robustece frente a injustas tribulaciones (17:8, 9). Pero seguramente lo más grave, a juicio de Bildad, era la libertad irreverente con que Job se permitía opinar de Dios apelando a los cielos y tierra en defensa de su inocencia (16:18, 19).

Estas manifestaciones exigían una refutación y Bildad la intenta. Su exposición principia en plural (2), lo que sugiere un destino amplio de su discurso. Junto a Job incluiría a cuantos pudieran compartir sus dudas sobre la invulnerabilidad del orden moral establecido por Dios en el mundo. En ese orden está determinado que los justos gocen de prosperidad y los impíos sufran hasta su destrucción final. Pero Bildad trata, sobre todo, de llegar a la conciencia de Job. Se esfuerza por hacerle comprender que no es Dios quien le tortura; es él mismo quien se desgarrá en su impenitencia, víctima de la autocompasión. Sus protestas no cambiarán el orden establecido (4).

Indefectiblemente el malvado irá sufriendo las consecuencias de su maldad. La rueda del infortunio irá girando y avanzando inexorablemente hasta aplastar a su víctima.

Con terrible belleza poética describe Bildad esa experiencia, reflejando en sus metáforas la calamidad de Job. La luz se convierte en oscuridad, el vigor se debilita, su propio consejo le traiciona, queda apresado en redes y lazos, le asaltan terrores por doquier, padece hambre, su cuerpo es roído por enfermedad horrible («el primogénito de la muerte», v. 13), y finalmente sucumbe ante el golpe del «Rey de los terrores» (14), la muerte. Después... ¡nada! Ni recuerdo, ni nombre, ni posteridad quedan de él. Y lo que queda de su casa no es otra cosa que desolación e ignominia. Con razón se estremecen ante su fin las gentes de todos los pueblos (20).

Nada nuevo aporta Bildad en su segundo discurso, aparte de la riqueza pictórica con que reitera su tesis. Pero no sería justo menospreciar totalmente su intervención. Cuando afirma que Job se estaba destruyendo a sí mismo en su desesperación, Bildad, aunque errado en su juicio, apunta a un triste estado muy común: el de la persona que sucumbe no tanto a causa de la adversidad como a causa de su actitud ante ella. La reacción más miserable e inútil es la de la autocompasión, la de prorrumpir en lamentos y acusaciones, la de ver siempre el origen de las desgracias en la mala suerte, en la maldad de otros o incluso en la arbitrariedad de Dios, nunca en los propios errores o pecados. En el fondo, revela esta reacción un marcado egocentrismo que hace ver la calamidad propia más importante que el mundo entero; y pone de relieve nuestra incapacidad para criticar la providencia de Dios, la cual siempre trasciende nuestros conceptos y nuestros pobres intereses temporales. Algo de esto aprendería al final Job, a pesar de su inocencia respecto a los grandes pecados que los tres amigos querían imputarle.

Tampoco debemos condenar a la ligera la insistencia con que Bildad —al igual que sus compañeros— defiende el principio de retribución moral. Se trata de un principio con fuerte apoyo bíblico ilustrado con numerosos ejemplos. Basta recordar a Absalón, Acab, Jezabel y muchos otros personajes del Antiguo Testamento, para comprender hasta qué punto es cierto que siegan torbellinos quienes siembran vientos (Oseas 8:7).

Sí, como ya hemos observado anteriormente, el principio es válido, de amplia aplicación, pero no universal, por lo menos desde el punto de vista externo. El pecado siempre tiene unas consecuencias morales inevitables; pero no siempre va acompañado de sufrimientos físicos o desventuras temporales. El impío, si persiste en sus caminos torcidos, no podrá impedir el grave deterioro moral de su personalidad, pero puede lograr —y esto sucede a menudo— seguir viviendo en envidiable bienestar.

Ciertamente, existe un orden natural en el universo; pero en nuestro mundo —según propósitos sabios que algún día pondrá Dios de manifiesto— a ese orden moral se unen la paradoja y el misterio. Esta unión motivó lo más doloroso de la experiencia de Job. Y al gran problema que entraña, Bildad no aportó ninguna solución.

YO SE QUE MI REDENTOR VIVE

Job tomó la palabra y dijo: ¿Hasta cuándo afligiréis mi alma y a palabras me acribillaréis? Ya me habéis insultado por diez veces, me habéis zarandeado sin reparo. Aunque de hecho hubiese errado, en mí solo quedaría mi yerro. Si es que aún queréis triunfar de mí y mi oprobio reprocharme, sabed ya que es Dios quien me hace entuerto, y el que en su red me envuelve.

Si grito: ¡Violencia!, no obtengo respuesta; por más que apelo, no hay justicia. El ha vallado mi ruta para que yo no pase, ha cubierto mis senderos de tinieblas. Me ha despojado de mi gloria, ha arrancado la corona de mi frente. Por todas partes me mina y desaparezo, arranca como un árbol mi esperanza. Enciende su ira contra mí, me considera su enemigo.

En masa sus huestes han llegado, su marcha de asalto han abierto contra mí, han puesto cerco a mi tienda. A mis hermanos ha alejado de mí, mis conocidos tratan de esquivarme. Parientes y deudos ya no tengo, los huéspedes de mi casa me olvidaron. Por un extraño me tienen mis criadas, soy a sus ojos un desconocido. Llamo a mi criado y no responde, aunque le implore con mi propia boca.

Mi aliento repele a mi mujer, fétido soy para los hijos de mi vientre. Hasta los chiquillos me desprecian, si me levanto, me hacen burla. Tienen horror de mí todos mis íntimos, los que yo más amaba se han vuelto contra mí. Bajo mi piel mi carne cae podrida, mis huesos se desnudan como dientes. ¡Piedad, piedad de mí, vosotros mis amigos, que es la mano de Dios la que me ha herido!

¿Por qué os cebáis en mí como hace Dios, y no os sentís ya ahitos de mi carne? ¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá en monumento se grabaran, y con punzón de hierro y buril, para siempre en la roca se esculpieran! Yo sé que mi Defensor está vivo, y que él, el último, se levantará sobre el polvo. Tras mi despertar me alzaré junto a él, y con mi propia carne veré a Dios.

Yo, sí, yo mismo le veré, mis ojos le mirarán, no ningún otro. ¡Dentro de mí languidecen mis entrañas! Y si vosotros decís: «¿Cómo atraparle, qué pretexto hallaremos contra él?», temed la espada por vosotros mismos, pues la ira se encenderá contra las culpas y sabréis que hay un juicio. (Job 19:1-29 BJ)

La controversia entre Job y sus amigos tiende a hacerse monótona en una exposición de conceptos que, por ambas partes, van repitiéndose una y otra vez. Sin embargo, cada nueva intervención se caracteriza por una mayor vehemencia; el dramatismo va in crescendo hasta llegarse en este discurso de Job a la cumbre del libro.

La descripción que Bildad había hecho de la suerte de los impíos era trasunto inconfundible de la experiencia de Job. ¿Podía haber alocución más hiriente para el malhadado patriarca? Al borde del paroxismo, Job increpa a sus visitantes con tono de agotamiento: «¿Hasta cuándo afligiréis mi alma y de palabras me acribillaréis?» (1). Los muchos insultos y zarandeos de que le habían hecho objeto hacían más patente su falta de compasión. No les interesaba tanto el amigo como el dogma que defendían. Lo importante en aquel duelo verbal no era tanto ayudar como triunfar (5). En este empeño los tres asumen actitudes hostiles, alineándose con Dios mismo, en quien Job veía su

principal oponente (22). Pero debían saber de una vez que la abyecta situación en que se hallaba no era consecuencia de extravío moral —en cuyo caso la habría aceptado resignadamente (4)—, sino resultado de la animad-versión divina. No estaba atrapado en la red de sus propios pecados, sino en la de Dios (6). ¿Y qué recurso podía entablarse contra el decreto de un Dios todopoderoso y soberano? «Si grito: ¡Violencia!, no obtengo respuesta; por más que apelo, no hay justicia» (7). Con poder irresistible Dios ha movilizad sus fuerzas contra él, cerrándole el paso, envolviéndolo en la oscuridad, arrebatándole la corona de su honor, minando cualquier camino por donde pudiera escapar y desplegando un ejército imponente que lo mantiene sitiado (8-12). Job está luchando contra las fuerzas del cielo.

¡Si al menos hubiese encontrado en la tierra alguna mano amiga! Pero la actitud de los hombres no podía ser más deprimente. Por eso da rienda suelta a su sentimiento de soledad en un lamento que inició ya en su discurso anterior (16:7-11) y que ahora amplía revelando detalles horribles que antes había silenciado. Parientes y conocidos se apartan de él. Sus criados hacen oídos sordos a su voz. La fetidez de su aliento, resultado de la enfermedad que lo consume, ha alejado de él a su mujer. También sus hermanos, salidos del mismo vientre que él,⁴² rehúsan su compañía. Los chiquillos lo escarnecen. Sus más íntimos lo han abandonado. Quienes más habían sido favorecidos por él, se cuentan entre sus enemigos precisamente ahora, cuando la maligna dolencia pudre su cuerpo y lo deja reducido a piel y hueso (13-20), cuando más necesitado está del calor de la simpatía humana. «¡Los que yo más amaba se han vuelto contra mí!» (19). ¿Era posible tamaña ingratitud? Pero así es el mundo. A tal grade de inhumanidad pueden llegar los hombres.

Esta experiencia es demasiado para Job. Ya no puede más. Siente que se hunde bajo el peso del desamor. Por eso, con gesto desesperado extiende sus manos hacia los tres amigos implorando su piedad (21). Pero en vano.

Es en este momento culminante de desfallecimiento cuando, de pronto, vuelve Job a reaccionar para llegar a una cima de fe desde la cual contempla el triunfo final de su causa. Nos hallamos en el punto más emocionante del poema. La exclamación de Job se reviste de una majestad indescriptible. «¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá en monumento se grabaran, y con punzón de hierro y estilete⁴³ para siempre en la roca se esculpieran!» (23, 24).

Tiene el convencimiento de que su voz está próxima a extinguirse. No queda nadie que, después de su muerte, le defienda. Todos los hombres de su generación se han vuelto contra él. Pero está seguro de que las generaciones futuras verían las cosas con más objetividad y le darían la razón si de algún modo llegara hasta ellas el testimonio de su inocencia. Se ha demostrado a menudo lo fundado de esta esperanza. La distancia en el tiempo cambia la perspectiva histórica y, desvanecidos muchos prejuicios, repone el honor de personas que murieron denigradas.

⁴² Ese parece ser, a juicio de destacados comentaristas, el significado del versículo 17b.

⁴³ En el original: «y con plomo». Parece que las inscripciones en piedra solían recubrirse con plomo para asegurar una mayor duración.

Sin embargo, este pensamiento es eclipsado rápidamente por otro infinitamente más luminoso. No sería el testimonio frío de una inscripción en piedra, por monumental que ésta fuese, lo que rehabilitaría a Job. Sería Dios mismo quien lo haría. «Yo sé que mi Redentor vive.»

Esta sublime afirmación, apropiada después por los creyentes de todos los tiempos, reproducida en himnos, oratorias e innumerables lápidas funerarias, es una de las expresiones más radiantes de la fe. Sin embargo, como ya observamos en la introducción, la inspiración que de esas palabras ha recibido el pueblo de Dios a lo largo de los siglos no debe hacernos perder de vista lo que realmente significaban para Job.

Lo que al principio era tímida idea ha ido desarrollándose hasta alcanzar la solidez de la certidumbre. Había empezado Job pensando en un mediador (9:33), entonces para él inexistente; había soñado después con un día, después de su muerte, cuando tendría un encuentro amistoso con Dios (14:13-15). Su visión espiritual se aclara al distinguir en los cielos a su «testigo» (16:19). Ahora está seguro. Aunque él muere, su Defensor⁴⁴ vive. Al final, ese gran Abogado tendrá la última palabra y, sobre la tierra en la que yacerá el cadáver de Job, proclamará el veredicto divino: ¡Job fue inocente!

No importaba que hasta la piel del patriarca llegara a deshacerse en el sepulcro. Job volvería a ver a Dios, y lo vería a su favor, no como su enemigo (26, 27).⁴⁵

Se reanudaría la comunión con El y en esta comunión volvería a encontrar la plenitud de su vida.⁴⁶ Es comprensible que esta visión conmoviera a Job en lo más íntimo de su ser. «¡En mi interior se consumen mis entrañas!» (27). Sin duda, suspiraba con nostalgia por la llegada de aquel inefable reencuentro con Dios.

Al mismo tiempo, tan enardecido se siente al contemplar la acción de la justicia divina a su favor que amonesta severamente a los tres amigos para que, en sus obstinadas acusaciones contra él, no acarreen sobre sí la ira y el juicio de Dios (28, 29).

La sublime declaración de Job no es un destello de fe. Es la reaparición —ahora con mucho mayor relieve— de una fe comparable a la roca que es cubierta una y otra vez

⁴⁴ La palabra traducida en muchas versiones por «redentor» es Go'el. Se usaba para designar a la persona —generalmente un pariente cercano— encargada de cumplir determinadas funciones en relación con un difunto, y especialmente la de vengar su muerte si había sido injustamente asesinado. Dios mismo será el Go'el de Job.

⁴⁵ No es fácil determinar el texto original de estos versículos. Algunas versiones, siguiendo la Vulgata y en conformidad con la interpretación de algunos Padres de la Iglesia, lo han convertido en cántico de esperanza en la resurrección corporal. Pero esto, evidentemente, es ir más allá de lo que el texto dice. La expresión «en mi carne» también puede traducirse por «fuera de mi carne», lo que parece más en consonancia con el contexto. La frase «mis ojos lo verán» no debe forzosamente interpretarse en sentido literal, dado el carácter poético de todo el libro. El modo de ver a Dios no preocupaba seguramente a Job, como no preocuparía a Pablo si sus visiones habían tenido lugar «en el cuerpo o fuera del cuerpo» (2.a Corintios 12:2, 3).

⁴⁶ En la piedad del Antiguo Testamento, cuando aún se desconocían las glorias de la escatología cristiana, la esperanza de la inmortalidad surgía precisamente del vínculo de comunión establecido entre el creyente y Dios, vínculo que la muerte no podía destruir. (Comp. Salmos 6:8-11; 17:15; 49:15, 16; 73:23, 24, 26.)

por las olas para volver a emerger en su solidez inmovible. Esa fe está asentada en la propia naturaleza de Dios, en lo perfecto de su justicia. Dios dejaría de ser Dios si permaneciera definitivamente callado frente al atropello de la verdad y la inocencia. La reivindicación de Job sería la reivindicación de Dios.

Esta necesidad moral ha inducido a muchos, y con razón, a creer en otra vida después de la muerte. Si Dios existe y es justo, no pueden quedar impunes los incontables crímenes cometidos por personas que, en vez de sufrir en esta vida la retribución que merecían, disfrutaron siempre de prosperidad. Tampoco sería decente que no llegara a prevalecer algún día la defensa de los rectos que inocentemente sufrieron en este mundo. Las injusticias humanas no pueden perpetuarse. Debe haber un juicio en el que lo torcido se enderece. La rectitud de Dios no puede quedar en entredicho; ha de resplandecer inequívocamente. Tal necesidad se destaca a lo largo de toda la Biblia y encuentra su plena exposición en el Nuevo Testamento. La parábola del rico y Lázaro es la mejor ilustración al respecto. No constituyen las palabras de Job un testimonio anticipado del mensaje neo testamentario sobre la resurrección; pero sí podemos ver en ellas el germen de tal doctrina que iría desarrollándose en el proceso de la revelación bíblica hasta alcanzar su culminación en la propia resurrección de Jesús y en la esperanza que, basada en tan magno suceso, animaría a la Iglesia cristiana desde el primer momento.

Hoy, con un conocimiento inmensamente más rico que el que tenía Job, y en un sentido mucho más amplio, el creyente en Jesucristo puede repetir: «Yo sé que mi Redentor vive.» Es su cántico de certidumbre en todo momento, aun en las más difíciles circunstancias. Y esa explosión de fe no se pierde en el vacío. Como un eco transformado, llega al corazón creyente la voz de Aquel que dice: «No temas, Yo soy el primero y el último, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del Hades» (Apocalipsis 1:17, 18).

LAS TRÁGICAS CONSECUENCIAS DEL PECADO

Respondió Zofar naamatita, y dijo: Por cierto mis pensamientos me hacen responder, Y por tanto me apresuro. La reprensión de mi censura he oído, Y me hace responder el espíritu de mi inteligencia. ¿No sabes esto, que así fue siempre, Desde el tiempo que fue puesto el hombre sobre la tierra, Que la alegría de los malos es breve, Y el gozo del impío por un momento?

Aunque subiere su altivez hasta el cielo, Y su cabeza tocare en las nubes, Como su estiércol, perecerá para siempre; Los que le hubieren visto dirán: ¿Qué hay de él? Como sueño volará, y no será hallado, Y se disipará como visión nocturna. El ojo que le veía, nunca más le verá, Ni su lugar le conocerá más. Sus hijos solicitarán el favor de los pobres, Y sus manos devolverán lo que él robó.

Sus huesos están llenos de su juventud, Mas con él en el polvo yacerán. Si el mal se endulzó en su boca, Si lo ocultaba debajo de su lengua, Si le parecía bien, y no lo dejaba, Sino que lo detenía en su paladar; Su comida se mudará en sus entrañas;

Hiel de áspides será dentro de él. Devoró riquezas, pero las vomitará; De su vientre las sacará Dios.

Veneno de áspides chupará; Lo matará lengua de víbora. No verá los arroyos, los ríos, Los torrentes de miel y de leche. Restituirá el trabajo conforme a los bienes que tomó, Y no los tragará ni gozará. Por cuanto quebrantó y desamparó a los pobres, Robó casas, y no las edificó; Por tanto, no tendrá sosiego en su vientre, Ni salvará nada de lo que codiciaba.

No quedó nada que no comiese; Por tanto, su bienestar no será duradero. En el colmo de su abundancia padecerá estrechez; La mano de todos los malvados vendrá sobre él. Cuando se pusiere a llenar su vientre, Dios enviará sobre él el ardor de su ira, Y la hará llover sobre él y sobre su comida. Huirá de las armas de hierro, Y el arco de bronce le atravesará.

La saeta le traspasará y saldrá de su cuerpo, Y la punta relumbrante saldrá por su hiel; Sobre él vendrán terrores. Todas las tinieblas están reservadas para sus tesoros; Fuego no atizado los consumirá; Devorará lo que quede en su tienda. Los cielos descubrirán su iniquidad, Y la tierra se levantará contra él. Los renuevos de su casa serán transportados; Serán esparcidos en el día de su furor.

Esta es la porción que Dios prepara al hombre impío, Y la heredad que Dios le señala por su palabra. (Job 20:1-29 RV60)

Las palabras de Job, especialmente su amenaza (19:28, 29), provocan la excitación de Zofar, cuya mente y sentimientos reaccionan de modo incontenible. Herido en su amor propio —y ésta es la herida más dolorosa para cualquier hombre—, responde a Job con afirmaciones tan absolutas como las de Bildad en su último discurso.

Había destacado Bildad lo inalterable del orden moral que rige el universo. Zafar ahora resalta empíricamente lo breve de la prosperidad del impío. Aunque se eleve en un momento dado hasta los cielos, pronto se pierde su grandeza, comparable a la inmundicia del estiércol. Toda su gloria se desvanecerá como un sueño o una visión nocturna y se trocará en miseria, de la que ni sus hijos podrán librarse. Su vigor sucumbirá y yacerá sobre el polvo de la sepultura (4-11). Por más que el malvado trate de prolongar su deleite en el pecado, pronto experimentará sus efectos ponzoñosos (12-16). No podrá retener sus bienes injustamente adquiridos, sino que se verá súbitamente privado de ellos y asaltado por un sinfín de calamidades.

Cielos y tierra⁴⁷ se aliarán contra él y todos los elementos combatirán juntos hasta destruirlo (17-28). «Tal es la suerte que, al malvado, Dios reserva, la parte que recibe de Dios» (29).

⁴⁷ Probablemente Zofar está pensando en la invocación que Job había dirigido a la tierra para dejar al descubierto su sangre en demanda de justicia y su visión de un testigo en el cielo que defendería su causa (16:18, 19). El cielo y la tierra no estarán a favor, sino en contra de los injustos, entre los que Zofar incluye a Job.

Como señala Delitzsch, este discurso de Zofar es un ultimátum. Se da cuenta de que las disquisiciones dogmáticas de Elifaz y Bildad no han hecho en Job ningún impacto. Por eso, concentra su capacidad dialéctica para describir con imágenes espantosas las consecuencias del pecado que irremisiblemente sobrevienen al pecador después de un breve tiempo de placer. De modo especial destaca la falta de conciencia social en el malvado, su afán insaciable de lucro, su enriquecimiento a costa del despojamiento de los pobres (19, 20), lo que forzosamente ha de provocar el juicio de Dios.

También hay un fondo de verdad en las declaraciones de Zofar. Es la verdad que Santiago, con frases tajantes, expone en su carta: «La concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte» (Santiago 1:15). Este escritor neo testamentario, no menos vehemente que Zofar, muestra la semilla de perdición contenida en la prosperidad del inicuo, cuando apostrofa a los ricos: «Ahora, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego» (Santiago 5:1-3).

Por otro lado, la experiencia ha mostrado que nadie puede pecar impunemente. Al final, siempre «la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23). Pero Zofar se equivocaba al asegurar que el florecimiento de los malos es breve y que el juicio condenatorio de Dios se descarga sobre todos ellos ya en este mundo. Muchos han gozado de vidas florecientes y largas sin que nada destruyese su bienestar material hasta el momento de su muerte, como Job demostraría en su intervención siguiente.

Zofar, incapaz como sus amigos de librarse de sus prejuicios, sigue aferrado a la única interpretación posible de la desgracia de Job: estaba pagando lo que merecía su maldad encubierta.

La discusión continuaría, pues, estancada en la incompreensión, causa de esterilidad en tantos diálogos e intentos de acercamiento entre los hombres.

UNA EXPERIENCIA QUE DESMIENTE UNA TEOLOGÍA

Job respondió así: Escuchad atentos mis palabras, dadme siquiera este consuelo. Tened paciencia mientras hablo, cuando termine podréis burlaros. ¿Acaso me quejo de un hombre?, ¿pierdo la paciencia sin razón? Si me escucháis, quedaréis pasmados, os llevaréis la mano a la boca. Sólo con pensarlo, me horrorizo, me siento presa de escalofríos.

¿Por qué siguen vivos los malvados, que envejecen y aumenta su poder? Viven seguros con sus hijos, ven cómo crecen sus retoños: un hogar en paz, sin miedo, sin probar el castigo de Dios. Su toro fecunda sin fallar, su vaca pare sin abortar. Dejan sueltos a sus críos como ovejas, dejan brincar a sus hijos. Cantan con cítaras y panderos, se divierten al son de la flauta.

Pasan su vida dichosos, bajan en paz al Seol. Y pensar que decían a Dios: "Fuera de aquí, no nos interesa conocer tus caminos. ¿Quién es Shaddai para servirle?, ¿qué podemos ganar con invocarle?". ¿No depende de ellos su dicha, aunque el plan del malvado esté lejos de Dios? ¿Cuántas veces se apaga la lámpara del malvado?, ¿cuántas veces se abate sobre él la desgracia o la cólera divina le reparte sufrimientos?

¿Son como paja a merced del viento, como tamo que arrastra el huracán? ¿Se reservaría Dios el castigo de sus hijos? ¡Que lo pague él y aprenda! ¡Que sea testigo de su ruina, que beba la cólera de Shaddai! ¿Qué le importa su casa una vez muerto, interrumpida ya la cuenta de sus meses? ¿Quién puede aleccionar a Dios, que juzga a los seres celestes?

Hay quien muere en pleno vigor, colmado de dicha y de paz, con los lomos forrados de grasa y tierna la médula de sus huesos. Y hay quien muere harto de amargura, sin haber probado la dicha. Pero juntos yacerán en el polvo bajo una colcha de gusanos. Conozco muy bien lo que pensáis, la violencia que tramáis contra mí. Decís: "¿Dónde está la casa del prepotente?, ¿dónde la tienda que habitaban los malvados?

¿No habéis preguntado a los viajeros?, ¿no conocéis sus testimonios?: el día del desastre se libra el malvado, a salvo se encuentra el día de la cólera; ¿quién le echa en cara su conducta?, ¿quién le hace pagar lo que ha hecho?; es conducido al cementerio, velan junto a su mausoleo; no le pesan los terrones del valle, tras él desfila todo el mundo.

¿Por qué me consoláis con tonterías, con argumentos llenos de engaño? (Job 21:1-34 BJ)

¿Cuánto duraría el diálogo entre sordos? Hasta ahora los tres amigos, ignorantes del verdadero problema de Job, habían ido repitiendo en diferentes tonos su tesis: el sufrimiento es la retribución con que Dios paga a los malvados. Job, por su parte, estaba como obsesionado por su conflicto interior. Convencido de su integridad, se ve víctima de la enemistad de Dios y de la crueldad de los hombres. Es tan fuerte el clamor de su alma en demanda de justicia que apenas puede oír a los tres amigos. Pero a medida que, en el transcurso del diálogo, se ha desahogado, su ánimo ha ido serenándose. Ahora puede escuchar y refutar. ¡Que le escuchen también ellos! (1-4).

En contraste con el cuadro pintado por Zofar sobre la suerte del inicuo, Job pone unos hechos que para él son estremecedores y, sin duda, harían enmudecer a los tres (5, 6). En su dolor ha reflexionado, y en su reflexión nos abre una ventana a la agonía de espíritu vivida por infinidad de creyentes a quienes la discordancia entre sus conceptos religiosos y las realidades de la experiencia —propia o ajena— ha turbado profundamente. ¿Dónde radica el error, en la interpretación de los hechos o en las creencias?

Job, en su caso, no habría sabido qué contestar, pero había algo clarísimo que él introduce con una pregunta punzante: «¿Por qué siguen viviendo los malvados, envejecen y aun crecen en poder?» (7). Es el enigma que una y otra vez ha

agujoneado las mentes más piadosas. Atormentó a Asaf (Salmo 73); intrigó a Jeremías (Jeremías 12:12) y hundió a un pueblo en el cinismo religioso (Mala-guías 3:15). Lo agudo del problema fue bien captado por el clásico español Bartolomé L. de Argensola cuando, en magistral soneto, escribía:

«Dime, Padre común, pues eres justo, ¿por qué ha de permitir tu providencia que, arrastrando prisiones la inocencia, suba la fraude a tribunal augusto? ¿Quién da fuerza al brazo que, robusto, hace a tus leyes firme resistencia y que el celo, que más la reverencia, gima a los pies del vencedor injusto?»

El misterio se hace tanto más inexplicable al observar que los malvados son unos rebeldes que desafían la autoridad divina. A la injusticia unen la impiedad. «¡Lejos de nosotros —dicen a Dios—, no queremos conocer tus caminos! ¿Qué es el Omnipotente para que le sirvamos, qué ganamos con invocarle?» (14, 15). Apenas podría hallarse una expresión más clara del papel que la voluntad juega en la actitud religiosa de tales personas. Su alejamiento de Dios no tiene como causa la ignorancia. El defecto no está en su capacidad mental, sino en su disposición volitiva: «No queremos conocer tus caminos.» Tal voluntad está corrompida por un sórdido afán de beneficios y placeres. El pragmatismo es el principio filosófico que la inspira y rige. Dios es reconocido o rechazado en base de los resultados que se derivan de la actitud del hombre hacia El.

Desgraciadamente, aun entre creyentes predomina todavía el concepto utilitario de la fe. Se cree por lo que se espera recibir. El acercamiento a Dios es determinado por los grandes beneficios de la salvación, más que por el atractivo espiritual del Salvador. La conversión y la vida cristiana tienen frecuentemente mucho de transacción comercial. Reflejan una actitud semejante a la de Pedro cuando dijo: «Señor, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido, ¿qué, pues, tendremos?» (Mateo 19:27). En estos casos se da la razón al diablo en su conclusión de que el hombre no sirve a Dios por amor, sino por interés. Pero la verdadera piedad supera todos los cálculos de provecho propio. Los móviles para querer a Dios y no ofenderle son más altos y nobles que «el cielo prometido» o «el infierno tan temido» a que hiciera alusión el poeta anónimo español. Es precisamente esa concepción utilitaria de las relaciones del hombre con su Señor lo que lleva a muchos a repudiar a Dios. ¿Qué se gana con temerle y obedecerle? Si, lejos de sus caminos, en una carrera de iniquidad sin freno, el hombre prospera y goza, ¿qué necesidad tiene de limitar su libertad e inquietarse por las exigencias morales de una ley divina? Cuanto más distanciados de Dios, mejor. Nos parece estar oyendo un inmenso coro de voces que en nuestros días se unen a los contemporáneos de Job y al unísono exclaman: «¡Lejos de nosotros, Dios, lejos de nosotros!»

Y es a estos hombres, precisamente, a quienes Dios permite medrar sin conocer apenas el sufrimiento. ¿Por qué? Podría alegarse que no faltaban ejemplos en los que la indignación del Altísimo había recaído severamente contra los rebeldes. También el faraón de Egipto, en días de Moisés, había dicho: «¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz?» (Éxodo 5:2), y tuvo que pagar su contumacia con plagas y muerte. Posiblemente Job tenía conocimiento de casos análogos. Pero «¿cuántas veces la lámpara de los malos se apaga, su desgracia irrumpe sobre ellos, y a los malvados destruye El en su cólera?» (17). ¿Era absolutamente cierto, sin excepción posible, que

los impíos son arrancados de su prosperidad y arrastrados como paja o tamo que arrebató el viento? (18).

Los amigos podrían objetar que si en algún caso no recae la retribución sobre el pecador, alcanza a sus descendientes (comp. 20:10). Pero ¿qué valor moral o correctivo podía tener una acción punitiva sobre los hijos? «¡Que le castigue a él, para que aprenda!» (19, 20). En lo corrompido de sus sentimientos, poco le importaba lo que pudiera acontecer a sus sucesores (21).

Al llegar a este punto, Job parece darse cuenta de lo difícil que es juzgar la providencia divina. «Pero ¿puede enseñarse a Dios sabiduría? ¡Si es El quien juzga a los seres excelsos!» (22). Sin duda, se equivocaban los tres amigos; pero ¿discernía él mismo con claridad todo el alcance del gobierno moral del mundo? ¿Acaso no es también un hecho que muchos hijos pagan las consecuencias de los pecados de sus padres? Aún transcurriría tiempo hasta que se interpretase correctamente aquello de que Dios «visita la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación» (Éxodo 20:5). Sólo la propia revelación de Dios aclararía lo impropio del refrán «los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera». La afirmación divina sería contundente: «El alma que pecare, ésa morirá» (Ezequiel 18: 1-4; Jeremías 31:29, 30). Hay leyes de herencia biológica que deben ser reconocidas, tanto en el orden físico como en el psíquico; pero la responsabilidad moral ante Dios es esencialmente individual. Sí, Job fue sensato al reconocer la trascendencia de la sabiduría y la justicia de Dios. Y nosotros haríamos bien en imitarle. Entre la maraña de hechos misteriosos, tristes y hasta crueles que el pecado ha tejido sobre el mundo, se mueve Dios para hacer que algún día resplandezca sobre él la gloria de su saber y de su amor (comp. Juan 11:2, 3). Ahora «conocemos en parte», pero lo suficiente para exclamar: «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?... Porque de El, y por El, y para El son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén» (Romanos 11:33-36).

Una vez más, Job no logra mantenerse en las alturas; vuelve a mirar a la tierra, en esta ocasión para fijar sus ojos sobre la desigualdad humana tanto en la vida como en la muerte. Mientras unos llegan al fin de sus días pletóricos de felicidad, otros mueren consumidos en la amargura que los acompañó toda su vida (23-26). En vano insistirían los tres amigos en lo inevitable de la calamidad que se cierne sobre los malos (27, 28). La realidad era muy otra. Cualquiera que hubiese viajado y visto un poco de mundo podría atestiguar la verdad de lo que él decía (29). Además, el malvado no sólo goza de bienestar, sino de reputación. Nadie se atreve a reprocharle sus maldades. Si no amado, por lo menos es temido; mantiene una posición de honor mundano durante toda la vida y en su muerte es rodeado de la máxima pompa (31-33).⁴⁸

⁴⁸ No hay seguridad en cuanto al original de los versículos 32 y 33, diversamente traducidos. La Nueva Versión Inglesa es una de las que hacen más comprensible el texto: «Cuando es llevado a la tumba, todo el mundo —delante y detrás— lo acompaña. El polvo de la tierra le es dulce, y miles velan junto a su sepulcro.» La misma línea sigue la Biblia Ecuménica: «Es conducido al cementerio, y en su mausoleo

Que, frente a todos estos hechos, los tres amigos pre-tendieran sostener sus aseveraciones sobre el miserable fin de los inicuos era más que un fracaso en su intento de consolar a Job; era un embuste (34).

Job no tenía toda la razón en su apreciación del acontecer humano. Como Zofar, tendía a la parcialidad. Pero la valentía con que afrontó los hechos es admirable. Siempre hay un riesgo en examinar problemas cuando la fe ha vivido de espaldas a ellos. Como hemos mencionado en otro lugar anteriormente, también Job probablemente había compartido antes de su prueba la tesis de sus amigos. Pero ahora las terribles circunstancias de su vida habían sacudido su dispositivo doctrinal. Descubría que no siempre la piedad y la prosperidad o la maldad y el sufrimiento se hallan en relación de causa a efecto. La teoría era contradicha por unos hechos; la teología se tambaleaba frente a la experiencia. Pero esta vivencia siempre es saludable. Es pobre e imperfecta la fe que se encierra en posiciones tradicionales más que bíblicas, rehuyendo toda confrontación con los problemas que el contacto con el mundo nos puede plantear. Es ridículo aferrarnos a determinadas interpretaciones de la verdad cuando están en contradicción con realidades fehacientemente demostradas. Recordemos lo grotesco de la cerrazón dogmática de quienes obligaron a Galileo a retractarse de su afirmación de que la tierra gira alrededor del sol.

La fe madura se da cuenta de que hay misterios que deben ser reconocidos, aunque no puedan ser explicados, y que hay interrogantes para los que en este mundo, quizá, nunca tendremos respuesta. Pero, a pesar de todo, la fe se mantiene. El cuadro del pecador que triunfa era muy tentador para Job; a pesar de ello, el patriarca no cede. «El pensamiento de los impíos ¡lejos esté de mí!» (16).⁴⁹ Para la fe robusta no todo son claridades; pero esa fe persevera invicta. La oscuridad de algunas nieblas no puede extinguir el esplendor de la realidad suprema: Dios en la gloria de su sabiduría, su amor y su justicia.

TERCER CICLO DE DISCURSOS

LA ÚLTIMA TENTATIVA

ENTONCES respondió Elifaz temanita, y dijo: ¿Puede el hombre por ventura ser provechoso a Dios? Al contrario, a sí mismo es provechoso el hombre sabio. ¿Acaso le da gusto al Todopoderoso que tú te justifiques? ¿O le es de utilidad el que hagas perfectos tus caminos? ¿Será que por temor de ti argüirá contigo, y vendrá contigo a juicio?

¿No es grande tu maldad, y no son innumerables tus iniquidades? Pues has exigido prendas a tus hermanos injustamente, y a los desnudos has despojado de su ropa; al

se le vela. Ligeros le son los terrones del valle, y en torno suyo desfila todo el mundo. una turba innumerable ante él.»

⁴⁹ Esta traducción parece más fiel al original hebreo que la de la Biblia de Jerusalén y otras versiones, las cuales sustituyen el pro-nombre «mí» por «Dios».

rendido de fuerzas no le has dado agua que beber, y al hambriento le has negado el pan. Más en cuanto al hombre de brazo fuerte, de él era la tierra, y por lo que toca al bien mirado, él habitaba en ella.

Has enviado a las viudas con las manos vacías, y los brazos de los huérfanos han sido quebrados. Por eso te hallas cercado de lazos, y te aterran espantos repentinos; o tinieblas, donde no puedes ver, y la muchedumbre de aguas te cubre. ¿No está Dios en la altura del cielo? y mira lo encumbrado de las estrellas, ¡cuán elevadas están! Por eso dices tú: ¿Qué sabe Dios? ¿Podrá acaso juzgar por en medio de densas tinieblas?

Nubes espesas le envuelven de modo que no puede ver; o por el circuito de los cielos se va paseando. ¿Por ventura quieres tú seguir aquella senda antigua, por donde anduvieron los hombres impíos; los cuales fueron arrebatados entes de tiempo, y un diluvio fue derramado sobre su asiento? Ellos decían a Dios: ¡Apártate de nosotros! y: ¿Qué podrá el Todopoderoso hacer por nosotros? aunque había llenado sus casas de bienes.

Pero ¡lejos sea de mí el modo de pensar de esos inicuos! Los justos ven la venganza, y se alegran; y los inocentes hacen escarnio de ellos; diciendo: ¡Por cierto que fueron destruidos los que se levantaron contra nosotros, y lo que quedaba de ellos lo consumió el fuego! Traba amistad con él, te lo ruego, y está en paz con él; que por ello te vendrá el bien.

Ruégote recibas de su boca la ley, y atesores sus palabras en tu corazón. Si te convirtieras al Todopoderoso, serás edificado; y alejarás de tus tiendas la aflicción. Echa pues por tierra tus tesoros, y a las piedras del arroyo, el oro de Ofir; y sea el Todopoderoso tu tesoro, y más que caudales de plata para ti: que entonces te deleitarás en el Omnipotente, y alzarás tu rostro hacia Dios.

Le harás tu súplica, y él te escuchará; y tú le pagarás tus votos. También decretarás una cosa, y se te quedará estable; y sobre tus caminos resplandecerá la luz. Cuando otros son abatidos, tú dirás: ¡Hay ensalzamiento! pues al humilde de ojos Dios le salvará. Librará por tu causa aun al no inocente; sí, éste será librado por causa de la limpieza de tus manos. (Job 22:1-30 VM)

En el primer ciclo de discursos, los amigos de Job se habían extendido en generalidades sobre la magnificencia de Dios, su justicia y su soberanía. Las intervenciones son más bien mesuradas y predomina la nota de esperanza, el cuadro de un Job arrepentido y restaurado. En el segundo ciclo resaltan la horrible suerte del malvado y se profieren amenazas veladas contra Job. Ahora, en el tercero, lo que antes habían sido insinuaciones se dice abiertamente y se acusa a Job de los pecados más denigrantes.

Elifaz se lanza a la carga por última vez. Probablemente seguía animado de nobles sentimientos hacia su amigo, pero también aferrado a sus prejuicios. Veía que los tres habían agotado sus recursos dialécticos. Además, Job, en su última intervención, se había expresado con una contundencia irresistible. Sólo les quedaba el ataque frontal,

la denuncia sin remilgos de la injusticia y la impiedad de Job, seguida de un llamamiento vehemente al arrepentimiento. Bastante habían hablado del hombre inicuo y su fin. Ya era hora de encararse con Job y decirle —como Natán dijera a David—: «¡Tú eres ese hombre!»

La introducción a este discurso de Elifaz es atinada, aunque no lo es la deducción sacada de ella. La acción de Dios respecto a los hombres no puede obedecer a móviles ajenos a su propia perfección. No favorece al justo para agradecerle su rectitud, pues ningún beneficio recibe de ella: el beneficiado es el hombre mismo. Pero menos concebible es que Dios castigue a los humanos a causa de la piedad de ellos (2-4). Entonces sólo queda una conclusión: las múltiples faltas de Job han provocado la ira de Dios sobre él (5).

La maldad de Job —según su amigo— se había extendido en una doble dimensión: horizontalmente, con la más flagrante injusticia contra su prójimo, con actos de crueldad propios únicamente de los hombres más viles (6-9). Verticalmente, en su soberbia contra Dios (12-20). Hay en estas palabras de Elifaz una tergiversación tendenciosa de lo que había dicho Job (21:14-16) y se olvida —quizá voluntariamente— de la firme postura del patriarca frente a la irreverencia blasfema de los impíos («El consejo de los malos ¡lejos esté de mí!» —21:16b). He aquí un rasgo distintivo de casi todos los polemistas: la habilidad con que mutilan o tuercen frases del oponente para combatirlo. Parece bastante difícil la honestidad cuando una persona se ve envuelta en los ardores de una controversia. El fin que perseguía Elifaz era bueno, como lo ha sido el que ha llevado a muchos a la discusión apasionada, aun en el campo religioso. Pero el fin difícilmente puede justificar jamás un medio como la desfiguración de la verdad.

La última parte del discurso de Elifaz (21-30) es un llamamiento emocionante, cuajado de verdades preciosas. Su contenido podría usarse como texto básico para un magnífico sermón de evangelización. ¿Dónde hallar palabras más adecuadas ni más bellas para instar al pecador a la reconciliación con Dios, a la apropiación de su Palabra, a la renuncia al pecado y al sacrificio de valores terrenales en aras de riquezas divinas? ¿Quién describiría con mayor acierto lo que, en líneas generales, se dice aquí sobre las bendiciones que el penitente encuentra en Dios? Apenas podría lograrse una síntesis más completa de la vida del creyente.

El gran error de esta parte del discurso estuvo en su aplicación, en dirigirlo a Job reiterando la convicción de que era un hombre anegado en sus pecados. Ni por un momento cruzó por la mente de los tres la idea de que el sufrimiento pudiera deberse a otra causa que no fuera la maldad. Los ingredientes que usan en su pretendido remedio para la calamidad del amigo son buenos, pero el preparado final es pésimo y, aplicado a la llaga espiritual del patriarca, no podía tener peores resultados.

Sólo la sabiduría y el amor de Dios nos capacitan para hacer un recto uso de la verdad de Dios.

EL DIOS QUE SE OCULTA Y CALLA

ENTONCES respondió Job y dijo: Aunque hoy es amarga mi queja, mi herida es más grave que mi gemido. ¡Oh quién me diera el saber donde poder hallarle! me iría hasta su trono; expondría delante de él mi causa, y llenaría mi boca de argumentos. Yo conozco las palabras que él me respondería, y entiendo lo que me diría. ¿Acaso con su gran poder contendría conmigo? antes bien, él me prestaría atención.

Allí el hombre recto podría razonar con él; y yo para siempre quedaría absuelto de parte de mi Juez. Mas he aquí que hacia adelante voy, y no está allí; también hacia atrás, mas no le puedo percibir; a la izquierda, donde manifiesta su poder, pero no le discierno; se emboza a mi derecha, de modo que no le pueda ver. Empero él conoce el camino por donde voy; cuando me haya probado, saldré como el oro.

Mis pies han seguido resueltamente en sus pisadas; su camino he guardado, no me desviaré de él. Del mandamiento de sus labios no me apartaré: más que mi porción diaria he apreciado los dichos de su boca. Pero él es de un mismo parecer, y ¿quién podrá hacerle volver? y cuanto le plazca a su alma, eso lo va a hacer. Porque llevará a efecto lo que está ordenado para mí; y muchas cosas parecidas a estas tiene en su mente.

Por tanto delante de él estoy turbado; cuando lo considero, tiemblo a causa de él. Pues que Dios ha hecho tímido mi corazón, y el Omnipotente me ha aterrado; que no estoy desmayado a causa de las tinieblas, ni porque las tinieblas espesas hayan cubierto mi rostro. ¿POR qué no son señalados por el Todopoderoso tiempo de juicio? y ¿por qué no ven los que le conocen sus días de venganza?

Los hay que remueven las lindes; que quitan los rebaños por la fuerza, y se los comen; que se llevan el asno de los huérfanos, y toman en prenda la vaca de la viuda; que apartan a los necesitados del camino de su derecho, de modo que a una se esconden todos los pobres de la tierra. He aquí que éstos, como asnos monteses en el desierto, se salen a su trabajo, buscando solícitamente el alimento; el desierto les da manutención para sus hijos.

En el campo cortan el pasto del injusto, y vendimian la viña del inicuo. A los pobres los hacen pasar la noche desnudos, por falta de ropa, sin tener cobertura contra el frío. Con los aguaceros de las montañas son mojados, y abrazan la peña por falta de abrigo. Los hay que arrebatan al huérfano del pecho de su madre, y toman en prenda la ropa del pobre.

Estos infelices andan desnudos sin vestidos, y cargan hambrientos las gavillas: dentro de las paredes de aquellos rapaces exprimen el aceite; pisan sus lagares, y padecen sed. Por la angustia gimen los oprimidos, y el alma de los traspasados clama por auxilio: pero Dios no atiende su oración. Estos son de aquellos que se rebelan contra la luz, los cuales no conocen sus caminos, ni quieren estarse en sus senderos:- Al rayar el alba, se levanta el homicida; mata al pobre y al menesteroso; y de noche se hace como ladrón.

Asimismo el ojo del adúltero aguarda el crepúsculo, diciendo: ¡No me verá ojo alguno! y se emboza la cara. Otros hay que en las tinieblas fuerzan las casas; de día se

encierran; no quieren conocer la luz. Porque a todos ellos la mañana les es como la sombra de muerte: cuando alguno los conoce, están en los terrores de la sombra de muerte.

Huye ligero sobre la superficie de las aguas; quedará maldita su porción en la tierra; nunca volverá el rostro hacia el camino de las viñas. Como la sequía y el calor arrebatan las aguas de nieve derretidas, así el sepulcro a los que pecan. Olvidaráse de él el seno maternal; sabrosamente se alimentará de él el gusano; no se acordará nadie más de él: pues, como árbol, será quebrantada la iniquidad.

Devora a la mujer estéril, que no tiene hijo, y a la viuda nunca hace bien. Arrebata también a los poderosos con su fuerza: una vez que se levante, ninguno está seguro de la vida. Dios les concede estar en seguridad; por eso están confiados: pero los ojos de él están sobre sus caminos. Son ensalzados; más en breve ya no existen; que son derribados, y mueren como todos los demás, y cual cabezas de espigas, son cortados.

Y si no es así, ¿quién me desmentirá, y reducirá a la nada mis palabras? (Job 23:1-24:25 VM)

¿PUEDE DIOS SER HALLADO?

La respuesta de Job al último discurso de Elifaz hace resaltar una vez más su negativa rotunda a aceptar la tesis de los amigos. «Todavía mi queja es una rebelión» (2). Así se lo parecía a los tres, y así era en el fondo. No rebelión contra Dios, pero sí contra la acusación sostenida por los amigos y corroborada —en opinión de Job— por Dios mismo al someter a su siervo a un trato tan horrible. El sufrido patriarca se ha esforzado por reprimir su voz de protesta (2a);⁵⁰ pero no puede dominar la agitación de su espíritu. No puede —ni quiere— someterse a la idea de que Dios le está castigando gravemente porque son graves los pecados que ha cometido.

En esta inquietud siente Job de nuevo un vivo deseo de comparecer ante Dios en juicio. Si pudiera llegar a su presencia, le expondría todos sus argumentos en su propia defensa y escucharía tranquilamente todo lo que Dios tuviera que decir. Estaba seguro de que el resultado final sería una sentencia absolutoria definitiva (3-7). Por eso exclama con vehemencia: «¡Quién me diera saber encontrarle !»

Pero su anhelo se convierte en frustración. Busca sin hallar a Dios en ninguna parte (8, 9). En vez de salirle al paso, Dios se oculta. Parece rehuir el encuentro con su siervo, sin duda porque estaba convencido de que éste tenía razón. «El conoce mis caminos. ¡Póngame a prueba: saldré como oro puro! A sus pasos se ha adherido mi pie, he seguido sin desviarme su camino...» (10-12).

De pronto, un pensamiento paralizante vuelve a asaltar a Job: la soberanía de Dios (13-17). ¿Valía la pena que se esforzase por hallar al Todopoderoso? ¿Qué lograría de

⁵⁰ Aunque muchas versiones traducen en el mismo sentido en que lo hace la Biblia de Jerusalén —«Su mano (la mano de Dios) pesa sobre mi gemido»—, en el original hebreo se lee: «mi mano», lo que, a juicio del autor, no desdice del contexto general.

un encuentro con El sí en sus propósitos divinos había resuelto destruirlo? «Si El decide, ¿quién le hará retractarse? Lo que su alma traza lleva a término. Así cumplirá su designio sobre mí...» Job sigue persuadido de que Dios es su adversario, y se siente invadido de terror. La terrible majestad de una divinidad adversa ¿quién podrá resistirla?

Al llegar al final de este capítulo rebrota en nosotros un sentimiento de compasión hacia Job. Sus exclamaciones y afirmaciones tienen no poco de pueril; revelan un conocimiento muy imperfecto de Dios. Pero al mismo tiempo revisten una sublimidad incomparable. Sus palabras se las han podido apropiarse muchas personas que —en una trama de motivos diferentes a la de Job— han querido buscar a Dios sin saber dónde encontrarle, o que, habiéndole encontrado, se han visto tan confusas como el patriarca ante los misterios de su soberanía.

Afortunadamente, hoy tenemos respuesta para calmar esas inquietudes. Es verdad que todos los esfuerzos humanos para hallar a Dios son inútiles. Ni las especulaciones filosóficas, ni el recogimiento interior, ni el arrebató místico pueden conducirnos a Él. No solamente porque es el «absolutamente Otro», porque su trascendencia divina le sitúa muy por encima de nuestra comprensión humana, sino porque, además, toda nuestra capacidad de discernimiento espiritual está seriamente deteriorada por el pecado. El hombre, por sí mismo, sólo puede hallar a un dios que no pasa de ser mera abstracción filosófica o una figura groseramente degradada de la divinidad (Romanos 1:21-23), todo lo cual queda dentro del círculo de la idolatría. El hombre sólo puede conocer a Dios si Dios se le revela e ilumina su mente oscurecida. La sima que separa al hombre de Dios sólo puede salvarse si Dios mismo construye el puente. Pero Dios se ha revelado. El Deus absconditus deja de serlo en el momento en que se aproxima al hombre para hablarle con el deseo de salvarlo. Dios había hablado de muchas maneras a lo largo de la Historia y finalmente habló por medio de su Hijo Jesucristo, resplandor de su gloria e imagen de su esencia (Hebreos 1:1-3). «A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, El le ha dado a conocer» (Juan 1:18). Ahora el puente está tendido. Jesucristo es el camino de acceso al Padre (Juan 14:6) y en El encuentra a Dios cualquiera que de veras le busca (Juan 14:8, 9).

En cuanto a la soberanía de Dios, podemos estar tranquilos. Jamás existe divorcio entre su ejercicio del poder y la justicia más perfecta. Cuando la mente humana trata de escalar sola las cumbres de la predestinación, corre el riesgo de deslices fatales. Pero en la Sagrada Escritura todo lo que se dice de los propósitos de Dios y de la acción de su voluntad, lejos de inspirar terror, infunde ánimo. Su soberanía no es soberanía a secas, aislada de los atributos divinos; es la soberanía de un Dios infinitamente sabio, justo y misericordioso. Dios puede hacernos pasar por sendas oscuras, pero El mismo nos conduce (Lamentaciones 3:1). Los interrogantes más torturadores que puedan surgir en nuestra mente respecto al desarrollo de la providencia, tendrán algún día cumplida respuesta en los esplendores de una salvación inefable. Así pudo verlo Job al final.

¿ES DIOS INDIFERENTE A LAS INJUSTICIAS HUMANAS? (CAP. 24)

En intervenciones anteriores ya había señalado Job lo que él consideraba injusticia de Dios, enfatizando el florecimiento de los malvados que llegan al final de sus días sin haber sufrido ningún castigo. Aquí replantea la cuestión con un nuevo interrogante: Si Dios es recto, ¿por qué no lo demuestra? ¿Por qué no hace bien visible el ejercicio de su justicia? ¿Por qué no establece días determinados de juicio en los que retribuya aleccionadoramente a todos los inicuos? (1). Job no está acusando abiertamente a Dios; pero expresa una duda terrible. Si Dios es justo, su justicia es invisible e incomprensible.

La desazón del patriarca parece aumentar al contemplar otra faceta de la arbitrariedad moral con que el mundo, al parecer, es gobernado. Ahora no se fija en los malos que gozan, sino en los pobres que sufren, y no a causa de sus pecados, sino como consecuencia de la perversidad de aquéllos.

Ni el demagogo más exaltado de nuestros días podría pintar un cuadro más indignante de opresión que el que hallamos en este capítulo (2-12). Ante el fraude, el robo descarado y los más viles atropellos, los pobres, indefensos, tienen que someterse y arrastrar una vida miserable, víctimas del hambre, la desnudez y la intemperie. La calamidad se ceba cruelmente en ellos. Claman doloridos, pero nadie responde, y Dios mismo «no hace caso de sus quejas». ¿Es sordo y ciego o insensible? Para Job, más que de un grave problema social, se trata de un gran problema religioso. Por mucho que pudiera indignarle el hecho en sí de la injusticia, lo que más le inquietaba era la pasividad de Dios, su actitud permisiva ante el triunfo de la tiranía.

En los versículos siguientes (13-17) presenta otra clase de malvados, los que son «rebeldes a la luz». Asesinos, ladrones, adúlteros, todos ellos se amparan bajo el manto de la noche. Hasta tal punto se han desnaturalizado moralmente que el alegre alborear del día les molesta y el brillo del día les aterra. Sin embargo, también ellos prosperan y satisfacen sus ambiciones. Tampoco en la nefanda conducta de estos hombres se interfiere Dios.

Los amigos de Job podían reiterar⁵¹ que a la prosperidad fugaz de los malos sigue su castigo, que todos los inicuos son arrastrados como la espuma sobre la superficie de las aguas, que su dominio es maldito en la tierra, que en un instante arrebató el Seol a los pecadores, que la memoria de éstos desaparece y que su iniquidad es desgajada como un árbol. Pero Job ve las cosas de otro modo. Ve que, a pesar de la inhumanidad de los impíos (21), Dios prolonga con su poder la vida de ellos. Aun en los momentos cuando parece que van a sucumbir, vuelven a levantarse. Dios mismo les da seguridad y los sostiene. Después de su exaltación desaparecen, pero mueren como los demás hombres, con toda normalidad; son cortados, pero «como cresta de espiga», bajo el peso de los años. «Si no es así —concluye Job—, ¿quién me convencerá de mentira y reducirá a nada mis palabras?» (25).

⁵¹ El texto hebreo de este capítulo ha llegado a nosotros en deplorable estado, por lo que resulta difícil no sólo su traducción sino la fijación del orden de sus partes. Algunas versiones sitúan los versículos 18-24 después de 27:23 (Biblia de Jerusalén y Biblia Ecuménica). Ello ha originado diversos modos de comentarlos. El autor sigue el orden tradicional con otras de las mejores versiones, haciendo preceder a esta porción la frase aclaratoria «Vosotros decís» (como hace la RSV), o sea atribuyendo las palabras de los versículos 18-20 a los tres amigos, y reanudando Job su propia disertación en el versículo 21.

No podían negarse los hechos observados por Job. Pero su empeño en hacer resaltar los males cometidos impunemente en el mundo le llevaba a inferencias erróneas. Eran ciertos los hechos, pero falsas las conclusiones. La capacidad de juicio de Job aparece muy limitada. No ve otra explicación a las grandes injusticias sociales que la arbitrariedad o la indiferencia de Dios, explicación que, en el fondo, a él mismo le resultaba inadmisibile.

Una vez más el patriarca se convierte, sin saberlo, en portavoz de innumerables seres humanos que no han podido compaginar su fe en un Dios perfecto y todopoderoso con el desenfreno de la maldad en sus formas más despóticas y despiadadas. Pero ¡cuán lejos estaba Job de conocer el corazón de Dios! ¡Cuán poco sabía de su indignación contra el pecado! ¡Si hubiese podido oír los mensajes que, a través de los profetas, Dios haría llegar a pueblos corrompidos! ¿Quién con más vehemencia que Oseas, Amós o Isaías —y tantos otros— anunciaría la ira divina contra la codicia, la rapacidad, la soberbia, la crueldad, el engaño, el abuso del poder, la opresión de los pobres, el desamparo del huérfano y de la viuda?

No, Dios no ha sido jamás insensible a la injusticia social. Si alguien desea un testimonio convincente de esta verdad, que contemple al Hijo de Dios venido al mundo en forma de siervo, para anunciar buenas nuevas a los pobres y para ser amigo de hombres y mujeres marginados, tenidos por la escoria de la sociedad. La proyección horizontal del Evangelio no es la única, ni la más importante; pero brilla en el plan redentor de Dios con fulgor maravilloso (véase Mateo 25:31-46). El pueblo de Dios, cuando ha sido fiel a su vocación, también ha mostrado ese brillo. La Historia de la Iglesia hace patente que, por regla general, los grandes avivamientos espirituales han originado fuertes movimientos de promoción social.

El Evangelio denuncia en primer lugar la incredulidad y la rebeldía de los hombres contra Dios; pero descubre asimismo la gravedad de nuestros pecados contra nuestros semejantes. Y aunque ahora Dios calle, su silencio no será eterno (Salmo 50:21). En el último día se verá, sin lugar a dudas, que ningún hombre puede burlarse de Dios y que, en último término, el destino de cada ser humano se fijará según su actitud respecto a Dios y a su prójimo.

Además, la escatología bíblica contiene un dato importante que contribuye a aclarar la aparente impasibilidad divina ante los desafueros humanos. «Dios no se retrasa en el cumplimiento de su promesa, como algunos lo suponen, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que nadie se pierda, sino que todos lleguen al arrepentimiento» (2.a Pedro 3:9). La paciencia de Dios está por encima de las provocaciones de los hombres y tiene por objeto moverlos a la conversión (Romanos 2:2-4). Todo cuenta en el desvelamiento del misterio que tanto atormentó a Job.

¿PUEDE JUSTIFICARSE EL HOMBRE ANTE DIOS?

Respondió Bildad suhita, y dijo: El señorío y el temor están con él; El hace paz en sus alturas. ¿Tienen sus ejércitos número? ¿Sobre quién no está su luz? ¿Cómo, pues, se justificará el hombre para con Dios? ¿Y cómo será limpio el que nace de mujer? He

aquí que ni aun la misma luna será resplandeciente, Ni las estrellas son limpias delante de sus ojos; ¿Cuánto menos el hombre, que es un gusano, Y el hijo de hombre, también gusano? (Job 25:1-6 RV60)

Bildad ha estado atento a las graves acusaciones que Job ha lanzado contra Dios. Y toma de nuevo la palabra, ahora por última vez. No puede negar los hechos. Tampoco se le ocurre nada que pueda arrojar luz sobre los misterios de la providencia. Tanto él como sus compañeros han agotado los argumentos. La única salida airosa es insistir una vez más⁵² en la grandeza de Dios, cuya soberanía nadie puede discutir. Dios domina en las alturas y manda ejércitos incontables; ¿qué hombre puede enfrentársele? Si aun los astros más esplendorosos aparecen ante El cómo deslustrados, ¿qué pretensiones puede tener el hombre, comparable en su pequeñez, impotencia y miseria a un gusano? La esperanza de Job (23:3-7) era pura quimera. No podría justificarse en presencia del Todopoderoso.

Nada podemos objetar a esta defensa de la magnificencia divina. En este punto nos sentimos identificados con Bildad. Job, obsesionado por su inocencia, se había extralimitado en sus cargos contra Dios. Pero Bildad muestra gran miopía espiritual al no atinar en que él —lo mismo que Elifaz y Zofar— también era hombre tan pequeño y limitado como el turbado patriarca. ¿Por qué no admitir la realidad del misterio? ¿Por qué no reconocer que la solución al problema de Job escapaba a las respuestas de una dogmática tan inflexible como incompleta y desequilibrada?

Hay verdades sublimes que, arrancadas del conjunto de la revelación bíblica, se convierten prácticamente en errores. Así ha sucedido, por ejemplo, cuando se han enfatizado —sin referencia a otras complementarias— doctrinas tan preciosas como la soberanía de Dios o la justificación por la fe. Si algo importante aprendemos del debate entre Job y sus amigos es la necesidad de equilibrio en nuestras convicciones y el deber de nutrirlas de la totalidad del «consejo de Dios».

EL DIFÍCIL ARTE DE LA CURA DE ALMAS

A LO cual respondió Job y dijo: ¿En qué has ayudado al que no tiene poder? ¿O cómo has socorrido el brazo que carece de fuerza? ¿Cómo has aconsejado al falto de sabiduría? ¿Y qué plenitud de inteligencia has dado a conocer? ¿Para quién has proferido estas palabras? ¿Y de quién es el espíritu que de ti procede? (Job 26:1-4 VM)

Nada tiene que objetar Job a la magnificencia de Dios descrita por Bildad. Antes ya la había reconocido plenamente (9:4-10; 12:13-25). Mas ¿qué luz arrojaba esa reflexión sobre el enigma que le turbaba? Las palabras de Bildad eran aceptables, pero inútiles; propias de un teólogo mediocre, pero no de un pastor. Con sarcasmo no disimulado replica Job a su amigo (1-4). Su reproche es toda una lección sobre cura de almas. La misión pastoral cerca del afligido por la desgracia, el abatimiento, la des-orientación o la duda no es pronunciar discursos elocuentes reproduciendo en frases estereotipadas

⁵² Comp. 4:17-21; 15:14-16.

los tópicos de una teología estéril, ni hacer gala de erudición o talento; es sostener, socorrer, aconsejar con un sentimiento de auténtica simpatía.

En la pregunta irónica de Job (4) hay un reto a examinar los móviles que nos animan cuando tratamos de ministrar espiritualmente a otros. ¿A quién dirigimos nuestras palabras, al corazón herido del atribulado o a nuestros propios oídos? ¿Qué anhelamos más ardientemente, su bien o nuestra complacencia, su salvación o nuestra gloria? ¿Y «de quién es el espíritu» que nos inspira? Sería absurdo pretender que siempre es el Espíritu de Dios. En más de un caso ¿no somos incitados por motivos carnales, por el brillo de nuestra reputación, por la satisfacción del éxito o por el placer embriagante del triunfo? Ahondando más: ¿estamos seguros de que el «espíritu» que a veces nos impele a ocuparnos en actividades santas no está emparentado con la familia satánica? No podemos desentendernos de tan solemnes consideraciones, a menos que queramos malograr el verdadero éxito de nuestra obra e incurrir en la desaprobación de Dios, como sucedió con los tres amigos.

EL UNIVERSO PROCLAMA LA GLORIA DE DIOS

Las Sombras tiemblan bajo tierra, las aguas y sus habitantes se estremecen. Ante él, el Seol está al desnudo, la Perdición al descubierto. El extiende el Septentrión sobre el vacío, sobre la nada suspende la tierra. El encierra las aguas en sus nubes, sin que bajo su peso el nublado reviente. El encubre la cara de la luna llena, desplegando sobre ella su nublado.

El trazó un cerco sobre el haz de las aguas, hasta el confín de la luz con las tinieblas, Se tambalean las columnas del cielo, presas de terror a su amenaza. Con su poder hendió la mar, con su destreza quebró a Ráhab. Su soplo abrigó los cielos, su mano traspasó a la Serpiente Huidiza, Estos son los contornos de sus obras, de que sólo percibimos un apagado eco. Y el trueno de su potencia, ¿quién lo captará? (Job 26:5-14 BJ)

Nada había dicho Bildad que Job no supiera. El patriarca no sólo dice «amén» a la verdad expuesta por su amigo, sino que la amplía en un cántico sublime.⁵³ Demuestra que supera a su amigo en percepción espiritual, en la visión de una gloria que nadie puede negar, pero que no desvanece las tinieblas en que él se encuentra.

Para Job, Dios no es sólo el Rey de las alturas ensalzado por Bildad. Es igualmente el Señor de los abismos. Su presencia no se limita a la esfera de su luz inaccesible; penetra también en el dominio de las sombras. Aun el Seol está bajo su soberanía; ante El se descubre y somete el imperio de la muerte (comp. Amós 9:2 y Salmo 139:8). Su mano hace que el firmamento se extienda sobre el vacío y que la tierra penda

⁵³ El texto hebreo de esta parte del libro, como señalamos en nota anterior, presenta grandes dificultades. Cabe la posibilidad de alteración en el orden, por lo que en algunas versiones se coloca esta porción inmediatamente después del capítulo 25, como continuación del discurso de Bildad. Críticos notables apoyan este cambio. Otros —no menos distinguidos—, por el contrario, mantienen el orden tradicional, poniendo este maravilloso himno en labios de Job Aun admitiendo que hay razones de peso para atribuir a Bildad el texto en cuestión, adoptamos la segunda interpretación.

sobre la nada.⁵⁴ Por su poder, las nubes retienen su inmensa carga de agua. A su mandato, las mismas nubes ocultan el esplendor de la luna llena. Las aguas del océano están bajo su control. Los montes, aparentes pilares de los cielos, tiemblan con el retumbar del trueno o sacudidos por el terremoto. Por su potencia, se agitan los mares y son heridos los monstruos que habitan en las profundidades de sus aguas. Con su soplo disipa las nubes y con su mano pone fin al eclipse para que reaparezca el firmamento en toda su belleza.⁵⁵

Nada escapa a la presencia y al poder de Dios. En los cielos, en la tierra, en el aire y en el mar, su voluntad es soberana. Y todo lo expuesto no es sino el contorno de sus obras, algo así como un eco amortiguado del mensaje que ensalza la grandiosidad divina. La verdadera magnificencia del Todopoderoso está muy por encima de la comprensión humana.

Es evidente que media una distancia inmensa entre Dios y el hombre. Job así lo entiende y lo admite. Su problema no radica en lo ilimitado del poder de Dios, o en su soberanía, sino en el ejercicio de su justicia. El maravilloso libro de la creación le inspira, pero no tiene respuesta a sus preguntas.

En todos los tiempos las obras visibles de Dios han atestiguado su poder eterno y su divinidad (Romanos 1:20); pero el universo permanece mudo cuando el hombre abre interrogantes sobre el carácter moral de Dios. Nada nos aclara de los misterios de su providencia, nada nos revela de los propósitos de su gracia. Sería necesario que se completara su revelación en Cristo para que los hombres llegaran a conocer no sólo el poder sin par de la mano de Dios, sino también el amor infinito de su corazón.

JOB, INCONMOVIBLE HASTA EL FIN

Y JOB volvió a entonar su canto, y dijo: ¡Vive Dios! el cual ha quitado mi derecho, y el Todopoderoso que me ha amargado la vida; que mientras tanto que mi espíritu esté dentro de mí, y haya hálito de Dios en mis narices, ¡mis labios no hablarán iniquidad, ni mi lengua proferirá engaño! ¡Nunca permita Dios que yo os justifique a vosotros! ¡Hasta mi postrer aliento no dejaré que se me quite mi integridad!

Mi justicia la tengo asida, y no la aflojaré: no me vitupera mi corazón en todos mis días. (Job 27:1-6 VM)

Esta es la última intervención de Job en respuesta a los tres amigos. Sus palabras son breves, pero tajantes, como corresponde a una conclusión. Con renovada vehemencia,

⁵⁴ Dado el carácter poético de este texto, no es aconsejable usarlo —como algunos han hecho— para probar la veracidad científica de la Biblia. Sin embargo, es interesante observar que la visión cosmológica de Job aparece aquí depurada de las ideas absurdas que prevalecían en la antigüedad.

⁵⁵ La serpiente huidiza del versículo 13 es probablemente una alusión al dragón mitológico —recordemos lo permisible de estas alusiones en todo género poético— que ocasionalmente envolvía al sol y lo eclipsaba.

defiende su integridad y se aferra a ella con la fuerza de un desesperado. Su declaración está revestida de la máxima solemnidad. El «¡Vive Dios!» con que la inicia es más que una mera exclamación. Expresa la realidad indestructible de Dios. Según Job, el Todopoderoso estaba amargándole arbitrariamente; podría, por consiguiente, ponerse en tela de juicio su justicia; pero no podía negarse su existencia. Las dudas de Job en ningún momento tuvieron ribetes de ateísmo. Pues bien, tan cierta, tan real, tan sólida e incontrovertible como la existencia de Dios era en opinión del patriarca su propia inocencia. Por más que examinaba su pasado, desgranándolo día a día, no descubría la iniquidad de que se le acusaba. Hacer concesiones a los amigos, admitiendo una maldad inexistente, le habría librado de una controversia que había agudizado dolorosamente su problema. Pero tales concesiones habrían sido una mentira; habrían significado una traición de Job a sí mismo, a su razón y a su conciencia. Y eso ¡no! ¡Jamás! No podía darles la razón y, mientras le quedase aliento, no se la daría.

Con todos sus errores, Job da muestras de admirable hombría robustecida por sus principios morales y religiosos. El bombardeo psicológico a que fue sometido por sus visitantes no hizo ningún impacto en la firmeza de sus convicciones. ¡Magnífico ejemplo! En unos tiempos en que tan fácilmente la fe se vuelve acomodaticia bajo la presión de ideologías diversas; cuando las convicciones sólidas son miradas de reojo como si fueran exponente inconfundible de cerrazón mental; cuando la duda, la incertidumbre y el relativismo se imponen, nos hará mucho bien mirar a Job y escuchar de nuevo su apasionada protesta.

EL EMBATE FINAL

Sea como el impío mi enemigo, Y como el inicuo mi adversario. Porque ¿cuál es la esperanza del impío, por mucho que hubiere robado, Cuando Dios le quite la vida? ¿Oírás Dios su clamor Cuando la tribulación viniere sobre él? ¿Se deleitará en el Omnipotente? ¿Invocará a Dios en todo tiempo? Yo os enseñaré en cuanto a la mano de Dios; No esconderé lo que hay para con el Omnipotente.

He aquí que todos vosotros lo habéis visto; ¿Por qué, pues, os habéis hecho tan enteramente vanos? Esta es para con Dios la porción del hombre impío, Y la herencia que los violentos han de recibir del Omnipotente: Si sus hijos fueren multiplicados, serán para la espada; Y sus pequeños no se saciarán de pan. Los que de él quedaren, en muerte serán sepultados, Y no los llorarán sus viudas.

Aunque amontone plata como polvo, Y prepare ropa como lodo; La habrá preparado él, mas el justo se vestirá, Y el inocente repartirá la plata. Edificó su casa como la polilla, Y como enramada que hizo el guarda. Rico se acuesta, pero por última vez; Abrirá sus ojos, y nada tendrá. Se apoderarán de él terrores como aguas; Torbellino lo arrebatará de noche.

Le eleva el solano, y se va; Y tempestad lo arrebatará de su lugar. Dios, pues, descargará sobre él, y no perdonará; Hará él por huir de su mano. Batirán las manos sobre él, Y desde su lugar le silbarán. (Job 27:7-23 RV)

Zofar⁵⁶ se percata de que la causa que los tres amigos han tratado de defender ante Job está perdida. Pero no se resigna a reconocer en silencio su fracaso y toma la palabra para pronunciar el discurso de despedida. El más dogmático de los tres, es también el menos original, por lo que su peroración es prácticamente una repetición de su discurso anterior. Lo único que varía es el tono, ahora mucho más hiriente. Falto de nuevos argumentos o ideas, se deja llevar por sus sentimientos execrando a su «enemigo» —Job, indudablemente— y condenándolo al fin de los malvados que describe con lenguaje casi apocalíptico. La esperanza del malvado se desvanecerá totalmente cuando le llegue la hora señalada por Dios. En vano será su clamor cuando sobre él bata la angustia. Sólo Dios podría salvarle; pero ¿se volverá a Él? La fe auténtica en horas de adversidad no es fácil ni frecuente cuando los días prósperos se han vivido en la impiedad. Zofar da por descontado que éste es —y será— el caso de Job. Además, el malvado, privado de esperanza en el día de la calamidad, se ve también privado de sus hijos (¿otra alusión, terriblemente heridora, a la muerte de los hijos de Job?) y de todos sus bienes. Su bienestar se trocará repentinamente en desgracia, como si fuese arrastrado por una inundación catastrófica o por un viento huracanado. Será inútil que intente huir. Es el golpe final descargado sobre él sin misericordia y sin remedio. En el escenario de su ruina suenan aplausos y un silbo de burla. ¡El malo ha perecido! Su fin ha sido el que correspondía a su maldad.

Para Zofar, este cuadro era más que una descripción general de la suerte de los inicuos; era una profecía, una interpretación del sufrimiento de Job y una anticipación del fin próximo que le esperaba. No podía ser otra la suerte de un hombre que rechazaba las grandes «verdades» presentadas por Zofar y sus colegas. Contra el rebelde, contra el impenitente recalcitrante, osado y blasfemo, que se atrevía a sacudir no sólo las columnas de la ortodoxia tradicional, sino los cimientos del gobierno del mundo, únicamente quedaba un recurso: el anatema, la maldición. Que sucumba Job de una vez, pero que quede a salvo la teología de los tres «para la mayor gloria de Dios».

Dios sólo sabe cuántas veces el espíritu de Zofar ha inspirado a creyentes más celosos de la verdad que de la salvación de los extraviados. Necesaria es nuestra lealtad a las verdades que Dios nos ha revelado en su Palabra, pero unida al amor que todo lo espera. Sírvanos de ejemplo nuestro Salvador, por quien nos ha llegado la gracia juntamente con la verdad (Juan 1:17). El encarnaba la verdad, pero también la vida (Juan 14:6). Era el gran Revelador de Dios, pero también —y, quizá, sobre todo—el gran Redentor de los hombres.

⁵⁶ Aunque comentaristas eminentes, siguiendo el texto masorético, opinan que esta parte del capítulo 27 también debe atribuirse a Job, muchos otros coinciden en que nos hallamos ante un texto dislocado y que esta porción corresponde a un tercer discurso de Zofar. La verdad es que su contenido cuadra mucho mejor con las intervenciones anteriores de Zofar que con las declaraciones de Job. H. L. Ellison, de reconocida tendencia conservadora, escribe: «A menos que abogemos por una nota mantenida de sarcasmo, de la que no hay indicación alguna y que apenas podríamos justificar en este marco, parece imposible atribuir 27:7-23 a Job. El pasaje es una afirmación de lo que los tres amigos han estado proclamando y una clara contradicción de los puntos de vista de Job» (op. cit., p. 88). Este criterio es compartido por el autor en la exposición del texto de referencia.

La controversia entre Job y sus amigos ha concluido. No se han entendido. Job sigue envuelto en confusión, sin entender; pero su fe sobrevive. Satán todavía no ha triunfado. Y aún no se ha pronunciado la última palabra.

CANTO A LA SABIDURÍA

Ciertamente la plata tiene sus veneros, Y el oro lugar donde se refina. El hierro se saca del polvo, Y de la piedra se funde el cobre. A las tinieblas ponen término, Y examinan todo a la perfección, Las piedras que hay en oscuridad y en sombra de muerte. Abren minas lejos de lo habitado, En lugares olvidados, donde el pie no pasa. Son suspendidos y balanceados, lejos de los demás hombres.

De la tierra nace el pan, Y debajo de ella está como convertida en fuego. Lugar hay cuyas piedras son zafiro, Y sus polvos de oro. Senda que nunca la conoció ave, Ni ojo de buitre la vio; Nunca la pisaron animales fieros, Ni león pasó por ella. En el pedernal puso su mano, Y trastornó de raíz los montes. De los peñascos cortó ríos, Y sus ojos vieron todo lopreciado.

Detuvo los ríos en su nacimiento, E hizo salir a luz lo escondido. Mas ¿dónde se hallará la sabiduría? ¿Dónde está el lugar de la inteligencia? No conoce su valor el hombre, Ni se halla en la tierra de los vivientes. El abismo dice: No está en mí; Y el mar dijo: Ni conmigo. No se dará por oro, Ni su precio será a peso de plata. No puede ser apreciada con oro de Ofir,

Ni con ónice precioso, ni con zafiro. El oro no se le igualará, ni el diamante, Ni se cambiará por alhajas de oro fino. No se hará mención de coral ni de perlas; La sabiduría es mejor que las piedras preciosas. No se igualará con ella topacio de Etiopía; No se podrá apreciar con oro fino. ¿De dónde, pues, vendrá la sabiduría? ¿Y dónde está el lugar de la inteligencia?

Porque encubierta está a los ojos de todo viviente, Y a toda ave del cielo es oculta. El Abadón y la muerte dijeron: Su fama hemos oído con nuestros oídos. Dios entiende el camino de ella, Y conoce su lugar. Porque él mira hasta los fines de la tierra, Y ve cuanto hay bajo los cielos. Al dar peso al viento, Y poner las aguas por medida; Cuando él dio ley a la lluvia, Y camino al relámpago de los truenos, Entonces la veía él, y la manifestaba; La preparó y la descubrió también.

Y dijo al hombre: He aquí que el temor del Señor es la sabiduría, Y el apartarse del mal, la inteligencia. (Job 28:1-28 RV)

Este poema, cuidadosamente elaborado, constituye algo así como un interludio relajador.⁵⁷ El duelo verbal ha cesado. Ha resultado un fracaso, una experiencia contraproducente como suelen serlo casi todas las controversias. Cada una de las

⁵⁷ También este capítulo presenta sus dificultades. En torno a él han surgido las más diversas opiniones. Algunos críticos lo excluyen totalmente por considerarlo una interpolación. Los más conservadores siguen poniéndolo en boca de Job. Parece lo más probable que es el propio autor del libro quien toma aquí la palabra para mostrar la causa del desacuerdo total con que ha concluido el diálogo entre Job y sus visitantes.

partes se ha aferrado más tenazmente a su posición. La distancia que ahora les separa es aún mayor que al empezar. En vez de conseguir luz, han hecho más densas las tinieblas. Los espíritus están heridos; la amistad, casi muerta. No podía ser más triste el resultado de la disputa.

Nuestro propio ánimo de lectores se siente sobrecogido y tenso. Ávidamente nos extendemos hacia adelante para conocer el final. Este no aparece de modo inmediato. Aún tendremos que escuchar a Job en un soliloquio conmovedor. Y a Eliú con sus disertaciones. Pero el canto a la sabiduría, insertado en esta parte del libro, es como un respiro que nos distiende. No es la solución al problema planteado por el infortunio de Job, pero apunta a ella. Es como un anticipo de lo que Dios mismo dirá a Job para sacarlo de su agonía de espíritu.

Lo que había faltado, tanto a Job como a los tres amigos, no era verdad, sino sabiduría. Tenía razón Job cuando reafirmaba una y otra vez su inocencia, pero erraba al rebelarse acusando a Dios de arbitrariedad. Estaban en lo cierto los amigos al defender la magnificencia y la justicia de Dios o al resaltar el principio moral de la siembra y la siega; pero era un dislate aplicarlo universalmente, sin excepción posible, y condenar a Job como a un malvado sin admitir otras posibilidades. Su propia pedantería, su convencimiento de que ellos eran los sabios, los alejaba de la verdadera inteligencia.

Para la clara comprensión de este capítulo debe interpretarse la palabra «sabiduría» a la luz de los libros sapienciales del Antiguo Testamento. En ellos la sabiduría es atributo de Dios que preside todos sus actos (Proverbios 8:22-31); aplicada a los hombres, es la proyección de la piedad en los aspectos prácticos de la vida (Proverbios 8:1-21), la expresión de la teología en su dimensión moral. Su propósito no es tanto la exposición de unas verdades como la educación del hombre para saber conducirse rectamente en todas las situaciones de la vida, controlando sus emociones e impulsos⁵⁸ y reconociendo como actitud suprema la sumisión reverente a Dios (v. 28; comp. Eclesiastés 12:13).

Es evidente que ni Job ni sus interlocutores habían mostrado esta clase de sabiduría. De haberla poseído, se habrían refrenado el uno y los otros y habrían enmudecido en espera de que Dios desenredase la madeja de la enredada experiencia de su siervo, pues sólo en Dios se encuentra el verdadero saber y la solución a los problemas humanos. Esta es la gran lección del poema que nos ocupa.

En él se cantan los logros estupendos de los mineros que, con suma habilidad y valentía, arrancan metales y piedras preciosas de las entrañas de la tierra (1-12). Por ocultos que estén esos tesoros, el hombre los descubre. Pero ¿quién hallará la sabiduría? No está en la tierra, ni en el abismo, ni en el mar. No se encuentra en ningún mercado; y si se llegara a encontrar, no habría riquezas suficientes en el mundo para pagar su precio. Nadie sabe dónde se oculta (12-22). «Sólo Dios entiende su camino y sabe el lugar de ella» desde el principio de la creación (23-27). Y el mensaje destilado de la sabiduría divina para el hombre es una exhortación al temor de Dios y a la rectitud moral (28).

⁵⁸ Fohrer, Kittel's Theol. Dictionary of the N.T., vol. VII, p. 482. 192

Está inspirada composición poética no ha perdido actualidad. Por el contrario, adquiere un significado más hondo, con un contraste más marcado, en nuestro tiempo. Los logros del minero descritos en el poema, que tan maravillosos parecían a ojos de su autor, son como un grano de arena comparados con la montaña de realizaciones pasmosas conseguidas por la ciencia y la técnica humanas en los últimos cien años. Paso a paso, el hombre ha ido arrebatando a la naturaleza sus secretos; ha descubierto sus leyes; ha penetrado en los microcosmos del átomo y de la célula, con lo que ha avanzado prodigiosamente en los campos de la Física y la Química, la Biología y la Medicina; con sus telescopios ha alcanzado remotísimas galaxias y con sus cápsulas espaciales ha llegado a posar su pie sobre la luna. Sí, el hombre ha alcanzado cotas altísimas de conocimiento científico. Pero —¡increíble paradoja!— cuanto más aumenta ese conocimiento, más envuelto se ve en la incertidumbre. Casi todas las conclusiones científicas, aun las que parecen definitivas, están marcadas con el cuño de la provisionalidad; en cualquier momento pueden ser rectificadas por los resultados de nuevas investigaciones. Y no hablemos del campo de las ideas. El hombre de hoy sigue teniendo ansias de desentrañar los misterios del universo, de la vida, de su propia razón de ser. Desearía ver con claridad en los terrenos de la filosofía, de la fe y de la moral, pisar la tierra firme de verdades absolutas. Gustosamente daría cuanto posee por hallar respuestas diáfanas a sus grandes preguntas. Pero, en vez de hallar respuestas, tropieza con nuevas dudas; en vez de asentar su pie sobre terreno sólido, avanza sobre un suelo cada vez más movedizo. Hoy, el gran sabio —en el sentido humano— sólo puede ser un gran escéptico, con toda la amargura que el escepticismo encierra.

Si consideramos al hombre en su aspecto existencial, observamos que sigue sin hallar la «sabiduría». No sabe resolver sus conflictos interiores; no domina sus instintos; se pierde en la selva intrincada de su propia personalidad; se deprime ante una sociedad cada vez más corrompida y violenta y a menudo sucumbe bajo el peso de la frustración. No pocos de los más grandes sabios viven torturados por serios conflictos íntimos a los que sus vastos conocimientos no pueden poner fin. Se buscan remedios en la Psicología y en la Sociología. Se profundiza en las misteriosas «galerías» interiores del ser humano y en los factores determinantes de su conducta. Pero el resultado sigue siendo desalentador. Cuanto más se ahonda, con más fuerza se siente la inclinación al pesimismo. ¿Por qué?

Hoy, como siempre, la verdadera sabiduría sólo se encuentra en el Dios que el mundo rechaza. Aún es verdad lo que Pablo señaló en su día: «El mundo, mediante su propia sabiduría, no conoció a Dios en su sabiduría divina» (La Corintios 1:21). Esta sabiduría de Dios es inaccesible al hombre en su actual estado natural (1a Corintios 2:7); es demasiado profunda e inescrutable, porque «¿quién ha conocido la mente del Señor?» (Romanos 11:33, 34). Pero Dios tuvo a bien desvelar lo oculto y revelárnoslo en Cristo, en quien se esconden «todos los tesoros de la sabiduría» y quien «por parte de Dios nos ha sido hecho sabiduría, justicia, santificación y redención» (1.a Corintios 1:30). Divorciado de Dios, el hombre nunca se hallará a sí mismo. Si quiere salvarse ha de poner fin al divorcio, saliendo de su humanismo ateo y volviéndose a su Creador. Vuelto a Él, oírás su voz, conocerá su revelación y podrá entender lo que ahora le es un enigma. Comprenderá que cualquier discordancia, cualquier sufrimiento, cualquier

injusticia —real o aparente—, cualquier desastre —físico o moral— están insertos en el contexto amplísimo de una humanidad caída. El mundo en que vivimos es un mundo anormal. No es lo que fue al principio; ni lo que algún día será. Nos hallamos en el gran paréntesis del desquiciamiento que fue abierto por el pecado —con toda la frustración o «vanidad» a que la creación fue sujeta— y que se cerrará el día de la gran liberación, cuando la esclavitud de corrupción, los gemidos y los dolores de parto cesarán para dar lugar a «la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Romanos 8:20-22).

Ahora, mientras vivimos en el paréntesis, lo sabio es someternos confiadamente al Dios que en Jesucristo se nos ha revelado como Padre y orientar nuestra vida de acuerdo con su Palabra.

Tres capítulos ocupan este monólogo maravilloso. Los amigos probablemente se han distanciado un tanto y permanecen en silencio. Al abrir Job ahora sus labios no les hablan a ellos. Tampoco se dirige a Dios. Como se considera abandonado de todos, sólo puede hablar consigo mismo. Y lo hace analizando su experiencia, comparando su pasado glorioso con su miseria presente. Después se somete a un riguroso examen de conciencia. Todo confirma que verdaderamente era un hombre cabal y recto, que temía a Dios y se apartaba del mal» (1:1). Por eso sus últimas palabras son un nuevo clamor, el más encendido y estremecedor, para que Dios le escuche y le responda.

JOB RECUERDA SU PASADO

Volvió Job a reanudar su discurso, y dijo: ¡Quién me volviese como en los meses pasados, Como en los días en que Dios me guardaba, Cuando hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara, A cuya luz yo caminaba en la oscuridad; Como fui en los días de mi juventud, Cuando el favor de Dios velaba sobre mi tienda; Cuando aún estaba conmigo el Omnipotente.

Y mis hijos alrededor de mí; Cuando lavaba yo mis pasos con leche, Y la piedra me derramaba ríos de aceite! Cuando yo salía a la puerta a juicio, Y en la plaza hacía preparar mi asiento, Los jóvenes me veían, y se escondían; Y los ancianos se levantaban, y estaban de pie. Los príncipes detenían sus palabras; Ponían la mano sobre su boca.

La voz de los principales se apagaba, Y su lengua se pegaba a su paladar. Los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, Y los ojos que me veían me daban testimonio, Porque yo libraba al pobre que clamaba, Y al huérfano que carecía de ayudador. La bendición del que se iba a perder venía sobre mí, Y al corazón de la viuda yo daba alegría.

Me vestía de justicia, y ella me cubría; Como manto y diadema era mi rectitud. Yo era ojos al ciego, Y pies al cojo. A los menesterosos era padre, Y de la causa que no entendía, me informaba con diligencia; Y quebrantaba los colmillos del inicuo, Y de sus dientes hacía soltar la presa. Decía yo: En mi nido moriré, Y como arena multiplicaré mis días.

Mi raíz estaba abierta junto a las aguas, Y en mis ramas permanecía el rocío. Mi honra se renovaba en mí, Y mi arco se fortalecía en mi mano. Me oían, y esperaban, Y callaban a mi consejo. Tras mi palabra no replicaban, Y mi razón destilaba sobre ellos. Me esperaban como a la lluvia, Y abrían su boca como a la lluvia tardía. Si me reía con ellos, no lo creían; Y no abatían la luz de mi rostro.

Calificaba yo el camino de ellos, y me sentaba entre ellos como el jefe; Y moraba como rey en el ejército, Como el que consuela a los que lloran. (Job 29:1-25 RV)

Con mirada nostálgica contempla Job los tiempos de su grandeza. Por encima de todos los bienes que poseía destaca al Bien supremo, Dios, centro de su vida. Toda su felicidad pasada se debía a que la luz de Dios resplandecía sobre él. Dios lo guardaba y lo guiaba aun a través de la oscuridad. En el «otoño» de sus días —no se refiere a los años próximos a la ancianidad, sino a la época más fructífera de su vida— era consciente de la protección de Dios. A su bendición debía los hijos que le alegraban y la abundancia material de que disfrutaba (2-6).

Fuera de su casa, Job era figura veneradísima. Cuando se sentaba «a la puerta»⁵⁹, jóvenes y ancianos lo reverenciaban. Su voz era escuchada con la máxima atención. Sus opiniones eran aceptadas sin discusión por los hombres más notables. La expresión de su rostro era una fuente de aliento para los decaídos.⁶⁰ Protector de pobres y huérfanos indefensos, consolador de moribundos y de viudas, ayudador de ciegos y cojos, padre de menesterosos, era encarnación de la justicia⁶¹ y de la compasión.

Era lógico que Job esperase acabar sus días en paz, al final de una larga vida en la que el honor y el vigor se fueran renovando incesantemente (18-20). El horrible cambio operado en su existencia ¿no era un atentado brutal contra toda lógica? ¿Qué razón podía justificar la despiadada destrucción del «nido» en el que el patriarca confiaba morir apaciblemente? El resto del soliloquio hará aún más difícil la respuesta a estas preguntas. Pero detengámonos, antes de seguir a Job en su discurso, para asimilar la gran lección que su pasado encierra para nosotros.

Hallamos en aquel siervo de Dios una gran ilustración de lo que debe ser la vida de todo creyente. Esa vida se nutre de la comunión con Dios. Para Job, Dios no era una abstracción filosófica o un ídolo tribal. Era el Dios vivo que le guiaba y protegía, con el cual mantenía una relación de gozosa amistad. Ese Dios daba sentido y contenido a su existencia. Pero la experiencia religiosa de Job no se limitaba a la comunión con Dios. Incluía su comunión de simpatía con todos sus semejantes. Siempre es así cuando la fe es auténtica. La verdadera fe nunca es individualista; se proyecta horizontalmente en una vida de servicio en favor de los demás. No puede ser estática, apoltronada en un

⁵⁹ Lugar con amplios espacios abovedados a la entrada de la ciudad en el que se trataban los asuntos públicos o se decidían pleitos. También era punto de encuentro para contratación y transacciones comerciales.

⁶⁰ Vers. 24: «Cuando les sonreía, cobraban ánimo; cuando mi faz se iluminaba, perdían sus miradas sombrías» (NEB).

⁶¹ Este es el significado literal del versículo 14b.

falso pietismo místico; ha de ser dinámica, ha de obrar bajo el influjo del amor (Gálatas 5:6).

Es verdad que en amplios sectores de la cristiandad se enfatiza hoy la dimensión social de la fe con un olvido casi total de Dios. Mucho de lo que se hace para la promoción humana está inspirado más en ideologías seculares que en la Palabra de Dios. El cristianismo tiende a convertirse en mero humanismo y se pone así bajo el signo del fracaso. Pero también es cierto que no pocos creyentes, los cuales se consideran fieles a su Señor, se desentienden por completo de sus responsabilidades en el seno de la sociedad. Olvidan que son llamados a ser luz del mundo y sal de la tierra y que la vida de nuestro Salvador fue resumida con la frase: «anduvo haciendo bienes» (Hechos 10 : 38) .

Job nos ayuda a encontrar el equilibrio. Nos muestra cómo una piedad profunda es al mismo tiempo amplia. El contacto con Dios lleva al contacto con el prójimo. De Dios recibe lo que después dará a sus semejantes. De este modo, el creyente, sin proponérselo, alcanza una talla humana que todos reconocen y admiran. Ejerce a su alrededor una gran influencia, que no es la de las riquezas o la de encumbradas posiciones de poder, sino la de su calibre moral. En una sociedad en la que prevalecen la injusticia y el egoísmo, tiene que producir su impacto la actuación de una persona íntegra que, tanto de palabra como con su ejemplo, defiende la rectitud y se da a los demás abnegadamente. Este hecho fue muy frecuente en días de la iglesia primitiva. Por eso el cristianismo conmovió al mundo. ¿Cuándo aprenderá la Iglesia de nuestros días que el verdadero secreto de una evangelización eficaz no radica en los métodos, sino en vidas —muchas vidas— transformadas de veras a semejanza de Cristo, puestas sin reservas al servicio de Dios y del prójimo?

El testimonio que de Job daban cuantos le conocían era unánime: un hombre excepcional por su rectitud, su sabiduría y su compasión. ¿Qué dicen de nosotros nuestros vecinos, nuestros compañeros y nuestros conciudadanos en general?

JOB Y SU PRESENTE

PERO ahora se ríen de mí los que son de menor edad que yo; a cuyos padres yo me desdeñaba de ponerlos con los perros de mi ganado: y ¿de qué me aprovecharía ni aun la fuerza de sus manos? ¡Hombres en quienes ha perecido la esperanza de vejez! Extenuados de indigencia y de hambre, huyen al yermo, en medio de la lóbreguez de la ruina y de la desolación.

Arrancan barrilla junto a los arbustos; y raíces de retama es su comida. De en medio de las gentes son expulsados: gritan tras de ellos como tras de un ladrón; de modo que habitan en cañadas horribles, en cuevas de la tierra y de las peñas. En medio de los arbustos, cual asnos, rebuznan, debajo de las zarzas se tienden. ¡Hijos son de insensatos, sí, hijos de gente infame, echados a golpes fuera del país!

¡Y ahora yo he venido a ser la cantilena de ellos! ¡Sí, yo he sido hecho su refrán! ¡Me abominan; ellos se alejan de mí; y nada se les da de escupirme en la cara! Por cuanto

Dios ha aflojado la cuerda de mi arco, y me ha humillado, ellos también se han quitado el freno delante de mí. A mi derecha la hez del pueblo se levanta; empujan mis pies; allanan contra mí sus vías de destrucción.

¡Atajan mi senda, adelantan mi caída, hombres que no tienen quien les abone! Como por brecha ancha vienen; por entre los escombros, vienen rodando sobre mí. Terrores me acometen repentinamente: como el viento persiguen mi nobleza; y, como una nube, ha pasado ya mi prosperidad. Ahora pues mi alma se derrama dentro de mí; se apoderan de mí los días de aflicción.

De noche son taladrados de dolor mis huesos, y se me caen; los gusanos que me roen nunca descansan. Por la gran violencia de mi enfermedad es desfigurado mi vestido; se me ciñe como el cuello de mi túnica. Dios me echa en el cieno, y he venido a ser como polvo y ceniza. ¡A ti clamo por auxilio, oh Señor, mas no me respondes; me pongo en pie, y tú te quedas mirándome!

¡Te has tornado cruel para conmigo; con tu poderosa mano me sigues persiguiendo! Me alzas al viento; me haces cabalgar sobre él; también me derrites de temor; me tienes amedrentado. Porque yo sé que me traerás a la muerte, y a la casa señalada para todos los vivientes. Ciertamente no vale la deprecación cuando Dios extiende su mano; ni cuando él destruye, les aprovecha pedir auxilio.

¿Acaso no lloraba yo al desdichado? ¿Y no se afligía mi alma por el necesitado? Sin embargo, cuando yo esperaba el bien, me vino el mal; cuando aguardaba la luz, me vinieron profundas tinieblas. Mis entrañas hierven, y no hallan ningún reposo; me han sobrecogido los días de aflicción. Me voy entenebrecido sin la luz del sol; me pongo en pie en medio de la asamblea, y clamo por auxilio.

He venido a ser hermano de los chacales, y compañero de los avestruces. Mi piel se ha vuelto negra, y se me cae; y mis huesos arden de calor. ¡Por tanto se ha convertido mi arpa en lamentos, y mi flauta en voz de los que lloran! (Job 30:1-31 VM)

«Pero ahora...» No podía ser mayor ni más amargo el contraste entre el pasado y el presente de Job. Antes, Dios era su luz; ahora, esa luz ha desaparecido. Antes era honrado por todos, aun por los más distinguidos ciudadanos; ahora, aun los más viles le escarnecen. Antes era valedor de los desafortunados; ahora se ha convertido en objeto de burla. Antes gozaba de paz en la elevación de su nido; ahora sufre y se consume en lo hondo de su desgracia.

LA HERIDA DE UNA IGNOMINIA INMERCIDA (1 – 15)

Hombre de gran sensibilidad moral, Job, en su queja, no pone en primer lugar la pérdida de sus bienes o de su salud, sino de su honor, consecuencia de la privación del favor de Dios. Esta experiencia resultaba más hiriente por la condición de aquellos que le denigraban. Que lo hubiesen rechazado los hombres ilustres de su día, aunque doloroso, no habría sido tan humillante. Pero no son sus iguales en rango social quienes le zahieren, sino hombres de la peor estofa, jóvenes cuyos padres eran indignos de parearse con los perros del patriarca, seres físicamente débiles, sin vigor,

indigentes, famélicos, aborrecido desecho de la sociedad (1-8). «¡Y ahora yo soy la copla de ellos, el blanco de sus chismes!... Sin reparo, a la cara me escupen» (9, 10). Desenfrenadamente, la chusma desahoga sobre Job sus odios reprimidos y trata de hundirlo en la destrucción (12-14).

¿Puede extrañarnos que Job sienta tan intensamente la hostilidad de gente tan desdeñable? Sólo quien ha gustado la decepción de las grandes ingratitudes puede comprender ese sentimiento. Job, en su nobleza, no sólo no había participado del pecado de los opulentos, causantes de la miseria de los más pobres,⁶² sino que había sido el abogado de todos los desamparados (29:12, 16, 17). Su influencia benéfica ¿no habría favorecido más de una vez a quienes ahora se volvían contra él? ¿Por qué pagaban así su bondad? Job, en su lamentación, no condena a esa gente —como hacían muchos— por su posición social, pero denuncia su perversidad y su denuncia pone ante nosotros otro de los fondos cavernosos del corazón humano.

Hoy se reprobaba —y con razón— a los tiranos, a los ricos que medran explotando despiadadamente a los obreros sin sentir la menor inquietud por las injusticias sociales. Que su conducta opresora suscite odios y provoque venganzas es comprensible. Pero ¡cuántas veces el odio se descarga injustamente! ¡Cuántos pobres aborrecen al rico, no porque es malo, sino porque es rico! El caso de Job no ha sido único en la historia del mundo. A menudo, cuando un hombre encumbrado, pero noble, es abatido, quienes en muchos aspectos eran sus inferiores se precipitan sobre él con toda su carga de resentimientos. Las víctimas de una sociedad injusta o de sus propias faltas se convierten ciegamente en victimarios. ¡Horrible monstruosidad! Cualquier razón que pudiera explicar unos sentimientos de agresividad nunca puede ser pasaporte a la injusticia, y menos a la ingratitud. Pero las reacciones humanas están horriblemente afectadas por el desorden moral que con el pecado se introdujo en el mundo. Hubo uno más intachable que Job, que había prodigado beneficios a manos llenas, amigo de pobres y pecadores y, con excepción de un grupo insignificante de discípulos, todo un pueblo se alzó contra él gritando: «¡Crucifícale, crucifícale!» Después de esto, ¿qué indignidad humana puede sorprendernos? Y si las indignidades nos alcanzan, nos hará bien pensar que somos compañeros de Job y, sobre todo, de Cristo.

EL DOLOR DE UNA ORACIÓN SIN RESPUESTA (16-31)

Por un momento se refiere Job a sus sufrimientos físicos como ingrediente de su aflicción. De día el dolor le atormenta; de noche sufre como si sus huesos fuesen taladrados y su carne roída; sobre su cuerpo esquelético se ciñen grotescamente sus vestiduras (16-18); su piel, ennegrecida por la enfermedad (28a-30), le da un aspecto comparable al polvo y la ceniza (19).

Terrible como era para Job su condición física, le resultaba mucho más terrible la causa que él adivinaba detrás de su calamidad. Era Dios quien le había abatido y le hacía yacer sobre el cieno. El mismo Dios que antaño le había colmado de favores ahora se

⁶² Comp. 24:2-11. Los múltiples puntos de semejanza permiten la conclusión de que los parias de este capítulo y los del capítulo 30 son la misma clase de personas.

ha vuelto contra él. Es inútil todo clamor. ¡Con qué desgarrador acento expresa Job su decepción! «A ti clamo por auxilio, mas no me respondes; me pongo en pie y no haces caso de mí» (20). La mano de Dios cae implacable sobre él; lo sacude como si cabalgara sobre el viento y hace que desaparezca en el seno de la tempestad (21, 22). Job está convencido de que Dios lo conduce a la muerte (23).

¿Por qué el Todopoderoso, que siempre le había sido propicio, cierra ahora los oídos a su súplica? ¿Iba a ser menos compasivo que un humano? Job jamás había decepcionado a los pobres que reclamaban justicia y se había apiadado de los menesterosos y desdichados (24, 25).⁶³ ¿Por qué Dios no se apiadaba de él? ¿Por qué las esperanzas del patriarca se trocaban en cruel desengaño? «Yo esperaba la dicha, y llegó la desgracia; aguardaba la luz, y llegó la oscuridad» (26). ¿Por qué? Como única respuesta, en medio de su soledad, Job sólo oye el alarido de chacales y avestruces que con sus disonancias rasgaban el silencio de la noche (29).

Innumerables creyentes han pasado por esa experiencia de esperanzas frustradas. La providencia se les ha mostrado con visos de hostilidad incomprensible. De pronto, como de un zarpazo, la alegría del «Yo esperaba» ha sido brutalmente destrozada por la desgracia. No ha faltado oración para que Dios enderezase las cosas. Pero, al parecer, Dios permanecía sordo e indiferente. La plegaria del salmista ha brotado de un sinfín de corazones piadosos: «A ti he clamado, oh Señor... ¿Por qué desechas mi alma? ¿Por qué escondes de mí tu rostro?» (Salmo 88: 13, 14).

Poco podía imaginarse Job que al son de su cítara y de su flauta (31) tantos seres humanos unirían sus voces para desahogar su dolor.

JOB HACE EXAMEN DE CONCIENCIA

HICE pacto con mis ojos; ¿cómo pues había de fijar la mirada en una doncella? ¿Y qué parte tendría entonces con Dios allá arriba. Ni qué herencia con el Todopoderoso en las alturas? ¿No se reserva la calamidad para el injusto, y el desastre para los obradores de iniquidad? ¿No ve Él mis caminos, y cuenta todos mis pasos? Si yo he andado con falsedad, y mi pie se ha apresurado tras el engaño; (¡que se me pese en balanzas justas, y conozca Dios mi integridad!) si mis pasos se han desviado del camino, y en pos de mis ojos ha andado mi corazón, o si a mis manos se ha pegado mancha alguna; ¡siempre yo, y coma otro, y el producto del campo me sea arrancado!

Si mi corazón se ha dejado seducir en cuanto a mujer, y he puesto asechanza junto a la puerta de mi prójimo; ¡muela para otro mi misma mujer, y sobre ella otros se encorven! porque eso sería un crimen nefando, e iniquidad que habrían de castigar los jueces: porque sería un fuego que hasta la perdición devoraría, y exterminaría todo mi linaje.

⁶³ El versículo 24 resulta oscuro en el original hebreo. Algunas versiones, como la RSV, traducen: a El que se halla en un montón de ruinas ¿no extiende su mano? Y el que se encuentra en la desgracia ¿no dama pidiendo ayuda?», como justificando el hecho de que de modo análogo se volvía Job a Dios. Otras traducciones (BJ y NEB), sin embargo, atendiendo al contexto, expresan el clamor de los pobres, a los que Job había auxiliado.

Si he tenido en poco el derecho de mi siervo, o de mi sierva, cuando hayan contendido conmigo; ¿qué haré entonces yo mismo al levantarse Dios? y cuando él visitare, ¿qué le he de contestar? El que en el seno maternal me hizo a mí, ¿no le hizo a él también? ¿Y no nos formó uno mismo en la matriz? Si he impedido a los pobres el logro de su deseo, o he hecho desfallecer los ojos de la viuda; o si yo he comido solo mi bocado, y no ha comido de él el huérfano también; (al contrario, desde mi juventud creció éste conmigo, como con su padre, y desde el seno de mi madre he guiado a aquélla); si he visto a alguno que iba a perecer por falta de vestido, o al necesitado falto de cobertura, sin que me bendijeran sus lomos, y se calentaran con el vellón de mis ovejas; si he alzado contra el huérfano mi mano, porque vi mi ascendiente en el tribunal; ¡despréndase mi hombro de la espaldilla. Y mi brazo quiébrese del hueso!

Porque me temía del castigo de Dios, y a causa de su majestad no podía yo hacer ningún mal. Si he puesto el oro por mi esperanza, y al oro fino he dicho: ¡Tú eres mi confianza! si me he regocijado porque era grande mi hacienda, y porque mi mano había recogido mucho; si he mirado al sol cuando resplandecía, o a la luna cuando andaba en hermosura, y se ha dejado seducir secretamente mi corazón, de modo que yo llegase la mano a mi boca; (esto también fuera una iniquidad que hubieran de castigar los jueces, porque yo hubiera renegado de Dios que está allá arriba); si me he regocijado de la destrucción del que me aborrecía, o me alegré cuando le sobrevino el mal; (pues no permití que pecase mi boca, pidiendo que se acabase con maldición su vida); si, al contrario, no han dicho los hombres de mi tienda:

¿Quién hallará uno siquiera que de su alimento no se haya saciado? (pues en la calle nunca pasó la noche el forastero, sino que yo abría mis puertas al viandante); si he encubierto, como Adam, mi transgresión, escondiendo en mi seno mi iniquidad; ¡sea yo confundido delante de la gran multitud, y el desprecio de las familias me aterre; enmudezca también, y nunca salga de mi casa!

¡Oh si tuviese quien me oyera, (he aquí mi firma; que me responda el Todopoderoso), y que tuviese la acusación que escribió contra mí mi adversario! ciertamente me lo llevaría sobre el hombro, me lo ceñiría como una diadema: yo le daría cuenta de todos mis pasos; como un príncipe me llegaría a él. En fin, si clama contra mí mi tierra, o los surcos de ella lloran juntos; si he comido sus frutos sin dinero, o a los dueños de ella los he hecho perder la vida; ¡en lugar de trigo, nazcan para mí abrojos, y espinos en vez de cebada! Aquí terminaron las palabras de Job. (Job 31:1-40 VM)

En la primera parte de este monólogo y en discursos anteriores, Job se había referido a su rectitud de vida. Pero ahora hace un análisis de su conducta casi exhaustivo. Este capítulo es una de las cumbres del libro. En él todo respira solemnidad. Los amigos han hablado mucho, pero le han juzgado mal. Dios, que conoce la integridad de su siervo, ha callado y, aparentemente, le condena. De aquí que el reo Job se convierta en juez de sí mismo. No es un juez lenitivo. Examina rigurosamente todos los aspectos de su vida, el interior y el exterior, el moral, el social, el religioso, los pecados de obra y los de pensamiento, los de comisión y los de omisión, todo en un plano ético que supera todas las normas de conducta de su tiempo. Ese plano, el más elevado del Antiguo Testamento, es como un anticipo de las enseñanzas de Jesús en su sermón del monte. Y, a pesar de las exigencias de su código moral, Job sale inocente del juicio

ante su conciencia; se absuelve a sí mismo, ofreciendo serenamente su veredicto a la suprema decisión de Dios (6). Tan seguro está de su rectitud que invoca sobre sí las peores calamidades si hubiera cometido los pecados que niega.⁶⁴

Como secreto de la vida irreprochable de Job se destaca su temor de Dios (2-4, 14, 15, 18, 23). Este temor —como se enseña en los restantes libros sapienciales del Antiguo Testamento— inspiraba, más que miedo, una actitud de sumisión reverente al Altísimo y regía la conducta. Job se tomaba a Dios en serio; era consciente de su majestad y acataba sus leyes de modo total. Su vida entera estaba bajo el señorío divino. En ella no había dicotomía entre lo espiritual y lo secular, entre su relación con Dios y su relación con el mundo. Todo para él llevaba el sello de lo sagrado. Por eso no cayó en los pecados más comunes de los hombres.

LIMPIO DE IMPUREZA

Empieza Job la descripción de su conducta con su rectitud sexual (1). No sólo repudia los actos impuros, sino también las miradas lascivas. Lo hace deliberadamente —«Hice pacto con mis ojos»—, concedor, sin duda, de los fuegos de voluptuosidad que esas miradas encienden en el interior (comp. Mateo 5:28). De igual modo había rehuido la seducción que le hubiera podido conducir al adulterio con sus deplorables secuelas (9-12).

LIMPIO DE FALSEDAD (5-8)

En ninguna de sus formas había practicado Job el engaño. Le había distinguido siempre la sinceridad. Nunca había aparentado integridad mientras íntimamente se inclinaba al mal movido por codicias ocultas. Era transparente, impoluto tanto por fuera como por dentro.

LIMPIO DE INJUSTICIA (13-15)

Era muy fácil cometerla contra sus siervos, cuyos derechos podían conculcarse a mansalva. Job no veía en aquellos hombres y mujeres objetos —como eran considerados por la mayoría—, sino seres tan humanos como él mismo. Su sensibilidad espiritual le lleva a rechazar todo asomo de discriminación social. Cualquier trato injusto, cualquier actitud despótica que rechazara las legítimas reclamaciones de sus criados ¿no le acarrearía la indignación divina? Se daba perfecta cuenta de que ante Dios todos los hombres son iguales. «¿No los formó El, igual que a mí, en el vientre?» (15). Cualesquiera que sean las diferencias entre un hombre y otro —a menudo consecuencia de injusticias sociales— nunca pueden dar a los fuertes el derecho de abusar de los débiles o de negarles lo que les corresponde. En la casa de Job jamás hubo conflictos laborales. Nadie pudo tildarle de arbitrario, avaro o cruel.

⁶⁴ Versículos 7, 8; 9, 10; 13, 14; 21, 22; 39, 40. Estas expresiones tienen el valor de un juramento.

LIMPIO DE INHUMANIDAD (16-23)

No hay comentario posible que no empañe el lustre maravilloso de las palabras de Job en este pasaje. Hay en ellas mucho más que belleza poética. Palpita en su contenido un sentimiento de compasión inefable. Todos los débiles, necesitados o afligidos tenían cabida en el gran corazón del patriarca. A todos alcanzaba su caridad. No había necesidad que no supliera su desprendimiento.

Job no podía ser indiferente a la desigualdad de fortuna entre los hombres. Su concepto de la propiedad distaba mucho del que, por lo general, ha prevalecido en la sociedad con una dosis horrible de egoísmo. No se consideraba dueño absoluto de lo que poseía, sino más bien administrador de unos bienes con los que Dios le había favorecido paternalmente.⁶⁵ Si éste —como parece— era el sentir de Job, seguía la línea de humanitarismo que se destaca en todo el Antiguo Testamento y alcanza su expresión más sublime en las enseñanzas y el ejemplo de Jesús.

LIMPIO DE IDOLATRÍA (24-28)

Su lealtad a Dios le libró del culto a las riquezas (24, 25), en el que tantos hombres han caído. Aun el creyente se halla expuesto a esta tentación. ¡Es tan fácil poner en las posesiones materiales el corazón y hallar en ellas la máxima complacencia! Pero Job sabía que el más grande de sus bienes era Dios mismo; El era su esperanza.

También se abstuvo Job del culto pagano a la naturaleza (26, 27). La adoración de los astros, tan en boga en los pueblos antiguos, era incompatible con su fidelidad al Creador del universo. La vida religiosa de Job fue un nadar contra la corriente de su tiempo con un éxito que nos estimula aún hoy, en una época en que la humanidad ha sustituido a Dios por los ídolos de la Ciencia y la Técnica, ante los cuales se inclina fervorosamente.

LIBRE DE ESPÍRITU VENGATIVO (29-32)

La venganza es la reacción natural del hombre contra su enemigo. En Israel era frenada por la ley de Moisés (Éxodo 23:4, 5), y en la literatura sapiencial se recomienda la benevolencia hacia el adversario (Proverbios 24:17; 25:21). Pero ¡cuán pocos la practicaban! Job supo amar a sus enemigos. Otro modo de actuar habría sido contrario al espíritu caritativo que siempre le había distinguido (32).

LIMPIO DE HIPOCRESÍA (33, 34)

⁶⁵ El versículo 18 es traducido en algunas versiones haciendo de Dios el sujeto de la frase. «Pues Dios, desde mi infancia, me guió como un Padre» (BE). De modo análogo BJ y la ZB. A Dios debía, pues, lo que tenía y conforme a la bondad de Dios debía usarlos.

En Job no hubo doble vida. Su piedad no era simulada, sino auténtica. No tenía pecados que esconder. Nada había en su conducta que pudiera suscitar el rumor acusatorio o el menosprecio público. No, no había pecado secreto, como obstinadamente aseguraban los tres amigos.

Desde todos los ángulos la conducta del patriarca aparecía intachable. Todos los testimonios coincidían a su favor. Y si los testigos humanos callaran, la tierra hablaría y sus surcos proclamarían la bondad de Job (38-40).

Job ha concluido su apología. Ahora más que nunca está convencido de su inocencia. Sólo le resta lanzar un último clamor (35-37) como sello de su defensa: «¡Oh, si tuviese quien me oyera! He aquí mi firma; que me responda el Todopoderoso.» No le importaba la acusación de su adversario; si le fuera presentada por escrito, Job la pondría sobre su hombro, se la ceñiría como corona y con ella comparecería ante Dios, no como un mendigo para implorar misericordia, sino como un príncipe, con la dignidad que le confería su rectitud, seguro del triunfo de su causa.

Así terminan las palabras discursivas de Job. El silencio que sigue invita a la reflexión. Por un lado, nos sentimos humillados ante la gigantesca talla moral de aquel hombre. Vivió en un plano que «muchos cristianos no podrían pretender honradamente haber alcanzado» (H. L. Ellison). Por otro lado, nos percatamos de que, paradójicamente, el punto fuerte de Job —su integridad— constituía, quizá, su mayor debilidad en el conflicto que le atormentaba. Tan convencido estaba de su inocencia, y tanto valoraba su rectitud, que sólo se le ocurría interpretar su sufrimiento como injusticia de Dios. Si en algún momento de su vida hubiese recurrido a medias mentiras, como Abraham, o al engaño descarado, como Jacob; si hubiese caído en el adulterio, como David, o en la idolatría, como Salomón, se habría acercado a Dios con mayor humildad. Se habría limitado a suplicar, no a reclamar. Quizás habría pensado en el efecto purificador de las pruebas. Y, sobre todo, habría estado en condiciones de beneficiarse de la luz y el consuelo que emanan de la gracia de Dios.

A pesar de todo, Job acaba sus palabras con su mirada en el cielo. Una vez más se vuelve a Dios con toda la pasión de su alma. Sigue creyendo y esperando en El y pronuncia su apelación final. Con ella las esperanzas de Satán se derrumban. Y nuestra fe se robustece.

INTERVENCIÓN DE ELIU

ELIU EL INVETERADO

CESARON pues aquellos tres hombres de responder a Job; porque era justo en sus propios ojos. Entonces se encendió la ira de Eliú hijo de Baraquel, buzita, de la familia de Ram: contra Job se encendió su ira, por cuanto se había justificado a sí mismo más bien que a Dios; y contra sus tres amigos se encendió su ira, por cuanto no hallaron

qué contestar, y con todo habían condenado a Job. Más había Eliú tardado en contestar a Job, porque eran los otros de mayor edad que él.

Empero cuando vio Eliú que no había respuesta alguna en la boca de aquellos tres hombres, entonces encendióse su ira. Respondió pues Eliú hijo de Baraquel, buzita, y dijo: Joven soy yo, mas vosotros sois ancianos; por eso me arredré, y no me atreví a manifestaros mi opinión. Yo decía: Los días deben hablar, y la multitud de años debe dar a conocer la sabiduría.

Pero hay un espíritu en los mortales, y la inspiración del Todopoderoso les da la inteligencia. No siempre los grandes son sabios, ni los ancianos entienden lo justo. Por tanto dije: Escuchadme a mí; yo también voy a manifestar mi opinión. He aquí que he esperado para oír vuestras palabras; presté oídos para escuchar vuestras razones, en tanto que buscabais qué decir.

A vosotros he prestado atención, mas he aquí que no hay ninguno que haya convencido a Job, ni hay entre vosotros quien responda a sus palabras. No digáis entonces: Hemos hallado nosotros la sabiduría; pues que Dios le vence, no el hombre. Empero no dirigió contra mí sus palabras, ni con vuestros dichos le voy a contestar. ¡Quedaron confusos; no respondieron más; ni una palabra pudieron decir!

¿Y debo yo esperar cuando ya no hablan, cuando se detienen, y no responden más? Por eso yo también responderé mi parte, manifestaré yo también mi opinión; porque lleno estoy de palabras, me constriñe el espíritu dentro de mí. He aquí que mi interior está como el vino que no tiene respiradero; como odres nuevos que están a punto de reventar.

Hablaré, para desahogarme; abriré mis labios y responderé. Permítaseme que no haga para con nadie acepción de personas, ni use con nadie de lisonjeros títulos. Que yo no sé hablar lisonjas; a no ser así, muy en breve me quitaría mi Hacedor. (Job 32:1-22 VM)

Job ha pronunciado su última palabra apelando a Dios. «¡Que el Todopoderoso me responda!» (31:35). Los amigos enmudecen. Nada pueden replicar a Job, cuya sinceridad en su monólogo final era incuestionable. Sigue un silencio solemne. ¿Aceptaré Dios el reto de su siervo? Si le contesta, ¿qué dirá? ¿Le dará la razón, como él esperaba, o le condenará, como aseguraban los tres? Se ha llegado al punto culminante de la expectación.

Por fin, el silencio se rompe. Pero no es Dios quien habla, sino un joven que, a cierta distancia, ha estado escuchando la discusión. Aparte de su nombre —Eliú y su linaje⁶⁶, poco más sabemos de él. El significado de su intervención no aparece claro.⁶⁷ Para algunos comentaristas, Eliú es un personaje arrogante que mezcla la verdad con la

⁶⁶ Significa probablemente «El es mi Dios».

⁶⁷ Las observaciones de carácter crítico sobre esta parte del libro de Job se mencionan en la introducción.

vanidad sin aportar nada realmente nuevo. Es visto como un intruso, tan falto de comprensión y simpatía como los amigos de Job, por lo que ni Job le contesta ni es mencionado en el resto del libro. Esta opinión no parece del todo justa. Pero tampoco es fácil ver en Eliú un profeta, inspirado y enviado por Dios como su precursor. Quizás en la vía media hallaríamos la interpretación adecuada. Eliú no tuvo una comprensión suficientemente clara del problema de Job. Tampoco mostró hacia él toda la delicadeza que el caso exigía. Muchas de sus afirmaciones coincidían con las que antes habían hecho los amigos. «No parece compartir la creencia en el principio erróneo en cuyo plano se inició el debate. Más bien parece creer en la verdadera soberanía de Dios; pero sus palabras son palabras de ignorancia. Lo que dice parece en sí verdad, pero está fuera de lugar» (E. J. Young).

A diferencia de los tres, no se apoya ni en la experiencia, ni en la tradición. No está comprometido con los «sabios» ni con la ortodoxia de su día. Para él, la fuente de la verdad era Dios mismo, quien la comunica directamente al hombre; se consideraba un «carismático». Pero los hechos no parecen avalar en él ninguna clase de superioridad; más bien muestran que «la pretensión de inspiración por parte de Eliú es tan superficial como las pretensiones de sabiduría divina por parte de los tres amigos» (H. L. Ellison).

La introducción en prosa a la intervención de Eliú nos muestra su indignación, repartida en partes iguales contra Job y contra sus amigos. Contra Job, porque «se justificaba a sí mismo más que a Dios»; contra los amigos, «porque no habían hallado ya qué replicar y de esa manera habían dejado mal a Dios».

La cólera de este nuevo orador ¿era simplemente la explosión de un joven «contestatario», más dado a criticar que a construir? Posiblemente. Sus críticas negativas no fueron seguidas de soluciones suficientemente positivas. Siempre es fácil descubrir los errores ajenos; no lo es tanto evitar los propios. Condenamos los fracasos de los demás, pero ignoramos los que cometemos nosotros.

Sin embargo, no debemos perder de vista la nobleza del propósito de Eliú. Quiere curar a Job de su orgullo espiritual, y para ello reitera enfáticamente la justicia de Dios, inseparable de su majestad, así como el carácter educativo del sufrimiento.

Además, lo que Eliú dice lo dice con el ardor de una convicción sincera. No le mueve a hablar el engreimiento, como algunos han supuesto, sino el convencimiento de que posee la verdad y debe comunicarla. En su interior siente una fuerza incontenible que le impulsa a hablar. Y a hablar se dispone para responder a Job sin parcialidad, sin cortapisas, sin lisonjas y sin más temor que el de Dios (18-22). Su ardor y su sinceridad son dignos de encomio. Pero, como veremos, esas virtudes de nada sirven si están sólo al servicio de unas opiniones o unas creencias y no comunican el mensaje de Dios.

DIOS NO PERMANECE EN SILENCIO

CON todo, ruégote, oh Job, que oigas mis razones, y escuches todas mis palabras. He aquí, con tu permiso, abro mi boca, y habla mi lengua en mi garganta. Mis palabras

declararán la rectitud de mi corazón; y lo que sabe mis labios, lo dirán con sinceridad. El Espíritu de Dios me hizo, y el aliento del Omnipotente me ha dado vida. Si puedes, respóndeme; arregla delante de mí tu causa; ponte en pie.

Heme aquí a mí, conforme a tu pedimento, en lugar de Dios; yo también soy labrado de barro. He aquí que mi terror no te espantará, y mi grandeza no te abrumará. De cierto tú dijiste en mis oídos (pues la voz de tus palabras yo mismo escuchaba): ¡Limpio soy, exento de transgresión; soy puro, y no hay iniquidad en mí! He aquí que Dios sigue buscando achaques contra mí, y me reputa por enemigo suyo: pone en el cepo mis pies; vigila todas mis sendas.

Mira, que en esto no eres justo; yo te responderé que más grande es Dios que el hombre. ¿Por qué has entrado en contienda con él? pues él no da cuenta de ninguna de sus acciones. Porque de una manera suele hablar Dios, de dos también; pero el hombre no considera. En sueños de visiones nocturnas, cuando cae profundo sueño sobre los hombres, adormecidos sobre la cama, él destapa el oído a los hombres, y los amonesta secretamente; para apartar al hombre de su mala obra; y así al hombre le quita la soberbia.

Detiene su alma, para que no baje al hoyo, y su vida, para que no muera a cuchillo. Asimismo el hombre es corregido con dolores sobre su cama, y con una agitación continua en sus huesos; de modo que su vida aborrece el pan, y su alma el manjar más delicado. Se consume su carne, de manera que no se ve, y sus huesos que antes no se veían, quedan desnudos.

Se acerca pues, al hoyo, su alma, y su vida a los que la destruyen. Si hubiere entonces junto a él un mensajero, algún intérprete, uno escogido de entre mil, para hacer presente al hombre lo que es de su deber; entonces se compadece de él, y dice: ¡Líbrale de descender al hoyo; yo he hallado el rescate! Se le torna la carne más fresca que la de un niño; vuelve a los días de su juventud.

Ora a Dios, y él le es propicio, de modo que vea aquél su rostro con júbilo: y así restaura al hombre su justicia. Luego éste cantará entre los hombres, y dirá: Yo había pecado, y había pervertido lo recto; pero a mí no me fue recompensado así; antes, él ha redimido mi alma, para que no pasase al hoyo; y mi vida ve ya la luz. He aquí, todas estas cosas suele obrar Dios, dos veces, tres veces, con el hombre, a fin de retraer su alma del hoyo, para que resplandezca con la luz de la vida.

Presta atención, oh Job; escúchame; calla, y yo hablaré. Si tienes algo que decir, respóndeme; habla, que yo te quiero justificar. Si no, óyeme tú a mí; calla, y yo te enseñaré la sabiduría. (Job 33:1-33 VM)

Inicia Eliú su discurso con una introducción afectuosa, esforzándose por lograr una auténtica comunicación con Job. Había sido testigo del debate infructuoso entre el patriarca y los tres amigos. La controversia había sido un diálogo entre sordos y no quiere que ahora se repita esa experiencia. «Oye..., escucha..., respóndeme» (1, 5).

Además, se sitúa en un plano de igualdad humana junto a Job (6, 7). Este se había quejado de la desventaja del hombre si ha de contender con el Todopoderoso. Dios es

demasiado grande y su majestad anonada a los mortales. Por eso Job había suspirado por un mediador (9:33), «porque (Dios) no es hombre como yo, para que yo le responda y vengamos juntamente a juicio» (9:33). Ahora Job tiene ante sí a un hombre como él, formado también de barro, sin nada que infunda terror. Job, conforme a su propia palabra (9:35), podía hablar tranquilamente después de haber escuchado el mensaje de su nuevo interlocutor.

También este rasgo de Eliú es positivo. Evita todo nivel de superioridad. No habla como el fuerte al débil o como el santo al pecador. Demasiados intentos de ayudar espiritualmente a otros han resultado fallidos por el evidente desnivel —al menos aparente— entre el auxiliador y el necesitado de auxilio. Cualquier palabra, gesto o actitud triunfalista que tienda a realzar al consejero alejará a éste del hermano necesitado de consejo. Sólo situándonos en el terreno de nuestra humanidad imperfecta y pecadora y partiendo de él podemos acompañar a otros —guiados por Dios— a regiones de luz y de victoria.

A la bien pensada introducción de Eliú sigue el primer intento de refutación de las declaraciones de Job. En sus palabras se mezcla la verdad con las inexactitudes. Verdad era que Job había defendido tesoneramente su inocencia contra las acusaciones formuladas por los tres amigos. Pero no había afirmado que fuese «sin defecto». ¿No había oído o había olvidado Eliú lo que el patriarca había dicho sobre sus pecados? (por ej. 13:22). Sin embargo, como hemos visto en capítulos anteriores, Job estaba excesivamente pegado a su propia justicia, lo que le llevaba a tildar a Dios de enemigo arbitrario. Eliú tenía razón en su reproche: «Mira, en esto no eres justo. Yo te responderé que mayor es Dios que el hombre» (12). De esta superioridad divina parece deducir Eliú no sólo la incapacidad del hombre para juzgar a Dios, sino la imposibilidad de que Dios actúe injustamente. Ambas conclusiones son correctas, como se ve al examinar el conjunto de la revelación bíblica.

El segundo cargo de Eliú a Job es la queja de éste por el silencio de Dios a sus súplicas. «¿Por qué contiendes contra El diciendo: No responderá a ninguna de mis palabras?» (13 RSV). En efecto, Job había expresado su con-vencimiento íntimo de que estaba clamando a un Dios mudo (30:20). Gran error, a juicio de Eliú. Dios habla a los hombres de diferentes modos, aunque a menudo les pase desapercibida su voz (14).

Comparte Eliú la opinión antigua de que Dios se revela por medio de sus sueños con objeto de despertar la conciencia y librar al hombre de la destrucción (15-18). Por supuesto, los fenómenos oníricos exigen mucha cautela en su interpretación. En muchos casos arrojan luz valiosa sobre el mundo interior de la persona que sueña, y eso es importante. Según el testimonio bíblico, Dios usó este medio más de una vez para comunicar sus mensajes, sobre todo en días del Antiguo Testamento. Pero también los sueños han inducido —e inducen aún— a algunas personas al desvarío espiritual, a ver falsamente revelación divina en los sucesos representados en su fantasía mientras dormían. Después de Cristo, el mensaje de Dios lo encontramos en la Biblia y haremos bien en no dar gran importancia a lo que soñamos. Sin embargo, más de un creyente podría señalar algún sueño especial como el principio de una experiencia que le llevó a Dios y a la verdad del Evangelio. Por supuesto, esto último

es lo que importa real-mente. Pero nadie debiera despreciar ningún hecho insólito que inicie esa experiencia. Como nadie debiera subestimar la voz de Dios en la conciencia, en momentos de íntimo recogimiento, aun en ausencia de vivencias más o menos sensoriales.

Otro medio que, según Eliú, usa repetidamente Dios para hablar al hombre es la enfermedad (19-30). Los detalles que se mencionan (19-22) dan a entender que Eliú estaba pensando especialmente en Job, a quien desea alentar con un rayo de esperanza. Si en el curso de la dolencia se acerca al enfermo un mensajero escogido que lo guíe a la conversión, la misericordia de Dios cambia su situación totalmente (23, 24). Se produce una restauración admirable, un verdadero rejuvenecimiento, una reanudación de la comunión con Dios, un gozo renovado (25, 26), todo lo cual inspira un cántico de testimonio en el que se hace confesión del pecado y se alaba la acción redentora de Dios (27, 28).

Difícilmente podría un predicador cristiano describir mejor la experiencia de la conversión y sus resultados. Es evidente que Eliú conocía la transformación que se opera en el alma que, arrepentida, se vuelve a Dios. Probablemente había visto más de una vez cómo, a raíz de la confesión del pecado, la sequedad estival del espíritu (Salmo 32:4) se torna en verdor de vida nueva.

Pero ¿empezaba Eliú a seguir el camino de los tres amigos? A pesar de su delicadeza, ¿estaba insinuando que la enfermedad de Job era resultado de algún pecado que debía confesar? Es cierto que no enfatiza la ley de la siembra y la siega. Su interpretación del sufrimiento es más correctiva que retributiva. Tampoco hay nada en sus palabras que identifique a Job con los malvados. ¿Trataba, tal vez, de ayudar al patriarca a reconocer su pecado de orgullo espiritual que le había llevado a juzgar tan desfavorablemente a Dios? Si éste era su propósito, no fue desacertada su exposición. Pero ¿tendría algún efecto en su oyente? También Eliú se mueve en el terreno de las doctrinas teóricas sin llegar a captar la verdadera naturaleza del problema de Job que turbaba su mente y le llevaba a reacciones consideradas por él mismo como anormales (9:35). Admitiendo que a veces la enfermedad, o cualquier otra tribulación, ayuda a los hombres a reflexionar y los acerca a Dios, fuerza es reconocer que en muchas otras experiencias la misma causa endurece a los que sufren y los aparta de Dios o los hunde en la oscuridad del misterio. Esto último sucedió en el caso de Job.

Las suaves exhortaciones de Eliú (31-33) y sus restantes discursos ¿lograrán desvanecer las tinieblas? ¿Llegará Job de algún modo a discernir la voz de un Dios que realmente no permanece en silencio?

LEJOS DE DIOS EL MAL

La invitación de Eliú a Job para que hable (33:32) sólo obtiene una respuesta: el silencio. Y Eliú reanuda su discurso. Ahora se dirige no sólo a Job, sino también a los

«sabios».⁶⁸ Trata de refutar tanto la queja del patriarca sobre la arbitrariedad de Dios (5, 6), como la insinuación de que «nada gana el hombre con buscar el agrado de Dios» (9; comp. 9:22). Ahora el orador reproduce los conceptos de los tres amigos, quienes habían denunciado a Job como compañero de los escarnecedores y malvados (7-9; comp. 9:22 y 22:15).

La mera suposición de que Dios puede ser injusto es un absurdo para Eliú (10, 12). Dios paga a cada uno según sus obras (11). Así corresponde al Gobernador del universo, quien no actúa como mandatario de un ser superior, sino como Señor absoluto (13), con una soberanía generosa. Si Dios, egoístamente, se «recogiese» en sí mismo, sobrevendría la extinción de la vida en la tierra (14, 15). Que esto no suceda es evidencia de la bondad y rectitud del Creador.

Por otro lado, si los gobernadores y reyes de la tierra han de velar por el mantenimiento de la justicia, ¿cuánto más el Rey supremo? Aquéllos, a veces, se corrompen haciendo acepción de personas; pero Dios no hace discriminación basada en diferencias sociales; ni aun los más poderosos pueden detener la acción de sus juicios (16-20).

Además, la justicia de las decisiones divinas está garantizada por la omnisciencia de Dios (21, 22) y por su libertad no supeditada a nada ni a nadie (23). En cualquier momento puede visitar a los hombres con la retribución que merecen, sin que haya quien pueda impedir su acción (24-29), todo ello en beneficio de la sociedad (30). ¿Quién era Job para atreverse a criticar el modo de obrar de Dios? ¿Llegaría incluso a dictarle las condiciones para el perdón de un pecador arrepentido? (31-33).

Eliú está convencido de que los entendidos le darán la razón, dirán «que Job habla sin cordura» (34, 35) y desea que la prueba llegue hasta su fin para que ponga de manifiesto que Job a su pecado añade rebeldía y siembra la confusión con sus palabras contra Dios (36-37).

A su modo, Eliú ha intentado convencer a Job por la vía de la lógica, aunque sus argumentos no eran suficientemente sólidos. En este aspecto aventaja a los tres amigos, que no habían logrado salir de su dogmatismo autoritario. Pero ha llegado al mismo error que ellos. Cree que la aflicción presente de Job es consecuencia del pecado, y en cuanto al lenguaje empleado para amonestarle, «excede en aspereza casi a todo cuanto los tres habían dicho» (Davidson).

Loable es todo esfuerzo por desvanecer cualquier duda respecto a la perfección de Dios. Pero ninguna duda se disipa si los razonamientos se basan en hechos o conceptos que una mente honrada no puede aceptar. Las adhesiones logradas mediante presiones dogmáticas o psicológicas, no mediante el convencimiento, no distan mucho de las confesiones falsas forzadas por la policía en regímenes totalitarios. Job se resistió a esta clase de concesiones (6a). E hizo bien. Sus errores eran

⁶⁸ Probablemente se refiere a los tres amigos, quienes no habían logrado convencer a Job de la justicia de Dios. Algunos comentaristas ven en estos «sabios» a un círculo de espectadores y oyentes que se había formado alrededor de los contendientes. No hay, sin embargo, en el texto suficientes datos que avalen esta interpretación.

deplorables. Tenía que reconocerlos. Pero a la verdad difícilmente se llega si se inmola la sinceridad.

DIOS NO ATIENTE A LOS CLAMORES VANOS

DE nuevo Eliú respondió y dijo: ¿Acaso piensas que esto es conforme a razón, que tú has dicho: Más justo soy que Dios? Porque tú dices: ¿Qué más beneficio te resulta a ti, ni qué más provecho a mí, de mi justicia que de mi pecado? Yo pues te daré respuesta, y a tus compañeros contigo:- ¡Mira hacia los cielos, y ve, y contempla las nubes que son tanto más altas que tú!

Si has pecado, ¿qué efectúas contra él? y si han sido muchas tus transgresiones, ¿qué daño le haces? Si eres justo, ¿qué le das a él, o qué recibe él de tu mano? A un hombre como tú mismo, podrá dañarle tu maldad, o a un hijo del hombre tu justicia le puede aprovechar. Verdad es que a causa de la a multitud de las opresiones gritan los hombres, y claman por auxilio con motivo del brazo de los poderosos; pero ninguno dice:

¿Dónde está Dios mi Hacedor, que da canciones en la noche; que nos enseña más que a las bestias de la tierra, y nos hace más sabios que a las aves del cielo? Verdad es que allí gritan a causa de la soberbia de los hombres malos, pero él no responde: porque ciertamente Dios no oye la súplica vana, ni el Omnipotente hace caso de ella; ¿cuánto menos cuando dices que tú no haces caso de él?

La causa está delante de él; por tanto aguárdale. Mas ahora por cuanto aún no visita con su ira, ni toma pronto conocimiento de las transgresiones; por eso Job abre su boca con dichos vanos, y entreteje palabras sin cordura. (Job 35:1-16 VM)

Eliú quiere ahora refutar lo que considera otro error de Job: su pretensión de que tiene un concepto de la justicia superior al de Dios, ya que Dios se muestra indiferente a la conducta humana; no hace distinción entre la rectitud y el pecado, pues ni a Él ni al hombre reporta ventaja alguna una vida de integridad (1-3).

Job es instado a contemplar la majestad del Creador. Dios está muy por encima del hombre. Ni el pecado ni la justicia de éste le afectan esencialmente. Lo que el hombre es y hace sólo le beneficia o perjudica a él mismo y a la sociedad en que vive (4-8).

Eliú está casi repitiendo lo que antes había dicho Alifas (22:3). Job mismo se había expresado en términos semejantes (7:20). Eliú, sin embargo, está tergiversando las palabras del patriarca. Job ni por un momento había pensado en su rectitud con mente comercial. No servía a Dios por los beneficios que dé El pudiera recibir. Esto precisamente es lo que Satán intentaba en vano probar.

Job se sentía confuso ante el destino común que a menudo sobrevénia a justos e injustos por igual (9:22). En ello veía arbitrariedad. Pero ni una sola vez dejó entrever que su piedad fuese el precio pagado a cambio del favor divino. Eliú le interpreta mal; pero es sobre esa interpretación errónea que debemos seguirle en su argumentación.

¿Es cierto que el hombre no saca ningún beneficio de su piedad y que Dios es indiferente al comportamiento humano? No; no es cierto, asegura Eliú. Prueba de ello es el hecho de la oración desoída por Dios. Los oprimidos por los poderosos, en su dolor, claman al cielo, pero Dios no les responde (12). Job había observado este hecho (24:12) sin hallar razón que lo explicara satisfactoriamente. Para Eliú, el proceder de Dios es tan claro como justo. No responde al clamor de los desvalidos, porque en éstos no hay ninguna inquietud espiritual. Su oración es como un grito instintivo, comparable al de los irracionales acuciado por la necesidad.⁶⁹ Se busca el favor de Dios, no a Dios mismo; sus bienes, no la comunión personal con El. «Nadie dice: ¿Dónde está Dios mi Hacedor que da cánticos en la noche, que nos enseña más que a las bestias?»

A pesar de su tergiversación de las palabras de Job, acaba Eliú de señalar una experiencia muy común, con una reflexión teológica nada despreciable. Es incontable el número de personas que en momentos de gran angustia han clamado a Dios invocando su socorro. Pero su preocupación no era Dios, sino su acción liberadora. Tan pronto como se ven libres de su tribulación, se olvidan de Aquel a quien clamaron. No hay el menor reconocimiento de la relación permanente que debe unir al hombre con su Creador. Quizás han gozado de su auxilio, pero no han oído los cantos de esperanza que en la noche del sufrimiento inspira Dios a quienes de veras les buscan. Eliú radicaliza, sin duda, la cuestión, cuando asegura la negativa divina a toda oración nacida de móviles utilitario. Pero nadie podría tildar a Dios de injusto si siempre desoyera las voces de la vanidad (13), la súplica de corazones espiritualmente vacíos. En la era cristiana, Santiago escribiría: «Pedís y no recibís, porque pedís mal.»

Job —piensa Eliú— debía tener presente esta verdad y abandonar su actitud retadora ante Dios. Si el Todopoderoso no oye a quienes les invocan egoístamente, menos escuchará a Job, quien se queja acusatoriamente de que no puede verle y de que su apelación es desatendida. Su causa estaba en las manos de Dios; lo mejor que podía hacer era confiar en El (14), en vez de interpretar apresurada y torcidamente la actuación divina y multiplicar «palabras sin sabiduría» (15, 16).

Algo podemos objetar a la reflexión de Eliú. Se equivocaba si pensaba que Dios no podía escuchar al rebelde Job. Dios le oía. Y le contestaría, como veremos pronto. Su gracia supera nuestra ignorancia e incluso nuestras ofensas. Y en su gracia nos sale al encuentro para bendecirnos. Cuando el creyente es sincero; cuando, a pesar de sus errores, se toma a Dios en serio, experimentará que Dios es fiel, justo y amante. Por eso debe descansar en El.

En el consejo de Eliú (14b) sí había sabiduría. Muchas almas piadosas han aprendido que lo mejor en horas de perplejidad es «guardar silencio ante el Señor y esperar en El» (Salmo 37:7).

GRANDE ES DIOS Y NO LE COMPRENDEMOS

⁶⁹ Comp. Salmo 104:21; 147:9; Joel 1:20. 230

Elihú retomó su discurso: Ten un poco de paciencia y te instruiré, todavía hay razones en favor de Dios. Buscaré en el pasado mi saber, para dar la razón a mi Hacedor; mis palabras no son falsas, lo aseguro, ante ti tienes ciencia consumada. Dios es poderoso, mas no indiferente, poderoso por sus firmes decisiones. No permite que viva el malvado, hace justicia a los pobres, no aparta del justo sus ojos.

Los sienta en medio de reyes, los entroniza y exalta para siempre. En cambio, si la carga de cadenas, si los ata con cuerdas de aflicción, es por denunciarles sus acciones, sus delitos nacidos del orgullo; es para que atiendan la advertencia, lo dice para que dejen la maldad. Si escuchan y se muestran dóciles, se consumirán sus días en la dicha, vivirán sus años satisfechos. Si no escuchan, pasarán el Canal, morirán sin caer en la cuenta.

Los de mente perversa acumulan cólera, no piden socorro cuando él los encadena; acaba su existencia en plena juventud y mueren a la edad de los hieródulos. Mas salva al pobre por su pobreza, le instruye mediante la aflicción. También a ti te sacaré de la angustia, a un lugar sin aprietos, espacioso, te ofreceré alimentos sustanciosos. Mas si defiendes la causa del malvado, justicia y derecho sucumbirán; no te dejes seducir por la opulencia, ni los ricos presentes te corrompan.

¿Acaso te auxiliarán en el peligro tus riquezas y todos tus esfuerzos? No suspires por que llegue esa noche en que la gente es echada de su sitio; guárdate de volverte a la maldad, que por eso probaste la aflicción. ¡Qué sublime es Dios en poder! ¿Hay algún maestro como él? ¿Quién puede vigilar su conducta?, ¿quién le puede acusar de obrar mal?

Recuerda ensalzar sus obras, que todos los hombres cantaron; todos los humanos las contemplan, los hombres de lejos las perciben. Dios es sublime, no lo conocemos, es incalculable la suma de sus años. Atrae hacia sí las gotas de agua, las filtra de su fuente como lluvia, la lluvia destilada por las nubes, que cae copiosa sobre el hombre. ¿Quién conoce la extensión de su nube, el fragor amenazante de su tienda?

Se hace rodear de sus relámpagos, mantiene ocultas las raíces del mar. Con ella sustenta a los pueblos, les da alimento en abundancia. Oculta el relámpago en sus manos, le ordena dar en el blanco. Su trueno anuncia su presencia, su ira se enciende contra la iniquidad. Ante esto tiembla mi corazón, y salta fuera de su sitio. Escuchad atentos el trueno de su voz, el estruendo que sale de su boca; lanza su rayo bajo el cielo y alcanza los confines del orbe; retuena tras él su voz, retumba de forma soberbia; y ya no retiene sus rayos en tanto resuena su voz.

Atruena Dios con voz prodigiosa, él hace maravillas que ignoramos: cuando dice a la nieve: "Cae a tierra", y ordena al aguacero: "Llueve fuerte", interrumpe el trabajo de los hombres para que todos conozcan sus obras; los animales van a sus cubiles, se ocultan en sus madrigueras. Surge el huracán de la Cámara Austral, traen el frío los vientos del norte; al soplo de Dios se forma el hielo, las extensiones de agua se congelan. Carga las nubes de humedad, los nubarrones reflejan su rayo, que alterna de uno a otro lado, iluminando todo alrededor, para ejecutar así sus órdenes sobre la superficie del orbe.

Como castigo de los pueblos de la tierra, o bien como favor, lo envía. Escucha esto tranquilo, Job, piensa en los prodigios de Dios. ¿Sabes cómo Dios se lo ordena y su nube hace brillar el rayo? ¿Sabes cómo equilibra las nubes, prodigio de una ciencia consumada? Tú, que aguantas el calor de la ropa cuando el solano aletarga la tierra, ¿podrías tender con él el firmamento, duro como espejo de metal fundido?

Enséñanos qué hemos de decirle, no discutiremos a oscuras. ¿Hay que informarle cuando hablo?, ¿hay que comunicarle lo que se dice? Por un tiempo la luz no se ve, oculta como está entre nubes, pero pasa el viento y las disipa. Del norte llegan resplandores, envuelve a Dios terrible majestad; no podemos llegar hasta Shaddai, sublime por su fuerza y equidad, maestro de justicia que no oprime.

Por eso, lo temen los hombres: ¡que lo veneren todos los sabios! (Job 36:1-37:24 BJ)

En la última parte de su discurso Eliú agota sus recursos dialécticos para convencer a Job. No faltan en ella verdad o belleza, sobre todo en su exposición de la grandeza de Dios. El final es solemne, emocionante, con una gran fuerza de apelación.

A una introducción un tanto jactanciosa (36:2-4) sigue la reafirmación de que Dios retribuye tanto al inicuo como al justo conforme a principios de perfecta justicia (5-7). Poco añade Eliú a lo que sobre este tema habían dicho los tres amigos, aunque enfatiza la buena voluntad de Dios para aquellos que, ablandados por la tribulación, se vuelven arrepentidos a El (8-11, 15). La impenitencia reporta inexorablemente la destrucción (12-14). Job debe tomar muy en serio estos hechos y obrar con suma prudencia para no incurrir en el juicio condenatorio de Dios (16-21). De nada le serviría seguir litigando con el Todopoderoso o tratando de enseñarle cómo debe gobernar el mundo (22, 25). Lo único que puede hacer el hombre es reconocer la magnificencia de Dios y admitir con humildad que es incapaz de comprenderle plenamente (24-26).

Como ilustración de la grandiosidad de las obras de Dios, describe Eliú lo maravilloso de diversos fenómenos meteorológicos: la formación de las nubes, la lluvia (de modo impresionante, la tempestad), el huracán, la nevada, el hielo (36:27 - 37:12). Eliú ve en todo ello, no meros fenómenos naturales, sino la presencia y la intervención directa de Dios⁷⁰ con un fondo moral: «Así ejecutan sus órdenes en todo sobre la haz de su orbe terráqueo, ya como castigo para los pueblos de la tierra, ya como gracia» (37:13). ¿Qué sabe Job de todas estas maravillas y de muchas más? ¿Qué entiende? (37:14-16). ¿Puede un ser sumamente débil (37:17) competir con el Creador tratando de realizar los mismos prodigios? (37:18). ¿Quién puede tener la arrogancia de decir — como Job— que quiere hablar con Dios? Sería como desear la propia destrucción (37:19, 20).⁷¹

Posiblemente, en sus palabras finales, Eliú está aludiendo a la nube densa, tempestuosa, que —en opinión de algunos comentaristas— se había formado durante

⁷⁰ En esta concepción sigue la línea de pensamiento que aparece a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

⁷¹ « ¿Le será dicho (a Dios) que yo quisiera hablarle? ¿Deseó alguien jamás ser aniquilado?» (37:20, RSV).

su discurso, pero que ahora empezaba a desaparecer.⁷² «Ahora ya no se ve la luz, que queda oscurecida por las nubes; pero pasa el viento y las despeja y una claridad llega del norte.⁷³ Gloria terrible alrededor de Dios. ¡Es Saddy (el Todopoderoso)!» (37:21-23). Ante su poder y su majestad sólo cabe una actitud sabia: la del temor reverente (37:23, 24).

Eliú ha concluido. Nada se nos dice del efecto que sus palabras tuvieron en Job. El silencio de éste ¿se debía a la impresión producida por aquéllas? ¿Calla ensimismado en nuevas reflexiones? ¿O simplemente rehúsa hablar porque estima que la intervención de Eliú no merece respuesta? No lo sabemos.

Fuera cual fuese la opinión de Job, hemos de agradecer a Eliú el pensamiento central de la conclusión de su discurso. Hemos de asentir a su elevado concepto de la magnificencia de Dios y de la ineptitud del hombre para juzgarle (36:26). La naturaleza, los atributos y los hechos de Dios están mucho más allá de lo que puede abarcar nuestra mente, limitada por nuestra finitud y oscurecida por nuestra condición de seres caídos moralmente. Un pensamiento paralelo hallamos en Isaías 40:12-17, del que se hace eco Pablo cuando contrasta lo pobre y torcido de la sabiduría humana con la sabiduría de Dios (1.a Corintios 2:5-16). El hombre, por sí solo, no puede captar la verdad divina; lo que Dios es o hace —según la revelación bíblica— le parece un absurdo. Sólo la Palabra de Dios, acompañada de la acción iluminadora del Espíritu de Dios, puede desvanecer nuestra ignorancia cuando humildemente la aceptamos. Por supuesto, no nos ha revelado Dios todas las cosas. Su Palabra no responde todas las preguntas que el hombre puede formular; no esclarece todos los misterios. «Ahora conocemos en parte» solamente, con la esperanza de que un día conoceremos como somos conocidos (1.a Corintios 13:12). Pero sabemos lo suficiente para reconocer y proclamar que Dios es sabio, justo y bueno y que para siempre es su misericordia.

Sucede, sin embargo, que aun el creyente favorecido con el conocimiento de Dios se enfrenta a veces con experiencias para las cuales no halla explicación. No puede ordenar sus ideas «a causa de las tinieblas» (37:19) y se ve preso de la turbación. En tales situaciones el mejor remedio es pensar que ninguna nube, por espesa y negra que sea, permanecerá indefinidamente sobre nuestra cabeza; en el momento oportuno será deshecha; la atmósfera será despejada y de nuevo resplandecerán la gloria y la gracia de Dios.

Job se hallaba al borde de esta experiencia cuando Eliú terminó de hablar. Estaban a punto de trocarse las tinieblas en claridades, la resistencia titánica en sumisión y la agonía de espíritu en paz.

LA RESPUESTA DE DIOS

⁷² Comp. 37:2 y ss.

⁷³ Literalmente: «Oro viene del norte», refiriéndose, sin duda, al sol.

Entonces respondió Jehová a Job desde un torbellino, y dijo: ¿Quién es ése que oscurece el consejo Con palabras sin sabiduría? Ahora ciñe como varón tus lomos; Yo te preguntaré, y tú me contestarás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel?

¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, Cuando alababan todas las estrellas del alba, Y se regocijaban todos los hijos de Dios? ¿Quién encerró con puertas el mar, Cuando se derramaba saliéndose de su seno, Cuando puse yo nubes por vestidura suya, Y por su faja oscuridad, Y establecí sobre él mi decreto, Le puse puertas y cerrojo, Y dije:

Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, Y ahí parará el orgullo de tus olas? ¿Has mandado tú a la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar, Para que ocupe los fines de la tierra, Y para que sean sacudidos de ella los impíos? Ella muda luego de aspecto como barro bajo el sello, Y viene a estar como con vestidura; Mas la luz de los impíos es quitada de ellos, Y el brazo enaltecido es quebrantado.

¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar, Y has andado escudriñando el abismo? ¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte, Y has visto las puertas de la sombra de muerte? ¿Has considerado tú hasta las anchuras de la tierra? Declara si sabes todo esto. ¿Por dónde va el camino a la habitación de la luz, Y dónde está el lugar de las tinieblas, Para que las lledes a sus límites, Y entiendas las sendas de su casa?

¡Tú lo sabes! Pues entonces ya habías nacido, Y es grande el número de tus días. ¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, O has visto los tesoros del granizo, Que tengo reservados para el tiempo de angustia, Para el día de la guerra y de la batalla? ¿Por qué camino se reparte la luz, Y se esparce el viento solano sobre la tierra? ¿Quién repartió conducto al turbión, Y camino a los relámpagos y truenos, Haciendo llover sobre la tierra deshabitada, Sobre el desierto, donde no hay hombre, Para saciar la tierra desierta e inculta, Y para hacer brotar la tierna hierba?

¿Tiene la lluvia padre? ¿O quién engendró las gotas del rocío? ¿De qué vientre salió el hielo? Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró? Las aguas se endurecen a manera de piedra, Y se congela la faz del abismo. ¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades, O desatarás las ligaduras de Orión? ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos, O guiarás a la Osa Mayor con sus hijos?

¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra? ¿Alzarás tú a las nubes tu voz, Para que te cubra muchedumbre de aguas? ¿Enviarás tú los relámpagos, para que ellos vayan? ¿Y te dirán ellos: Henos aquí? ¿Quién puso la sabiduría en el corazón? ¿O quién dio al espíritu inteligencia? ¿Quién puso por cuenta los cielos con sabiduría?

Y los odres de los cielos, ¿quién los hace inclinar, Cuando el polvo se ha convertido en dureza, Y los terrones se han pegado unos con otros? ¿Cazarás tú la presa para el león? ¿Saciarás el hambre de los leoncillos, Cuando están echados en las cuevas, O

se están en sus guaridas para acechar? ¿Quién prepara al cuervo su alimento, Cuando sus polluelos claman a Dios, Y andan errantes por falta de comida?

¿Sabes tú el tiempo en que paren las cabras monteses? ¿O miraste tú las ciervas cuando están pariendo? ¿Contaste tú los meses de su preñez, Y sabes el tiempo cuando han de parir? Se encorvan, hacen salir sus hijos, Pasan sus dolores. Sus hijos se fortalecen, crecen con el pasto; Salen, y no vuelven a ellas. ¿Quién echó libre al asno montés, Y quién soltó sus ataduras?

Al cual yo puse casa en la soledad, Y sus moradas en lugares estériles. Se burla de la multitud de la ciudad; No oye las voces del arriero. Lo oculto de los montes es su pasto, Y anda buscando toda cosa verde. ¿Querrá el búfalo servirte a ti, O quedar en tu pesebre? ¿Atarás tú al búfalo con coyunda para el surco? ¿Labrará los valles en pos de ti?

¿Confiarás tú en él, por ser grande su fuerza, Y le fiarás tu labor? ¿Fiarás de él para que recoja tu semilla, Y la junte en tu era? ¿Diste tú hermosas alas al pavo real, o alas y plumas al avestruz? El cual desampara en la tierra sus huevos, Y sobre el polvo los calienta, Y olvida que el pie los puede pisar, Y que puede quebrarlos la bestia del campo.

Se endurece para con sus hijos, como si no fuesen suyos, No temiendo que su trabajo haya sido en vano; Porque le privó Dios de sabiduría, Y no le dio inteligencia. Luego que se levanta en alto, Se burla del caballo y de su jinete. ¿Diste tú al caballo la fuerza? ¿Vestiste tú su cuello de crines ondulantes? ¿Le intimidarás tú como a langosta?

El resoplido de su nariz es formidable. Escarba la tierra, se alegra en su fuerza, Sale al encuentro de las armas; Hace burla del espanto, y no teme, Ni vuelve el rostro delante de la espada. Contra él suenan la aljaba, El hierro de la lanza y de la jabalina; Y él con ímpetu y furor escarba la tierra, Sin importarle el sonido de la trompeta; Antes como que dice entre los clarines:

¡Ea! Y desde lejos huele la batalla, El grito de los capitanes, y el vocerío. ¿Vuela el gavián por tu sabiduría, Y extiende hacia el sur sus alas? ¿Se remonta el águila por tu mandamiento, Y pone en alto su nido? Ella habita y mora en la peña, En la cumbre del peñasco y de la roca. Desde allí acecha la presa; Sus ojos observan de muy lejos. Sus polluelos chupan la sangre; Y donde hubiere cadáveres, allí está ella.

Además respondió Jehová a Job, y dijo: ¿Es sabiduría contender con el Omnipotente? El que disputa con Dios, responda a esto. Entonces respondió Job a Jehová, y dijo: He aquí que yo soy vil; ¿qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, más no responderé; Aun dos veces, más no volveré a hablar. Respondió Jehová a Job desde el torbellino, y dijo:

Cíñete ahora como varón tus lomos; Yo te preguntaré, y tú me responderás. ¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Me condenarás a mí, para justificarte tú? ¿Tienes tú un brazo como el de Dios? ¿Y truenas con voz como la suya? Adórnate ahora de majestad y de alteza, Y vístete de honra y de hermosura. Derrama el ardor de tu ira;

Mira a todo altivo, y abátelo. Mira a todo soberbio, y humíllalo, Y quebranta a los impíos en su sitio.

Encúbrelos a todos en el polvo, Encierra sus rostros en la oscuridad; Y yo también te confesaré Que podrá salvarte tu diestra. He aquí ahora behemot, el cual hice como a ti; Hierba come como buey. He aquí ahora que su fuerza está en sus lomos, Y su vigor en los músculos de su vientre. Su cola mueve como un cedro, Y los nervios de sus muslos están entretejidos.

Sus huesos son fuertes como bronce, Y sus miembros como barras de hierro. El es el principio de los caminos de Dios; El que lo hizo, puede hacer que su espada a él se acerque. Ciertamente los montes producen hierba para él; Y toda bestia del campo retoza allá. Se echará debajo de las sombras, En lo oculto de las cañas y de los lugares húmedos.

Los árboles sombríos lo cubren con su sombra; Los sauces del arroyo lo rodean. He aquí, sale de madre el río, pero él no se inmuta; Tranquilo está, aunque todo un Jordán se estrelle contra su boca. ¿Lo tomará alguno cuando está vigilante, Y horadará su nariz? ¿Sacarás tú al leviatán con anzuelo, O con cuerda que le echas en su lengua?

¿Pondrás tú sogas en sus narices, Y horadarás con garfio su quijada? ¿Multiplicará él ruegos para contigo? ¿Te hablará él lisonjas? ¿Hará pacto contigo Para que lo tomes por siervo perpetuo? ¿Jugarás con él como con pájaro, O lo atarás para tus niñas? ¿Harán de él banquete los compañeros? ¿Lo repartirán entre los mercaderes? ¿Cortarás tú con cuchillo su piel, O con arpón de pescadores su cabeza?

Pon tu mano sobre él; Te acordarás de la batalla, y nunca más volverás. He aquí que la esperanza acerca de él será burlada, Porque aun a su sola vista se desmayarán. Nadie hay tan osado que lo despierte; ¿Quién, pues, podrá estar delante de mí? ¿Quién me ha dado a mí primero, para que yo restituya? Todo lo que hay debajo del cielo es mío.

No guardaré silencio sobre sus miembros, Ni sobre sus fuerzas y la gracia de su disposición. ¿Quién descubrirá la delantera de su vestidura? ¿Quién se acercará a él con su freno doble? ¿Quién abrirá las puertas de su rostro? Las hileras de sus dientes espantan. La gloria de su vestido son escudos fuertes, Cerrados entre sí estrechamente.

El uno se junta con el otro, Que viento no entra entre ellos. Pegado está el uno con el otro; Están trabados entre sí, que no se pueden apartar. Con sus estornudos enciende lumbre, Y sus ojos son como los párpados del alba. De su boca salen hachones de fuego; Centellas de fuego proceden. De sus narices sale humo, Como de una olla o caldero que hierve.

Su aliento enciende los carbones, Y de su boca sale llama. En su cerviz está la fuerza, Y delante de él se esparce el desaliento. Las partes más flojas de su carne están endurecidas; Están en él firmes, y no se mueven. Su corazón es firme como una

pedra, Y fuerte como la muela de abajo. De su grandeza tienen temor los fuertes, Y a causa de su desfallecimiento hacen por purificarse.

Cuando alguno lo alcanzare, Ni espada, ni lanza, ni dardo, ni coselete durará. Estima como paja el hierro, Y el bronce como leño podrido. Saeta no le hace huir; Las piedras de honda le son como paja. Tiene toda arma por hojarasca, Y del blandir de la jabalina se burla. Por debajo tiene agudas conchas; Imprime su agudez en el suelo. Hace hervir como una olla el mar profundo, Y lo vuelve como una olla de unguento.

En pos de sí hace resplandecer la senda, Que parece que el abismo es cano. No hay sobre la tierra quien se le parezca; Animal hecho exento de temor. Menosprecia toda cosa alta; Es rey sobre todos los soberbios. (Job 38:1-41:34 RV)

Por fin, se cumple el gran deseo de Job. Sus clamores no han sido en vano, y ahora, desde el seno de la tempestad, le habla Dios.

Había llegado el momento del gran encuentro. Pero ¡cuán diferente todo de lo que Job había imaginado! Al contemplar anticipadamente la posibilidad de esta experiencia, se veía Job planteando su caso ante Dios, y ahora Dios soslaya su problema; esperaba una explicación del gobierno moral del mundo y Dios le habla de los misterios de la naturaleza; confiaba en recibir respuesta a sus preguntas y Dios no contesta ni una de ellas. Sin embargo, el que se sentía decidido a comparecer ante Dios erguido como un príncipe (31:37), al final de la intervención divina aparece doblegado con la humildad de un penitente.

A más de un lector puede parecer este resultado incomprensible. Examinado superficialmente, el discurso de Dios casi resulta decepcionante. ¿No es una repetición ampliada, aunque con mayor exuberancia pictórica, de lo que Job mismo había expresado sobre la grandeza y la soberanía de Dios en los vastos dominios de su creación?⁷⁴ Pero un análisis más profundo del texto nos permite apreciar la reciedumbre de su contenido y nos lleva a la conclusión de que el discurso es realmente digno de Dios.

MISTERIO SOBRE MISTERIO (38 Y 39)

La respuesta divina consta de dos partes. La primera (38:1 - 40:2) está dividida en doce estrofas, en las que las preguntas de Dios a Job se combinan con un apabullante despliegue de maravillas naturales. La creación de la tierra, la limitación de los océanos, el encanto del alba, el misterio de los abismos y de la muerte, el arcano de la luz, los prodigios meteorológicos, la majestad de los astros y los secretos de la vida animal son presentados de forma tal que Job se siente humillado y confiesa su incapacidad de responder.

Los hechos y los fenómenos que Dios hace desfilar como en una película ante la mente del patriarca no son para éste algo nuevo o desconocido. Pero su selección y el modo en que le han sido mostrados le mueven a reflexiones que sí son nuevas.

⁷⁴ Véanse 9:4-10; 12:7-25; 26:5-14.

Ya las palabras introductorias de Dios son como un fuerte aldabonazo en la conciencia de Job: «¿Quién es éste que oscurece el consejo con palabras sin sabiduría?» (38:2). Job había estado haciendo de sí mismo el centro no sólo de su vida sino del universo. La reivindicación de su inocencia era para él lo más importante. Dios mismo tenía que someterse a sus demandas de justicia y responder a sus preguntas. Y Dios, en vez de darle respuestas —lo que habría sido muy fácil—, multiplica los interrogantes: «¿Quién eres tú?», «¿dónde estabas tú?», «¿puedes tú?», «¿sabes tú?». Dios, gran maestro, quiere salvar a Job de su ensimismamiento que le impedía ver las cosas en su perspectiva correcta. Pero no usa el método de la explicación. Nada le dice del carácter probatorio de su desgracia. No hace ni la más leve referencia a la contención con Satán descrita en el prólogo, lo cual habría bastado para abrir sus ojos y devolverle la paz de espíritu. Dios tiene que curar a su siervo de su presunción, sincera pero equivocada. A tal fin, nada más eficaz que poner al descubierto la verdadera identidad del hombre con su cúmulo de misterios y limitaciones. Nuestra esencia y nuestra existencia ¡tienen tanto que nos es inexplicable! ¿Y queremos entender total y perfectamente a Dios? Además, a lo enigmático del ser humano se une su insignificancia en el tiempo y en el espacio, su debilidad y su ignorancia. ¿Qué pretensiones puede tener el hombre ante el Eterno y Todopoderoso? ¿Quién puede «ceñirse como un valiente» (3) para disputar con Él? Job había dudado seriamente de la rectitud de Dios; ahora había llegado el momento de empezar a dudar de sí mismo.

Al mismo tiempo, Dios, en vez de aclarar lo que para Job era indescifrable, agranda el campo de lo ignoto⁷⁵ y añade nuevos elementos de perplejidad. No sólo era Job incapaz de comprender la formidable arquitectura del universo o el secreto de los fenómenos naturales. Otros hechos, con los que estaba más familiarizado, escapaban igualmente a su comprensión, sobre todo porque buena parte de ellos parecían anomalías impropias de un mundo sabiamente ordenado y regido por Dios. ¿Por qué ha de llover «sobre la tierra deshabitada, sobre el desierto, donde no hay hombre»? (38:26). ¿Por qué Dios cuida de animales tan fieros como el león o tan poco atractivos como el cuervo? ¿Por qué ha de haber seres tan rebeldes e inútiles como el asno montés y el búfalo o tan estúpidos como el avestruz? ¿Qué sentido tiene la existencia de aves rapaces y sanguinarias? Estas disonancias en el gran concierto de la creación nos hacen pensar que Dios no quería explicar a Job los misterios del mundo, sino más bien lo contrario, llevarle a reconocer que el mundo tiene mucho de extraño e inexplicable para el hombre, por lo que la providencia divina puede resultar mucho más complicada de lo que Job podía sospechar. Pero, por otro lado, ayudarían a Job a reconocer que los horizontes de Dios —libre y soberano— son mucho más dilatados que los del hombre.

El patriarca lo reconoció y, sin duda, comprendió que todas las obras de Dios están presididas por una perfección de sabiduría, poder, bondad y justicia que trasciende los

⁷⁵ El lector debe situarse en los tiempos en que el libro de Job fue escrito. Mucho de lo que entonces era un misterio ha sido aclarado por la ciencia moderna. Sin embargo, la investigación científica, a la par que ha ampliado prodigiosamente nuestro conocimiento de la naturaleza, ha descubierto nuevas parcelas, inmensas, en la región de lo desconocido. Dios podría plantear hoy a los más eminentes científicos cuestiones ante las cuales —como Job— habrían de enmudecer.

límites de la inteligencia humana. Se percató de su pequeñez, de lo ínfimo de su conocimiento, de su irreverencia ante Dios, y se humilló profundamente:

«He aquí que yo soy vil. ¿Qué te responderé? Mi mano pongo sobre mi boca. Una vez hablé, mas no responderé; aun dos veces, mas no volveré a hablar» (40:4, 5). Pero Dios tiene algo más que decir a Job y, después de la confesión de éste, reanuda su discurso.

¿PUEDE EL HOMBRE JUZGAR A DIOS? (40:6 - 41:34)

En esta segunda parte de su intervención conduce Dios a su siervo del plano físico del universo al plano moral. El propósito es bien claro: convencer a Job de lo absurdo de sus críticas sobre el gobierno divino del mundo. En su acusación de arbitrariedad contra Dios había más que ignorancia; había pecado. Así pues, tanto la mente como el corazón de Job debían ser purificados.

De nuevo reta Dios a su siervo para que se ciña y se disponga a responder a lo que va a preguntarle (40:7). La interpelación no podía ser más directa ni más punzante. «¿Invalidarás tú también mi juicio? ¿Me condenarás a mí para justificarte tú?» (8). Atreverse a juzgar —y aun condenar— a Dios, implica ser prácticamente igual a Él. ¿Lo era Job? «¿Tienes tú brazo como el de Dios? ¿Y truenas con voz como la suya?» (9).

Con fina ironía se invita a Job a que ocupe el lugar de Dios y sea él quien gobierne, quien humille a los soberbios y quebrante a los impíos, quien destruya y entierre los agentes del mal (10-14). Sólo así podrá acreditar sus pretensiones de rango divino, en cuyo caso Dios mismo le glorificaría (14).⁷⁶

Pero ¡cuán lejos estaba Job de poder aceptar invitación semejante! Dios se lo demuestra introduciendo en su disertación dos animales indomables: el hipopótamo (behemot) (40:15-24) y el cocodrilo (leviatán) (41).⁷⁷ Podía Job pugnar con ellos y dominarlos? Si no era capaz de imponerse a ninguna de estas bestias —figurativas de la fuerza y de la soberbia (41:34— ¿cómo lograría triunfar sobre las fuerzas imponentes del mal desatadas sobre la tierra? Y si de antemano había de renunciar a la lucha —por desigual— con dos seres creados por Dios o con los hombres injustos del mundo, ¿cómo se atrevía a censurar al Creador su modo de administrar justicia? Si se hacía tan patente su inferioridad física respecto a algunos animales, ¿cómo podía atreverse a competir moralmente con el Supremo Hacedor?

Una de las cualidades de behemot y leviatán destacadas en el discurso divino es la incapacidad humana de aprehenderlos (40:24; 41:1, 2, 26-29). ¿Y esperaba Job asir a Dios y encerrarlo en su propia concepción humana de la rectitud moral? Lo reducido de su razón ¿acaso podía concebir todas las razones que inspiran las decisiones del Gobernador del universo? Si Job pensaba que al final Dios se le rendiría, como si él

⁷⁶ Strahan traduce: «Entonces yo también te alabaré, ya que tu propio derecho te habrá dado la victoria.» Señala que la palabra hebrea Yadha, traducida aquí por <confesar>, es usada generalmente por un adorador que loa o da gracias a Dios. Aquí el Creador alaba a la criatura (New Bible Comm.).

⁷⁷ Las características del cocodrilo son aumentadas poéticamente con rasgos de un dragón fabuloso.

fuese el auténtico rey de la justicia, revelaba una ingenuidad pueril. Su esperanza era mucho más absurda que si hubiese pretendido obligar al leviatán a hacer pacto con él para ser su siervo perpetuo o atarlo para jugar con él como con un pájaro (41:4, 5). Job estaba soñando. ¡Tenía que despertar!

Y, por fin, despierta. Dios ha abierto sus ojos y ahora, por última vez, se abren sus labios. Va a pronunciar su última palabra. Es la conclusión del drama, una conclusión sublime, conmovedora.

LA RETRACCIÓN DE JOB

ENTONCES Job respondió a Jehová, y dijo: Yo sé que tú lo puedes todo, y que no puede estorbarse ningún propósito tuyo. Con razón dices: ¿Quién es éste que obscurece mi consejo sin cordura? pues he hablado sin inteligencia, tratando de cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no entendía. Oye, te ruego, y hablaré; yo más bien preguntaré, y tú me harás saber.

De oídas había yo sabido de ti; mas ahora te ven mis ojos; ¡por lo cual me aborrezco a mí mismo, y me arrepiento en polvo y ceniza! (Job 42:1-6 VM)

Después de haber oído a Dios, Job no tiene más luz sobre los enigmas morales que tanto le habían desazonado; no sabe más que antes sobre el porqué del sufrimiento de los justos; no ha escuchado ni una sola palabra divina en defensa de su inocencia. En el fondo, sus problemas siguen sin resolver. Además, todavía yace sobre el «mezbele» inmundo; todavía sufre; sus heridas no han sido aún sanadas; aún se encuentra desvalido y menospreciado en su soledad. Sin embargo, Job es ahora completamente otro. Sus palabras tienen acentos gozosos de liberación; anuncian que las tinieblas han pasado, que ha triunfado la luz. El rebelde, tan obstinado en sus retos al Todopoderoso, se ha convertido en un adorador. ¿Cómo se ha producido esta transformación maravillosa?

Dios, a pesar de las reservas con que ha hablado, ha dicho lo que Job necesitaba oír. Y le ha convencido. Evidentemente era el colmo del absurdo que un hombre tratara de altercar con Dios y pusiera en entredicho la rectitud de sus obras. El Dios que ha hecho cosas tan maravillosas —y a menudo incomprensibles— como las que ha mostrado a Job, no podía ser sólo un Dios de poder. Había de ser un Dios perfecto en todos sus atributos. Así se ha puesto de relieve en el discurso divino. «Su omnipotencia va de la mano con sus reglas morales. La naturaleza divina no es un segmento, sino un círculo. Cualquier atributo divino implica todos los demás. La omnipotencia no puede existir aparte de la justicia» (A. B. Davidson). Si aun lo que en la naturaleza parecía sin sentido era glorioso, ¿no podía también haber elementos de gloria —incomprensibles para él— en el «consejo» de Dios que permitía un sufrimiento inmerecido? Job se da cuenta de ello. Esta verdad ha penetrado como un rayo luminoso en su mente y al instante confiesa su insensatez. Sus palabras no son las de un desesperado que se

rinde, consciente de su impotencia ante una fuerza infinitamente superior; brotan de una profunda convicción interior.

Empieza Job reconociendo la soberanía de Dios. «Yo sé que lo puedes todo, y que no puede estorbarse ningún propósito tuyo» (2). Pero ahora ya no ve esa soberanía — como antes la había visto— de modo aislado, sino en armonía con la dignidad de Dios. La voluntad del Altísimo jamás tomará resoluciones arbitrarias, aunque algunas lo parezcan; para Job ya no será más motivo de incertidumbre o de terror, sino de consolación.

Todavía resuena en sus oídos la repreensión divina. «¿Quién es éste que oscurece el consejo sin cordura?» (3a; comp. 38:2). La respuesta es franca: «He hablado sin inteligencia de cosas demasiado maravillosas para mí que yo no entendía» (3b). Job admite sus grandes limitaciones, su incompetencia para litigar con Dios. ¿Quién era él para pedirle cuentas altaneramente? Sólo la ignorancia podía inspirarle tamaña osadía. Así lo reconoce con nobleza, sin la menor preocupación por su prestigio. Job se humilla retractándose⁷⁸ de su error y arrepintiéndose (6) de su irreverencia rayana en la blasfemia. Los momentos que acababa de vivir daban cima a su experiencia religiosa y para él eran lo más maravilloso. Su testimonio en el versículo 5 es el punto culminante de sus declaraciones y de todo el libro: «De oídas había yo sabido de ti; mas ahora te ven mis ojos.» En estas palabras hallamos la causa decisiva de la transformación interior de Job.

No era falso el conocimiento que Job tenía anteriormente de Dios; pero era un conocimiento indirecto e incompleto. Ahora conoce a Dios de modo nuevo. Ha experimentado su presencia y ha escuchado su voz sublimemente arrolladora. El conocimiento, ampliado y depurado, se ha convertido en vivencia profunda. Dios ha venido a ser para él la más gloriosa de las realidades. Llena su mente de tal modo que apenas hay lugar para otros pensamientos. El patriarca acaba de contemplar los cuadros fascinantes de la naturaleza que le habían sido mostrados; pero no son estos cuadros lo que más le ha impresionado, sino Dios mismo. «Si bien se le presentaron las maravillas de la creación, lo que él vio fue una maravilla mucho mayor: la maravilla del Creador. Job no dice: «Mis ojos ven a Behemot y a Leviatán», sino «Te veo con mis propios ojos.»⁷⁹

¡Y qué tremendo significado tenía esta experiencia para Job! Sus ojos veían a Dios. Resultaba que Dios ¡no era su enemigo! ¡Estaba con él! Su majestad le había anonadado, pero al mismo tiempo lo había hecho revivir. Sus ojos ven a Dios y allá en el fondo —casi imperceptibles— quedan sus problemas teológicos. No han sido aclarados como él había deseado; pero ya no le preocupan. Dios valía más que todas las respuestas. Su sentimiento era el que Teresa de Ávila expresaría siglos más tarde en uno de sus versos: «¡Mi Dios me basta!»

No es poco lo que cualquier creyente puede aprender de las palabras finales de Job. Es relativamente fácil llegar a conocer a Dios «de oídas». Las voces de la revelación

⁷⁸ Ese es el significado del verbo «aborrecerse» en este texto.

⁷⁹ León Roth, La hora de Job, p. 40.

natural, de la conciencia o de una tradición religiosa pueden darnos algún conocimiento de Dios, pero imperfecto. Incluso el conocimiento de la revelación bíblica, con todo su caudal de verdad, puede ser insuficiente si sólo ilumina nuestra mente pero no nos lleva a una auténtica experiencia de Dios.

Muchos se han sentido hondamente insatisfechos con una fe en la que Dios es poco más que el artículo de un credo, y han suspirado por algo más vivo, más real. ¡Anhelos laudables! Lástima que algunos, acuciados por esta insatisfacción, se hayan entregado a movimientos religiosos que exaltan desmesuradamente el aspecto sentimental de la fe, descuidando otros no menos importantes, tales como el de una mente bíblicamente equilibrada o el de una ética regida por la Palabra de Dios. Pero no es menos deplorable conformarse con la aridez espiritual y alimentarse solamente de conceptos teológicos —por ortodoxos que sean— a menudo acompañados de problemas serios y de grandes dudas que, como sucedió con Job, abren la puerta a la crisis de la fe. Necesitamos más que la letra de la Palabra, por la cual sólo llegamos a conocer a Dios «de oídas». Necesitamos el soplo del Espíritu. Precisamos experimentar la presencia de Dios, oír de veras su voz, sentir en nuestro interior su fuerza vivificadora. Los testimonios de Abraham, de Moisés, de los profetas, de los apóstoles y de hombres como Agustín de Hipona, Lutero, Juan Wesley y tantos otros confirman la importancia que la experiencia viva de Dios tiene en la vida del creyente.

Por supuesto, no quiere esto decir que todos somos llamados a tener el mismo tipo de vivencias. Las experiencias de los hombres de fe son tan variadas como irrepetibles algunas de ellas. Yo no espero disfrutar de ninguna de las teofanías que Dios concedió a algunos de sus siervos en tiempos del Antiguo Testamento, ni de visiones arrobadoras como las que tuvo Ezequiel; no cuento con apariciones como la que convirtió a Saulo en un siervo de Jesucristo, ni creo que llegue a oír voces sobrenaturales en un jardín que me guíen a textos cruciales de la Sagrada Escritura. Dios concede a cada uno de los que le aman el tipo de experiencia que mayor bien puede reportarle, y lo hace conforme a su sabia voluntad. En la mayoría de los casos no habrá nada de sensacional, pero puede haber mucho de efectivo. Lo más probable es que Dios nunca nos hable desde la nube de una tempestad, como habló a Job, pero posiblemente nos hablará desde el seno de las tormentas de nuestra vida, en la hora crítica de nuestras dudas, de nuestras frustraciones, de nuestras amarguras, de nuestro total abatimiento. También puede suceder que, en vez de hablarnos a través de grandes conmociones, Dios nos haga oír su voz en horas suaves de paz. Como en el caso de Elías, puede manifestárenos su presencia inefable, no en el huracán que quiebra las rocas, ni en el terremoto, ni en el fuego, sino en el silbo apacible y delicado; quizás en un culto inolvidable, en una hora de solitaria meditación, en una conversación iluminadora o, inesperadamente, en medio de nuestras ocupaciones habituales, como sucedió con Eliseo (1.º Reyes 19:19-21).

Tales experiencias comunican vitalidad al conocimiento de la verdad de Dios y enriquecen la fe. En un momento u otro, con mayor o menor intensidad, las vive todo creyente. ¡Dichoso quien saca el máximo provecho de ellas! Debe, sin embargo, evitarse un error muy frecuente: el de confundir los aspectos emotivos de esas especiales vivencias con lo esencial de las mismas. Lo emotivo o sentimental —

arrobamiento, exultación, etc. — puede variar según el temperamento del creyente, y aunque a menudo es lo más deseado —a veces se logra artificialmente—, en realidad es lo menos importante. Lo esencial es que el creyente llegue a una comprensión mucho más clara, profunda y vivificante de Dios. Situándonos en el plano del Nuevo Testamento, observamos que hacia esa comprensión nos guía constantemente el Espíritu Santo mediante un conocimiento creciente de Cristo. No debemos olvidar que fue en Cristo en quien tuvo lugar la manifestación más plena y gloriosa de Dios, hasta tal punto que Jesús pudo decir: «El que me ha visto ha visto al Padre» (Juan 14:9). Ahora nosotros conocemos a Cristo mediante el Evangelio por la acción iluminadora y guiadora del Espíritu de Dios (Juan 14:26; 16:13-15; 1.a Corintios 2:10, 11). El modo de guiarnos, el tipo de experiencias escogidas con miras a lograr en nosotros el propósito divino, es cosa suya. Nuestra responsabilidad es dejarnos guiar y responder con la docilidad de Job cada vez que Dios nos habla. Y pedirle que no deje de hablarnos, porque en su presencia y en su palabra radica el secreto de nuestra vida de fe.

Ninguna experiencia, pasada o presente, por estimulante que sea, puede ponernos a cubierto de nuevas depresiones espirituales. Aún podemos volver a vivir esa hora angustiosa en que Dios se nos eclipsa y el universo, el mundo, la vida, incluso la Biblia, todo nos parece frío, mudo y misterioso como un cadáver. Pero Dios, que puede eclipsarse en nuestra experiencia, jamás se extingue. Reaparece para mostrar que es «muy misericordioso y compasivo» (Santiago 5:11) y que «ninguno de cuantos en El esperan será confundido» (Salmo 25:3).

Hace algunos años, durante una breve estancia en Zúrich, el autor fue obsequiado por unos amigos con un disco que contenía varios himnos. Uno de éstos —diálogo entre un creyente abatido y su Señor— le impresionó de modo especial. Sirva la traducción de su texto de conclusión:

¡Habla, Señor! ¡Señor, no calles! El mundo está vacío, y Tú... pareces tan lejano... Haz brillar tu luz. ¿Es que ya no existes? ¡YO SOY EL SEÑOR, TU DIOS! ¡Habla, Señor! ¡Señor, no calles! Tu Palabra parece vacía; parece tan vieja, tan débil su luz... ¿Es que ya no sirve? EL CIELO Y LA TIERRA PASARAN, MAS MIS PALABRAS NO PASARAN. ¡Habla, Señor! ¡Señor, no calles! Mi corazón está vacío; faltan las fuerzas, la luz, el amor. ¿Es que ya no amas? EL PADRE OS AMA. ¡Creo, Señor! ¡Señor, no te enojés! Tú me amas. Aunque parezcas lejano y lejana parezca tu luz, ¡Yo creo en ti!⁸⁰

EPILOGO

Y aconteció que después que habló Jehová estas palabras a Job, Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió contra ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job. Ahora, pues, tomaos siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job, y ofreced holocausto por vosotros, y mi siervo Job orará por vosotros; porque de cierto a él atenderé para no trataros afrentosamente, por cuanto no habéis hablado de mí con rectitud, como mi siervo Job.

⁸⁰ Willy Fotsch.

Fueron, pues, Elifaz temanita, Bildad suhita y Zofar naamatita, e hicieron como Jehová les dijo; y Jehová aceptó la oración de Job.

Y quitó Jehová la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job. Y vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, y todos los que antes le habían conocido, y comieron con él pan en su casa, y se condolieron de él, y le consolaron de todo aquel mal que Jehová había traído sobre él; y cada uno de ellos le dio una pieza de dinero y un anillo de oro.

Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero; porque tuvo catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas, y tuvo siete hijos y tres hijas. Llamó el nombre de la primera, Jemima, el de la segunda, Cesia, y el de la tercera, Keren-hapuc. Y no había mujeres tan hermosas como las hijas de Job en toda la tierra; y les dio su padre herencia entre sus hermanos.

Después de esto vivió Job ciento cuarenta años, y vio a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación. Y murió Job viejo y lleno de días. (Job 42:7-17 RV)

El libro de Job podía haber concluido con las sublimes palabras del patriarca (42:2-6). La tesis divina en contraposición con la del diablo⁸¹ había quedado plenamente demostrada. No cabía la menor duda de que la fe de Job y su adhesión a Dios estaban muy por encima de cualquier tipo de utilitarismo. Job seguía cerca de Dios, ahora más que nunca, no por las bendiciones temporales —de las que se veía aún despojado—, sino porque Dios mismo era su mayor riqueza. Sin haber cambiado aún sus circunstancias externas de miseria y dolor, se siente feliz. No piensa en las pérdidas, ni en la enfermedad, ni en el abandono por parte de sus seres más allegados, ni en la incomprensión de los tres amigos. Piensa sólo en Aquel a quien han visto sus ojos y cuya voz acaba de escuchar. No necesitaba más, ni pide más.

Pero el drama de Job no le afectaba únicamente a él. Había otros protagonistas. El propio prestigio de Dios estaba en juego. Sin la intervención divina descrita en el epílogo, los contemporáneos de Job podían seguir creyendo que el sufrimiento es siempre la retribución del pecado como la prosperidad es premio a la rectitud. En sus mentes, Dios continuaría empequeñecido, esclavo de una ley inflexible. Los propios amigos interlocutores de Job podían quedar en la duda respecto al significado del discurso de

Dios. Hasta podían pensar que les daba la razón a ellos. Sin una restauración pública, la magnífica bendición experimentada por Job no habría tenido ninguna trascendencia exterior. Es lógico pensar que Dios no quisiera dejar en la interioridad de una experiencia individual toda la grandiosidad de lo acaecido.

Comienza la vindicación de Job con el juicio de Dios sobre los tres amigos, contra los cuales se formula un cargo sorprendente: «No habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job» (7). ¡Había para pasmarse! ¿Acaso ellos no habían ensalzado la grandeza,

⁸¹ Recuérdese el prólogo, caps. 1 y 2. 262

la justicia y la misericordia de Dios, en tanto que Job se deshacía en quejas y acusaciones? Sí, pero en aras de su dogmatismo habían sacrificado la verdad. Su tesis, sostenida contra evidencias innegables, era una mentira; atribuía a Dios un modo inalterable de administrar premios y castigos tan falsos como indigno del Altísimo. Job, por otro lado, en su desesperación, había llegado a proferir ofensas contra la justicia de Dios; había revelado ignorancia y un amor propio irritante. Pero había en él una sinceridad a toda prueba, una incomparable sed de Dios y un deseo apasionado de que la justicia de Dios resplandeciese. Por eso Dios le honra, mientras que condena a los tres amigos.

No es la condenación, sin embargo, el propósito final de Dios. Los tres son instados a ofrecer holocausto y Job orará por ellos. «E hicieron como Jehová les dijo. Y Jehová aceptó la oración de Job» (8, 9). Así, con admirable sobriedad, se nos describe una escena que forzosamente tuvo que ser conmovedora. Es una escena de reconciliación. Elifaz, Bildad y Zofar podían haber reaccionado negativamente ante el desenlace de su controversia con Job. Podían sentirse resentidos contra Dios por la humillación a que los había sometido. Podían dejarse invadir por el odio hacia Job, ante el cual se sentían derrotados. Podían haberse alejado maldiciendo en sus corazones al patriarca e incluso, quizás, en el fondo, a Dios que lo había rehabilitado. Pero aquellos hombres, a pesar de sus errores, también temían a Dios y supieron acatar su decisión con la dignidad de la humildad. Ahora, reconciliados con Dios y con su amigo, enriquecidos por una experiencia que también para ellos tuvo su hora de amargura saludable, iniciarían una nueva época de su vida. A partir de ahora, sin duda, serían menos tajantes, más comprensivos, más humildes, inclinados a escuchar más que a discutir, más que a condenar a simpatizar. Si en situaciones análogas los creyentes hoy adoptaran semejantes actitudes, ¡de cuántos problemas se vería librada la Iglesia de Jesucristo!

Dios no se limita a honrar a Job ante los tres amigos. Quiere hacerlo a ojos de todos. Por eso lo sana totalmente y restaura su prosperidad duplicando los bienes que había perdido. Sólo el número de sus nuevos hijos fue el mismo que el de los que habían muerto; en realidad, no estaban perdidos total y definitivamente.⁸²

Llama la atención la afluencia masiva de personas que acudieron a «consolar» a Job después de su restauración. «Vinieron a él todos sus hermanos y todas sus hermanas, así como todos sus conocidos de antaño» (11). En la hora de la aflicción, cuando su presencia y aliento podía haber sido de verdadero consuelo a Job, todos se habían alejado de él como de un apestado. Todos habían desaparecido como las aguas de la torrentera a las que aludiera Job mismo (6:15-21). Ahora, sin el más leve sonrojo, vuelven todos como un enjambre; a juzgar por sus palabras, para compadecerle «por todo el infortunio que Yahvéh había traído sobre él»; a juzgar por los hechos, para no perderse el banquete ofrecido por Job. ¡Otra ruindad de la naturaleza humana! Job, por su parte, olvida y perdona, recibe y agasaja. Está demasiado lleno de Dios para dar cabida en su corazón al resentimiento. ¡Otra maravilla de la gracia divina!

⁸² Comp. 2. ° Samuel 12:23.

Por fin, después de una larga vida, una vida plena, magnífica, Job muere (17). Su muerte, plácida, no es la suprema tragedia que él había temido. Es el testimonio final de Dios en favor de su siervo, al que había probado y aprobado. Así desaparece del escenario humano el hombre en cuya vida se libró uno de los más grandes combates entre el cielo y el infierno. Tras él queda la inspiración de su ejemplo para aliento de cuantos han tenido que batirse sobre la misma arena.

Por supuesto, no todos los creyentes han tenido después de la prueba un período de bienestar tan prolongado como el de Job. Más bien a la paz victoriosa lograda al final de cada conflicto ha seguido pronto otro conflicto y a la luz que disipó unas tinieblas han seguido nuevas oscuridades. Ese ciclo de experiencias opuestas se ha extendido, a veces, hasta el fin de la vida, fin que no siempre ha sido precisamente de color de rosa.

Pero el creyente en Jesucristo tiene hoy algo muy superior a cuanto pudo tener Job. Tiene el Evangelio, fuente de las más sólidas certidumbres en medio de las situaciones más sombrías. El cristiano puede verse inmerso en la aflicción, profundamente turbado por los misterios de la providencia, desazonado por problemas teológicos, desconcertado al sentir la fuerza con que Satanás le humilla a causa de su debilidad. Sin embargo, Dios es fiel. En su fidelidad, sostendrá a los suyos y no permitirá que sean tentados hasta el punto de que lleguen a sucumbir (1.a Corintios 10:13).

Además, para Dios, nuestra suerte espiritual está ya del todo decidida en Jesucristo. No depende de nuestros éxitos o de nuestras derrotas, sino de la colosal victoria de nuestro Salvador, quien nos ha incorporado a su comitiva triunfal (2.a Corintios 2:14). Los hechos portentosos de la cruz y de la resurrección son la garantía de nuestra salvación. «El que no escatimó ni a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con El todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros» (Romanos 8:32-34). Nuestro destino está asegurado por los designios eternos de Dios, no unos designios arbitrarios, como había pensado Job, sino dictados por la sabiduría y el amor infinitos de Dios. Por eso, «sabemos que a los que aman a Dios, a los que conforme a su propósito son llamados, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28), incluso las aparentemente injustas, enigmáticas o desastrosas.

Todo avanza hacia la consumación de los planes de Dios. Se aproxima el día de su suprema manifestación, cuando le veremos tal cual es (La Juan 3:2). Entonces habrán desaparecido para siempre las perplejidades y las agonías de espíritu, desvanecidas por la luz y la vida eternas.

Mientras esperamos ese día, Job nos alienta. La distancia histórica no impide que lo sintamos muy cerca de nosotros. En comunión espiritual con él, percibimos mejor los abismos de nuestra ignorancia y debilidad, pero también las alturas majestuosas de la gracia divina. Desde esas alturas, en la hora del conflicto, llega al creyente una voz monitoria y reconfortante: «Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca» (Lucas 22:31, 32).

PRÓLOGO	3
ABREVIATURAS DE VERSIONES DE LA BIBLIA USADAS EN ESTA OBRA	4
NOTA SOBRE EL TEXTO BÍBLICO	4
INTRODUCCIÓN	4
ÉPOCA Y LUGAR EN QUE VIVIÓ JOB	5
AUTOR Y FECHA	6
FORMA LITERARIA Y ESTILO	7
EL TEXTO	7
¿HISTORIA O PARÁBOLA?	9
EL MENSAJE DE JOB	9
PROLOGO DEL LIBRO	11
JOB, EL HOMBRE	11
JOB, EL SANTO	12
EL PRINCIPIO DE LA PRUEBA	14
EL INFORTUNIO DESENCADENADO	17
AL BORDE DE LA DESTRUCCIÓN	20
¿UN TRIPLE RAYO DE ESPERANZA?	23
PRIMER CICLO DE DISCURSO	24
¿VALE LA PENA VIVIR?	24
LA VOZ DE LA EXPERIENCIA	29
UNA REPLICA APASIONADA	35
UN DOBLE ENFRENTAMIENTO	40
EL ABOGADO DE DIOS	44
DIOS, ¿UN DÉSPOTA CRUEL?	48
EL INTENTO DE FORZAR UNA CONFESIÓN	53
LA SABIDURÍA DEL SILENCIO	56
EN LITIGIO CON DIOS	60
JOB, ANTE LA VIDA, EL PECADO Y LA MUERTE	62

SEGUNDO DISCURSO	66
LA IRREVERENCIA DE JOB, CONDENADA	66
LOS VAIVENES DE LA FE	70
¿ES REGIDO EL MUNDO POR UN ORDEN MORAL?	75
YO SE QUE MI REDENTOR VIVE	76
LAS TRÁGICAS CONSECUENCIAS DEL PECADO	80
UNA EXPERIENCIA QUE DESMIENTE UNA TEOLOGÍA	82
TERCER CICLO DE DISCURSOS	86
LA ÚLTIMA TENTATIVA	86
EL DIOS QUE SE OCULTA Y CALLA	88
¿PUEDE JUSTIFICARSE EL HOMBRE ANTE DIOS?	93
EL DIFÍCIL ARTE DE LA CURA DE ALMAS	94
EL UNIVERSO PROCLAMA LA GLORIA DE DIOS	95
JOB, INCONMOVIBLE HASTA EL FIN	96
EL EMBATE FINAL	97
CANTO A LA SABIDURÍA	99
JOB RECUERDA SU PASADO	102
JOB Y SU PRESENTE	104
JOB HACE EXAMEN DE CONCIENCIA	107
INTERVENCIÓN DE ELIU	111
ELIU EL INVETERADO	111
DIOS NO PERMANECE EN SILENCIO	113
LEJOS DE DIOS EL MAL	116
DIOS NO ATIENTE A LOS CLAMORES VANOS	118
GRANDE ES DIOS Y NO LE COMPRENDEMOS	119
LA RESPUESTA DE DIOS	122
MISTERIO SOBRE MISTERIO (38 Y 39)	126
¿PUEDE EL HOMBRE JUZGAR A DIOS? (40:6 - 41:34)	128
LA RETRACCIÓN DE JOB	129
EPILOGO	132



En la vida tendrás que decir adiós muchas veces. ¡Que eso no te impida amar!